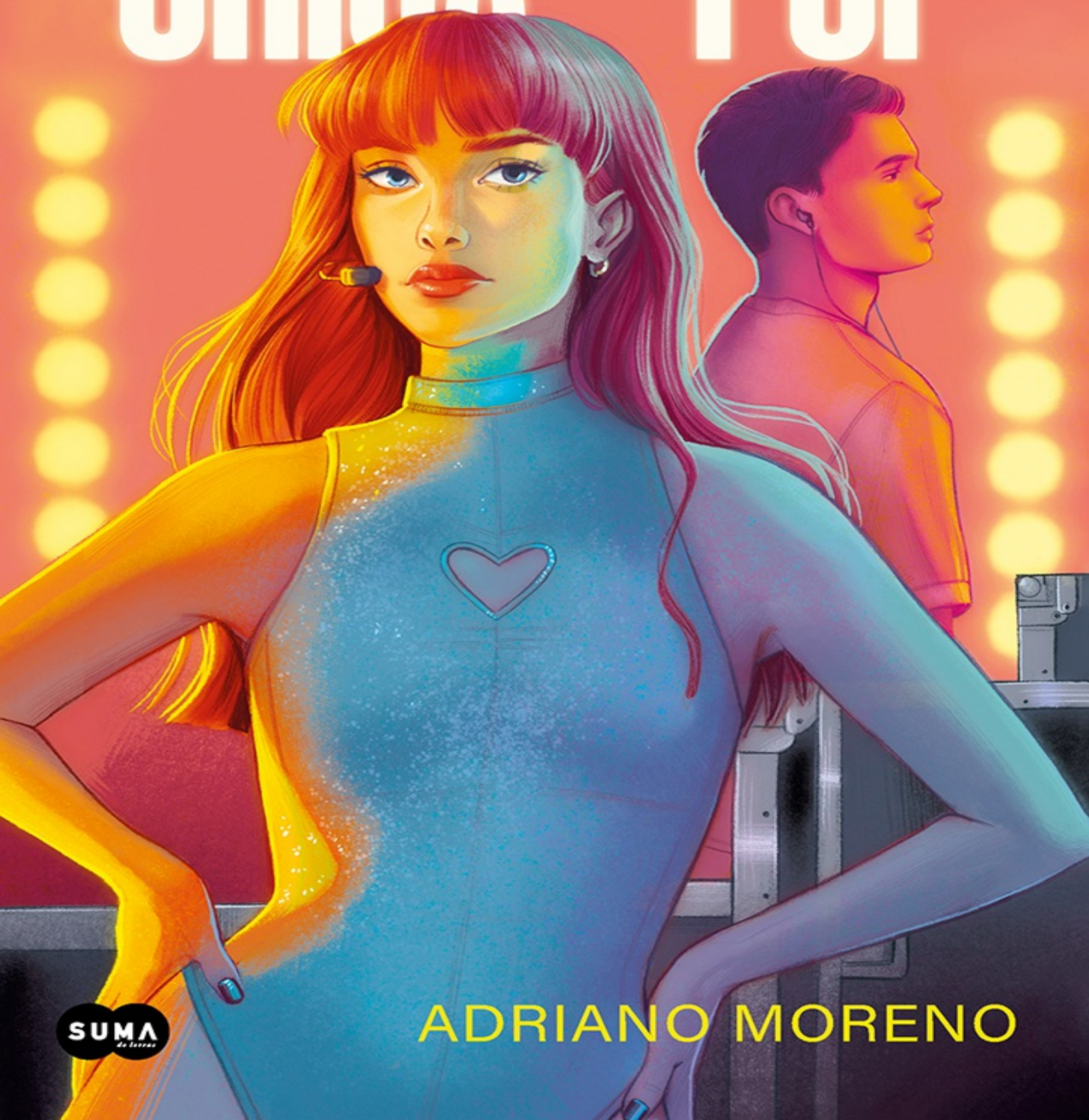


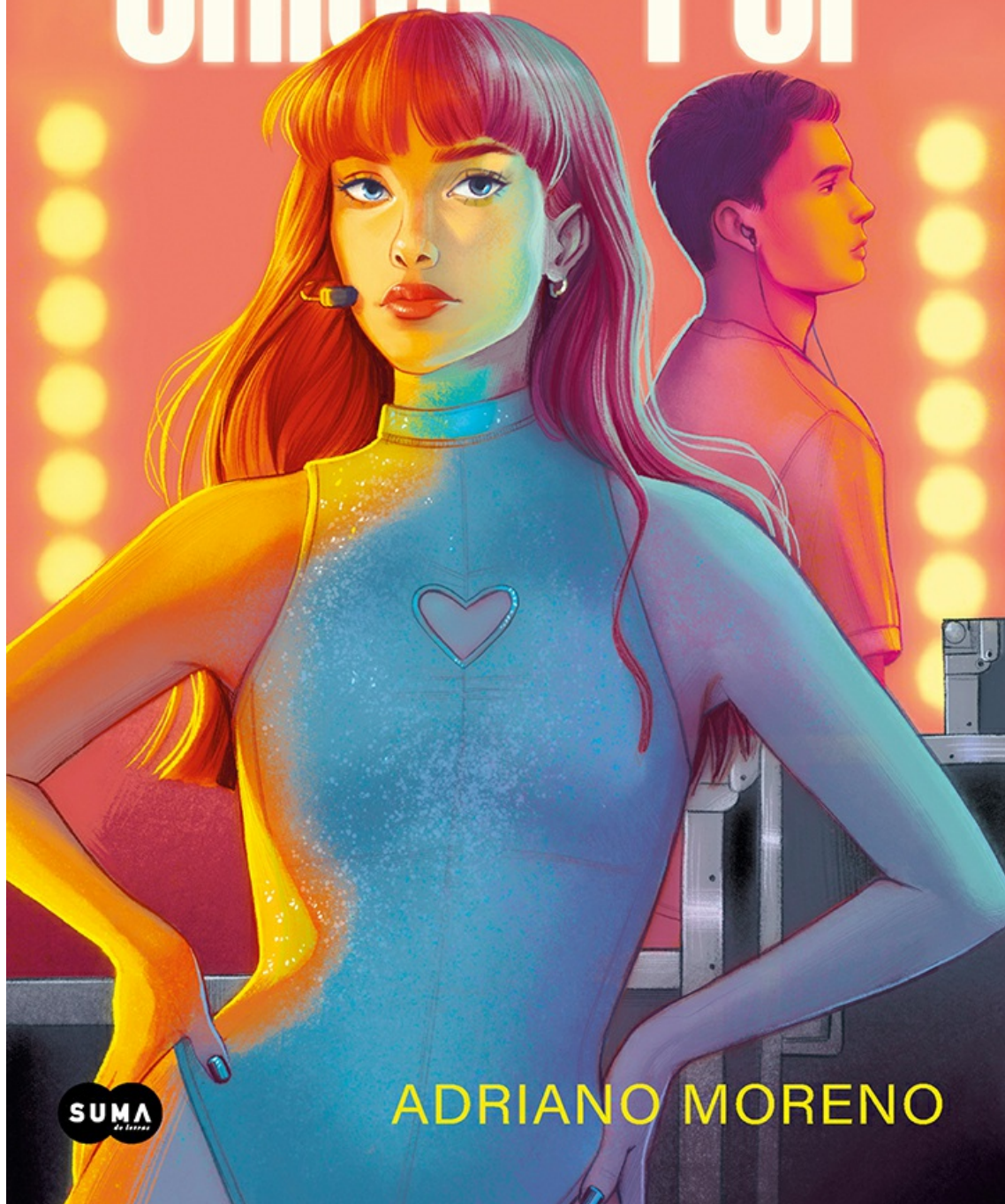
LA NOCHE QUE PERDÍ A LA CHICA DEL POP



SUMA
de letras

ADRIANO MORENO

LA NOCHE QUE PERDÍ A LA CHICA DEL POP



SUMA
de terror

ADRIANO MORENO

Adriano Moreno

La noche que perdí a La Chica del Pop



*Para mis padres,
todo empezó con el primer discman que me regalasteis*

PRIMERA PARTE

Platónicos

1

Un shock de los malos

La Chica del Pop

El presentador echó un último vistazo al tarjetón y pronunció mi nombre con entusiasmo. Todos los focos me apuntaron de manera acusatoria y la grada del público se vino abajo. No reaccioné. Me quedé quieta, inmóvil sobre el escenario, mientras los últimos tres meses de mi vida pasaban por mi cabeza como el tráiler de una película, una imagen tras otra que resumían vertiginosamente los días y las noches que me habían llevado hasta este momento exacto.

—¡Está llorando de la emoción! ¡Qué momento tan mágico! —exclamó el presentador. El público enloqueció y bramó mi nombre. Mi nuevo nombre.

Intenté mandar órdenes directas a mi cerebro cuando se acercó a mí saltando de alegría. Sujetaba el cheque gigante de cien mil euros. «Contrólate, Eva —me dije a mí misma—. Sonríe como nunca, que se note que acabas de cumplir un sueño». No funcionó. Seguí quieta y con la mirada perdida mientras intentaba recuperar el control de la situación. Estaba perdiendo los papeles y más de cinco millones de personas me observaban al otro lado del televisor.

—Y ahí viene nuestro trío de ases. ¡Un aplauso fuerte para el jurado de *Operación Pop*!

Cruzaron la pasarela y se colocaron delante de mí en fila india para iniciar el ritual por el que debía pasar como ganadora del programa. Roger, el juez más veterano y uno de los mánager más importantes de la industria musical, me entregó el cheque. Ese trozo de cartón piedra no valía ni un céntimo, pero tenían que hacerlo así, delante de las cámaras, para que todo el mundo supiera que ya no era una chica de una familia humilde de Barcelona. Detrás de él estaba la cantante Martina con un espectacular vestido rojo. Me besó con sus enormes labios y me susurró al oído:

—¿Lo ves? No hace falta tener la mejor voz ni ser la más talentosa.

Lo escuché sin ningún problema, pero sus palabras se perdieron entre las luces, los gritos de júbilo y los comentarios divertidos del presentador. Cogí la Estrella de Cristal y la apreté contra mi estómago.

—Sé que ahora mismo estás en shock, pero quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. — Pablo Ballesteros, cantautor de los noventa y tercer juez de la edición, apartó el cheque gigante y me abrazó—. Y esto es solo el principio, Eva. Vas a convertirte en una estrella mundial.

—Gracias —dije.

Al otro lado de la pasarela, muy cerca de la mesa desde la que el jurado había dado cada semana su veredicto, mis compañeros de edición me miraban. Cristo y Aurora cuchicheaban como siempre. No sabían que yo les habría entregado el trofeo y todas las ventajas que, en teoría, recibía su portador. Pero mis tres personas favoritas, Zoe, Tommy y Lucas, mi Lucas, sí sabían lo que me pasaba por la cabeza en esos momentos. Eran muy conscientes de mis miedos, de mis inseguridades por no ser lo bastante buena, de la ilusión, de las ganas de que la gente escuchara mis canciones, de la incertidumbre, de la inquietud que me invadía por la nueva vida que se me presentaba. De las dudas por todo. Con ellos había compartido los últimos cuatro meses de mi vida. Cuatro meses enteros —121,667 días para ser exactos— con sus mañanas, sus tardes y sus noches sin dormir. Inseparables. Lo hacíamos todo juntos y conocíamos nuestros más oscuros secretos. Bueno, todo lo oscuros que pueden llegar a ser los secretos de cuatro críos que juegan a ser cantantes.

Conseguí reaccionar cuando Lucas corrió por la pasarela y me rodeó entre sus brazos. Apoyé la cara sobre su pecho y cogí aire como si llevara años aguantando la respiración. El mundo se redujo a ese momento entre ambos, como si estuviéramos todavía en nuestra *jaula*, en ese hogar en el que habíamos amontonado tantos recuerdos. El término se le ocurrió a Zoe. «Esto es peor que una cárcel, es una jaula», dijo la primera noche que dormimos en *Operación Pop* como concursantes oficiales. Pidió que le devolvieran su teléfono móvil. Quería chequear Instagram y hablar con el novio que había dejado tirado en San Sebastián de los Reyes. El chico de Producción que estaba de guardia se negó y se puso histérica. La nominaron disciplinariamente. Si no recuerdo mal, se comió tres más de esas. Zoe odiaba obedecer y en la *jaula* no había barrotes de acero, pero sí unas normas básicas de convivencia. Más o menos las que habría en el pabellón de una cárcel. Y el mismo oxígeno. Y, a veces, esa sensación de no poder más. A Zoe y a los chicos les costaba seguir las reglas. Yo me dejaba llevar..., hasta ese día.

El día en que gané el programa sentí que la *jaula* se hacía más pequeña y me asfixiaba entre unos barrotes cada vez más estrechos.

—Lucas...

—Tranquila, estoy aquí contigo. Todo va a salir bien.

Me besó delante de toda España. Un beso de los que quedan bien en pantalla. Fugaz, pero con los ojos cerrados y mucho amor. Una vez más, le dimos a la audiencia, siempre tan soberana, la escena perfecta de dos enamorados que celebraban su amor. Una imagen idílica que valía su peso en oro en televisión.

Un pensamiento fugaz cruzó mi mente mientras Lucas me abrazaba aún más fuerte. La idea de retroceder en el tiempo, volver al día cero. Desaparecí del plató y me trasladé a la orilla de la playa, montando castillos de arena con mi hermano Nico. Tras una especie de flash, de pronto, frente a mí había una mesa llena de comida y un árbol con muchas luces. Canturreaba una canción delante de mis padres y de los abuelos. Nico todavía no estaba en nuestras vidas. El último salto me llevó a otro escenario, más pequeño y con menos gente. La función de fin de curso. Me senté al piano y canté «Estrella fugaz» de Sky. Lo recuerdo muy bien porque lo disfruté muchísimo y porque, de alguna manera, esa primera actuación despertó mis ganas de ser cantante o, por lo menos, de intentar seguir los pasos de una estrella como ella.

—¿Le va a dar una pájara a esta? ¡Que tiene literalmente a la mitad de la población pendiente de ella! Haced algo, ¡ahora! —la voz aguda de la directora de *Operación Pop* se coló por el walkie del regidor.

—Eva, necesito que vengas conmigo —me pidió, pero yo solo me aferraba fuerte a la cintura de Lucas.

—Nena, no pasa nada. Ve con él, nos vemos enseguida. Te espero al otro lado, ¿vale?

—¿De verdad? —pregunté con la voz entrecortada—. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Bordeamos el backstage y dejamos a la derecha el combo de dirección. Recorrimos un pasillo larguísimo y el regidor empujó la puerta de emergencia y me devolvió de golpe al mundo real. Lo que vino después lo recordaría como una pesadilla hecha con las piezas de un puzle incompleto. Los flashes de las cámaras me cegaban. Mi padre me exhibía como un trofeo delante de los periodistas. Un montón de preguntas incómodas... Recordaba bien la sensación de vértigo, el temblor en los talones y los latidos violentos de mi corazón. Una luz me cegó antes de perder el conocimiento.

No sé en qué instante se truncó todo. No sé en qué segundo cambió mi vida. Bueno, en realidad sí lo sabía. Ocurrió cuando dejé que pasaran cosas que no quería. Había tres en concreto que no entraban en mis planes. No quería enamorarme. No quería ser famosa. Y no quería ser la ganadora. Ese día, sin embargo, salí de la *jaula* colada por Lucas Risu, era la joven más popular de España y había perdido el nombre que me pusieron mis padres en el Registro Civil de Premiá de Mar diecinueve años atrás. Ese día perdí mi identidad y me transformé en otra muchacha que no era yo, me convertí en La Chica del Pop.

2

Bienvenido a la industria

Quique

Cuatro meses más tarde

La paciencia no era una de mis virtudes. ¿Cómo se mataba el tiempo cuando tu futuro dependía de tres octogenarios y una señora pijotera que pensaban que el primer disco de Sky estaba sobrevalorado? No podía parar de mordirme las uñas y caminaba de un lado a otro por los pasillos de la facultad, mientras intentaba entretenerme con una exposición sobre música clásica que tapaba las paredes pintarrajeadas del edificio. Me cansé rápido. No pude dedicarle más de un par de minutos a las vidas turbulentas de Chopin, Wagner y Beethoven, aunque retuve un titular sobre este último que me dejó pasmado: «Destrozaba casas en ataques de ira». *What the fuck?* Regresé a la puerta de la clase y miré por el agujero de la cerradura sin éxito. Probé a pegar la oreja, pero tampoco escuché nada. Cuando por fin tiré la toalla, deshice los nudos de los auriculares y me enfurruñé al pensar en los inalámbricos que había visto en la Fnac la semana anterior. Mi madre me prometió comprarme unos si conseguía el contrato en Louder Music, aunque tanto ella como yo sabíamos que sus promesas valían lo mismo que una barra de pan. Es decir, casi nada. Por lo menos ya había aprendido a resignarme.

Terminé de desenredar el cable e hice lo que hago siempre cuando estoy al borde de un ataque de nervios o, simplemente, no se me ocurre nada mejor que hacer: escuchar música. Escribí el nombre de La Chica del Pop en el buscador de Spotify. En la foto aparecía con el pelo suelto y la cara lavada. Odiaba el maquillaje, el tinte y cualquier accesorio que no fueran unos pendientes de aro. Así debutó en el programa de música más exitoso de los últimos diez años y con la misma apariencia se alzó como la campeona el pasado mes de febrero. Pinché en su perfil e hice scroll hacia abajo. Me salté las canciones de las últimas cinco galas y seleccioné «Big Big World». Con esa versión de Emilia salió favorita del público en la Gala 1. Sonaron los primeros acordes del piano y se me escapó una sonrisa complaciente. Me ponía de buen humor.

Apoyé la espalda contra una columna y deslicé todo el cuerpo hasta que mi culo tocó el suelo. Me acomodé y disfruté de los tres minutos y veinticinco segundos de la canción. Ese pop melancólico sonaba tan bien en la voz de La Chica del Pop que me olvidé de la tensión que había acumulado durante los últimos días. Qué digo días, ¡semanas! La paz no duró mucho, y no porque mi cabeza, como siempre incombustible, funcionara a toda velocidad, sino porque el abuelo Pepe tenía menos paciencia que yo y con una llamada aleatoria se acabó la música y mi necesario momento de calma.

—¡Abuelo!, ¿cómo se te ocurre llamarme ahora? ¡El comité va a salir en nada! Menuda ocurrencia tuvimos al comprarte un móvil... —No pude evitar una sonrisa, aunque estaba atacado.

—Enrique, yo qué sé. —La voz quebrada y ronca del abuelo Pepe se quejó al otro lado del teléfono—. Está a punto de terminar el programa de Ferreras, ya se han consumido dos velas y no me queda vino. ¿Por qué tardan tanto en decirte algo?

—Estas cosas funcionan así. No soy el único alumno del máster.

—Pero vas a aprobar, ¿verdad? —El abuelo Pepe tosió con ganas.

—Abuelo, no me agobies más de lo que ya estoy. Además, no se trata solo de aprobar...

—Mira, que yo no tengo dinero para pagarte otro máster de esos.

—Ya lo sé, abuelo. Ya lo sé.

Lo sabía muy bien, y me sentía un poco culpable por eso. Recuerdo las palabras exactas que salieron de su boca el verano anterior justo después de la graduación: «¿Ese curso te ayudará a conseguir lo que quieres? Pues no se hable más». Lo acompañé al banco, sacó diez mil euros en efectivo de su cuenta de ahorros —el pobre no se manejaba bien con las transferencias— y pagó a tocateja el Máster de Industria Musical y Estudios Sonoros de la Carlos III. Le prometí que le devolvería hasta el último céntimo, aunque fuera sirviendo mesas en el Santibáñez. Una oferta generosa, ya que se trataba de su bar favorito, del de mi cuadrilla de amigos y del de todo el barrio del Pilar. Tenía las mejores bravas de Madrid y unas máquinas tragaperras que soltaban crédito si les cogías el punto. Además, tener al nieto de camarero le hubiera garantizado el chato de vino a mitad de precio. Él, sin embargo, me pegó una colleja cuando se lo dije.

—Entre o no entre a Louder Music te pienso pagar todo lo que te debo.

—Calla y no digas tonterías.

—Te lo digo en serio, abuelo. ¡Es tu jubilación!

—Yo me apaño con cuatro chorradas, así que no me ofendas más y compórtate como un hombre hecho y derecho.

—Espera, abuelo, creo que... —Despegué el móvil de la oreja y escuché con atención. Eran unos tacones. ¡Unos tacones acercándose al otro lado de la puerta!—. Abuelo, adiós.

—¡Espera, Enrique!...

Me puse de pie más rápido que una flecha. La puerta de la clase se abrió y la mujer del comité se me quedó mirando con una cara indescifrable.

—¿Quique Barrios?

La miré a los ojos en busca de una señal que me dijera que lo había conseguido, aunque fui incapaz de ver más allá de las gafas de pasta que resbalaban por su nariz aguileña.

—Estoy aquí. —Las palabras se atropellaban unas a otras en mi boca—. No me he ido a ningún lado. Llevo desde que he salido de la exposición aquí plantado. Una horita larga sin mover un pie. Ya sabe que estoy muy interesado...

—Veo que su verborrea sale de manera natural —dijo, torciendo el morro—. No hable más y entre, por favor.

Asentí y adopté una postura rígida. El abuelo Pepe siempre decía que una chepa estaba muy mal vista. Me temblaba todo el cuerpo cuando crucé el umbral de la puerta. No tenía del todo claro si eran nervios de los buenos o de los malos. Tenía esperanzas, claro. Pero también tenía miedo de darme una buena hostia. Había puesto todas mis ilusiones, sueños y energías en que ese día las cosas fueran por un único camino. Ni siquiera me había planteado otro escenario que no fuera el de terminar en Louder Music. Hubiera sido inteligente por mi parte pensar en un plan B si hubiera imaginado que los dos hombres seguirían en su sitio con las mismas caras de póquer. La directora del máster, sentada al final de la clase, me indicó que me colocara frente a la mesa del comité. No me guiñó un ojo y ella siempre guiñaba el ojo. Eso me mosqueó muchísimo. El cuerpo me dio una sacudida y tragué saliva. De pronto me faltaba el aliento.

—Señor Barrios, ¿verdad? —preguntó el hombre más corpulento. Abrí la boca para responder, pero levantó la mano para hacerme callar. Me habían conocido ese mismo día y ya sabían todos que no era precisamente un chico de pocas palabras—. Espere, no vaya usted tan rápido..., tengo una última pregunta.

—Claro, dígame —reprimí las ganas de comerme las uñas.

—Todavía no nos ha contado el motivo por el que ha elegido este tema para su trabajo de fin de máster.

En Industria Musical y Estudios Sonoros no valoraban mucho la asistencia y tampoco había exámenes. Querían formar a los próximos profesionales de ese mundillo tan convulso e inaccesible. Se tomaban muy en serio la actitud y las ganas, pero al final todo dependía de ese trabajo, del TFM. Era muy importante presentarlo perfecto y convencer a esos vejestorios que se conformaron en su día con dar clase porque no les brindaron una oportunidad en su momento. Yo me lo tomé muy en serio. Me pasé seis meses dedicados a La Chica del Pop, una promesa emergente con un gran futuro por delante dentro de la escena nacional. Después de clase, volvía a casa por la noche, le hacía la cena al abuelo Pepe y me encerraba en mi habitación hasta altas horas de la madrugada para ver las actuaciones, minutar las conversaciones en las que había

participado y estudiar a los referentes que la habían convertido en lo que era. Mi sueño era descubrir cantantes que tuvieran ese algo que no se puede explicar y desde que la vi salir al escenario en *prime time* supe que La Chica del Pop era un diamante en bruto. Me obsesioné con ella desde la Gala 0. No me pasaba lo mismo desde que escuché a Sky por primera vez a los catorce o quince años. Y aunque la directora del máster me lo desaconsejó porque decía que el mayor logro de «esa muchacha» era cantar en un karaoke televisado, que mi proyecto no tenía ningún sentido, seguí adelante porque, si algo me funcionaba siempre, era la intuición.

—En los pasillos de la facultad hay un montón de infografías de un montón de músicos —dije.

—De referentes indiscutibles de la música clásica —me corrigió el hombre del comité.

—Exacto, de gente con la que nos han dado la chapa desde parvulario. Solo se estudia, con todo el respeto, a gente que está muerta o a artistas de los que ya se sabe todo —dije—. Me parecía interesante escribir sobre una promesa, acerca de una artista cuya proyección es brutal. Estudiar sus orígenes desde el momento en que empieza a destacar, no cuando ya es superfamosa y resulta imposible escarbar hasta conocer esa primera versión que llamó la atención de tanta gente.

Se produjo un silencio sepulcral.

—Mmmm..., entiendo. —El señor ojeó sus papeles durante un rato y después levantó la vista con el ceño fruncido. Estaba listo para dictar sentencia—. Señor Quique Barrios, hemos evaluado el trabajo de fin de máster que lleva el título de *Pasado, presente y futuro de La Chica del Pop, una estrella de otro planeta*. Los cuatro hemos coincidido en que su proyecto carece de sentido práctico. Se deja llevar por lo pasional y por las emociones de un fanático. No hay un ejercicio periodístico riguroso en las casi cien páginas que ocupa este trabajo. De hecho, nos sorprende que haya conseguido rellenar tanto espacio con una artista que ni siquiera tiene un repertorio propio.

—Es lo que le comentaba, he querido centrarme en una artista que, siendo tan novel, ha conseguido desbancar a figuras muy consagradas en plataformas como Spotify con las versiones que cantó en un programa de televisión. Y les juro, señores del jurado, que es un trabajo riguroso. He leído todos los libros sobre el género y de otras artistas que están referenciadas. He hecho entrevistas a periodistas y a expertos que controlan del tema. Y, lo más importante, he escuchado todas sus versiones y he visto todas sus actuaciones tantas veces que me da hasta apuro decir el número. Ustedes se fijan en otras cosas, pero... de verdad que...

Otro de los hombres, el más bajito, me mandó callar.

—A este TFM, como decía mi colega, le falta profesionalidad, pero tiene mucha chicha y, lo que es más importante, espíritu. —Esboqué una media sonrisa—. No es el mejor trabajo del máster, señor Barrios. Eso tiene que saberlo, pero hay que valorar cuando uno va más allá de lo obvio porque busca hacer una industria mejor. La vocación por encima de los intereses. Seguro

que habrás pensado que nosotros, unos viejos cascarrabias, solo nos fijamos en lo segundo, que no vemos más allá porque estamos anticuados. Y lo estamos, ¿verdad, Lucía?

La mujer de las gafas de pasta soltó una risilla por lo bajini. Casi fue un espejismo porque apenas perdió la compostura.

—A usted le falta experiencia y, aunque no lo crea, a nosotros nos sobra. Por el momento, todavía somos capaces de identificar el talento y saber quién merece una oportunidad, porque tiene ganas de verdad. El premio de este máster es demasiado jugoso como para no tener en cuenta proyectos como el suyo, señor Barrios. Hablamos de un contrato en Louder Music, no es moco de pavo... y usted lo sabe.

Mi pierna derecha se movía sin parar y necesitaba desesperadamente morderme el dedo gordo de la mano. La incertidumbre me estaba consumiendo.

—¿Entonces? ¿Qué pasa conmigo?

La directora del máster se levantó de la mesa y se acercó de puntillas hasta la tarima. Nos cruzamos una mirada fugaz y, por su expresión taciturna, lo supe.

—Vale, Quique, ya sabes que la plaza en Louder Music solo es para el alumno con la nota media más alta. Tenemos tus resultados y la verdad es que... —Ella siempre se mostraba más cercana en el trato con nosotros.

—¿Son buenos o son malos?

—Siempre tan impaciente. —Se mordió el labio—. Tu TFM ha recibido una puntuación de nueve sobre diez.

—Dios, ¿en serio? Entonces ¿qué media me ha quedado?

Inspiré hondo. Pensaba que me daba un patatús.

—Tu nota media se ha quedado en un 9,8.

—¿Y eso qué significa? ¿Alguien ha sacado más nota? Dígame algo, por su madre, su padre y toda su familia.

—Significa que, contra todos mis pronósticos, eres el primero de tu promoción y, por lo tanto, tienes asegurada tu plaza en Louder Music.

—¿En serio? Repítalo, por favor. ¿Me lo está diciendo de verdad?

—Estás dentro, Quique. Te voy a ser sincera, sabes que no tenía mucha fe en tu TFM, pero te has salido con la tuya, muchacho. —Hizo una pausa que me pareció eterna—. Estás dentro de verdad. Bienvenido a la industria musical.

3

Los de toda la vida

Quique

—Abuelo, ¡que lo he conseguido!

—¿Lo has conseguido? —preguntó desde el otro lado del teléfono mientras masticaba una almendra frita o un anacardo. Le encantaban los frutos secos.

—¡Lo he conseguido! —grité más fuerte para ver si así era capaz de creérmelo yo mismo.

—Entonces, Enrique, ¿ya puedo apagar la vela de la mesa de la entrada?

—Sí, ya puedes... Bueno, espérate un rato más por si acaso.

—Está bien, está bien —le escuché mordisquear también sus pensamientos—. Oye, Enrique.

—Dime, abuelo.

—No te lo digo mucho, pero estoy muy orgulloso de ti. Mucho, mucho.

—Gracias, abuelo. Gracias de verdad.

Salí por la puerta de la facultad pletórico. La sensación tuvo que ser parecida a lo que sintió The Weeknd en los MTV de 2020 cuando cantó «Blinding Lights» desde lo alto de un rascacielos de Nueva York. Getafe, desde luego, tenía un rollo diferente, con más polvo y más ladrillos, pero estaba convencido de que la euforia que sentía, esa sensación de triunfo desmedido, fue la misma que experimentó el cantante aquel día apoteósico. Me puse a correr y a saltar como un loco por el paseo de cemento que conectaba la facultad de la Carlos III con la avenida principal de la universidad. Allí me esperaban mis amigos del barrio, los de toda la vida, bebiendo unas latas de cerveza. En cuanto me vieron aparecer supieron que acababa de cumplir el sueño de mi vida.

—Qué manía con beber en la vía pública —bromeé para contener la emoción.

Carlota me besuqueó por toda la cara. Me apretó con sus grandes brazos y puso a prueba el aire de mis pulmones. Ella, como la mayor del grupo, sentía nuestros triunfos como suyos. Porque no aspiraba a mucho más. En su día a día se conformaba con llegar puntual a la

inmobiliaria en la que trabajaba como comercial y comer lo justo y necesario para no subir de la talla cuarenta y cuatro.

—¿Te lo dije o no te lo dije? Lo sabía, lo sabía, lo sabía —dijo Carlota.

—Así me gusta, bebé. Tú hazte amigo de muchos famosos y luego me los presentas. Que a este paso llego a los treinta sin anillo ni churumbel.

Raquel, mi otra amiga, me dio dos besos en el aire. Antes muerta que fastidiar su *make up*. Ella, al igual que Carlota, tampoco aspiraba a mucho en la vida. Se fue del instituto en cuanto el profesor de Filosofía, un hombre excéntrico y feo, la animó a perseguir sus sueños. Dejó los estudios a los diecisiete y saltó al mundo laboral. Trabajaba lo justo y necesario. Había sido camarera, dependienta, empleada de una gasolinera y azafata de eventos. Siempre duraba poco. Ganaba lo preciso para darse sus caprichos y lo dejaba. A Raquel le gustaba vestir con las mejores marcas y se compraba los productos de belleza más caros porque decía que una buena cara y un buen pelo eran garantía de éxito. Lo que realmente deseaba era fama y, como no tenía ni voz ni dotes para la interpretación, se obsesionó con ser la próxima Georgina Rodríguez, pero sin el futbolista famoso. Ser la próxima Paris Hilton, pero sin la fortuna de su familia. Ser la próxima Chiara Ferragni, pero sin los *followers* ni los idiomas. Un cuadro, vamos.

—Raquel, ¿puedes pensar alguna vez como la mujer mundana que eres? Baja de la nube y pon los pies en la tierra. No estaría de más que te replanteases tu futuro por primera vez en la vida y te quitases de la cabeza la idea absurda de hacerte famosa.

Y luego estaba Aitor, el elemento discordante del grupo. Tenía un carácter, digamos, complicado, y decía las cosas según se le pasaban por la cabeza. No era la persona más agradable del planeta, pero ninguno de nosotros se lo teníamos en cuenta, y menos Raquel. Se conocieron, sin exagerar, en la incubadora del hospital. Sus madres eran amigas de toda la vida, casi siamesas, y se sincronizaban para absolutamente todo. Les venía la menstruación en la segunda quincena de cada mes, hicieron una boda conjunta en un acto involuntario de poliamor y dieron a luz a sus criaturas el mismo 6 de septiembre en el hospital de La Paz. «El poder de la amistad», decían ambas. «Una gilipollez», si le preguntaban al abuelo Pepe su opinión.

—Bebé, ¿puedes dejar de ser tan infeliz y fingir al menos que te alegras por Quique?

—No empecéis a pelearos —pidió Carlota—, hoy estamos de celebración.

—¿Y si volvemos al barrio y tomamos algo? Yo invito —propuse ilusionado.

—¡Mirad, ya siente que tiene dinero! —gritó mi amiga, muerta de la risa.

Aitor bebió un sorbo de cerveza y se acercó a mí. Me ofreció una lata y la rechacé porque bastante tenía con la adrenalina que trotaba a sus anchas dentro de mi cuerpo. Encogió los hombros y guardó la cerveza en su mochila. Después me pasó el brazo por encima y me dio un beso en la mejilla.

—¿No me vas a decir nada? No sé, un «oye, enhorabuena». O un «felicidades, te lo mereces».

—No seas moñas, anda. —Aitor me revolvió el pelo, bebió un sorbo de su lata y siguió caminando hacia delante sin decir nada.

—Si no tuviera esa cara de mala leche todo el día, sería el chico más guapo de Madrid... después de ti, obvio —dijo Carlota mientras, resignada, se agarró a mí como lo hacen las yayas del barrio del Pilar.

Y allí era justo adonde íbamos. A casa. Ninguno de nosotros tenía coche. Solo Carlota tuvo la paciencia y el dinero para sacarse el carnet cuando cumplió los dieciocho. Luego conoció a un novio que la llevaba arriba y abajo y se dio cuenta de que lo de ser copiloto resultaba más cómodo y más barato. Estábamos más que acostumbrados. Así que hicimos juntos el mismo camino de vuelta que había hecho desde que empecé el máster hace un año. Sabía que iba a hacer esa ruta por última vez, pero no me puse sentimental. Tocaba pasar página y poner el foco en Louder Music, siempre y cuando mis amigos me dejaran tranquilo.

Pillamos el Cercanías en Las Margaritas y nos sentamos unos enfrente de otros. Teníamos por delante una larguísima hora de trayecto: varias paradas en el tren hasta Nuevos Ministerios, un transbordo en Plaza de Castilla y otro ratito en la línea nueve hasta el barrio del Pilar. Solía matar el tiempo revisando las galas de La Chica del Pop, escuchando el programa de radio de Morning Rey o rayando los primeros discos de Sky, mi artista favorita de siempre. Pero en compañía de Aitor, Carlota y Raquel era impensable hacer alguna de esas tres cosas. Ellos preferían hablar, ponerse trascendentales —a su manera— y compartir conmigo algunos miedos ante el futuro que tenía delante de mis narices.

—Quique, bebé, tendremos que irnos de compras, ¿no? —sugirió Raquel mientras se aplicaba un poco de *gloss* en los labios.

—¿Necesitas otro bolso falso de Hermès? —bromeó Aitor.

—Todos mis bolsos tienen su certificado de marca, pero no, no hablo de mí. Quique es el que necesita ir de compras. —Fulminó a Aitor con la mirada y me hizo un repaso de arriba abajo—. Vas a trabajar en un sitio superimportante, no pensarás ir así, ¿verdad?

—¿Así cómo? Voy bien, como siempre.

Mi relación con la moda era inexistente. Solía ir a lo fácil y vestía de la forma más básica del mundo. Para impresionar a los del comité me puse una camiseta blanca, los únicos vaqueros que tenía sin agujeros y una bomber de mi padre del año catapún. Sí, fue de las pocas cosas que no se llevó cuando un día decidió marcharse de casa. Lo peor de todo es que en mi cabeza me veía siempre genial.

—Raquel tiene razón. —Carlota agarró mi mano como si quisiera consolarme ante la verdad que estaban a punto de escupir—. Ahora eres una persona adulta y no puedes ir a trabajar a un sitio así con la misma ropa que has llevado en la uni. Tienes que parecer más serio, más... ¿mayor?

Busqué a Aitor con la mirada, pero él estaba muy concentrado en la pantalla de su teléfono.

—Parecer más serio y tener un poquito más de estilo. —Raquel lo dijo con cierto desdén mientras se peinaba su larguísima coleta. En el bolso siempre llevaba un peine y el estuche de maquillaje más completo, y le daba uso cada diez minutos a cada cosa—. Te sacas poquísimo partido, bebé. Y vas a conocer a gente muy importante. Necesitas un cambio de imagen, pero, tranqui, que para eso está la Rachel.

—Vais a conseguir que el día más feliz de mi vida lo sea un poco menos. ¿Tan mal estoy? Pensaba que mi forma de vestir tenía rollete. Además, a la gente le flipa mi diastema. —Sonreí para enseñar la separación entre mis dos paletas perfectas.

Aitor emitió un bufido. Hacía como que no escuchaba, pero estaba muy pendiente de la conversación por si se pasaban de la raya y tenía que intervenir. Odiaba que Carlota y Raquel fueran tan quisquillosas y metomentodo. Bueno, odiaba muchas cosas. Era un hater de la vida y no lo podía evitar. Raquel se incorporó en el asiento y me analizó con todo detalle. Hasta me tomó un par de fotos.

—Lo primero que tienes que hacer es cortarte el pelo. ¿Cuánto tiempo llevas sin ir a Paco? Se te ondula demasiado el flequillo y las puntas se te abren cuando te lo dejas tan largo.

—¿El pelo también está mal?

—Quique, eres guapísimo, pero necesitas un corte de pelo más fino —dijo Carlota, suavizando las palabras de Raquel—. Esa cara es demasiado bonita para que no se vea. Y esos ojos. ¡Y esa dentadura!

—Tienes la sonrisa más bonita del barrio del Pilar, unos ojos preciosos y unas pestañas que ya quisiera yo para darme un buen brochazo de rímel, pero no sabes sacarte partido. Esa es la verdad, asúmela.

—¿Y por qué no me habíais dicho todo esto antes? ¡Qué malas amigas sois! Llevo toda la vida creyendo que era del montón bueno.

Carlota se rio a carcajadas.

—Tranquilo, con ese corte de pelo y un cambio de armario vas a quedar perfecto, bebé —dijo Raquel.

Aitor se removió en el asiento y las espantó como si fueran unas palomas que sobrevuelan alrededor de unas migajas de pan.

—Creo que os estáis pasando ya de insoportables. ¿Podéis sentaros en la otra punta del tren y dejar a las personas adultas hablar de cosas serias?

—¿Ya has despertado? —preguntó Raquel, indignada.

—Si queréis cambiar las vidas de los demás, iros a la tele.

Carlota le sacó la lengua, y Raquel, un corte de mangas. Cada una tenía sus métodos para mandar a la mierda a Aitor después de tantos años de amistad. Asumida la derrota, mis amigas

buscaron asientos al otro lado del vagón para huir de Aitor y con los móviles en las manos se prepararon para tantear los catálogos de Zara, Pull & Bear, Stradivarius y Shein. No habían terminado conmigo, solo era un tiempo muerto.

—¿Estás bien? —preguntó Aitor cuando nos quedamos solos.

—Si no fuera por las petardas estas, sería el mejor día de mi vida. ¡Que tengo contrato en Louder Music, Aitor! Todavía no me lo creo.

—Contrato a medias. Son seis meses de prueba, ¿no? —puntualizó.

—Bueno, sí. Pero ¿no es genial?

Aitor esbozó una media sonrisa, que enseguida desapareció de su rostro de facciones perfectas.

—¿Te puedo...? —No pude oír más.

El tren estacionó en Atocha y el vagón se llenó de gente cuando se abrieron las puertas.

—¿Qué me has dicho? No te he escuchado...

—Te preguntaba si...

Dos chicas de unos diecisiete años se sentaron a nuestro lado. Una se quejaba en voz alta de su nariz puntiaguda y la otra le hablaba de una clínica de cirugía estética donde hacían descuento a las menores de edad. Aitor las fulminó con la mirada.

—¿Pasa algo?

—No, pero... —dudó un instante—. Mejor ven conmigo antes de que mate a ese par de Barbies polioperadas.

Agarró mi mano y cruzamos el vagón hasta que encontramos un poco de intimidad.

—Siempre la estás liando.

—Sabes que no es verdad. Bueno, un poco sí, pero te encanta que sea así.

—¿Qué pasa? Empiezas a ponerme nervioso.

Aitor dudó unos segundos antes de decir:

—En realidad quiero pedirte algo.

—Claro, pide por esa boquita.

Pegó un resoplido y se armó de valor.

—Prométeme que no cambiará nada entre nosotros.

—¿Por qué dices eso? Nada va a cambiar entre nosotros, solo es un trabajo. ¿El mejor trabajo del mundo? Sí, pero nada más.

—Prométemelo.

Sus ojos se clavaron en los míos, expectantes y con una pizca de anhelo. Hablaba completamente en serio.

—Oye, todo va a seguir igual. ¿Por qué iba a cambiar? Empiezo un trabajo, no me voy a hacer un voluntariado a Uganda.

Mi relación con Aitor era complicada. Casi tan compleja como él. No éramos solo amigos, pero tampoco éramos novios. Teníamos una relación especial en la que de vez en cuando nos besábamos y en la que alguna que otra noche, cuando la tensión sexual se hacía insoportable, nos dejábamos llevar hasta quedar exhaustos. Después, por hache o por be, siempre pasaba algo que no nos dejaba avanzar. La vida le había dado tantos guantazos que ponía el piloto automático y pasaba del resto del mundo cuando las cosas se ponían feas. Aunque sería injusto echarle toda la culpa a él. Yo también tenía lo mío. Me venía de familia. En cuanto notaba algo raro en el estómago —y en el corazoncito—, levantaba un muro a prueba de balas y de chicos con la capacidad de hacerme sentir mariposas en el estómago. Cuando notaba que las alas revoloteaban, hacía cualquier cosa para librarme de ellas.

—No quiero que se te suba a la cabeza todo ese mundillo lleno de gente importante y guapísima. Tú eres muy impresionable y llevas buscando esto tanto tiempo que...

—Es obvio que estás tonto.

—Te lo digo en serio.

Acerqué mi mano a la suya y nuestros dedos se entrelazaron.

—No voy a desaparecer ni nada por el estilo. Las cosas van a continuar igual que antes. Llevamos juntos desde los cinco años y así vamos a seguir, ¿entendido?

Aitor asintió con la cabeza y respiró aliviado. La voz robótica del Cercanías anunció la llegada a Nuevos Ministerios. Bajamos del tren para hacer el transbordo. Aitor, Carlota y Raquel se adelantaron y yo me quedé quieto en el andén para observarlos con atención, mientras se perdían entre la gente. No supe muy bien por qué, pero sentía que le había mentado. Algo me decía que no cumpliría esa promesa, que aunque no quería perderlos por nada del mundo, sí que sentía la necesidad de un cambio, de algo más de lo que conocía hasta ese momento. Ni por asomo esperaba lo que se me venía encima. Para bien y para mal.

4

Un nuevo refugio

La Chica del Pop

No sé cuántas vueltas había dado la manilla del reloj de pulsera cuando decidí entrar por la puerta de la que iba a ser mi casa en Madrid. Miré la calle una vez más con recelo. Más allá de la carretera, detrás de varios chalets adosados con los mismos tejados y las mismas fachadas, se alzaba imponente el Pirulí de Torrespaña. Respiré hondo y solté el aire muy poco a poco. Lo hice tres veces, tal y como me recomendaba Sara, mi mejor amiga y monitora de yoga en sus ratos libres. No ocurrió nada. Los nervios seguían agarrados al estómago, pero llegados a este punto... Giré la llave y empujé la puerta con los ojos cerrados. Apreté tanto los párpados que se me saltaron las lágrimas del dolor. Cuando los abrí, me quedé parada en la entrada. Solo me vino a la cabeza un pensamiento, me parecía todo demasiado grande. Desde esa posición solo alcanzaba a ver la cocina y una puerta corredera que desembocaba en el jardín. ¡Una casa con jardín! ¿En qué momento me dejé convencer para alquilar una casa así cuando venía de un piso de noventa metros cuadrados en Premiá de Mar? Lo que echaba de menos aquellos noventa metros cuadrados que olían siempre a salitre y a croquetas de cocido. Por un momento me imaginé de nuevo allí. A esas horas mis padres discutirían en la cocina por la factura de la luz mientras Nico correría de un lado a otro arrasando con todo a su paso como un terremoto. Ese era mi hogar, no lo que tenía delante. Lo que tenía delante era un asco. Saqué del bolsillo el iPhone último modelo y marqué el número de mi madre de memoria.

—¿Qué pasa, Eva? —al escuchar su voz se me llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Has llegado ya?

—Soy una tonta, estoy en la puerta y no me atrevo a entrar.

—Ay, mi nena, no me digas eso que cojo el coche y me planto ahí en un santiamén. ¿Ves como tendría que haberme ido contigo las primeras semanas? ¡Eres una cabezota, coñe!

—¿Y qué pensaría papá? Se supone que tengo que ser independiente. Si estás pululando por aquí va a ser difícil. Además, no creo que a Lucas le parezca una buena idea tener a la suegra

rondando por nuestra casa día sí y día también.

Mi madre era así, intensa, pegajosa y metomentodo. Y, aunque nunca lo hubiera admitido delante de ella, me encantaba que lo fuera. Echaba de menos tirarme al sofá, poner un cojín sobre sus piernas y cerrar los ojos mientras enredaba sus manos entre mi pelo. Siempre estaban suaves y olían a Nivea. La relación con mi padre, sin embargo, era más complicada. Entre nosotros no había demasiadas muestras de afecto, solo una tarjeta de cumpleaños cuando tocaba y el bizcocho de zanahoria que hacía con Nico por el día del Padre. Si no recuerdo mal, nos distanciamos cuando entré en el instituto y se dio cuenta de que sabía cantar. Cantar de verdad. Supongo que ya entonces me vio como la gallina de los huevos de oro y yo odiaba cacarear.

—¿Y dónde está el mozo? ¿Por qué no está contigo? Me prometió que te iba a cuidar como Dios manda...

Miré de reojo la pulsera azul que resbalaba por mi muñeca.

—Le han llamado de la discográfica por no sé qué de su disco y le han puesto una reunión muy importante. Vendrá por la noche.

—Este muchacho siempre anda liado con cosas, de verdad.

—Ya sé que soy tu hija, que me quieres y que solo tienes ojos para mí, pero recuerda de vez en cuando que Lucas también ha estado en el mismo sitio que yo y le pasan las mismas cosas que a mí. Vamos, que me encantaría que tuvieses empatía por más personas que tu hija, *mare*.

—Vale, vale. Me callo y no digo nada más, pero mi hija es la mejor.

Sonreí por fin. Justo lo que necesitaba. Para qué engañarnos, a mi madre no le hacía mucha gracia Lucas. Mientras transcurrieron los primeros días en la *jaula*, lo definió como un chuleta con el guapo subido que estaba más preocupado por machacarse en el gimnasio que por cuidar de mí. Muchos espectadores pensaron igual en un principio. Así me lo dijo ella cuando salí del programa. Sin embargo, la tele quiso que Lucas interpretara el papel de príncipe encantador que se comía la cámara y te susurraba al oído para enamorarte. Al final mi madre prefirió quedarse con eso y tratar de estar tranquila. Aunque para ser sincera, antes de ser La Chica del Pop, yo tampoco me fijaba en los chicos como Lucas Risu. Lo prejuzgué de la misma forma que lo hicieron los demás. De hecho, no lo podía soportar cuando lo conocí en el casting. Me pareció un auténtico cretino, pero hizo tres cosas muy bien: me robó un beso cuando más lo detestaba, me abrazó el peor día de mi vida y me escribió la canción más bonita del mundo la noche antes de regresar al mundo real.

—Nena, ¿estás ahí?

—Claro que estoy aquí.

—¿Y piensas quedarte en la puerta todo el día? Tendrás que deshacer las maletas, comprar algo de comida y limpiar la porquería que hayan dejado los de la mudanza.

Detrás de mí, dos maletas enormes esperaban que alguien las abriera. Tenía que activarme y

empezar a poner un poco de orden.

—¿Empiezo por las maletas entonces?

—Por ejemplo. Tendrás la ropa hecha un acordeón.

Puse el manos libres y arrastré las maletas por el pasillo de la entrada.

—¿Y guardo la ropa en el armario de la habitación o en una cajonera? Luisana me ha comprado uno de esos vestidores portátiles. Puedo colgar los vestidos ahí.

Escuché a mi hermano pedirle galletas a mi madre.

—Nico, espera, ahora te las doy yo. —Sonó un estruendo—. ¡Nico!

—¿Qué ha liado ahora?

—No me lo explico, este chiquillo tiene que ser hiperactivo o algo. Con lo buena que has sido tú siempre.

—Mamá, da igual, luego hablamos. No le quites el ojo de encima o quemará la casa con papá y contigo dentro. Además, ya no soy una cría y debo afrontar el hecho de que me tengo que buscar la vida yo solita.

—¡Eva, no digas tonterías!

—Es verdad. Ahora vivo en Madrid en una casa superbonita y supergrande. ¡Es que es muy grande! —dije, aunque más que decírselo a mi madre me lo decía a mí misma—. Me sobra casa por todos lados. No me acordaba de que había tres baños. ¿Para qué quiero tantos? Y una cocina de esas americanas que da al salón. Por no hablar del televisor. A papá le da algo si ve el fútbol aquí. También sobran habitaciones. Una, de hecho, está vacía. Los de la mudanza han dejado aquí todas las cajas. Y el piano y la guitarra.

—Nena, tú por el espacio no te preocupes que nos vas a tener por ahí cada dos por tres. Ya sabes que a tu padre le gusta tenerlo todo bajo control. Y esa habitación vacía..., ¿por qué no la aprovechas para que sea tu rincón para hacer tus cosas de cantante?

Y así, sin quererlo, mi madre dio en el clavo.

—Luego te llamo, creo que ya sé por dónde empezar.

—¿Seguro?

—Que sí, luego hablamos. Te quiero.

Entré todavía indecisa a la habitación. Por no tener no tenía ni ventanas. Solo había una lámpara de mesa en una esquina y los trastos de la Eva de antes. Con un cúter abrí la caja de cartón que tenía escrito en un lateral la palabra «MÚSICA» en letras mayúsculas. En esa guardaba los vinilos de Sky, los discos de Rihanna y algunos casetes de mi padre. Me paré en la portada de *Planetario*, el álbum debut de Sky. Su primer número uno. No sabía las veces que lo había escuchado, pero sí recordaba que «Estrella fugaz» y «Mi universo» se colaban cada año en el ranking de mis canciones más escuchadas de Spotify. Justo al lado, entre los vinilos, encontré lo que buscaba: mi libreta de canciones. La cogí y me senté en el suelo.

La abrí por la mitad, llevaba meses sin hacerlo. Una foto impresa se escondía entre las páginas de la libreta. Era una de los miles que nos hicimos Lucas y yo en la *jaula* con la Polaroid que me regalaron mis padres por Navidad. Solo que no era una más. Esa foto era la foto. La tomamos en la sala del piano un día antes de actuar juntos por primera vez, un día antes de que nuestra historia pasara a ser la de todo el mundo. Y no estaba en esa libreta por casualidad. Pasé varias páginas para atrás y ahí estaban, de mi puño y letra, las canciones que había escrito en estos últimos meses. Les eché un vistazo por encima, nostálgica, y entonces se encendió la bombilla. Me senté al piano y dejé en el atril la libreta abierta por una página en blanco. Inspiré hondo y dejé que saliera el aire de mis pulmones mientras mis manos se reencontraban con el tacto frío de las teclas. Respiré otra vez. Ya estaba lista y... entonces sonó el timbre de la puerta y la concentración se esfumó tan rápido como había venido.

—Pero... —murmuré. Me levanté confusa. No esperaba a nadie y tampoco nadie conocía la dirección de mi nueva casa. Salí por el pasillo y a través de la cristallera opaca de la puerta distinguí la silueta de una mujer con el pelo recogido. Tocó el timbre una y otra vez—. Lo siento, no estoy interesada.

—¿Me tomas por una comercial, boluda? —El acento argentino de esa mujer era inconfundible.

Abrí la puerta y allí estaba ella, con sus gafas de aviador, los labios carnosos pintados de rojo y un vestido ceñido que marcaba su espectacular figura. Luisana Tinelli tenía los cuarenta años mejor llevados de la historia. Y como *business woman* nacida en Buenos Aires tampoco le faltaban sus dos imprescindibles: el mate y el chihuahua. Mi padre tuvo la excelente idea de contratarla. Cuando salí de la *jaula* recibimos ofertas de las mejores agencias de managements. Todas pujaron por La Chica del Pop, todas querían el diamante en bruto de la industria musical. Sin embargo, mi padre se decantó por Luisana Tirelli. Tomó la decisión sin consultarme. Tan solo me dijo: «Esa mujer sabe lo que hace y no dejará que esos tiburones te despellejen viva». Y en esas estábamos.

—Pero ¿qué haces aquí? Me has dado un susto de muerte.

Luisana entró sin pedir permiso y dejó que sus tacones de aguja se clavaran por cada rincón de la casa. Correteó de aquí para allá hasta que se quedó satisfecha.

—Qué rata que sos, tendrías que haber comprado la casa que vimos en El Viso.

—Eso no era una casa, era un palacio.

—Tonterías. Una chica de tu posición tiene que rodearse en lujo, ¿viste? Nena, tienes que hacerme más caso.

Se sentó en un taburete de la cocina y dejó su bolso, el perro y el recipiente del mate sobre la isla de la cocina.

—Luisana, ¿qué haces aquí? Por mucho que seas mi representante hay que llamar antes de ir a

una casa que no es la tuya. Se llama educación.

—Anda, nena. Llena un plato de agua para Trosqui.

Cogí un táper vacío, lo llené hasta arriba y lo dejé en el suelo.

—¿Me vas a decir que haces aquí? Pensaba que no teníamos que vernos hasta la reunión en la discográfica.

Luisana bebió de su mate.

—Tu madre me llamó. Tres veces. —Movié los párpados, irritada—. Le dije que no había ningún problema, pero quería que me asegurara de que no habías acampado en la puerta o en el jardín.

—No me lo puedo creer. ¿En serio te ha llamado? Acabo de hablar con ella.

—La mujer no se fía de Lucas, y no la culpo. Ese chico tiene mucho peligro.

—¡Luisana!

Me paseé por la cocina con nerviosismo.

—¿Qué pasa, nena? Es verdad. Ahora está muy subidito, que si haciendo photocalls, que si single, que si disco..., pero en cuanto entres tú en escena se le va a acabar la tontería. Y hablando de tu futuro prometedor, ¿mandaste la maqueta al marica reguapo de la discográfica? —Luisana abrió el bolso y se metió en la boca una pastilla de color fucsia.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? —pregunté.

Luisana bebió de su mate y jadeó, aliviada, cuando la pastilla se deslizó por su garganta.

—¿Luisana Tinelli, enferma? Qué va, jamás. Son solo mis vitaminas, boluda. Las pastillas fucsia me quitan los nervios. Las cápsulas blancas y rojas las tomo para la concentración y las transparentes son para las noches de insomnio. ¿Quieres una de estas? Esta noche vas a extrañar la almohada y te va a costar pegar ojo.

Me quedé enfrente de ella con la boca abierta.

—No puedes hablar en serio.

—Nena, no pongas esa cara. Ya me entenderás cuando lleves más tiempo en esto. ¡Es un mundo de locos!

—Vale, Luisana. Es hora de irte.

Luisana guardó el mate en un estuche de tela y agarró a Trosqui por la tripa.

—Sí, me voy ya, que tengo una reunión con un grupito de chicos que están pegando fuerte en el país de los etarras. Tú estás bien, ¿verdad? —Sus tacones sonaron con fuerza sobre el parqué.

—¿Te das cuenta de la burrada que acabas de soltar por la boca?

—¿Ahora sos abanderada de los ofendidos? Nena, no te pongas intensa, ¿quieres? —Le entró por un oído y le salió por otro—. No llegues tarde a la reunión y acuérdate de ponerte mona. Lo de la cara lavada está muy bien para un día, pero las mujeres empoderadas necesitamos un poco de rímel y pintalabios.

—Adiós, Luisana.

—Chao, chao.

Respiré aliviada cuando la puerta se cerró y regresó el silencio del que quería huir tan solo un rato atrás. Ahora, sin Luisana merodeando por la casa, me parecía hasta un lugar acogedor. Volví a la habitación vacía y me senté al piano. El corazón me palpitaba con fuerza en el pecho. Esa mujer era experta en sacarme de mis casillas en tiempo récord. «Recuerda, Eva. Inspirar y espirar. Inspirar y espirar». Casi podía escuchar la voz aguda de mi amiga Sara. Lo hice. Repetí el ejercicio hasta cinco veces hasta que recuperé la concentración. Miré de reojo la libreta de canciones y apunté un par de frases que tintineaban con insistencia. Entonces canturreé una letra que no había parado de dar vueltas en mi cabeza desde la estación de Barna. Noté un clic, como si hubiese pulsado un interruptor para que la magia saliera a través de mí. Abrí la boca y...

*Ojos negros que van buscando la oscuridad,
manos blancas que solo quieren mi exclusividad.
Los sueños rotos que se pierden al otro lado del mar.
Venid, ayudadme, decidme dónde quiero estar.*

Tardé dos horas en terminar de escribir la canción. La titulé «Mi refugio» y nunca salió de esas cuatro paredes.

5

Un día movidito

Quique

«Que paren todas las rotativas porque Louder Music acaba de cerrar el fichaje con La Chica del Pop. ¡Menudo bombazo! Mira que se venía rumoreando desde hace tiempo, antes incluso de que ganara el programita de nuestra querida televisión pública. Ella no podía estar en un sitio cualquiera y esa discográfica, desde luego, no lo es. ¡Qué fuerte! Estoy hasta nervioso, así que no me quiero imaginar cómo estaréis los que me seguís desde detrás de las ondas. ¿Qué harán con ella? Convertirla en una estrella, seguro. ¿Y cuándo sacará el disco? Creo que necesito un chupitazo para relajarme o no podré continuar con el programa».

Mi madre pulsó un botón del volante y la radio del coche se apagó. Se hizo un silencio largo y dramático. Tardé varios segundos en reaccionar y darme cuenta de que Isabel acababa de perder el título de buena madre..., si es que alguna vez lo tuvo. Veintitrés años a su lado y seguía sin entender que la mujer que me había parido fuera un completo desastre. ¿No podía parecerse un poco a la madre de Carlota? Aunque odiara cocinar, da igual. No había vuelto a tocar una sartén desde que mi padre se dio a la fuga, pero ¿un poco de saber estar? Y no hubiera estado de más un poco de amor propio. La madre de Raquel también se había divorciado y no coleccionaba en la muñeca pulseras de diez equipos de fútbol distintos, una por cada ex.

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loca?

—Ya estás demasiado nervioso como para escuchar más cosas del «sitio ese». Un ratito sin ruido no te vendrá nada mal y a mí tampoco. Este pesado me ha dado dolor de cabeza. ¿No hay programas mejores en la radio?

—¡Mamá! Morning Rey es el crítico más respetado de la industria y ha dicho que han cogido a mi artista favorita en el «sitio ese» en el que voy a trabajar. ¿No te das cuenta? ¡Es un bombazo! Es casi, casi, como cuando JLo y Shakira aceptaron hacer la Super Bowl juntas. ¿Entiendes la magnitud de la noticia? ¿Entiendes que necesito saberlo absolutamente todo?

Intenté encender la radio de nuevo, pero Isabel, esa señora con el moño apretado en el cogote y maquillada como una puerta, me dio un manotazo. Le dio por recitar en voz alta la lista de la compra. Lo hacía siempre que necesitaba escapar de situaciones de estrés o cuando intentaba, con poco acierto, tranquilizar a los demás. Me entraron ganas de estrangularla con mis propias manos, de decirle cuatro cosas bien dichas, pero, por una vez en la vida, algo de razón llevaba la mujer. El corazón se me iba a salir por la boca y me veía con taquicardias de las chungas, de esas que no te dejan dormir.

—No querrás llegar a tu primer día de «trabajo» hecho un flan.

Conté hasta diez y probé a respirar muy despacio. Busqué el cable de los auriculares en el interior de la mochila, pero tenía tantos nudos que habría tardado más en desenredarlo que en encontrar otra manera de ignorar a mi madre. Al final dediqué los siguientes semáforos a morderme los padrastrós que sobresalían de mis pulgares.

—Mamá, ¿sabes que las madres de verdad ahora mismo contarían lo orgullosas que se sienten de sus hijos por verlos cumplir su sueño? —le solté cuando mi ritmo cardíaco recuperó más o menos la frecuencia normal.

—Claro que estoy orgullosa, pero no te olvides de que la vida real no es Lutero Música.

—Es Louder Music, Lutero era un fraile. —Me tapé los oídos para no escucharla más.

—El nombre da igual. ¿Un contrato de seis meses después de todo el dinero que se ha dejado tu abuelo en el dichoso máster?

—No empieces.

—Yo solo digo que...

—Que nada, mamá. Por favor, no me estropees el día.

—Vale, ya me callo, que veo que estás nervioso. Y es normal. Los nervios son buenos, pero tampoco te pases. A ver si te va a dar un patatús y van a pensar que te has metido cualquier cosa rara porque vienes del barrio del Pilar.

—Gracias por los ánimos, mamá. Eres la mejor —le solté con todo el sarcasmo del mundo.

Ella hizo oídos sordos, claro.

—A veces me da por pensar si hice bien conformándome con esta vida y no luchar por mis sueños.

—Te encanta trabajar en Mercadona.

—Yo quería ser terapeuta y ayudar a la gente que lo necesita, gente como tú.

—¿Qué quieres decir con gente como yo?

—Nada, cariño. Nada...

Isabel irrumpió en la rotonda de plaza de Castilla sin hacer caso al ceda el paso que tenía delante y sin mirar los espejos retrovisores. Estuvimos a punto de estrellarnos contra los juzgados. Se escucharon gritos de «cerda» y de «loca». Mi madre solo le dedicó una peineta al

joven motorista que le pidió por favor que dejara a los hombres conducir y se buscara algo mejor que hacer que obstaculizar el tráfico.

—¿Puedes mirar a la carretera y dejar de ponerme más nervioso? Tengo la camisa empapada de sudor. Me van a despedir solo por las pintas que llevo. Tenía que haber hecho caso a las chicas y haberme ido de compras.

—Está bien, está bien. Me callo y ya no digo nada más, pero...

—¡Silencio, por Dios!

Seguimos por el paseo de la Castellana unos minutos más sin dirigirnos la palabra. En silencio. Bueno, más o menos. El reloj marcaba hora punta y eso en Madrid se traducía en pitidos, retenciones soporíferas e insultos entre los que conducían mal y los que conducían peor. Ni mi madre ni yo abrimos la boca el resto del trayecto, lo cual agradecí. En algún momento tenía que tomar conciencia de lo que se me venía encima, aunque la adrenalina, esa hormona que provoca que el cuerpo te dé una sacudida y sientas un vértigo tremendo antes de caer al vacío, salió en el instante exacto en el que mi madre estacionó el coche en doble fila frente a la imponente Torre de Cristal.

—Me va a dar un parraque.

Mi madre tuvo que verme a punto del colapso o más emocionado de lo normal porque, por una vez en su vida, se comportó como la persona que me trajo al mundo.

—Escúchame. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Sabes que estás hecho para este trabajo, sea lo que sea, y lo vas a hacer genial. Así que sal de mi coche de una maldita vez y demuéstroles a esos estirados de Lutero Música todo lo que vales.

—Gracias, mamá. Acabas de hablar como una persona normal.

—Pues entonces dame un beso.

En mi familia todos éramos muy pesados con los sueños. Perseguirlos era otro cantar. Siempre entran en juego demasiadas expectativas y poquísimas oportunidades. La probabilidad no solía estar de nuestra parte y el karma no era especialmente compasivo con los chicos del montón como yo. Por suerte, las casi cien páginas que escribí sobre La Chica del Pop para el trabajo de fin de máster dieron sus frutos. Allí estaba yo, un día caluroso de mayo, frente al inmenso rascacielos de Madrid. Los otros cuatro me parecían insignificantes. Qué le íbamos a hacer... Ninguno de ellos custodiaba en su planta número cuarenta y seis las oficinas de la discográfica más importante del país.

Anduve hasta el edificio sin reparar en los hombres y mujeres trajeados que entraban y salían de la estructura de cristal. Sabía que, una vez atravesara el umbral de esa puerta giratoria, mi vida iba a cambiar para siempre. ¿Intuición? ¿Inmadurez? No sé, pero lo sabía y me metí ahí dentro con los ojos cerrados y una sonrisa de oreja a oreja. Entré con la espalda recta y el paso firme y decidido. Las primeras impresiones eran cruciales y, por muy absurdo que parezca, quería que

todos me tomaran en serio, empezando por el señor flacucho que vigilaba la gigantesca recepción de la torre. Menudo estirado, y no lo digo porque permaneciera en su puesto de trabajo recto como un palo. No tenía don de gentes y tampoco se esforzó por ser simpático. Me fulminó con la mirada cuando le dije que me esperaban en Louder Music. Pensó que le estaba tomando el pelo y eso hirió mi orgullo de veinteañero con ínfulas. Intenté mantener la compostura, pero al final...

—Señor, se lo repito otra vez: Quique Barrios. Me esperan desde hace cinco minutos y es mi primer día. ¿Puede darse un poco de prisa?

—Me doy toda la prisa que puedo. —Volvió a teclear mi nombre con toda la parsimonia del mundo—, pero, te pongas como te pongas, en el listado de visitas no apareces.

Conté hasta diez, pero me quedé en el número cinco.

—¡No soy una visita! Vengo a trabajar y tienes que darme la tarjeta de entrada. ¿Tan difícil es de entender?

—Ese tono, señorito.

—¡No soy un señorito!

El hombre de ojos grandes y sonrisa triste estuvo a punto de acabar de un plumazo con todo, pero la segunda vela que puso mi abuelo Pepe en su mesita de noche funcionó, porque en una milésima de segundo mi suerte cambió. Todo empezó a ser distinto.

—¿A qué viene tanto grito? ¿Te está molestando, Antonio? ¿Quieres que avise a los de seguridad?

Me giré con ganas de gresca, con curiosidad por saber quién era el otro tío que venía a amargarme la existencia. Me quedé mudo. Esperaba encontrarme con otro recepcionista simplón que veía en mí al típico instagramer que intentaba colarse en la Torre de Cristal para disfrutar de las maravillosas vistas de la azotea, pero el tío que tenía a mi lado me pilló con la guardia baja y no fui capaz de articular palabra. Rondaba los treinta. Moreno, ojos oscuros y sonrisa de capullo con estrella. Irradiaba seguridad, y eso que no iba uniformado con el traje reglamentario que llevaba todo el personal allí. Vestía con una chaqueta de cuero, la típica que podría llevar un motorista con tirón en redes, una camiseta blanca y unos vaqueros ceñidos que evité mirar más de la cuenta.

—¿Ahora no hablas o qué?

—Per..., perdona.

—Perdonado quedas. ¿Qué te pasa?

—Es solo que no quiero llegar tarde —titubeé, nervioso—. No me deja pasar y me van a despedir.

—Tranquilo, chico, que no cunda el pánico. ¿A qué planta vas?

—A la cuarenta y seis, voy a...

—Louder Music —me interrumpió—. Deja de lloriquear y ven conmigo.

—Pero...

Antonio, el recepcionista, no dijo ni pío. El hombre misterioso me hizo un gesto con la mano para que le siguiera. Crucé los tornos detrás de él y pude fijarme en todo lo que era. Porque era bastante más alto que yo. Porque era bastante más guapo que yo. Y porque, en definitiva, no daba tanta pena como yo. Apenas se fijó en mí. Esperamos a que se abriera el primer ascensor, nos situamos cada uno a un lado, manteniendo una absurda distancia de seguridad, y subimos al cielo de Madrid con un cruce de miradas.

—Deberías ser más educado, sobre todo en tu primer día de trabajo. No querrás que llegue a oídos de tus jefes lo que ha pasado con el pobre Antonio.

—No soy así, de verdad. Es que llevo mucho tiempo detrás de esto y ese hombre...

—En especial con ese hombre. Está harto de niñatos que se cuelan con excusas baratas.

—Yo no soy ningún niñato —dije con el tono justo de indignación.

—Eso ya lo veremos.

Las puertas se abrieron de par en par y él se inclinó para hacerme una reverencia. No le presté mucha más atención. El pulso se me disparó en cuanto vislumbré al final del pasillo el letrero luminoso de Louder Music. Junto al cartel, una mujer bajita me esperaba con los brazos cruzados y cara de circunstancia.

—Pero, alma de cántaro, ¿has visto qué hora es? Corre, corre.

—¿Eres Regina?

—Para servirte, pero nunca más llegues tarde que nos largan. Me refiero a que si lo vuelves a hacer te pegan la patada primero a ti y después a mí. ¿Me explico?

—Lo siento muchísimo, Regina. El hombre de abajo no me dejaba subir y luego ha aparecido otro tío que...

Regina era pequeña y regordeta, con unos ojos verdes preciosos y una boca desproporcionada para su cara. Comía chicle de forma compulsiva y corría como el demonio. Parecía una mujer desdichada, casi infeliz. Dejamos el vestíbulo a la derecha y la seguí por un pasillo largo y estrecho. De las paredes colgaban los discos de oro, platino y diamante de los artistas más importantes de la compañía. La que iba a ser mi jefa me explicó que se trataba de una especie de paseo de la fama que servía para alimentar los egos heridos, recordar a las estrellas caídas en desgracia y generar tensiones entre los artistas emergentes. Tuvo que llamarme la atención cuando me quedé embobado mirando el triple diamante de Sky por *Planetario*. Qué pasada. Fui tras ella y salimos a una sala amplia y luminosa. Estaba llena de mesas colocadas alrededor de un piano blanco. Pocos despegaron la cabeza del ordenador. La concentración era máxima, aunque Regina no rebajó el tono de voz en ningún momento.

—Quique, ¿verdad? —asentí con ímpetu—. Vale, chico, un consejo. A los jefes no les gustan

las excusas sin fundamento. Que no haya una próxima vez, porque no vuelves a poner un pie aquí, ¿entendido? No te lo tomes a mal, no es nada personal. Es un consejo que te regalo por ser tu primer día.

Dimos la vuelta a la esquina y dejamos atrás unas habitaciones diáfanas en las que un par de hombres trasteaban en unas mesas con la mejor tecnología. Los estudios de grabación de Louder Music eran mucho mejores que los que salían en las películas.

—Claro, gracias. Yo me...

—Chisss, chisss. Tú calla que no tenemos tiempo de más cháchara. Escúchame atentamente porque esto no es un consejo, es una norma básica de supervivencia.

—Entendido.

—Chisss, chisss. Vamos a entrar en la sala de reuniones. —Regina no dejaba de apuntarme con el dedo acusador mientras caminaba rápida y veloz, y un poco encorvada, por otro pasillo decorado por las estrellas de Louder Music—. Te voy a presentar en «sociedad». Sé educado, pon el oído y habla solo si es extremadamente necesario. Vamos, pórtate bien y chitón.

—¿Entrar en la sala de reuniones? Pero ¿cómo?

—Chisss, chisss. —Regina frenó en seco delante de una puerta roja—. Santíguate.

—¿Perdona?

—Hazme caso, santíguate. Es el segundo consejo que te doy, no te acostumbres.

No sé muy bien cómo me santigüé. No lo hacía desde la primera comunión, pero a Regina le tuvo que valer porque abrió la puerta para darme acceso a la cumbre dorada de Louder Music. Al final de una habitación alargada, entre una mujer peripuesta y un calvorota nervioso, me observaba con una sonrisa tímida La Chica del Pop.

6

El chico de los cafés

Quique

La primera vez que vi a La Chica del Pop en televisión no fui capaz de expresar con palabras lo que me hizo sentir. Apareció en el escenario subida a una plataforma circular, con la cara lavada y su pelo caoba le caía por la espalda. Le temblaban las manos y los labios y no podía parar de mirar hacia todas partes. De pronto sonaron los primeros acordes de «Kiss It Better» y su voz, tan frágil y especial, lo llenó todo. La expresión de su cara cambió. Con los ojos bien abiertos, agarró el micrófono con firmeza y se movió despacio dentro de una circunferencia perfecta iluminada por la luz de unas velas artificiales. Miraba a la cámara con un carisma extraordinario. Parecía que llevaba toda la vida haciendo aquello, pero nadie la había preparado nunca ni para la tele ni para un escenario tan grande. La primera vez que vi a La Chica del Pop en carne y hueso me pasó lo mismo. Era imposible explicar cómo una joven de una apariencia tan normal tenía una presencia tan abrumadora.

—Tú debes de ser Quique. —Miré a Regina de reojo, esperaba que me diera la palabra en cualquier momento. Sin embargo, su cara de angustia habló por sí sola. Decía alto y claro que ni se me ocurriese abrir la boca—. Quizá Regina no te lo haya dicho todavía, pero nos tomamos muy en serio nuestro trabajo y, sobre todo, nuestro tiempo. Además, hacer esperar a nuestra gran estrella está feo, ¿no?

El calvo que estaba sentado junto a La Chica del Pop se rio a carcajadas mientras clavaba sus ojos diminutos en los míos, después de haberme soltado esa gresca. El momento fue bastante desagradable, casi tanto como él. Vestía una americana gris, manchada con varios lamparones, y debajo llevaba una camisa blanca abierta que dejaba entrever su barriga cervecera. No había que ser ningún lumbrera para saber que aquel señor era el que movía el cotarro. En Louder Music se esforzaba por ser amable y se notaba que era el tipo de persona que vivía por y para el dinero. Así era el mismísimo Carlos Mata, un cromañón con pasta.

—No te preocupes, no pasa nada —dijo ella ruborizada—. Y no soy ninguna estrella, Carlos.

La Chica del Pop me dedicó una sonrisa de complicidad y sentí una sacudida por todo el cuerpo. ¡Que se estaba dirigiendo a mí!

—No seas modesta, mujer. Claro que eres una estrella, la estrella del momento —recalcó Carlos Mata antes de volver a dirigirse a mí—. Pero tienes razón. No pasa nada porque el chaval haya llegado tarde. ¿No estamos esperando todavía a César Castellano? Seguro que anda por ahí con alguna golfa... o con algún golfo. Si no fuera porque es el mejor jefe de Producto que tengo, le daría la patada definitiva para que se diera cuenta del frío que hace fuera de Louder Music.

¿Quién era César Castellano? No tenía respuesta para la pregunta que irrumpió de forma insistente en mi cabeza. La directora del máster me lo avisó: «La industria va más allá de los artistas. Los hombres y las mujeres de las discográficas en realidad son las personas poderosas a las que tenéis que gustar. Es de ellos de quien depende vuestro futuro en el sector». Fui un alumno aplicado, lo juro, pero, si soy sincero, nunca me interesó lo más mínimo la estructura piramidal de Louder Music o de las otras discográficas que estudiamos durante el curso. Para mí lo importante eran los artistas y conocía al dedillo los nombres que formaban parte de Louder Music o las viejas glorias que hicieron historia en el pasado. El trajín empresarial no me interesó hasta ese día, aunque el arrebató de frustración no tardó en transformarse en algo distinto. Porque, claro, el tal César Castellano no podía ser otro tío..., tenía que ser el tío del ascensor.

—¿He oído mi nombre?

—¿Es que no te han enseñado modales en casa? Siempre igual —gruñó Carlos Mata.

César entró y lo reconocí enseguida. La sala entera se llenó de su personalidad. Olía a Dios y su sonrisa chulesca decía que él estaba por encima del bien y del mal. Carlos Mata le propinó un puñetazo en el brazo —una manera un tanto prehistórica de mostrar afecto— y se zarandearon como si fueran amigos de toda la vida. La Chica del Pop también se levantó y le dio un abrazo amistoso. Se notaba que entre ellos ya había buen rollo. Después me miró fijamente. Me encogí en mi asiento y me hice pequeñito, pequeñito. ¿Sería capaz de dejarme en evidencia delante de todo el mundo? Estoy seguro de que por un momento se le pasó por la cabeza.

—Perdona, Eva. Tenía que ayudar a un crío que se había perdido. —César se dio la vuelta y me ofreció su mano—. Por cierto, soy César. Tú debes ser nuestro nuevo chico de comunicación, ¿no?

—Sí, me llamo Quique. Encantado de conocerte.

—El placer es mío, hombre.

Me guiñó un ojo y dejé escapar un suspiro de alivio. César se sentó al otro lado de la mesa, justo enfrente de La Chica del Pop.

—Sí, todos estamos encantados de conocernos —dijo Carlos Mata—. César, empieza de una vez y deja de contonearte como un pavo real.

—Tranquilo, fiero. No sabes las ganas que tenemos de trabajar contigo en este proyecto, Eva.

Creo con toda seguridad que, si damos los pasos adecuados, puedes convertirte en la artista más importante que ha dado este país. Estamos todos entusiasmados.

—Y yo, César. Estoy muy feliz de...

—Es un poco vergonzosa. —Carlos pegó tal golpe en la mesa que Regina dio un brinco—. Pero ya le he dicho que los nervios y la timidez se los tiene que dejar en casa. Querida, esto ya no es el programucho del que has salido, así que relájate. Tranquila, estás en casa.

—Eva, no te dejes intimidar por el gordinflón. —Ella se rio con sinceridad y Carlos Mata inundó la sala con sus carcajadas terroríficas—. A veces, no tiene tacto, pero está igual de encantado que yo con tenerte en el equipo. Todos lo estamos.

La mujer que estaba al lado de La Chica del Pop asintió, impaciente. Llevaba un rato intentando hablar y se notaba que no estaba acostumbrada a compartir el protagonismo cuando se trataba de su negociado.

—Gracias por las presentaciones, César. Sé que la idea era hacer una primera toma de contacto y cerrar el calendario, pero deberíamos hablar antes de lo que ha pasado hoy. El boludo de Morning Rey nos ha reventado la noticia y eso no puede ser. ¡Exijo una respuesta!

—Tampoco es para tanto —dijo La Chica del Pop.

—Vos sos una principiante en este mundo, así que deja hablar a los mayores.

La Chica del Pop frunció el ceño.

—Me encantan las mujeres que vais al grano, Luisana, y más con ese acento argentino maravilloso —dijo Carlos Mata, poniéndose un poco baboso—. A mí también me gusta ir al grano, pero antes de nada necesito mi café de buenos días.

El silencio se apoderó de la sala de reuniones. Mis ojos iban de La Chica del Pop a César y de César a Regina, que ponía unas caras rarísimas. Carlos Mata y Luisana también me miraban sin pestañear. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué todos me prestaban tanta atención? Regina carraspeó. Quería decirme algo, pero ¿el qué?

—Quique, ¿puedes...? —pidió Regina.

—Este chico, además de llegar tarde, no sabe cuáles son sus cometidos en esta empresa —dijo Carlos Mata con la sonrisa torcida—. Chaval, tienes que espabilar.

—Perdona, no entiendo. ¿Pasa algo?

Los ojos de Regina se abrieron tanto que pensé que se iban a salir de sus cuencas.

—Chico, levanta el culo y trae ahora mismo mi café de buenos días. ¿Alguien quiere algo más?

—No, gracias. Con mi mate voy servida —dijo Luisana mientras chupaba de la pajita de metal con sus voluptuosos labios.

—Pensaba que eso solo lo hacían los becarios en las películas. —Me salió de lo más profundo de mi alma y Carlos Mata volvió a llenar aquel espacio diáfano con su risa estridente.

—Ya me estás empezando a caer bien. ¿Eva, tú quieres algo?

La Chica del Pop se encogió en su asiento y negó con la cabeza. César tampoco pidió nada. Muy considerado por su parte. Regina me hacía gestos para que cerrara el pico y saliera de allí de inmediato. Me levanté corriendo de la silla y Luisana soltó un suspiro de desesperación. Me dirigí a la puerta casi de puntillas y notaba cómo poco a poco la tensión aumentaba. Me giré para despedirme. César consultaba unos papeles y no me hacía caso, un gesto que me sentó como una patada en el culo. La Chica del Pop, sin embargo, sí tenía sus ojos azules encima de mí y seguía cada uno de mis movimientos. Me miraba con lástima. Creo que me leyó la mente y se apiadó de mí.

7

Una lección valiosa

La Chica del Pop

—Podemos empezar mientras llega ese café. —Carlos Mata se acomodó en su silla cuando la puerta se cerró detrás del chico nuevo. Puso las piernas encima de la mesa y cruzó los brazos sobre la barriga. Luisana arqueó una ceja, y, con la boca pequeña, soltó una expresión de Argentina que tenía pinta de ser cualquier cosa, pero desde luego no un piropo—. ¿Arrancas, César?

Regina repartió unos botellines de agua mientras César encendía la pantalla de plasma que colgaba de la pared. Metió un pendrive en el lateral del televisor y enseguida se cargó una presentación de PowerPoint en la que, básicamente, se resumía todo el futuro de La Chica del Pop. O sea, yo. Se saltó las diapositivas de introducción en las que figuraba mi nombre con diferentes formas y colores y se detuvo en la número tres.

—Ahora vas a tener que procesar mucha información, pero tú quédate con lo que yo te diga. —César se sentó sobre el filo de la mesa de la misma manera que lo habría hecho uno de esos modelos de Calvin Klein que salen por la tele. Se ganó toda nuestra atención, incluida la de una mujer tan dispersa —y con déficit de atención— como Luisana Tirelli—. En Louder Music trabajamos con los artistas por semestres, aunque cuando arranca el año tenemos planificado lo que va a pasar de enero a diciembre con cada uno de ellos. Luego hay excepciones, como es tu caso. Ha pasado bastante tiempo desde que terminó el programa y algunos de tus compañeros te llevan ventaja, pero eso nunca ha sido una preocupación. Ellos no son tú.

—Ooobvio que no, boludo —se burló Luisana.

No dieron sus nombres, pero no había duda de que se referían a Lucas, a Tommy y a Zoe. Eran ellos, de los dieciséis que arrancamos esta aventura, los que habían cogido carrerilla en el mundillo de la música y no me gustó ver cómo se les hacía de menos delante de mí. Me tragué mis palabras. No dije nada, no era el momento ni el lugar. Tampoco hizo falta decirlo en voz alta porque César se dio cuenta enseguida de que esos comentarios que se repetían en Twitter por

culpa de Morning Rey me incomodaban. Nervioso, caminó hasta la otra punta de la mesa y se quedó al lado de la pantalla. Levantó el mando y cambió de diapositiva.

—El planning es complejo, pero la base se sustenta en tres hitos: lanzamiento de los tres primeros singles, publicación del disco y LOS40 Music Awards.

—¿LOS40 Music Awards? ¿Los premios de LOS40? —Bebí un trago de agua, mientras procuraba asimilar esa frase que me sonaba tan marciana—. ¿Qué se supone que voy a hacer yo allí?

Carlos Mata retiró las piernas y arrastró su silla hasta que la barriga hizo tope con la mesa.

—¿Pues qué vas a hacer, querida? Cantar, ser simpática con los peces gordos y ganar premios. Una artista sin premios, una artista que no es reconocida por la industria, no vale un duro.

—¿Cómo voy a ganar un premio si todavía no he sacado un disco? —pregunté, confusa—. Las versiones de la *jaula* no cuentan, ¿no?

—No seas impaciente, chatina. Deja que tu jefe de Producto haga su magia y te deje con la boca abierta. —Carlos Mata llamó la atención de Regina dando tres toques en la mesa—. ¿Dónde cojones está ese café?

César, incapaz de estar quieto, caminó otra vez hasta el otro extremo de la mesa. Nuestros ojos danzaron con él de un lado a otro. Levantó el mando del televisor y pasó a la siguiente diapositiva.

—No, las versiones no cuentan. Nos están reportando una buena base de streams para ganar posiciones en Spotify, pero aquí entramos en barrena. El primer single es tu carta de presentación al mundo, una muestra fehaciente de lo que eres capaz de hacer. Tiene que ser un pelotazo. Parece algo obvio y sé que lo sabes, pero aquí no podemos jugar a medias tintas, hay que poner toda la carne en el asador. Sobre todo tratándose de ti. Todo el mundo está esperando esa primera canción de La Chica del Pop, y lo sabes.

—Sí que lo sé, pero... —Me tragué mis palabras por segunda vez. Fijé la vista en la pantalla que tenía delante, sin dar crédito a lo que veían mis ojos—. Espera, no entiendo. Esas canciones no son mías.

Envié a la discográfica una maqueta con cinco canciones: «Jaula de cristal», «Mañana», «Mi refugio», «El club de los chicos sin normas» y «Detrás de las olas». Es posible que esas fueran las canciones que más me costó componer desde que mi padre me compró un teclado de segunda mano con doce años y comencé a escribir mis propios temas. Hice muchas, demasiadas, pero esas cinco eran las más especiales y las que más hablaban de mí. En aquella pantalla de más de ochenta y cinco pulgadas no había nada mío, tan solo canciones para otra chica del pop que no era yo.

—Eva, escúchame. —César vio la desesperación en mis ojos.

—«Platónicos», «Si me dijeras que sí», «Quiéreme + fuerte»... Esos temas no son míos. ¿Qué

ha pasado? Si no os ha gustado la maqueta que os mandé, puedo hacer otra... —propuse, ingenua de mí.

—No, no es eso. —César se acercó sin titubear y puso su mano sobre la mía. Carlos Mata nos observaba con atención—. Tus canciones son la hostia, Eva. De verdad, no dudes de ti. Eres una compositora muy buena.

—¿Entonces?

—Te voy a ser completamente sincero: dábamos por hecho que ibas a escribir sobre Lucas, sobre lo que os pasó allí dentro, sobre lo que ha pasado al salir..., pero en lugar de eso has hecho canciones que hablan sobre cómo te sientes cuando estás sola, sobre tu casa, sobre tus amigos... Sobre cosas que están muy bien, pero que no son las que la gente espera de una estrella de diecinueve años. Tenemos que jugar la carta del amor. Vuestra historia es demasiado potente como para no tirar de ella.

—¿Lo que se espera de mí es que cante canciones que han escrito otros sobre mi relación con Lucas?

Busqué la ayuda de Luisana. Se suponía que ella, como mi mánager, con toda su fuerza argentina, estaba en la obligación de dar la cara por mí. Pero qué va. Hizo mutis por el foro y concentró sus cinco sentidos en el maldito recipiente de mate.

—Eva, dicho así suena fatal, pero tienes que confiar en mí. Las canciones son bastante buenas y no me cabe la menor duda de que las harás tuyas al cien por cien. De hecho, las vas a firmar tú. —César empezó a hablar muy rápido—. Además, hemos conseguido los permisos del ayuntamiento para grabar el videoclip en un sitio espectacular. Te va a encantar, de verdad. Confía en mí.

La garganta se cerró y un nudo me oprimió el pecho. Me faltaba el aire, no podía respirar. Otra vez no...

—En la *jaula* me dijeron que podía hacer el proyecto que yo quisiera, vosotros mismos me lo dijisteis cuando firmé el contrato. Pero esto no es lo que quiero... —murmuré en un fino hilo de voz antes de que se resquebrajara por completo.

Porque después despertó la bestia. Terminé la frase y apareció el monstruo de las galletas. O el Grinch de la Navidad. O el payaso de *It*. O una fusión de todos los malos de las películas que aterrorizaban a mi hermano pequeño. Carlos Mata dio tal golpe en la mesa de diseño, tan cara y tan bonita, que hizo temblar cada astilla. Se incorporó con torpeza y se ajustó el cinturón mientras me taladraba con sus ojos rabiosos. A Regina se le escapó un gemido y César intentó sin éxito calmar a la fiera antes de que explotara, pero no pudo. Nadie podía pararlo.

—Mi mujer se ríe de mí cuando le cuento que después de una vasectomía hecha adrede me toca criar a chavales cuyas preocupaciones me importan una mierda. —En su cara se dibujó una sonrisa maquiavélica. Después apoyó las palmas sobre la mesa, como un león antes de dar caza a

la presa. Me encogí en el asiento y eché la cabeza hacia atrás casi por instinto, como si tuviese un radar que me avisara que se acercaba el peligro—. Voy a ser muy claro contigo, Eva. Me importan tres narices tus lamentos. Vas a cantar esas canciones porque al ejército sin cerebro que te sigue le importa una mierda que echés de menos a tu hermano pequeño o que en el programucho que ganaste vivieras algo traumático. O cantas esas canciones o me encargaré yo mismo de que tu carrera sea tan fugaz que nadie se acordará de ti. O lo tomas o lo dejas, así de sencillo. —Cogió aire y volvió a ocupar su asiento—. Regina..., ¡mi café!

—Carlos, no puedes...

—Tú cállate y haz tu trabajo. Tanta cara de guapo, ¿para qué? Te faltan cojones.

El corazón me latía con violencia. Me sudaban las manos y me temblaba el labio inferior. Ninguna señal esperanzadora. No levanté la cabeza ni miré sus caras cuando Carlos Mata y César se enzarzaron en una discusión acalorada. Carlos no paraba de gritar como un poseso, daba golpes en la mesa y se cagaba en todo sin parar. César pasó de intentar que entrara en razón a subir el tono de voz y decirle que era un neandertal. Me tapé las orejas y aguanté las lágrimas hasta que escuché a Luisana sorber de su pajita. Disfrutaba de la escena como una niña pequeña que ve sus dibujos favoritos. Creo que fue en ese momento cuando la angustia que me subía por la garganta se transformó en un sentimiento de frustración que me superaba. Y lo peor de todo es que no podía hacer nada. Bueno, podía irme. Salir de allí para que no me vieran llorar, así que lo hice. Fue un arrebato, un impulso involuntario del cerebro que me dijo: «Levántate y corre».

Dejé abierta la puerta de la sala cuando hui con la adrenalina soltándome pequeñas descargas. Derramé las primeras lágrimas tras chocarme con el chico que limpiaba los cristales de la sala de al lado. Aceleré el paso por el pasillo con todas las miradas encima. La gente, desde sus ordenadores, observaba con interés mis movimientos. Despegaron las cabezas de la pantalla y cuchichearon entre ellos. Incluso dos hombres salieron del estudio de grabación más cercano para ver de dónde venía tanto jaleo. Solo eché la vista atrás al escuchar el acento argentino de Luisana, que farfullaba y le pedía a Regina que corriera detrás de mí. Mi única preocupación era no caer rodando y me esforcé en controlar las piernas. Un paso en falso y caería de bruces contra el suelo. Al fondo divisé por fin el ascensor, tan iluminado por el letrero de Louder Music que parecía una señal divina que me mostraba la salida. Corrí como nunca.

—Eva, por el amor de Dios, ¡espera! —gritó Regina.

Las puertas del ascensor se abrieron de par en par. Dentro, el chico nuevo —¿Quique se llamaba?— sostenía con cierta torpeza un vaso de café. Sus ojos, de un verde intenso, se abrieron casi tanto como su boca. Le rogué que se echara a un lado. Regina le ordenó que cerrara las puertas. Confundido, puso un pie dentro y otro fuera del ascensor, pero resbaló. Cruzó las piernas, se tambaleó y entonces se produjo el desastre. Se le cayó el café encima y justo cuando las puertas se iban a cerrar, conseguí cruzar la línea de meta y escapar.

—Por los pelos —dije casi sin respiración.

El ascensor bajó varios pisos y presioné el botón de «Stop». Frenamos en seco y nos quedamos suspendidos entre la planta diecinueve y la dieciocho.

—¡No, por favor!

—Tranquilo, no pasa nada. —Me senté en el suelo con cuidado de no mancharme con el café que estaba vertido por el suelo. Metí la cabeza entre las piernas y solté el aire—. Solo necesito un par de minutos...

—Por favor, no sé gestionar las situaciones de peligro. —La respiración del chico se agitó y daba grandes bocanadas de aire—. Ni accidentes de avión, ni nadar con tiburones, ni peleas de gallos, ni quedarme atrapado en un ascensor con La Chica del Pop...

—He sido yo la que ha parado el ascensor. No te preocupes, Quique.

Al pronunciar su nombre, reaccionó.

—¿Sabes mi nombre? Bueno, es evidente que lo sabes porque lo acabas de decir, pero... ¡sabes mi nombre!

—Claro, nos hemos conocido hoy.

—Sí, pero luego me han mandado a por un café y... me van a matar.

Pisó con cuidado para no mancharse las zapatillas y se sentó a mi lado.

—No, si me matan a mí primero.

Su expresión se transformó en una mueca de preocupación cuando se fijó en las heridas que tenía en las manos. Había apretado los puños con tantas ganas que me clavé las uñas hasta hacerme sangre.

—¿Estás bien?

—Ahora sí, pero creo que Luisana me va a matar. Carlos Mata me va a matar. César me va a matar. —Eché un vistazo al fondo de pantalla de mi móvil y me quedé mirando la última foto que nos hicimos en familia. Recreemos la famosa escena de *Los Serrano* en el sofá el mismo día que vine a vivir a Madrid—. Y mis padres también me van a matar. Además, lo van a hacer de forma lenta y dolorosa mientras me echan una bronca de las grandes, de esas que pasan a la historia por cagarla como nunca.

—Nadie te va a matar, eres La Chica del Pop.

—Una cantante con cero unidades y cero kilómetros hechos que acaba de pelearse con el mandamás de la industria musical.

—¿Te has peleado con Carlos Mata? Seguro que se lo merecía, es un cretino. —Quique, sorprendido de lo que él mismo acababa de decir, se tapó la boca. Los dos nos echamos a reír—. Quiero decir... que parece un hombre complicado.

—En realidad, lo entiendo. Entiendo que es su trabajo y sabe lo que hace. Pero se suponía que iba a poder cantar mis propias canciones. Se suponía que era lo que les gustaba de mí.

«Diecinueve años y tienes la mejor voz de este puto país y escribes mejor que la panda de inútiles que suenan en la radio» —imité la voz ronca de Carlos Mata.

—¿Quieren que cantes temas que han escrito otros?

—Quieren que cante canciones románticas que otros han escrito para mí. Y lo peor de todo es que firmé un contrato que mi padre se leyó en diagonal, así que pueden obligarme —respondí con tono derrotista.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ahora mismo me encantaría coger un tren, irme a Barcelona y quedar con mi amiga Sara en el kilómetro dos de Premiá de Mar, pero no puedo. ¿Alguna idea?

—¿Quieres saber mi opinión? —preguntó y vi que intentaba contener la emoción.

—Claro que sí. Sé muy bien lo que opinan los de ahí arriba, pero ¿y tú?

Quique masculló una idea en silencio y después dijo:

—Que conste que me parece una jugarreta lo que te han hecho, y no me pidas delante de ellos que lo diga porque soy capaz de hacerlo y quiero conservar este trabajo. Eso sí es que no me echan por no ser capaz de llevar un mísero café.

—Pero...

—Pero no puedes tirar la toalla ahora que empieza todo. Hay mucha gente que te espera —exclamó con entusiasmo—. Además, no es para tanto. ¡Será por artistas que cantan canciones que no son tuyas!

—Sí, pero yo soy compositora. Bueno, lo era...

—Mira, escúchame. ¿Conoces a Sky? —preguntó.

—Claro que conozco a Sky. Mi disco favorito es *Planetario*, aunque *Crisantemo* me parece...

—¡El disco más infravalorado de la historia! —gritamos como dos fans histéricos.

Quique y yo experimentamos esa conexión que se produce entre dos personas cuando descubren que comparten algo más que un momento de angustia en un ascensor. Saltaron chispas y el instinto me avisó de que él estaba a punto de convertirse en uno de esos amigos que se hacen para toda la vida.

—¿Sabes que la primera vez que pensé en ser cantante y todo eso fue cantando un tema de Sky en una función del instituto?

—¿Sabes que me di cuenta de que me gustaban los chicos en un concierto de Sky?

No pude evitar echarme a reír y contagié a Quique.

—Fui con mi mejor amigo. Me dijo que había comprado unas entradas, pero en realidad se las ingenió para que nos coláramos en el WiZink Center. Y cuando sonó «Entre galaxias» nos miramos y le planté un beso en los morros.

—¿Y qué hizo él?

—Rechazarme durante cinco segundos. Después volvió a por más.

Quique me contó la historia con Aitor, su amigo del barrio. A su manera. Porque hablaba mucho y saltaba de un tema a otro con la misma facilidad que alguien podría cambiar de canal con el mando a distancia. Pero no me importaba, me gustaba escucharle. Consiguió que me olvidara de todo el drama.

—El caso es que Sky, después del EP que sacó con un sello independiente, tuvo que cantar canciones que no eran suyas. Lo contó en una entrevista para *Rolling Stone*. La discográfica la obligó a cantar canciones románticas y ella no quería porque un hombre le había roto el corazón. Estaba despechada, escribió más de cincuenta canciones de desamor y las tiraron todas a la basura. Al menos de primeras. Aceptó la oferta de sus jefes, cantó lo que le pidieron y cuando se convirtió en la *fucking* estrella sacó el disco que quería.

—*¡Flores marchitas!*

—Exacto. *Flores marchitas* lo compuso después del EP y antes del disco debut. Y se lo dedicó a su ex, que, por cierto, nadie sabe quién es —dijo.

—Lo más curioso de todo es que he intentado muchas veces escribirle una canción a Lucas y no he podido. Nunca.

Quique se levantó y me ofreció su mano.

—Estoy seguro de que lo harás.

—Crees que me has convencido, ¿verdad?

—¿Y lo he hecho?

Pulsé el botón y el ascensor volvió a elevarse con un movimiento brusco.

—Puede... —murmuré—. ¿Subes conmigo?

—No, voy otra vez a por el café. Todavía no me pueden echar. Me niego a no ver cómo triunfas.

8

Las sábanas de las Spice Girls

Quique

—¿Y conseguiste llevar el café?

El abuelo Pepe se levantó del sillón y cogió el andador para ir a la mesa redonda del salón. Era un trayecto corto, no más de un metro, pero sufrí lo mío hasta que llegó y se sentó por fin en la silla. Agarró un vaso de cristal y lo dejó en el borde. Le gustaba escucharme, pero no le podía faltar su chatito de vino tinto. Se llevó el dedo a la boca y capté la indirecta. Saqué la botella del armario del televisor y le serví lo poco que quedaba. Después despeiné su pelo canoso y me senté a su lado.

—No me escuchas. Te cuento que he conocido a La Chica del Pop, a mi artista favorita de todos los tiempos, ¿y me preguntas por el café?

—Niño, si tu trabajo depende de ese café..., pues por el café pregunto. —El abuelo Pepe bebió un sorbo y se limpió la boca con su pañuelo de tela.

—Vale, sí, llevé el café, pero el capullo del jefe ya se había ido, así que se lo quedó Regina. Me preguntó si llevaba coñac y se lo bebió de una sentada.

—¿Y dices que esa es tu jefa?

—La misma.

—Este mundo cada vez está más loco, pero me gustan las mujeres con carácter. —Dio otro trago de vino—. ¿Y no te dijo nada más?

—Me buscó un ordenador libre y me pidió que recopilara todas las noticias que habían salido de Tommy YUM. Hacía apenas unas horas que había roto el teléfono de un fan al salir de una discoteca y había bastante jaleo por eso. —Me quedé pensativo mientras intentaba recordar—. «Chisss, chisss. Haz el clipping de ese macarra y espera a que vuelva», me dijo.

—¿El qué? ¿Qué es eso de *clipin*? A mí háblame en castellano, Enrique. —Empezó a toser—. ¿Y qué nombre es ese para un cantante? Bertín Osborne, Julio Iglesias, Raphael..., ¡eso sí que son nombres de verdad!

—Ya empezamos con los cantantes de rancheras y boleros.

—Vale, entonces háblame de la mujer del coñac. ¿Es maja? —preguntó, sonriendo tanto que pude contar los dientes que le quedaban.

—Abuelo, tiene cuarenta y pocos. ¡Y es mi jefa! Además, luego pasó de mí. Preparé una presentación con algunas ideas que tenía y no la quiso ni ver. La verdad es que pensaba...

—¿Qué pensabas? Venga, arranca.

—No sé, pensaba que mis ideas iban a ser tenidas en cuenta.

—Ya tendrás oportunidad, hijo. No seas impaciente y no quieras hacerlo todo el primer día. Cuando yo trabajaba en la fábrica...

—Abuelo, soy la persona más paciente del planeta, pero llevo mucho tiempo en busca de esto y esperaba que fuese de otra forma.

—Entonces ¿ya no quieres trabajar más en el sitio ese?

Recibí esa pregunta como un jarro de agua fría en la cara. Reculé a toda velocidad, no fuera que al decirlo en voz alta lo escuchara Regina o el señor al que le rezaba todas las noches el abuelo Pepe y me largaran de Louder Music después de todo.

—Pero ¡abuelo!

Se sobresaltó y se le marcaron todas las arrugas de la cara.

—¿Qué pasa, nenico?

—¿Cómo no voy a querer trabajar allí? Es Louder Music. Es lo mejor que me ha podido pasar en la vida. ¡Que me he quedado encerrado en un ascensor con La Chica del Pop!

—Pero me estás diciendo que no sé qué y no sé cuántos.

—Nada, nada. Son tonterías mías. —El abuelo, confundido, liberó un suspiro largo y profundo antes de pedirme que abriera otra botella de vino—. El sitio es increíble, es una oportunidad única.

—Ay, Enrique. No te entiendo.

—En realidad me quejo por quejarme. Estoy feliz de la vida. Por fin estoy viviendo mi sueño.

—Entonces ya está. —Se manchó los labios de vino y me regaló una de esas sonrisas largas que reconfortan a cualquiera.

Escuchamos el tintineo del llavero de mi madre. Introdujo la llave por la cerradura y en cuanto se abrió la puerta, sin saludarnos y a grito pelado, se puso a contar una historia rocambolesca entre la pescadera y el gerente del supermercado. Corrí a la cocina y metí el guiso que había preparado en el microondas.

—¿No has comprado la botella de cava? Te dije que hoy íbamos a brindar por el chaval —le dijo el abuelo Pepe a mi madre mientras ponía la mesa para la cena.

—Papá, hoy he tenido mucho lío y se me ha ido el santo al cielo, así que no empieces.

—Pero si trabajas en un supermercado. ¿No se te ha pasado por la cabeza cuando has cruzado

el pasillo de las bebidas? Qué hija más despistada tengo.

—No pasa nada, abuelo. No discutáis.

—Eso, no discutas. Si no se brinda hoy, ya se brindará mañana. —Mi madre me besó en la mejilla y volvió a la historia del gerente con la pescadera—. Como os iba diciendo...

El abuelo Pepe y yo desconectamos en cuanto salió por la puerta del salón para cambiarse de ropa y ponerse cómoda.

—Enrique, saca un vaso pequeño del armario y ven aquí conmigo.

—Sabes que odio el sabor del vino.

—Si tienes estómago para el veneno que os ponen en los saraos a los que vais, también tienes estómago para beberte un chato de vino con tu abuelo. —Llenó su vaso y el mío. Alzó el brazo en señal de brindis y los cristales sonaron al chocar—. Pero que no se entere tu madre de que te doy de beber entre semana.

Me lo bebí todo de un trago que me hizo sentir un escalofrío cuando el vino resbaló por la garganta. La cara de asco que puse le tuvo que hacer mucha gracia porque le entró la risa tonta y terminamos los dos a carcajadas. La felicidad de ese instante casi se podía tocar con las yemas de los dedos. Un rato después, cuando terminé de fregar los platos de la cena y le reñí porque no quería tomarse sus siete pastillas reglamentarias, entré en mi habitación y cerré la puerta con pestillo. No pensaba tocarme ni hacer nada por el estilo, pero mi madre tenía la extraña manía de entrar sin avisar y necesitaba con urgencia parar un minuto para comprobar que todo seguía en su sitio: el póster de Sky pegado con chinchetas encima del escritorio; el portarretrato hecho con depresores de madera que me regaló Carlota en un amigo invisible; la lámpara de Pokémon que mi madre se negaba a tirar porque le encantaba humillarme... No estaba rota, seguía intacta, así que no me encontraba en un sueño y eso me alivió bastante.

Me tiré a la cama con los pies descalzos y el pijama puesto. La última vez que alcancé tal grado de agotamiento fue la noche que pasé a la intemperie para estar en primera fila en el último concierto que dio Sky en el Wanda Metropolitano. Me dolían los dedos de los pies y la cabeza me iba a explotar. Las consecuencias del éxito, supongo. Fue rozar las sábanas de las Spice Girls que mi madre llevaba reciclando desde su rebelde adolescencia y suspirar de alivio. Me desperecé con ganas, sentí cómo se relajaba cada músculo y disfruté del cosquilleo que subía y bajaba por todo mi cuerpo. La mejor sensación del mundo. Estiré el brazo hasta la mesilla para coger el móvil y empezar con el ritual de buenas noches. Variaba según la época del año, pero lo normal era escuchar el track 1 de *Planetario*, «Estrella fugaz», ver cualquier actuación de los MTV emitida entre el 2005 y el 2011 que me recomendara YouTube y sintonizar el programa de Morning Rey hasta quedarme sopa. Ah, y el mensaje de dulces sueños que Aitor y yo nos mandábamos desde que el abuelo se gastó media pensión para comprarme un teléfono por mi

catorce cumpleaños. Como ese día era especial no hubo wasap, pero sí llamada. Una, además, subida de tono.

—¿Eres tú la nueva estrella salida del barrio del Pilar? —dijo Aitor, adormilado.

—Cállate y no seas un capullo.

—Muy chulas las fotos que me has mandado, pero no me creo que no le hayas pedido una a La Chica del Pop cuando la has tenido secuestrada en el ascensor.

—Otra vez vuelves a ser un capullo.

—Pues ¿sabes? Tienes razón. Yo, Aitor, soy un capullo. Y aparte, ahora mismo, tengo el otro capullo bastante grande. ¿Quieres verlo?

—Aitor, no te pega ese vocabulario tan guarro —dije con tono pasota.

Pero sus palabras, con esa voz de macarra estirado, las escuchó la única parte de mi cuerpo sobre la que no tenía ningún control. Estaba muerto de cansancio, solo quería dormir, pero Aitor sabía cómo hacer despertar otras emociones más... calenturientas.

—Te he mandado una foto bomba al WhatsApp.

—No empieces...

Pero despegué el teléfono de la oreja y fui directo. Me moría de ganas. La abrí y ahí estaba una imagen que pretendía ser sugerente, aunque no dejaba nada a la imaginación. El ángulo era perfecto y lo recogía todo: su abdomen, definido y sin pelo, el vello en el pubis y... el capullo, claro. El capullo en todo su esplendor y en todo su apogeo.

—Te has quedado mudo, Quique. ¿Demasiado grande para el amigo de La Chica del Pop? — Su voz sonó entrecortada.

Escuché sus jadeos y sentí la necesidad de seguirle hasta el final. Me bajé el pantalón del pijama hasta las rodillas, la agarré y me uní a mi amigo en silencio. Porque así nos gustaba, sin decir nada, sincronizados, hasta morirnos del gusto. Saqué papel higiénico del cajón de la mesilla, limpié las pruebas del crimen y, abatido, me quedé dormido mientras pensaba en lo inaceptable que era ver las caras de Geri Halliwell, Melanie C, Victoria Beckham, Melanie B y Emma Bunton después de correrme. Ya era hora de deshacerse de las sábanas de las Spice Girls.

9

La cabina del silencio

Quique

Al día siguiente, las cosas se desarrollaron de forma diferente. Llegué puntual y mi tarjeta de acceso funcionaba. No tuve que pelearme con Antonio, el de recepción, aunque, por la mirada que me echó, todavía no se había olvidado de nuestro pequeño rifirrafe. Y fue un alivio no encontrarme a César en el ascensor. Solo de pensarlo me entraban sudores fríos. Qué tontería, ¿verdad? En esa segunda jornada como el chico nuevo de Louder Music no hubo reuniones, ni cafés accidentados ni visita de La Chica del Pop. Estábamos solo Regina y yo. Yo y Regina. Y las cosas se desarrollaron, como decía, de forma diferente.

—Te he traído un donut glaseado de la mejor pastelería del barrio del Pilar, vas a flipar.

Regina corrió su silla hasta mi sitio con los ojos abiertos como platos.

—Chisss, chisss, guarda eso, por Dios y por la virgen.

—¿No te gustan los donuts?

—Quique, estoy a dieta —murmuró con la boca pequeña—. A ver si te crees que me mantengo tan estupenda de comer guarrerías.

—Un día es un día, mujer.

—Un día dice... —Miró de reojo la bolsa aceitosa del donut y me la quitó de las manos. La guardó en la cajonera y se santiguó. No se comió el donut, pero sí dos chicles mentolados para engañar al estómago—. Venga, al lío, que tenemos mucho trabajo.

—Ya te he pasado el clipping del primer turno, aunque no hay nada muy reseñable. ¿Con qué me pongo ahora? He pensado...

—¿Ya has terminado? Qué rápido, muy bien, muy bien. Déjame pensar..., sí, quizá podemos pasar al siguiente nivel... No es ninguna tontería... Sí, decidido. —Dejé de encorvar la espalda, descrucé las piernas y abrí bien los oídos—. Te voy a pasar unos datos de Miguel Velázquez. Empieza la gira en otoño en Fuengirola, esto es extremadamente confidencial, y estaría bien trabajar en una nota de prensa. Algo sencillo y aséptico, ¿entendido?

Pasé de la emoción a la decepción en una milésima de segundo.

—¿Miguel Velázquez? Pero ¿ese hombre no se retiró cuando salió aquel vídeo...?

—Chisss, chisss. Aquí no hablamos de esas cosas, pero, entre tú y yo, el pobre mío no vende una copia desde aquella encerrona. Lo que ocurre es que fue pupilo de Carlos y tenemos que mimarlo de vez en cuando.

—Claro, claro. Hay que cuidar de los artistas de la casa —dije muy cumplidito. Solo pretendía allanar el terreno antes de soltar la gran idea que me rondaba por la cabeza—, aunque, en realidad, había pensado que... estaría bien...

—Venga, arranca.

—He pensado que podría ir al estudio con La Chica del Pop para...

—¡Virgen del amor hermoso! Pero ¿qué estás diciendo?

Regina se asustó tanto que se llevó las manos a las tetas, aunque eran inabarcables.

—He estado toda la noche dándole vueltas. —Me levanté entusiasmado y desarrollé mi gran idea. Gestualicé tanto que parecía el hombre del tiempo—. Y creo que estaría bien. Ver el proceso de creación de las canciones de su primer disco me puede ayudar a armar su línea gráfica, el tipo de portada que mejor le encaja, la elección de los temas...

—Para el carro, para el carro. Y, por el amor hermoso, baja el tono que nos echan de aquí en un santiamén. —Regina abrió la cajonera, sacó la bolsa aceitosa y le dio un buen mordisco al donut de azúcar—. ¿Tú ves dónde estás?

—Claro, en Louder Music. ¡La mejor discográfica de...!

—No, no, dónde estás sentado. Mira el cartel que cuelga del techo —dijo con la boca llena.

Eché un vistazo a mi alrededor, confuso. Regina y yo compartíamos uno de los diez cubículos que había en un espacio abierto ubicado entre los despachos de los hombres poderosos y la sala polivalente en la que se reunían esos mismos hombres poderosos. Lo llamaban oficina amigable, aunque no veíamos ni a los compañeros que teníamos enfrente por las pantallas que nos separaban los unos de los otros. En Louder Music tenían una filosofía muy extraña: valoraban el trabajo en equipo, pero no dejaban que nos relacionásemos con las otras Reginas y Quiques del departamento.

—Estoy sentado aquí, contigo, en Comunicación.

—Exacto, tú lo has dicho: co-mu-ni-ca-ción, no pro-duc-to. Ni A&R. En Comunicación hacemos muchas cosas. Vamos a la guerra si hace falta, pero los *canteríos* y los cantantes..., sobre todo La Chica del Pop, eso es trabajo de César. —Abrí la boca para hablar, pero...—. Alma de cántaro, aquí va un nuevo consejo si quieres sobrevivir en esta bonita y desquiciante empresa, la gente como nosotros hacemos lo de ver, oír y callar y, sobre todo, no nos entrometemos en el trabajo de Producto. Esa es la regla número uno.

—Pero, Regina. Yo...

—Tú hazme caso. Todos parecen venidos de Hollywood, tan guapos, ricos y maravillosos, pero son infelices. Dan tanto que no tienen tiempo para todo lo demás. Ni hijos ni familia. Es una pena, una verdadera pena, pero es así. A nosotros con nuestras notitas de prensa y nuestros marrones nos va a ir genial, ya verás. ¡Te va a encantar!

Regina y yo giramos las cabezas al escuchar los pasos de un grupo de personas. Eran ellos, los cuatro jinetes de Louder Music, que caminaban en fila india detrás de Carlos Mata.

—Ahora lo ves, ¿verdad? —Regina me agarró de la muñeca de la misma manera que hacía el abuelo Pepe cuando me contaba sus batallitas.

Y, bajando el tono de voz, me contó que en Louder Music, como en la vida, había más de un gallo del corral. Carlos Mata no tenía hijos, pero sí cuatro pupilos obedientes y generosos que hacían que la rueda de la fortuna no dejara de moverse. Marta Sirodey, una señora de pelo canoso y mirada simpática, llevaba a los cantantes más veteranos. Los que vivían de los royalties y de hacer bolos en televisión. Inés, una cincuentona desquiciada, asumía el cartel de los artistas emergentes. Chicos y chicas con el número suficiente de escuchas en Spotify como para llenar salas pequeñas y cubrir las bajas en los festivales de verano. Los favoritos de Carlos Mata, sin embargo, eran los hombres: César y Roger, o como los llamaba Regina: los machos alfa. César partía con ventaja, y no por vestir bien o ser el más joven de los cuatro. Su trabajo consistía en encumbrar a La Chica del Pop, el diamante en bruto de la compañía, y a otras voces que año tras año reportaban cantidades ingentes de dinero. El ojito derecho del mandamás. Roger, por su parte, era el hombre repeinado con gomina de *Operación Pop*. Tenía serias dificultades para disimular su cara de corrupto y abusón. El plantel más grande lo tenía él. Y era así porque salía en televisión, carecía de escrúpulos y no le temblaba el pulso a la hora de echar a patadas al primero que no le reportase beneficios para probar suerte con otras voces. Lucas Risu, Zoe y Tommy YUM formaban parte de su equipo ahora que estaban de moda, aunque su futuro en Louder Music no estaba asegurado. La única intocable, la única por la que bebía los vientos Roger, y aquí casi me muero de un síncope, era Sky.

—¿Ese es el jefe de Producto de Sky? Tiene cara de...

—Sí, hijo, sí. Tiene cara de lo que es. En fin, que le damos al pico y no trabajamos.

—No me lo puedo creer. Normal que Sky lleve tanto tiempo sin sacar una triste canción.

—Roger no tiene nada que ver con que... —Su voz se fue apagando a medida que hablaba.

—¿Entonces? Por favor, cuéntamelo. ¿Sabes que con quince años cogí un autobús a Bilbao sin decírselo a mi madre porque me quedé sin entradas para su concierto en Madrid? Aunque después me colé..., me invitaron al WiZink, quiero decir.

—Anda, calla ya y no me tires más de la lengua.

Seguí los pasos de Marta Sirodey, Inés, César y Roger hasta que se metieron en la misma sala de reuniones donde conocí a La Chica del Pop. Los observé con mucha atención. Su manera de

moverse, sus miradas de complicidad, la rivalidad clarísima que había entre César y Roger. Admito que sentí envidia, pero de la buena. Quería ser uno de ellos. Vestir como ellos, andar con la misma seguridad que ellos y estar tan valorado como ellos.

—Entonces, me pongo con la nota de prensa de Miguel Velázquez, ¿no? —pregunté con cierto desánimo y sin dejar de mirarlos.

—Sí, y quita esa cara de pasmarote. —Regina terminó de comerse el donut y chupó el azúcar que se le quedó entre los dedos—. Mírame, sufro porque mi dietista me tiene prohibida la carbonara y el vino blanco, ¿y me ves quejarme? Pues ya está. Si quieres, para que se te pase la tontería, vete a una de las cabinas insonorizadas que están pegadas al Estudio Tres y llama al mánager de Miguel. Pídele unas declaraciones para la nota de prensa. Le podríamos enviar un mail, pero ese hombre tiene tantos años que pierde la contraseña de su correo electrónico cada dos por tres. —Regina escribió el número de teléfono en un pósit y me lo entregó—. Y recuerda: nada de cosas raras. Entra y sal de la cabina sin hacer ruido.

El abuelo Pepe siempre me decía: «Obedece lo justo y aprende lo necesario». Nunca entendí bien qué quería decir con eso, pero el dicho cobró más sentido que nunca. No podía exponer mis ideas en público, pero sí fisgonear por las esquinas. Además, por casualidad, los estudios de grabación me pillaban de paso, de modo que caminé más lento para no perderme ningún detalle. El Estudio Uno estaba vacío. Abrí la puerta muy despacio, comprobé que nadie más que yo merodeaba por allí y miré desde la distancia las mesas de mezclas, los monitores encendidos y la cabina de sonido tras el cristal. Se me pusieron los pelos de punta. Proyecté una imagen. Me vi a mí mismo, con un corte de pelo decente y ropa que no estuviera pasada de moda, acompañando a La Chica del Pop en la grabación de su cuarto disco. Yo era su jefe de Producto y ella la artista internacional número uno.

El sueño duró poco. Desperté yo solito en el momento que escuché unas voces que se aproximaban. Casi me dio un infarto, aunque respiré tranquilo cuando salí al pasillo y no vi a nadie. Guie entonces mis pasos hasta el Estudio Dos y..., sorpresa, estaba Tommy YUM tras el micrófono dorado grabando las segundas voces de un tema trap muy parecido a su anterior single. Le costaba mantener la cabeza recta por el peso de la cadena de oro que le colgaba del cuello. Frente a él, en la sala de control, unos hombres, vestidos con el mismo chándal negro de Adidas que él, hablaban y fumaban de manera compulsiva. Estaba a punto de abrir la puerta y escuchar la conversación, cuando una tos nerviosa me recordó, una vez más, cuál era mi sitio en Louder Music. Al otro lado del pasillo, con los ojos encendidos y bufando como un gato mojado, Regina me taladró con la mirada.

—Ya voy, ya voy —dije con las manos juntas para pedir perdón.

Agaché la cabeza, encorvé la espalda y, como un niño al que han mandado al rincón de pensar, pasé por el pasillo sin levantar la mirada cuando crucé el Estudio Tres. Me encerré en la cabina

silenciosa sin mirar atrás. Y con toda la desgana del mundo, conecté los auriculares al teléfono, abrí la libreta por una hoja en blanco y marqué el número del mánager de Miguel Velázquez, como si fuera un teleoperador de Vodafone preparado para captar nuevos clientes. Todo un reto profesional. El teléfono dio señal, me preparé para ser la persona encantadora de siempre que adoraba su trabajo y... entonces sufrí un microinfarto cuando llamaron a la puerta de la cabina una y otra vez. Podía haber sido cualquiera, pero, desde luego, César Castellano no era cualquiera.

—¿Puedo entrar? Es urgente. —César entreabrió la puerta y me miró con sus ojos oscuros y asquerosamente hipnóticos.

—Estoy llamando a..., bueno, ya da igual.

De todas formas, César entró y me robó todo el oxígeno.

—Las otras cabinas están ocupadas, va a ser una llamada muy rápida.

—Sí, esta cabina también estaba ocupada.

Sin escucharme, cogió el teléfono con una mano y apoyó la otra contra la pared. Me puso el sobaco en la cara. Me podía haber importado, pero olía tan bien que hubiera dejado que me lo restregase por la cara. Pero ¿en qué pensaba? En realidad, no. Qué guarrada.

—¿Hola? Sí, mira soy César Castellano. Acabo de recibir una llamada vuestra. —Sus ojos oscilaron entre los míos y los auriculares que colgaban de mis orejas—. ¿A qué hora dices que llega? A esa hora no puedo, tiene que ser más tarde. ¿Os importa que sea rollo siete? —Me quitó el bolígrafo y escribió en mi libreta: «Estoy de mudanza. No te mudes nunca». Mi boca se estiró hasta dibujar una media sonrisa, pero volví de inmediato a la expresión más borde que se podía permitir un chico tan simpático como yo—. Perfecto, pues quedamos en eso. Muchas gracias y siento las molestias.

Colgó y me mantuvo la mirada, desafiante. ¿A qué jugábamos? Sacudí la cabeza contrariado.

—¿Puedo hacer ya mi llamada? —pregunté, en un intento de parecer digno.

No era nada fácil. Él lo ocupaba absolutamente todo.

—Por cierto, soy César.

—¿En serio? Nos conocimos ayer.

—Va, en serio. No me sueñas de nada. ¿En qué departamento estás?

Sentí que el calor me subía por las mejillas. No me había sentido tan humillado desde que Raquel me bajó el pantalón y los calzoncillos en medio de una clase de Educación Física.

—Tengo que hacer esta llamada —repetí.

—Vale, no tienes mucha conversación por lo que veo. —César sonrió—. Por cierto, consigue unos auriculares inalámbricos, vas a trabajar mejor.

—Ok. Tomo nota.

—Perfecto, pues que te vaya bien.

César salió de la cabina y se perdió por el pasillo. Me quedé allí dentro, de pie, para asimilar el hecho de lo insignificante que debía ser como para que la persona con la que me había cruzado dos veces en mi primer día de trabajo no se acordara del nuevo chico de Comunicación. Le importaba tan poco que no había reparado en mí cuando me echó la bronca en el ascensor ni cuando Carlos Mata me colgó el cartel de becario al pedirme su café de buenos días. Antes de que la rabia se apoderase de mí, en mi mente le dediqué varios adjetivos que le venían al pelo: capullo, cretino, imbécil, chulo, prepotente, canalla... No fue suficiente para calmar mi orgullo herido. Necesitaba algo más. Se me ocurrió arrancar las hojas de las libretas y hacerlas pedazos. Si a mi madre le funcionaba hacerlo con las facturas, ¿por qué a mí no? Me disponía a seguir mi instinto de poseso desquiciado cuando reparé en la hoja en blanco por la que estaba abierto el cuaderno. Al lado de la nota, César había escrito otra cosa. No sé ni cuándo ni cómo, pero agaché las orejas como un conejito arrepentido y la indignación se convirtió en otra cosa que me vino bien no identificar en ese momento. ¿Que qué ponía en la libreta? «Nos vemos pronto, Quique. Si aguantas aquí lo suficiente, me comprometo a regalarte unos auriculares inalámbricos».

10

La envidia

La Chica del Pop

Un día, Sara, mi mejor amiga y testigo —protegido— de mi currículo amoroso, me pidió que describiera a Lucas con dos palabras. En la *jaula* se me había concedido solo un minuto para hablar con ella por teléfono en una jornada de «líneas abiertas» y lo único que me pidió fue eso: dos palabras para el chico que había logrado conquistar el corazón de la chica menos enamoradiza de Premiá de Mar. No pude hacerlo. No por nada, sino porque me era imposible explicar lo que me hacía sentir Lucas en solo dos palabras. Además, mi amiga tenía razón, había conseguido lo imposible. La Eva de antes no se hubiera fijado nunca en alguien como él. No se hubiera dejado impresionar. Porque ese era el efecto que causaba Lucas en los demás: fascinación. En Twitter lo llamaban el «príncipe encantador» y, a todos los efectos, lo era. Un chico con cara de haber dejado en el camino muchos corazones rotos. Ese jueves de junio, mucho tiempo después de la llamada de mi amiga Sara, aparecieron de improviso esas dos palabras revoloteando por mi cabeza mientras le observaba desde el palco del teatro Eslava. Observador y embaucador. Así era Lucas Risu.

—Nena, tu pibe no puede estar más bueno. Un buen canalla, pero qué delicia de hombre.

—Luisana, no quiero ser maleducada y llamarte asaltacunas porque es una palabra que me parece horrible, pero, por lo menos, le sacas veinte años. ¡Es casi pederastia!

—¿Y qué más da, boluda? Si vos no lo decís, lo tendré que decir yo. —Los ojos expresivos de Luisana se quedaron fijos en el photocall que había montado la discográfica para Lucas en uno de los teatros más antiguos de Madrid. Se retocó con el pintalabios y cerró el espejo con mucho estilo y con el ruido suficiente para que la gente se fijara en ella—. Sé que me vas a contestar que no, pero, al menos, podrías ponerte un poco de gloss. La cara tan bonita que tienes y lo poco que te gusta lucirla.

—Estoy bien como estoy. Gracias.

—Está bien, nena. Está bien. No insisto más, pero prométeme que dejarás que te hagan un baño de color para el videoclip.

—Qué manía. ¿Qué tiene de malo mi pelo?

—Nada —respondió y me miró con compasión—. Es la nada. ¿Por qué te empeñas en parecer una chica provinciana, querida? Sal de la cueva en la que te metiste y date cuenta de que no lo eres, eres La Chica del Pop. Tienes una categoría y no puedes permitirte ni ese color ni ese corte de pelo.

—¿Si accedo a lo del pelo me dejarás disfrutar de la presentación con tranquilidad? Total, si no decido sobre mis canciones, tampoco pasa nada porque no lo haga sobre mi propio pelo —refunfuñé como una adolescente atormentada.

—Por favor, nena, otra vez con la misma cantinela no, que se me pone un dolor de cabeza insufrible. Ese zoquete de Carlos Mata es el que tiene la guita y es él quien manda, no hay nada más que hablar. Nos la jugó, pero tenemos la lección bien aprendida. En el siguiente contrato se va a enterar por la concha de su madre. Porque, claro...

Luisana Tirelli hablaba sin parar de sus pequeñas batallas en el mundo de la farándula. Le encantaba recrearse en los años en los que llegó a Madrid para trabajar como asistente en una agencia de management superimportante. La dejé hablar todo lo que quiso. En estos meses, si algo había aprendido, era a hacerle el caso justo cuando se pasaba de impertinente o se ponía pesada. Prefería dedicarme a mi segundo hobby favorito en el mundo: pasar las horas con los ojos puestos en Lucas.

Charlaba imperturbable con Roger. Apenas parecía reparar en las decenas de niñas que gritaban su nombre y cantaban sus canciones desde las butacas del teatro. Se mostraba tranquilo, como si aquello no fuera con él. Tenía esa capacidad. En su lugar, yo hubiera estado de los nervios y al borde del desmayo. La presentación de su primer disco. Eso eran palabras mayores y los dos lo sabíamos. Los demás no veían más allá de aquella fachada de estrella con encanto, pero yo podía ver con claridad la ilusión en el brillo de sus ojos color miel. Le había dedicado tantas horas a ese disco que se merecía más que nadie triunfar. Más que yo misma o cualquiera de los que salimos de la *jaula*.

—Nena, mira. —Luisana Tirelli, siempre tan indiscreta, me profirió un codazo—. Tus amiguitos del alma. El tobogán de piojos y el muerto de hambre.

La cortina del palco que teníamos justo enfrente se abrió de par en par. A través de ella pasaron Zoe y Tommy acompañados de varios hombres con traje. Las luces del teatro se apagaron en ese momento. Tony Aguilar entró en el escenario y pidió un fuerte aplauso para Lucas. Aproveché el ruido para agitar los brazos y llamar a Zoe y a Tommy desde lo alto del teatro Eslava. Solo Tommy me vio. Nuestras miradas se cruzaron un segundo, y volvió la vista hacia el escenario sin decir nada.

—¿Qué pasa? —pregunté en un murmullo que se perdió entre el barullo del teatro Eslava.

—¿Qué te dije la primera vez que me enseñaste «Loco encantador»? —El presentador no dejó que Lucas respondiera—. Que iba a ser número uno de LOS40 y el principio de una prometedora carrera. ¿Y dónde estamos ahora? En la presentación de tu primer disco y en un escenario tan icónico como el del teatro Eslava. ¡Esto es increíble, señores!

Me levanté de la silla y llamé a Tommy y Zoe de todas las maneras que se me ocurrieron. Por sus nombres de pila, por sus mote en la *jaula*..., hasta di palmaditas en el aire como una tonta. Luisana movió la cabeza con resignación. Al final no sé qué bicho me picó, pero grité tan fuerte que mi voz se coló por cada esquina del teatro. Zoe levantó un poco la mano, como si le diera vergüenza que la vieran saludarme. No, no era vergüenza. ¿Miedo? Claro que no.

—No entiendo...

Luisana masticó la verdad y después la soltó sin filtro:

—Querida, hace tiempo que esos dos dejaron de ser tus amigos. Ya te lo dije. Fíjate en cómo te miran esos cerdos que se esconden detrás de esos dos. ¿No lo ves? Les corroe la envidia. —Luisana sacó el pintalabios y escondió su boca tras el espejo—. Este misterio se resuelve más rápido que sumar dos más dos, nena. A esos pobres diablitos les han llenado la cabeza de pájaros, les han envenenado con sus lenguas de serpiente. Porque, querida, la realidad es que cuando hagas tu puesta de largo, que va a ser dentro de nada, el mundo entero se olvidará de ellos. Nadie recuerda a los segundones. Jamás. Y que conste que te lo advertí hace tiempo. Ojo de loca no se equivoca, ¿viste?

—Ellos nunca harían eso, son mis amigos. Solo hemos perdido el contacto.

—¡No seas boluda, Eva! En este mundillo se hacen cosas mucho peores que dejar de hablar a una supuesta amiga a la que has conocido hace unos meses en un programa de televisión. Entiendo la edad, la inocencia de la juventud, pero aquí nadie se casa con nadie. Las amistades aquí —giró el dedo para abarcar todo el teatro— no valen un peso.

—Pero Zoe y yo...

—¿Compartisteis confidencias y os enamorasteis de los chicos guapos del programa? De verdad, querida, espabila. ¿De verdad no te das cuenta? ¿Cuándo fue la última vez que hablasteis o que compartisteis un mensaje en WhatsApp?

—La llamé hace un par de semanas. Lucas me dijo que su madre no estaba bien, pero...

—Pero no descolgó el teléfono, claro que no.

—Le escribí después varias veces...

—Pero no te contestó.

—No, no lo hizo... —reconocí, angustiada.

—Y aquí está ella, ¿verdad? Estupendísima de la muerte y con el rapero de medio pelo que ha tenido la osadía de volverte la cara dos veces. ¿No lo ves, Eva? Puedes tener el pelo de

provinciana y me parece horrible que lleves la cara sin un triste rímel, pero no seas una niñita tonta.

Y así, de pronto, la verdad se presentó delante de mí con una claridad pasmosa. Hacía tiempo que la sospechaba, pero en ese momento pude verla clara y cristalina. Y dolía muchísimo.

—Mucha atención, queridas mías, porque tengo una sorpresa para vosotras. Ahora me voy a salir del guion, porque esto no me lo puedo callar... —La voz de Tony Aguilar retumbó en el teatro entero—. ¡Fijaos allí arriba, en el palco de mi derecha! ¡Acompañando al amor de su vida, como no podía ser de otra manera! ¡La Chica del Pop!

Y entonces, con la misma facilidad que el agua cae en una cascada por efecto de la gravedad, se desató el caos y la locura. Los focos se movieron con rapidez y el chorro de luz cayó como una red sobre nosotras. Abajo, igual que una jauría de lobos aullando, los chicos y chicas correataron por el patio de butacas. Algunos lloraban de la emoción y otros gritaban mi nombre. De repente ocurrió lo de la última vez. Lo primero fue la parálisis. No podía mover las piernas y las manos se me agarrotaron de tanto apretar la barandilla. Lo segundo fue el miedo, precedido por un fuerte dolor en el pecho y un nudo bien atado en el estómago. Y lo tercero, el último paso antes de ver una luz cegadora y desfallecer, la sensación de vértigo. El calor intenso en las sienes y un temblor en las extremidades.

Me hubiera desmayado de no ser por Lucas. Lo busqué desesperada para refugiarme en su mirada. En ella, sin embargo, encontré lo mismo que había visto en las de Zoe y Tommy. Solo fue un segundo. No permitió que ese sentimiento tan amargo lo controlase mucho más tiempo. Pero ahí estaba. A pesar de todo, a pesar de nosotros, él también me había mirado como la chica que se lo arrebataría todo. Noté un pellizco en el corazón, una herida sin sangre, una pequeña grieta que me avisó de que pronto se iba a romper en mil pedazos...

Quique

Mi carrera por convertirme en el próximo jefe de Producto de Louder Music iba más despacio de lo que había imaginado en un principio. Las semanas siguientes a mi incorporación no fueron demasiado estimulantes. Intenté chantajear a Regina con toda la bollería de la pastelería del barrio del Pilar, pero ni por esas. Mis tareas seguían siendo las mismas: hacer el maldito clipping y escribir notas de prensa sobre artistas *one hit wonder* cuyas carreras no conseguían remontar varias décadas después. A todo eso había que añadir el calor insoportable de Madrid, lo que me ponía de un humor de perros, y el hecho de que no había vuelto a ver a César Castellano por la discográfica tras nuestro momento fugaz en la cabina del silencio. Para ser sincero, eso era lo que más cabreado me tenía y no entendía muy bien el porqué. Mi suerte, sin embargo, estaba a punto de cambiar en todos los aspectos. Aquel día de julio a treinta y nueve grados, después de una noche de insomnio, recibí una llamada de emergencia. El shock fue real cuando descubrí que al otro lado de un número oculto se encontraba Regina hecha un manojo de nervios. Escupí en el lavabo la pasta de dientes y respondí.

—¡Menos mal que me coges el teléfono!

—¿Estás bien Regina? ¿Pasa algo?

—Chisss, chisss. Escúchame y no me interrumpas, por el amor de Dios. —Me quedé callado y ella también—. ¿Hola? ¿Quique, estás ahí?

—Claro, aquí sigo.

—Pues di algo, hijo mío.

—Perdona, esperaba que hablaras tú...

—Calla, calla. —Puse los ojos en blanco—. Estoy llegando a tu casa en un Cabify, baja ahora mismo.

Me miré en el espejo buscando las palabras exactas que hicieran justicia a semejante desastre. Seguía con el pijama puesto, la cara sin lavar y todavía no había hecho el primer pis de la

mañana. Era evidente que no estaba listo para empezar el día y menos para torear los nervios de Regina.

—¿En mi casa? ¿Estás muy cerca? Necesito tiempo. No estoy vestido ni nada... ¿Y por qué estás en mi casa?

—¡Virgen Santa de Belén! Tienes cinco minutos.

Colgó y cundió el pánico en el hogar de los Barrios. Regina no tuvo en cuenta que mi capacidad de reacción ante situaciones de estrés era un desastre, aunque tampoco pensé que podía ser capaz de todo con tal de contentar a la persona de la que dependía mi futuro en Louder Music. Corrí de un lado a otro en busca de una camisa decente que ponerme. Mi abuelo Pepe se adelantó y me planchó una que había cogido del tendedero mientras repetía una y otra vez una frase muy suya: «La juventud está malita, la juventud no para quieta». Se la quité de las manos y solo abroché la mitad de los botones. Metí las piernas en un pantalón que encontré en la ropa sucia y me puse unos zapatos viejos que me compró mi madre para la boda de una prima allá por el pleistoceno. Me revolví el pelo con las manos, me eché un poco de la colonia fuerte del abuelo y salí por la puerta en el minuto cinco de la cuenta atrás. El récord de mi vida.

Justo enfrente, entre el quiosco de don Manuel y el nuevo bazar del barrio, me esperaba Regina subida en un coche negro con los cristales tintados. Bajó la ventanilla del asiento de atrás con el mismo estilo que una espía rusa. Después hizo muchos aspavientos con las manos y perdió el toque de agente infiltrada. Llevaba prisa, mucha prisa.

—Por el amor de Dios, Quique. ¡Vamos tardísimo! —dijo mientras ella misma, con sus propias manos, me abrochaba el cinturón.

—No son ni las ocho —repliqué.

Regina se encendió un cigarrillo y dio una calada. El conductor le pidió que lo apagara de inmediato.

—Perdón, perdón. —Lo tiró a la acera y subió el cristal de la ventanilla—. No sé dónde tengo la cabeza hoy.

—¿Estás bien, Regina?

—Este trabajo afecta a mi salud. Me refiero a que me encanta, pero voy todo el día como pollo sin cabeza.

—¿Queréis escuchar un poco de música o dejo a Morning Rey? —preguntó el conductor muy amable mientras subía el volumen de la radio. El *pelómetro* de Regina se disparó.

«Queridos oyentes, ¿sabéis dónde se mete La Chica del Pop? No, ¿verdad? Yo tampoco. No da señales de vida. Se la ha comido la tierra. O peor, ha decidido retirarse de la música sin sacar una simple canción porque la fama la ha consumido de forma lenta y dolorosa. Una pena, si queréis saber mi humilde opinión. La muchacha apuntaba maneras y la industria española, tan encorsetada, iba a ser un pelín interesante por primera vez en... ¿años? ¿Décadas? A este paso

vamos a tener que conformarnos con los personajes secundarios de la película. Tommy YUM y Zoe se estarán frotando las manos ahora que les toca sacar disco y se han quitado de en medio a la que seguro les iba a eclipsar cualquier intento de vender una mísera copia. Pobres ilusos. Y no me olvido de nuestro príncipe encantador. Para seros sinceros, el disco de Lucas Risu ha resultado ser bastante normalito, pero, *darling*, sé que me estás escuchando, no tires la toalla. Yo todavía tengo esperanzas en ti, y más ahora que tu amada está fuera de juego. ¿Estará tan fuera de juego que le ha echado el guante a una mujerzuela? Dicen por ahí que va a las fiestas para hacer contactos. Querido, cuidado, que la noche confunde y hay ojos en todas partes».

—¡Quítame inmediatamente a ese impresentable! —El pobre conductor del Cabify, muy apurado, apagó la radio—. Me lleva por el camino de la amargura él y todos los cabritos que le dan audiencia. ¿Tanto pido? Solo necesito un poco de tranquilidad.

Me encogí en el asiento. Menos mal que pequé de prudente y no le conté que yo era uno de esos oyentes que ella soñaba con asfixiar con una bolsa de plástico.

—Hay que tomarse las cosas con calma, que el estrés luego pasa factura —le advertí.

—Pero ¿qué vas a saber tú del estrés? Eres un crío.

—En realidad es una frase de mi abuelo Pepe.

—Pues tiene más razón que un santo. Cuando lleves más tiempo en este trabajo, te darás cuenta de que esto es el pan de cada día.

—Me encanta trabajar en Louder Music.

—Eso dímelo dentro de unos meses. —Regina se acomodó en su asiento. Apoyó la cabeza en el reposacabezas y se metió un chicle en la boca—. Ahora déjame que descanse los ojos unos minutos antes de llegar, ¿quieres? Llevo desde las cinco de la mañana levantada y necesito echar una pequeña siesta antes de llegar a Serrano.

—¿A Serrano? ¿No vamos a la oficina?

—Vamos a por el maldito vestido.

—¿Qué vestido? —Regina enarcó las cejas y abrió un ojo. Cara de irritación elevada a la máxima potencia—. Entiéndeme, no he podido tomarme ni un vaso de leche porque te has plantado en la puerta de mi casa a primera hora y todavía no sé por qué.

—Vale, no desesperes que yo te lo cuento. Vamos al taller de José Conde.

—¿Quién? ¿Se supone que es alguien importante? No me digas que es uno de esos artistas octogenarios que...

—Pero ¿qué dices, muchacho? José Conde, el diseñador. También te digo, puede que esté muy de moda el hombre, pero lo que hace, en mi humilde opinión, ni fu ni fa.

—¿Y qué pasa en el taller?

—Vamos a por un vestido, ya te lo he dicho.

—¿Un vestido para quién?

—Virgen Santa de Belén, ¡cuántas preguntas!

El conductor del Cabify, ojiplático, observaba la escena por el espejo retrovisor.

—Y qué pocas respuestas —dije en un murmullo.

—Está bien, está bien. Pero no te pongas nervioso ni nada por el estilo que es un asunto muy confidencial. Me refiero a que ni se te ocurra decirle nada a los amigos ni al abuelo Pepe. Este tema hay que tratarlo como si fuera un secreto de Estado. ¿Entendido?

Regina miró de reojo al conductor por el retrovisor y le pidió con mucha educación que dejara de poner la oreja. Después se tapó la boca con la mano y me confesó en un susurro:

—La Chica del Pop graba hoy el videoclip de su primer single...

—¡¿QUÉ?!

—Chisss, chisss, hemos quedado en que no abríás la boca.

—Vale, ya me callo. Pero ¡es que es muy fuerte!

—Sí, sí. Muy fuerte y una movida de las gordas.

—¿Y ella está en el taller del tal Conde? ¿Por eso vamos allí? ¡Madre mía, qué fuerte!

—Para el carro, chiquillo. No tiene nada que ver. Esa Luisana Tirelli es un desastre y no ha recogido del taller el vestuario para la sesión de fotos. Menuda mánager se ha echado la pobre chiquilla, también te lo digo. El caso es que nos toca ir a nosotros a por él y llevarlo al set de rodaje. Como decía, un marronazo de los gordos.

—¿En serio? ¿Y yo también voy?

—No estaba muy convencida, pero César pensó que estaría bien que te diera un poco el aire... Además, no se me ocurre dejarte solo para que des vueltas por la oficina. ¡Imagínate!

—¿Ha sido idea de César?

Sentí cosas fuertes.

—Sí, hijo, sí. No te voy a negar que el hombre me tiene desconcertada. Un día dice una cosa, y otro, la contraria. Me trae loca.

—¿Y voy al videoclip de La Chica del Pop? —pregunté sin creérmelo todavía.

—¿No querías marcha? Pues te vas a hartar.

El taller de José Conde hacía esquina con Ortega y Gasset. A esas horas tan tempranas las calles todavía no estaban puestas. Los escaparates de las tiendas seguían apagados y lo único que se movía por allí era un paseador de perros que intentaba que el chihuahua y los dos cockers que llevaba de paseo tuvieran un momento de inspiración e hicieran sus necesidades. Una vez salimos del coche, nos detuvimos en un buzón de correos, colocado de modo estratégico entre Gucci y una joyería. Regina miró por el rabillo del ojo al conductor de Cabify que nos esperaba sentado en el capó del coche mientras se fumaba un cigarrillo de liar. Odiaba las miradas

indiscretas, aunque el hombre ya había perdido la curiosidad. Nos miraba como si fuéramos dos bichos raros, y en el fondo lo éramos.

—Se supone que es en ese portal, pero ahí solo veo una cafetería. —Regina comprobó por cuarta vez la dirección en el Google Maps—. Qué hartura, madre mía.

—¿No es más fácil preguntar y salir de dudas? Déjame a mí.

—Pregunta lo que quieras, pero, te pongas como te pongas, eso es una cafetería.

Y tenía razón. El número 51 de la calle Serrano era una cafetería, pero, como en las películas, la trastienda tenía truco. Solo había que entrar al baño de minusválidos y seguir el runrún de las máquinas de coser. Tras una cortina de color morado se escondía el taller del diseñador José Conde. No había visto jamás en mi vida un taller de costura, pero aquello, con todos mis respetos a lo *made in China*, parecía uno de esos que salían en *Equipo de investigación*. El abuelo Pepe no se perdía un programa y el de los talleres chinos me lo sabía de memoria. Era una sala sobria y austera, con la luz blanquecina de un hospital y aproximadamente con unos treinta pupitres ocupados por robots de entre dieciocho y veintiocho años que no levantaban la vista de la aguja. En el centro de la habitación, con un cronómetro analógico sostenido con la mano en alto, vigilaba José Conde. En mi cabeza había imaginado otra cara y otro cuerpo. Vamos, otra persona distinta por completo. Eligió el apellido de su madre y se dejó el nombre de todos los hombres de la familia porque tenía debilidad por lo clásico. Pero él de clásico tenía más bien poco. Llevaba puesto un mono transparente encima de un suspensorio negro, aunque lo que más me llamó la atención fue su flequillo a lo vasco. El rostro de Regina reflejaba la verdad de mis pensamientos y de los suyos. Era un poema, uno de esos que se quedaban grabados en la retina para siempre.

—Jesús, María y José. —Regina se santiguó.

—Sois los lacayos de mi querida Luisana Tirelli, ¿verdad? —La voz de José Conde era aterciopelada, como un susurro envolvente.

—¿Cómo dices? —preguntó, sin salir de su asombro.

Le pegó un buen repaso, pero seguía sin asimilar lo que tenía delante. Y él hacía más de lo mismo. Sus ojos rasgados saltaban de Regina a mí. Nos juzgaba en la distancia y cuando pudo digerirlo, echó mano de su vocabulario hiriente.

—¿Estáis seguros? Esas mechas rubias me parecen el mayor acto terrorista de, por lo menos, los últimos veinte años. Pero nada comparado contigo. —El diseñador dio una vuelta alrededor de mí—. ¿Por qué vas vestido como un azafato trasnochado de la tele de los noventa? Creo que el corazón se me ha parado cuando has entrado por la puerta.

Mi cabeza hizo clic.

—No somos lacayos de ninguna Luisana y me parece muy feo que nos hables de esa manera sin conocernos lo más mínimo —dije después de un largo silencio. No solía ser contestón y tampoco tenía por costumbre enfrentarme a diseñadores de moda conocidos en el mundo entero,

pero se metió con las mechas de Regina y eso no se podía pasar por alto—. Además, no hemos venido aquí a debatir sobre nuestra ropa. Trabajamos en el departamento de Comunicación de la discográfica más importante de este país y venimos a recoger el vestido número tres para La Chica del Pop. Ah, ¡y tenemos prisa!

El diseñador me dedicó una mirada de desdén antes de sonreír.

—Tan joven y con tanto carácter. ¡Me encanta!

Regina abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Estaba sin palabras. José Conde se puso en medio de los dos como lo hacía siempre mi amiga Carlota. Nos agarró a cada uno de un brazo y caminamos hasta otra habitación secreta. La trastienda de la trastienda. Lo llamaba la Sala de Exposiciones, una especie de museo vanidoso donde exhibía sus obras maestras. Trataba cada pieza como si fueran los cuadros del Museo del Prado. Hasta tenían cordón de seguridad.

—Aquí está. El Cisne Blanco, mi última joya de la corona. Pensaba que era demasiado para La Chica del Pop, pero esa argentina de Luisana Tirelli insistió tanto que no le pude decir que no a la endemoniada. La verdad es que este vestido no lo puede llevar cualquiera. Y esa muchacha, con esa cintura delicada, sí que puede. Ah, y el escote en triángulo. Ideal para mujeres que todavía guardan la belleza de la juventud. ¿Y qué me decís de las mangas vaporosas? ¿Y la tela? Recién importada de la India. Mirad qué tacto, qué suavidad. Se me pone el vello de punta. ¡Hasta el que no se ve! —Regina me agarró muy fuerte de la muñeca—. Una de mis mejores creaciones, ¡sí, lo digo!

—¿No es demasiado para La Chica del Pop? —pregunté en otro arrebato de sinceridad—. A ella no le pega un vestido así.

—Un vestido así, dice. ¡Qué osadía!

Regina me mandó callar con sus «chisss, chisss». Esta vez no le hice caso.

—No sé mucho de moda, tú mismo lo has dicho, pero a La Chica del Pop le va algo más discreto.

—Ay, señor —se lamentó Regina.

—¿Que no sabes mucho de moda? Está claro que no tienes ni la más remota idea. —José Conde sacó los colmillos—, pero no voy a ser descortés otra vez porque entiendo que no todas las personitas del mundo nacen con la sensibilidad necesaria para apreciarla. Sin embargo, me has caído bien, joven príncipe de barrio, y ese hueco irresistible y perfecto que tienes entre los dos incisivos centrales me tiene loco, así que corramos un tupido velo, haré como que no te he oído y...

Se deslizó como una gacela, colocándose a toda velocidad detrás de mí. Sacó una cinta rosa y me tomó las medidas: la longitud del brazo, la circunferencia del pecho, de la cintura, el largo de la entrepierna... Mi cuerpo hecho centímetros.

—Cielo, te voy a dar el número de un peluquero exquisito. Esa maraña de pelo necesita un

corte de urgencia. Tienes los ojos demasiado bonitos como para que no se vean. Y, por favor, en cuanto llegues a casa, coge toda la ropa y quémala en un bidón. Me va a dar un ictus si vuelvo a verte con esos trapos del Humana.

José Conde me recordaba, salvando las distancias, a mi amiga Raquel. Con dinero y sin las mallas, pero los dos se apiadaban de las personas que, a su juicio, eran inferiores. La manera que tenían de solidarizarse con los demás era darles lo que nadie les había pedido. Vamos, las hadas madrinas de unas víctimas de la moda como Regina y yo. Regina fue la siguiente en caer en sus garras de terciopelo. El primer arrebato de mi jefa fue darle con el bolso cuando le rodeó la espalda y el pecho con la cinta métrica. José Conde, a pesar de trabajar en ese mundo, veía belleza en todos los cuerpos y se le gastó la saliva de lanzarle tantos piropos a Regina. Al final se la ganó, aunque su extrema sinceridad dejó exhausta a mi jefa.

—Tengo unas prendas de mi colección XXL que te van a quedar estupendas. Esas maravillosas montañas y esas prominentes caderas merecen lo mejor. —José Conde chasqueó los dedos y uno de sus súbditos se plantó allí enseguida—. Pelayo, empaqueta el vestido de La Chica del Pop para mis nuevos amigos y, en otro pedido aparte, también urgente, envía a Louder Music un par de vestidos de la última colección *curvy* para la señora y un *round total* para el pequeño ruiseñor. Tranquilos, mis cielos. Paga la casa.

—Ni una palabra de esto en la oficina —dijo Regina por lo bajini.

12

Mi primer videoclip

Quique

Serían las diez y pico de la mañana cuando nuestro vehículo conducido por el señor cotilla estacionó en una calle paralela a la plaza de Oriente. Regina se recuperó pronto de la emocionante aventura en el taller de José Conde. En cuanto bajamos del coche, el efecto hipnótico del diseñador se evaporó y volvió a ser la mujer quisquillosa y enferma de los nervios que no me dejaba brillar ni un segundo. Acabó con mis sueños de un plumazo en cuanto cruzamos el cordón policial que había frente a las taquillas del Palacio Real y se dio cuenta de que mi boca se desencajaba de la emoción. El primer videoclip de La Chica del Pop lo tenía todo: camiones, grúas y personas que corrían de un lado a otro y daban órdenes por un walkie-talkie. Una superproducción para una superestrella del pop. Yo pensaba que iba a estar pegado a la espalda del director para ser testigo de un acontecimiento histórico. Me delató la cara de fan histérico que se me puso al llegar y a Regina no se le ocurrió otra cosa que ponerme a vigilar la mesa del catering. Le faltó atarme a un árbol con una cuerda. Intenté hacerle chantaje emocional, diciéndole que éramos amigos y ella, sin pestañear, me salió con que en esta industria «no hay amigos que valgan».

Me tiré, sin exagerar, una hora en la que me limité a ver la vida pasar y a comer tortilla de patatas. La definición gráfica de la humillación, y la cosa iba de mal en peor. El hombre de la limpieza me confundió con un becario de producción. Una de las chicas del walkie pensó que era un camarero. Y el de seguridad que hacía el turno de mañana me acusó de colarme en las instalaciones para hincharme a canapés. No había nada en el mundo que pudiera quitarme el mosqueo que llevaba encima. Me sentí un pringado y pensé, con la boca pequeña, eso sí, que este mundo en el que tanto quería estar, quizá, no valía tanto la pena. Mi salvación apareció como la divina providencia, bajo un rayo de sol y la belleza de un actor de Hollywood. No me acostumbraba a la presencia de César Castellano y no conseguía mantener a raya mi verborrea cuando aparecía sin avisar, lo cual suponía un problema terrible para mi voluntad de hierro.

—¿Qué haces aquí tan solo..., Quique? —César se sirvió una taza de café y se sentó en la silla de al lado con las piernas cruzadas.

—Nada..., espero..., a Regina.

—La verdad es que tiene que ser apasionante vigilar el catering. Por cierto, mis felicitaciones, el café está estupendo.

Apreté la mandíbula con rabia.

—En realidad..., yo..., bueno..., ha sido idea mía —dije—. Dentro hay mucho jaleo y no nos podemos entretener. Ya sabes..., muchas cosas que hacer en la oficina. En el departamento de Comunicación no paramos, una locura...

—Claro, claro. Ya imagino —dijo con tono condescendiente—. Seguro que Regina no ha tenido nada que ver.

César bebió un sorbo de su café y se relamió los labios. Me quedé embobado, con la mirada clavada en su boca. Y se dio cuenta, claro. A los chicos como él no se les escapa una. Disimulé como pude, pero por el rabillo del ojo capté con facilidad su sonrisa de autosuficiencia. «Menudo creído, el tío este», pensé. Como si al pensarlo pudiera conseguir no volver a mirarlo.

—¿Y qué tal? ¿Cómo pinta el videoclip de La Chica del Pop? —tartamudeé, e intenté fingir que no me importaba en absoluto estar encerrado en aquel zulo de plástico sin ver a La Chica del Pop en acción.

También por cambiar la conversación. Por desviar el foco.

—¿De verdad quieres saberlo? Pensaba que no te interesaba lo más mínimo...

—¿Cómo no me va a interesar? —reaccioné tal y como él quería, nervioso, aunque ahí estuve rápido—. Llevamos la Comunicación de La Chica del Pop. Cuanto más sepamos, y por saber me refiero a conocer hasta el detalle más insignificante, mejor que mejor.

A pesar del vacile, de la chulería, César Castellano se moría de ganas de contarme tanto como yo de escucharlo. Abrí bien las orejas y, como la noche que esperé despierto hasta las cuatro de la mañana para ver la actuación de Miley Cyrus en los MTV de la era *Wrecking Ball*, completamente obnubilado, le escuché a él y solo a él.

—Si hubieras llegado un poco antes, habrías visto la que teníamos montada ahí fuera. Una plataforma en todo el centro de la plaza de la Armería cubierta por una estructura hecha con barras de neón. Ha sido brutal y no sabes lo bien que ha estado Eva. El equipo se ha quedado loquísimo con lo fácil que lo ha puesto todo. En los años que llevo en esto nunca he visto a una artista tan novel interactuar con la cámara así. El carisma de esa chica es una pasada. —César lo contaba con la misma emoción que un niño abriendo los regalos el día de Reyes. Incluso se levantó para poder moverse con más libertad por la carpa. Y yo, yo no hacía otra cosa que mirarlo con fascinación—. Y ya te vuelves loco con lo que hay dentro del Palacio Real. Todavía no sé cómo hemos conseguido el permiso para grabar en el Salón de Columnas. Ojalá pudieses

verlo, porque es un sitio increíble. ¿Te acuerdas del vídeo de «Extraordinario» de Sky, que tiene esa estética de época victoriana?

—¡Claro que sí! Segundo single de *Metamorfosis*. Se quedó lejos del número uno, la mayor injusticia de la historia del pop de este país.

—¡Exacto! Pues el vídeo de Eva tiene algunas referencias con las que se te puede ir la cabeza. Fue idea suya, y no sabes lo bien que encaja todo. Al ser una balada electrónica, se le ocurrió mezclar elementos modernos con elementos de época. La gente va a flipar con el vídeo.

—Espera, espera, espera. ¿Acabas de decir que el primer single de La Chica del Pop es una balada electrónica?

—¿Regina no te ha dicho nada? A veces pienso que esta mujer cree que trabaja en el FBI. — César estiró los brazos en un movimiento que me hizo sentir demasiadas cosas. Rebajó dos puntos el nivel de intensidad y volvió a ser el tío creído y vacilón—. El primer single de La Chica del Pop no es una balada, es «la balada». Pero paro porque sé que no te interesa mucho el tema.

—¿Cómo no me va a...? —Me tapé la boca—. Solo por tener los datos..., ¿cuál es el título?

—Claro, lo necesitarás para escribir la nota de prensa y esas cosas que hacéis en el departamento de Comunicación. —Asentí con la cabeza varias veces—. El título es «Platónicos».

Me mordí el padastro del pulgar derecho. Era eso o sufrir un derrame cerebral, porque fingir que cualquier actualización del futuro de La Chica del Pop no me alteraba resultaba muy duro. Tenía cientos de preguntas. ¿Por qué ese título? ¿Cómo sonaba esa balada electrónica? ¿Cuál iba a ser el segundo single? ¿Qué se sabía del disco? ¿Iba a tener colaboraciones? Mi cabeza se convirtió en una olla a presión con miles de preguntas, pero César Castellano me la jugó con la que salió por su boca perfectamente compensada.

—Y tú, Quique Barrios, ¿has tenido alguna vez un amor platónico?

—¿Yo? Qué va, no pienso mucho en esas cosas.

—¿En esas cosas? —Volvió a levantarse de la silla y cogió una botella de agua, pero no bebió.

—Ya sabes..., las relaciones y esas cosas —titubeé.

—¿Me estás diciendo que, además de tratar fatal al pobre Antonio de recepción, no crees en el amor? Qué poco cariñoso y qué poco romántico.

—No he dicho eso, pero ahora que lo dices..., sí, no creo en el amor. Es una pérdida de tiempo y solo da problemas. Prefiero centrarme en lo que me gusta y en mi trabajo, en lo que de verdad es importante. El tema de las mariposas y los líos amorosos se lo dejo a mis amigas Raquel y Carlota.

César volvió a tomar asiento, aparentando toda la serenidad del mundo.

—Eso solo lo podría decir un chico al que le han roto el corazón. ¿Tan pequeño y ya te han

roto el corazón?

—A mí nadie me ha roto el corazón —dije orgulloso—, nunca he dejado que...

No acabé la frase. César la acabó por mí.

—Nunca has dejado que te lo rompan...

La expresión de César cambió y sus ojos oscuros se quedaron muy fijos en los míos. Parecía que intentara entrar en mi cabeza. No sabía nada de mí, pero nuestra breve conversación junto a la mesa del catering le bastó para saber que, ya hacía tiempo, me había puesto una coraza de esas por las que no entra ni el aire. El que más la había sufrido era Aitor. Llevaba media vida esperándome.

—¿Por qué me miras así? —pregunté sin entender muy bien su cambio de actitud.

¿Estaba decepcionado? ¿Interesado en saber más de mí? El ambiente se puso raro y sentí una sacudida eléctrica que me atravesó de pies a cabeza.

—No, es solo que... —De pronto recuperó la sonrisa y el rollo canalla—. Todos los críos decís lo mismo, pero ya veremos lo que haces con mi edad, que tampoco te quedan muchos años.

En otra situación, en cualquier otro momento, a cualquier otra persona, le hubiera devuelto la pregunta. ¿Estaba ocupado el corazón de César Castellano? ¿Acaso el hombre más influyente de la industria española en 2022, según la revista *Forbes*, tenía tiempo para pensar en algo más que en su ombligo? Me guardé esas dudas para mí. Me faltaba valor y, además, ya no estábamos solos. Desde la entrada de la carpa nos observaban dos chicos que parecían idénticos y una muchacha con el pelo rosa y aire de punky trasnochada. Les faltaban las palomitas. César los saludó sin mucho entusiasmo y se piró con una excusa tan mala como una llamada de última hora.

—¿Me explicas este salseo entre el camarero del catering y el buenorro de César Castellano? ¡Me quedo muerta! —exclamó uno, mientras que el otro solo abría la boca y hacía movimientos con las manos.

—¡No soy el camarero! —dije, indignado.

—¿Entonces quién eres? —El mismo chico que se había dirigido a mí me cogió la barbilla y estudió todos los poros que tenía en la cara—. ¿Quién es el chico al que César Castellano se comía con la mirada?

—¡Eso es mentira!

—Dejad de incordiar, tarántulas. —La chica los espantó como a las moscas—. Por cierto, me llamo Gema. Y las rubias musculocas y metomentodo son Gabi y Gonzalo. Son hermanos desde que salieron del cascarón. Vienen en pack indivisible, aunque uno habla y el otro no.

—¿Cómo es eso?

Gabi se adelantó.

—Mi hermano es sordomuda como Shakira, pero ambos abrimos la boca de lo lindo cuando se

presenta una buena...

—Gabi no empieces con tu vocabulario de homosexual barriobajero, no es necesario —dijo Gema, que provocó la risa ahogada de Gonzalo.

—Ay, chica. Ese humor de lesbiana reprimida tiene que ser agotador. —Gabi arrastró la silla hasta quedarse bien cerquita de mí—. Bueno, *darling*. ¿Por dónde íbamos?

—Me llamo Quique. No soy camarero ni trabajo de seguridad en el Palacio Real. Trabajo en Louder Music, en el departamento de Comunicación...

—Anda, coñi. ¡Haberlo dicho antes! ¿Estás aquí por nuestra maravillosa diva? Entonces somos todos amigos.

Gonzalo, más prudente y simpático que su hermano, sacó una pequeña libreta y escribió: «Encantado de conocerte, Quique».

—Encantado de conocerte, Gonzalo. ¿Y vosotros qué hacéis aquí?

—¿Que qué hacemos aquí? Pues hacer grande a la estrella. Somos los responsables de que esa belleza brille tanto —explicó Gabi, empleando mucha saliva en cada sílaba—. Aunque la chica, tengo que decirte, es dura de roer.

—Lo que quiere decir, en el castellano de toda la vida, es que —Gema resopló— también trabajamos para La Chica del Pop.

—¿En serio?

Gema, Gonzalo y Gabi, rebautizadas como las Tres G desde aquel día, pronunciaron las palabras mágicas. Se ganaron mi confianza, mi atención y hasta mi dinero si lo hubiera tenido. Tenían contacto directo con ella y los amigos de La Chica del Pop eran mis amigos.

—Y tan en serio. Gabi es su maquillador, Gonzalo su estilista y yo la peluquera, aunque creo que su representante se ha equivocado contratándonos porque a esa joven le gusta la discreción y, como puedes observar, nosotros de discretos tenemos poco.

Cualquiera se podría dejar intimidar por Gema. Mujer de armas tomar con evidencias en su cuerpo de que en un pasado reciente fue adoradora de Satán. El septum de su nariz y el pelo rosa con la raíz negra le daban una apariencia casi peligrosa. Los gemelos no se quedaban cortos. Con lo rubios que eran y las pecas en la cara, los dos parecían salidos de un anuncio de crema para el sol, aunque, para ser justos, daban el cante por las ropas que llevaban. Las camisetas de Gonzalo y Gabi eran tan cortas que se les veía el ombligo e iban subidos a unas plataformas enormes para rascar algunos centímetros de altura.

—Entonces, *darling*, si eres de la discográfica, ¿qué haces rodeado de hidratos de carbono y azúcares? —Gabi se sentó encima de mí y me acarició la cara con delicadeza—. ¿No se supone que en Comunicación, uno comunica? Desde aquí poco vas a comunicar, solo cogerás como diez kilos respirando todas esas calorías.

Metió el dedo en la llaga. Entre la aparición estelar de César y la presentación de las Tres G se

me había olvidado que Regina me había aparcado donde el catering. Gonzalo debió de notar en mi cara que algo no iba bien, porque volvió a escribir en su cuaderno: «¿Por qué estás triste?».

—Creo que mi jefa no me toma en serio. Sé que no llevo mucho en la discográfica, pero me lo estoy currando y, cuando parece que doy un paso hacia adelante, ella me empuja para atrás y vuelvo al mismo punto de partida. ¡Es una mierda!

—¿Y por qué no se lo dices?

—Se lo he dicho miles de veces. «Regina, he pensado una idea que...». «Regina, ¿sabes lo que podemos hacer para esto?». «Regina, no quiero hacer más notas de prensa sobre Miguel Velázquez».

—¿Miguel Velázquez? ¡Qué horror! —chilló Gabi—. Ahora sí que me compadezco de ti. ¡Esto no lo puedes permitir!

—¿Y qué hago? No soy nadie...

Gema me pidió que me pusiera de pie.

—¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—¡Tengo veintitrés! ¿No se me nota? No me sale mucha barba, pero oye...

—Pues deja de lloriquear y ve a plantarle cara a la tal Regina. En este mundo, o te haces el fuerte o desapareces. Te conviertes en un insignificante.

—Otra vez con los sermones de lesbiana reprimida —susurró Gabi.

—Cállate y mírame. —Me señaló con el dedo de acusica—. ¿Me has entendido? ¿Qué tienes que hacer?

—¿Plantarle cara a mi jefa?

—Pues levanta el culo de la silla, cómete un canapé de tortilla, porque la verdad es que están riquísimos, y no pierdas más el tiempo.

—No sé muy bien qué decir... Supongo que gracias...

—No digas nada. Si haces las cosas bien, nos volveremos a ver pronto.

El plan era sencillo y sin fisuras: encontrar a Regina y verbalizar en voz alta la idea que llevaba días rumiando. Las Tres G solo me dieron el empujón que necesitaba porque para enfrentarse a Regina hacía falta valor y aguantar el tipo para no flaquear ni un momento. Un paso en falso y todo se volvería en mi contra. Perder el puesto en Louder Music o, lo que sería una desgracia absoluta, convertirme para siempre en el chico de los cafés. Me entraron los nervios malos, las taquicardias y las dudas. Estuve a punto de echarme atrás, de volver a la carpa y esconderme debajo de la mesa del catering como un perro asustado. Sin embargo, recordé una frase que siempre decía el abuelo Pepe cuando las cosas se ponían feas: «O tiramos *pa'lante* o nos comen las moscas». Como no tenía ninguna gana de servir de alimento a unos bichos tan feos, respiré hondo, me santigué sin que nadie me lo pidiera y fui a por todas.

La Chica del Pop

El director de mi primer videoclip tenía un nombre un poco raro. Raimundo Rodrigo Rodríguez. Gozaba de cierta fama en el mundillo, aunque yo solo lo conocía por ser el creador de esa joya audiovisual que era «Extraordinario» de Sky. Le faltaban modales. No era ni mucho menos el tipo de persona que pide las cosas por favor, y aunque nadie es profeta en su tierra, él presumía de serlo en todas partes. César me dijo que tenía malas pulgas y que la mitad de la industria estaba harta de él. Pero si mi artista favorita en el mundo mundial había confiado en Raimundo Rodrigo Rodríguez para el mejor videoclip de su carrera, ¿quién era yo para contrariarla? Raimundo me agarró por la muñeca y me arrastró por la sala como si fuera una muñeca de trapo. Cortó dos trozos de esparadrapo con la boca y los pegó en el suelo formando una cruz.

—Tú, cantante, esta es tu posición. Lo único que tienes que hacer es quedarte quietecita y hacer lo que hacen las cantantes. Y no me hagas repetírtelo dos veces. Es casi la hora de comer y esos listos de Louder Music no pagan las horas extras.

—Claro, pero..., me llamo Eva... O La Chica del Pop. Las dos opciones son igual de válidas.

El hombre frunció el ceño y me miró con sus ojos grandes y cansados.

—¿Se supone que me tiene que importar quién eres?

La Eva de la *jaula* se habría callado. Agacharía la cabeza y haría como que no había escuchado nada, pero ¡qué coño! Cada vez me sentía más cómoda como La Chica del Pop.

—Sí, se supone que tiene que importarte conocer a la persona, sea quien sea, con la que vas a trabajar. Se llama profesionalidad y educación. ¿Te crees que sabía quién era Raimundo Rodrigo Rodríguez hasta hoy? Claro que no —mentí con descaro. Sabía muy bien quién era él—. Pero no solo me he aprendido tu nombre y tus apellidos, que no son nada fáciles, también me he empollado toda tu carrera. Y no solo me he leído tu página en Wikipedia que, por cierto, está desactualizada, sino que también he visto la última película que estuvo nominada a los Goya. No me gustó, me pareció aburridísima, ya que somos sinceros. —Sacudí la falda del vestido

haciéndome la digna—. Y déjame decirte también que una chica de diecinueve años no debería decirte estas cosas, aunque supongo que te entra por un oído y te sale por el otro. Pero ¿sabes qué? Me da exactamente igual.

Raimundo se puso las gafas. Era como si necesitara verme mejor.

—Al final es verdad eso que dicen de ti y vas a resultar interesante después de todo. Yo también acostumbro a hacer los deberes y pensaba que eras una muñequita de cristal venida de Barcelona a la que no se le puede tocar por si se rompe en mil pedazos.

—Soy de Premiá de Mar y de cristal no tengo ni los zapatos —respondí, mientras intentaba fingir que no me temblaba todo el cuerpo—. Y no te quiero hacer perder más el tiempo ni a ti y ni al resto del equipo. Empezamos cuando quieras.

El director dio un par de palmadas al aire y los chicos y chicas de producción corrieron a sus posiciones.

—Vamos directos al estribillo. Recuerda, cuando aparezca el muchacho, los bailarines se abrirán en dos filas y tú tendrás que cruzar el pasillo hasta su posición.

—Recibido.

Me puse sobre la cruz hecha con esparadrapo.

—Y otra cosa más, Chica Pop —apuntó Raimundo—. Otra cosa que le dije a otra chica pop hace muchos años en un lugar muy parecido...

¿Hablabas de Sky? Claro que hablaba de Sky.

—Claro, dime. Dime lo que quieras.

—Mantén ese espíritu intacto. Van a intentar despellejarte de todas las formas posibles. Querrán cambiarte y corromperte hasta que no quede nada de la joven que salió de Premiá de Mar. No les dejes. Aguanta y no acabarás como una vieja amiga mía.

Volví la cabeza para mirarlo, pero el hombre, con la espalda encorvada, caminaba despacio hacia el combo.

—¿Todos en sus posiciones? —Casi sesenta personas respondieron a la vez con un sonoro sí. Después se dirigió a mí con una amplia sonrisa—. Chica Pop, ¿preparada para hacer magia?

Apreté los puños, levanté el mentón y dije:

—Cuando queráis.

La luz entraba con fuerza por las cristaleras del Salón de Columnas y jugueteaba con las sombras sobre los bailarines que se mimetizaban con las esculturas de la sala. Encendieron las lámparas de araña que colgaban de la bóveda y llenaron el suelo de tulipanes azules y verdes. Un escenario de cuento para narrar la historia de una princesa en busca de un príncipe que nunca encontró. Noté en el estómago unos nervios conocidos, unos nervios olvidados tras los focos de la televisión. Volví a sentir la adrenalina y las ganas de música. Alcé la mano, decidida, y

Raimundo gritó aquello de luces, cámara y acción. Escuché el preestribillo de «Platónicos» y La Chica del Pop despertó de un largo letargo.

*Te encontré cuando quería desaparecer,
como un príncipe encantador a punto de ser coronado.
Me dijiste que las chicas como yo no viven historias de amor,
que era una princesa perdida, que tenía el corazón atado.*

Los bailarines se movían al son de la melodía con movimientos limpios y delicados. Sentían la música tanto como yo. No me importaba que las cámaras me siguieran a todas partes. Tampoco me molestaban las personas de negro que se ocultaban tras ellas. La música, esa canción que no escribí para Lucas, llenó el Salón de Columnas y me dejé arrastrar por el bit de «Platónicos» mientras ganaba intensidad hasta que explotó el estribillo.

*Y dejar de ser platónicos (y mirarte y sentirte).
Y dejar de ser platónicos (y tenerte y quererte).
Vamos, escucha esta canción (para ti, para mí).
Vamos, escucha esta canción (y dime sí y otra vez sí).*

Los bailarines hicieron una reverencia y se colocaron en dos filas, dejando libre un camino que conectaba las dos puntas del Salón de Columnas. En ese momento, el portón de la sala se abrió de par en par con un juego de luces en tonos azules y verdes. Al otro lado apareció un chico descalzo y con un traje blanco. Me miraba como si estuviese enamorado. Cuando nuestros ojos se encontraron, arrugamos las comisuras de los labios y delineamos una sonrisa cómplice. Sin parar de cantar, me guie por la pasarela central a través de una danza perfecta. Iba directa hacia él, al encuentro del otro gran protagonista de mi historia. La otra mitad. Lucas Risu.

—¡Lo tenemos a la primera! —gritó el director, que arrancó los aplausos de todo el equipo—. Ahora quiero ver a todo el mundo moviendo el culo. Tenemos una hora para recoger equipos, quitar las malditas flores y desaparecer de aquí antes de que el ayuntamiento nos mande a la policía por pasarnos de listos.

Se apagaron los focos y se montó un buen alboroto. Los de producción corrían de un lado a otro, desmontando el escenario de cuento a pedazos. Solo nos quedamos Lucas y yo en medio de esa cuenta atrás vertiginosa.

—¿Puedes estar más espectacular?

Las manos de Lucas me rodearon por la cintura y nuestros labios se juntaron en un beso efímero.

—Lucas, la gente... —murmuré.

—¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza que nos vean darnos un beso? Media España nos ha visto comernos la boca, Eva.

—Ya, pero es que no paran de mirarnos.

—Claro que nos miran, somos los protagonistas de «Platónicos» —se burló.

Se puso a canturrear la canción y a imitar los pasos de baile con torpeza.

—No seas capullo. —Sonrió y me olvidé de los demás—. Entonces ¿te ha gustado? No sé si es demasiado, si el guiño a Sky se entenderá... Ahora me entran todas las dudas. Qué raro en mí, ¿verdad?

Lucas me abrazó por detrás y apoyó su barbilla sobre mi hombro.

—¿Que si me ha gustado? ¿Estás de coña? Eva, mira a tu alrededor. Para mi primer videoclip me llevaron a un antro de discoteca con un presupuesto de dos mil euros. Tuve que pedir favores a bailarines del programa porque no había más pasta. ¡Tú estás en el jodido Palacio Real!

Giré sobre mí misma y nuestras bocas volvieron a rozarse.

—Tu primer videoclip fue perfecto. Casi tanto como tú.

—Da igual, no tienes que dorarme la píldora.

La expresión de Lucas cambió y se tornó más oscura. Dio un paso atrás para marcar las distancias.

—No estoy dorándote la píldora, solo digo que...

—Eva, da igual, no pasa nada. Todo está bien, ¿vale? Está asumido.

—¿El qué está asumido?

Vi por el rabillo del ojo a Luisana Tirelli haciendo aspavientos. Como siempre, la persona menos oportuna en el momento más inoportuno.

—Nada, nena. ¿Nos tomamos algo rápido antes de irme? Tengo que cambiarme y tirar para el centro. Tengo comida y luego sesión de grabación con unos productores que me quiere presentar Roger.

Sabía que tenía que dejarlo pasar, darle otro beso y hacer como que las cosas estaban bien entre nosotros. Pero así era yo, una persona que no tenía arreglo.

—Lucas, espera. Tenemos que hablar. Desde la presentación del disco... estás diferente. Has cambiado. ¿No te das cuentas de cómo me estás mirando ahora mismo? Y no entiendo por qué. No he hecho nada. ¿O sí lo he hecho? Si ha sido así, dímelo y lo hablamos. Este no es el mejor lugar ni el mejor momento, pero es imposible encontrar un rato para estar los dos solos. Y te echo de menos...

—No te das cuenta, ¿verdad? No, claro que no. En la *jaula* nunca fuiste consciente del efecto que causabas en los demás y no sé cuántos meses después sigues igual.

—¿Qué efecto, Lucas? ¿Qué tonterías dices? Yo...

—Por eso no puedo enfadarme contigo, porque ni siquiera lo sabes. Pero yo lo supe el primer día que te vi en la Gala 0 y ahora todos se encargan de hacérmelo saber. ¿Sabes lo duro que es tener una voz encima que no para de decirte que tu novia, la persona que más quieres, te va a hundir? ¿Que esa persona con la que duermo por la noche va a ser la culpable de que mi sueño se vaya a tomar por culo? No tienes ni puta idea porque para ti todo es fácil. No has sacado ni una sola canción y la gente sigue hablando de ti. Solo de ti. ¿Qué crees que hubiera pasado si Tommy, Zoe o yo no hubiéramos lanzado música durante todos estos meses? Te lo digo yo: no seríamos nadie. La gente se hubiera olvidado de nosotros.

—¿Ellos piensan igual? ¿Por eso Zoe no habla conmigo?

—¡Claro que piensan igual! —levantó la voz y se mordió el puño—. Sal de la burbuja en la que te has metido y mira lo que pasa a tu alrededor, Eva. Por favor.

—Eres muy injusto..., yo no he hecho nada...

—Lo sé, es injusto. Pero tú has sido la que ha preguntado.

Los dos, en el centro del Salón de Columnas y vestidos de blanco, parecíamos los protagonistas de una película romántica justo cuando las cosas se ponen feas. La gente cuchicheaba a nuestras espaldas y se preguntaban cómo el chico y la chica de esta historia de amor tan idílica, tan perfectos a ojos de los demás, podían pelearse delante de todo el mundo. No fueron los únicos espectadores. Montamos un número en un escenario de ensueño y, como eso era mala publicidad para nosotros, Luisana Tirelli intervino antes de que algún listillo sacara el móvil y se pusiera a grabar.

—¡Boludos! ¿Qué diantres pasa? Estáis en el videoclip de «Platónicos», no en el de «Imbéciles que no se quieren un huevo». Cambiad la maldita cara y abrazaros como dos locos enamorados.

Lucas echó un vistazo rápido. Al ver tantos ojos fijos en nosotros dos y escuchar el murmullo que corría por las paredes del palacio, activó el modo «príncipe encantador» y en su boca se dibujó una sonrisa robótica.

—Todo está perfecto, Luisana —dijo con un repentino entusiasmo—. ¿Verdad, nena? Nos vemos en casa. Te quiero.

Lucas me besó en la mejilla y se esfumó. Las luces del Salón de Columnas se apagaron una por una hasta que la sala se quedó a oscuras. Solo entraba una fina luz por la bóveda de una sala en penumbras. La soledad... y un rayo de esperanza al que me aferré con desesperación.

14

En el camerino

Quique

En la parte de atrás del palacio encontré una oficina sobre ruedas. Regina tenía que mandar unos correos desde una localización que fuera discreta y ese camión no era como el del padre de mi amiga Carlota, que se dedicaba a trasladar congelados de una punta a otra de España, sino el típico camión donde mi jefa se sentiría a salvo de las miradas curiosas que tanto detestaba. Tenía una puerta, una escalera y un toldo para el sol. No había que ser un lince para adivinar que en su interior no me iba a topar con merluzas y boquerones a menos veinticinco grados. Casi podía ver a Regina histérica con un chicle en la boca y fundiendo el teclado de su ordenador sin dedicarme ni un solo pensamiento.

Tenía el discurso bien montado en mi cabeza, aunque eso no era garantía de absolutamente nada. Solía proyectar en mi mente la imagen de chico con labia. La imagen de un Quique que convencía y se hacía respetar. En la teoría estaba fenomenal, pero en la práctica... En el momento de la verdad me sudaban las manos de los nervios, salía una verborrea insoportable y escuchaba con claridad la vocecita ahogada del abuelo Pepe, que me pedía, por favor, que no encorvase la maldita espalda. Por suerte, de vez en cuando, me salía el carácter desinhibido de la familia de mi madre y me hacía el valiente. Ese día se obró el milagro, de modo que guie mis pasos hasta el camión-oficina, abrí la puerta y, con los ojos cerrados y mucha mala leche, dije:

—Regina, tenemos que hablar.

La Chica del Pop pegó un grito y yo respondí con otro todavía más fuerte.

—Pero... ¡Quique! —me reconoció enseguida—. Casi me matas del susto.

—¡Lo siento! Pensaba que Regina estaba aquí y quería comentarle algo importante. No sabía que... ¿Es tu camerino? Dios mío, me va a matar de la manera más cruel y retorcida. Por favor, no le digas nada que me despiden y si me echan no sé qué voy a hacer con mi vida. No quiero servir mesas en Santibáñez el resto de mi vida ni terminar de cajero en el supermercado de mi madre.

Como era de esperar, puse la verborrea en modo *on*.

—Tranquilo, tranquilo. No voy a decir nada.

—Madre mía, soy lo peor. Lo siento, lo siento, lo siento.

—De verdad, no pasa nada, pero siento comunicarte que Regina no está aquí.

La Chica del Pop estaba sentada frente al típico tocador con lucecitas que no puede faltar en el camerino de cualquier superestrella. Por un segundo se me infló el pecho de orgullo y sentí una punzada de las buenas en el estómago. Compartía espacio, y no cualquier espacio, con mi artista favorita durante la grabación de su primer videoclip. Era demasiado fuerte como para no dejarme llevar por la emoción, aunque reprimí todas esas sensaciones —y distracciones— cuando reparé en el rímel corrido que tenía por toda la cara. Algo no encajaba en aquel lugar y ese algo era la propia Eva.

—¿Qué te pasa? —Abrí una botella de agua que encontré en la mesa y se la pasé—. ¿Por qué has llorado? Mira que llorar está sobrevalorado.

La Chica del Pop escondió la cara, avergonzada.

—Vas a pensar que soy una dramas. De hecho, mis padres te dirían que, efectivamente, lo soy, pero no es verdad. ¿Cómo es posible que siempre me encuentres en situaciones tan lamentables?

Ella estaba preocupada por parecer una *drama queen*, y yo..., aterrado por pensar que podía tomarme por un acosador.

—No creo mucho en el destino ni en las artes místicas. Eso es más mi madre, que le fascina *Cuarto Milenio* y una vez al mes se baja al tercero E para que el vecino le eche las cartas del tarot. ¡Pero...!

La Chica del Pop levantó la cabeza y me miró con curiosidad.

—¡Pero...! —repitió ella.

—Las dos veces que hemos coincidido ha sido en extrañas circunstancias y eso no puede ser casualidad.

—Tienes razón, no puede ser casualidad. Mi amiga Sara no cree en las casualidades y siempre me sale con teorías esotéricas y me habla de chamanes y misticismos. Suelo pasar de ella, pero creo, de verdad, que el destino no para de decirnos que tenemos que ser amigos.

«Tenemos que ser amigos». Esas cuatro palabras se grabaron en mi cabeza para siempre. Las coloqué de inmediato en la estantería de honor de mi memoria a largo plazo. Y respondí, claro. Respondí un «sí, quiero» como si se me fuera la vida en ello. En asuntos de amistad con estrellas del pop no me temblaba la mano en sellar y firmar el compromiso para el resto de mi vida.

—Si vamos a ser amigos, tienes que contarme lo que te pasa, Chica Pop —me arrepentí en cuanto la llamé de aquella manera.

—Si vamos a ser amigos, tienes que llamarme por el nombre que sale en mi DNI.

—¿No es La Chica del Pop? Pensaba que te llamabas así desde siempre, vamos —bromeé para

arreglar mi cagada monumental.

Eva cogió el bote de miel que había junto a las toallitas desmaquillantes y se echó un buen chorro en la boca.

—¿Quieres un poco?

—No soy muy fan de la miel. Ni de la mermelada ni del cabello de ángel. De lo dulce en general.

—¿En serio? Yo soy adicta. —La Chica del Pop se echó otro poco en el dedo y lo chupó—. Cuando llegué a la *jaula* solo lo era a la lasaña, pero Zoe me contó que era buenísima para la garganta y aquí estoy enganchada todo el día al bote de miel.

«Lo sé», quise contestar. Lo sabía todo sobre ella.

—Puedo intentarlo.

Me pasó el bote y dejé caer una gota densa sobre la lengua.

—¿Qué tal? Te tiene que gustar sí o sí —sostuvo al verme con el ceño fruncido.

—No está mal...

—¡Mentiroso! No te ha gustado nada en absoluto.

—La verdad es que no.

Nos reímos como si fuéramos dos amigos de toda la vida. El *feeling* entre nosotros era evidente.

—Así no podemos ser amigos —dijo y, en un segundo, volví a ver en su cara esa mueca triste. Cogí de nuevo el bote de miel.

—Le doy otra oportunidad a esta cosa pegajosa si tú me cuentas lo que te pasa. ¿Ha sido otra vez Carlos Mata? Mira que si tengo que hablar con él no me tiembla el pulso. Me planto en su despacho y le digo cuatro cosas bien dichas. Es lo que iba a hacer ahora mismo con Regina. Que a veces tengo carácter.

—¿Qué te ha pasado con Regina?

—Primero tú.

Eva dudó. Suspiró un par de veces y puso cara de muchacha compungida para disimular el drama que la carcomía por dentro.

—Me muero de la vergüenza..., prométeme que no me vas a tomar por una dramática insoportable.

—Te lo prometo. —Eva se echó un poco de miel en la mano. No me lo pensé, acepté el trato y estreché la mía contra la suya, sintiendo la sustancia pegajosa extendiéndose por la piel—. Esto es asqueroso.

—Lo sé, pero odio a las dramáticas insoportables y si vamos a ser amigos quiero asegurarme de que empezamos con buen pie.

Y comenzamos muy bien porque nos entendimos a la perfección. Cuando conseguía mantener

a raya la verborrea, se me daba de fábula escuchar a la gente y La Chica del Pop necesitaba que la escucharan con urgencia. Me llamó la atención saber lo sola que se sentía. No le resultaba fácil hacerse a Madrid y las pocas personas que podían ayudarla le daban la espalda. Lo de Zoe y Tommy YUM era de juzgado de guardia. Unas buenas tarántulas, que diría mi amiga Raquel. Pretendía guardármelo para mí porque tampoco era muy dado a echar más leña al fuego, pero sentí tanta rabia al verla tan desprotegida, tan humana, que no pude callarme.

—Esos dos ni son amigos ni son nada. ¿Cómo se les ocurre? En el barrio del Pilar no te pasaría eso nunca. Si nuestra amistad sigue adelante —crucé los dedos sin que me viera—, te voy a presentar a Raquel, a Carlota y a Aitor. Son bastante insoportables, pero también los mejores amigos que puedes tener. Nunca me darían la espalda. Ni yo a ellos.

—Te tomo la palabra, Quique. Ya no puedes echarte atrás.

—Nunca me echo atrás y siempre cumplo mi palabra. Eso sí, tienes que saber algo de mis amigos. A Aitor no le gusta la gente, Raquel va a querer maquillarte como una puerta y Carlota se hará la buena contigo, pero lo único que querrá es secuestrar a tu novio. Está enamorada de Lucas.

La Chica del Pop volvió a mostrar ese gesto triste. Después de todo, se había dejado algo para ella y no tenía la menor intención de compartirlo conmigo por mucho pacto de amistad que acabásemos de cerrar. Era entrar en la parcela más íntima de su vida y, por sus ojos vidriosos, tocaba algo que le dolía profundamente. Esta vez estuvo más rápida.

—Todavía no me has contado tu movida con Regina. ¿Es tan rara como parece? No termino de cogerle el punto a esa mujer, aunque creo que prefiero a cien Reginas antes que a una Luisana...

—Luisana es la mujer que bebe mate, ¿no?

—Exacto.

—No sé yo a quién prefiero...

No hicieron falta ni pruebas ni explicaciones. Nuestro momento de amistad se fue a la mierda cuando la puerta del camerino se abrió y Regina entró pegando bufidos. Se quedó blanca como la pared del camerino cuando me vio sentado con La Chica del Pop.

—¡Virgen Santa de Belén! ¿Por qué estás aquí y no en el catering? ¿Estás bien, Eva, querida? No ha hecho nada raro, ¿verdad?

Me puse de pie tan rápido que me faltó hacer el saludo militar.

—¡Regina! No te encontraba por ninguna parte y no sé cómo...

La Chica del Pop también se levantó de la silla.

—Se ha perdido, ha terminado en el camerino y me ha salvado la vida.

Regina se llevó las manos al corazón.

—¿La vida? Pero ¿estás enferma? De verdad, no puedo con más disgustos.

—Me ha salvado de mi muerte en redes sociales. —Me guiñó el ojo.

—Solo unos consejos para aumentar su *engagement* en Instagram —mentí.

—¿En serio? ¿Y tú entiendes de redes sociales? —preguntó dubitativa—. Bueno, estás en la edad, claro. De todas formas, no te acomodes, que debemos volver a la oficina. Tengo muchísimo trabajo que hacer. Y a ti ya te dejamos tranquila, alma de cántaro.

Me disponía a salir del camerino sin rechistar, pero La Chica del Pop me pidió una última cosa antes de irme.

—¿Cuál es tu Instagram?

—¿Cómo?

—¿Qué? —exclamó Regina, asombrada.

—Qué menos que después de la *masterclass* que me has dado nos hagamos amigos en Instagram...

—Claro, claro. La *masterclass*... Aunque no lo uso mucho, solo tengo quinientos seguidores. Sé de redes, pero no las utilizo demasiado.

Mi jefa me miraba alucinada, como si no entrara en su cabeza que supiese de redes sociales y tuviese tan pocos seguidores en Instagram.

—Pues dime, porque estás a punto de tener quinientos uno.

Tuve que controlarme para no abrazarla muy fuerte. Cinco minutos después, subido en el segundo Cabify del día con Regina, recibí la notificación más importante de mi vida adulta: «lachicadelpop ha comenzado a seguirte».

15

Cambio de imagen

Quique

Tardé en volver a ver a La Chica del Pop. César la tenía jornadas completas encerrada en el estudio con la grabación de los temas que formarían parte de su primer trabajo discográfico. Sin embargo, fuimos cultivando nuestra amistad desde que salí de aquel camerino sobre ruedas. Nuestra vía de comunicación elegida fueron los DM de Instagram. Muy teenager todo. Temía que Regina hubiera pinchado nuestros teléfonos, así que, como mi jefa y la tecnología no se llevaban del todo bien, optamos por la mensajería de las redes sociales. Nuestras conversaciones eran de lo más estimulantes. Hablábamos de Sky casi todo el tiempo y también intentaba introducirla en el mundo de Morning Rey. ¿Cómo era posible que un prodigio del pop como ella no escuchara al mayor gurú de la música? No se lo tuve muy en cuenta. Más que nada porque, a cambio, me hizo partícipe de todo —o casi todo— el proceso de creación de su *fucking* álbum. ¡Hasta me dejó escuchar «Platónicos» por una nota de voz! Teníamos conversaciones memorables que siempre me ponían de buen humor cuando las leía. Una de ellas fue la siguiente:

La Chica del Pop 01.35

Toc, toc. Quique, ¿estás despierto?

Quique 01.35

Por aquí estoy, viendo la Super Bowl de Beyoncé mientras escucho los ronquidos de mi madre y de mi abuelo. ¿Tú tampoco puedes dormir? Pensaba que las chicas del pop se sobaban enseguida.

La Chica del Pop 01.36

Las otras chicas del pop no sé, pero yo no pego ojo. Y no sabes lo que es roncar. Tengo a Lucas aquí al lado y me va a dejar sorda.

Quique 01.36

Si vivieras cerca te llevaba un Orfidal. Mi madre se los toma cada noche y no aguanta ni medio minuto despierta.

La Chica del Pop 01.36

¿Y por qué no te tomas tú uno?

Quique 01.36

Porque con el Orfidal no se sueña y a mí me gusta soñar a lo grande. ¿Sabes que el otro día soñé que Carlos Mata me quería aplastar la cara contra la pared por quitarle el puesto de jefazo? Fue increíble.

La Chica del Pop 01.37

Ja, ja, ja creo que no sueño desde antes de la jaula. Espera, ¿las pesadillas cuentan?

Quique 01.37

No, las pesadillas son una mierda. ¿Cómo es posible que la artista más importante de este país tenga pesadillas?

La Chica del Pop 01.38

¡Quique! Primero, no soy la artista más importante.

Y segundo, tengo unas pesadillas horribles. La última fue con Luisana Tirelli. Me obligaba a beber litros y litros de mate mientras su chuchó me lamía la cara. De las peores que he tenido últimamente.

Quique 01.38

JAJAJAJAJA

La Chica del Pop 01.38

¡No te rías, lo pasé fatal! Imagínate que te despiertas un día y en lugar de esa carita tienes la de Regina.

¿Cómo te quedarías?

Quique 01.39

Me tiraría desde la última planta de la Torre de Cristal sin pensarlo ni un segundo.

La Chica del Pop 01.39

Me encanta, somos unos dramáticos.

Quique 01.40

Pero unos dramáticos que trabajamos en lo que nos gusta.

La Chica del Pop 01.40

Claro, claro...

Tener contacto directo con ella me tenía tan contento que dejó de importarme que Regina me siguiera mandando las tareas más aburridas e insignificantes de Louder Music. El único problema, porque siempre había uno, era que el trabajo y La Chica del Pop me quitaban muchas horas al día y, sin querer, en el orden de nuevas prioridades, mis amigos del barrio del Pilar bajaron un par de posiciones, con todo lo que eso conllevaba.

—Se acabó —Carlota me quitó el teléfono de las manos y se quedó con los brazos cruzados, odiándome desde el centro de la habitación—. Ya está bien de tanta chica pop y tanta chica pop. ¿Puedes atender a tus amigos de toda la vida? ¿Los mismos que te recogieron de un portal en las fiestas del Pilar de 2019 y se compincharon con el abuelo Pepe para que tu madre no se enterase?

—Cómo te encanta recordarme la única borrachera que me he pillado en toda mi vida..., devuélveme el teléfono.

Carlota se lo lanzó a Raquel. Mi otra amiga tenía buenos reflejos y lo cogió al vuelo. Por supuesto, se lo guardó dentro del sujetador. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¡Raquel, tía!

—Eso es una guarrada hasta para ti —dijo Carlota.

—Tranquilo, bebé. Ya sabes cuál es mi Top 3 de cosas importantes en la vida: la fama, el money, money y la extrema limpieza corporal.

Aitor contemplaba nuestra pelea absurda desde el escritorio. Jugaba con un cubo de Rubik y hacía como que aquello no iba con él porque era de esas personas que se regodeaban en su mundo interior y no prestaba atención a asuntos tan banales.

—¿Podemos empezar con el desfile de moda? —preguntó con desgana—. Algunos tenemos cosas que hacer en la vida real.

Convoqué a mis amigos en el número 107 de la calle de Melchor Fernández Almagro un viernes a las siete de la tarde. No fue idea mía. Cuando mi amiga Raquel se enteró de que no solo había conocido al diseñador José Conde, sino que no había pagado ni un duro de mi bolsillo por toda la ropa que me había enviado, entró en estado de shock. Hiperventiló muy fuerte y me obligó a montar lo que ella llamaba «un desfile de gente guapa para gente guapa con la excepción de Aitor».

—¿Empezamos? —Raquel estaba de lo más impaciente.

—Primero devuélveme el móvil. —Mi amiga me estaba poniendo muy nervioso.

—Por supuesto, bebé. —Raquel se lo sacó del escote y me lo entregó con una sonrisa simpática—. ¿Puedo abrir el armario ya?

Pidió permiso mientras lo abría. La última vez que la vi tan perpleja fue cuando intentó hacer un simpa en una terraza de la plaza Mayor. Resbaló por culpa de los adoquines y cayó de bruceas contra el suelo.

—Madre mía, bebé. No sabes lo orgullosa que estoy de ti. Nunca había confiado en que ibas a

prosperar... y mírate.

Raquel me había juzgado toda la vida por mi forma de vestir, y nunca le hice mucho caso. En el instituto vestía la ropa que no quería el hijo mayor de la vecina de enfrente. Raquel no veía con buenos ojos la segunda mano, a no ser que fueran marcas de lujo y siempre que la zona de las axilas no estuviera manchada de amarillo ni oliese a gato muerto. Lo peor fue cuando entré en la universidad. Había ahorrado un dinerillo sirviendo mesas en el Santibáñez y decidí irme de compras. Raquel se puso loca de contenta porque pensaba que la iba a contratar como personal shopper, otro de sus muchos trabajos, pero la emoción le duró lo mismo que su base de maquillaje del KIKO. No se lo pedí. Me fui solo y, como se me daba fatal combinar cualquier prenda, compré sudaderas y camisas del mismo color. Se tiró una semana sin hablarme.

—Me parece alucinante que un tío random te haya regalado toda esa ropa —dijo Carlota, sentada sobre el borde de la cama.

—Creo que solo es porque le caí bien. Aunque todavía no sé muy bien por qué.

—Seguro que sí —farfulló Aitor, que de nuevo se concentró en el cubo de Rubik.

—Aitor, bebé. Sé que este estilo de vida te queda muy lejos, pero haznos un favor y sigue con tus cuadradillos de colores, ¿quieres? —dijo Raquel con una sonrisa falsa antes de volver a deleitarse con mi nuevo fondo de armario—. Hay tanto donde elegir que no sé ni por dónde empezar.

—¿Por dónde empezamos? No, no. Solo quiero que me digas lo que me tengo que poner para la presentación de La Chica del Pop. Dicen que tengo que ir arreglado, pero informal... Para el día a día ya lo miraré.

—¿Y dejar que el mismo chico que combina un jersey azul marino con un pantalón negro se cargue la reputación de José Conde? Ni hablar, bebé. Me has prometido un desfile y voy a tener un desfile.

Poco espacio había para desfiles de ningún tipo, pero Raquel se encargó de una forma muy personal de que aquella tarde saliera un nuevo Quique de la habitación. Puso la música que le gustaba, un electrohouse del año de la polca, y comenzó el show. Me desnudé y me quedé en calzoncillos y calcetines. Cero vergüenza. No iban a ver nada que no hubieran visto antes, y mucho menos Aitor, que no tardó en levantar la vista del cubo de Rubik.

Raquel me pasaba las prendas que encontraba en el armario y que, a su criterio, quedaban fenomenal. Hizo cientos de combinaciones. José Conde no exageraba cuando hablaba del paquete *round total*. Había de todo, y cuando hablo de todo me refiero a absolutamente todo: jerséis de cachemir, polos de varios colores, chinos ajustados y sin ajustar, americanas con estampados, dos pares de zapatos, una gabardina, un plumífero... Raquel se emocionaba con cada *outfit* que me probaba y Carlota era incapaz de cerrar la boca porque en todos los años de

amistad nunca —y nunca es nunca— me habían visto con esas pintas. Ni Aitor pudo disimular su cara de sorpresa.

—¿No seré yo uno de esos influencers que tanto os gustan? —bromeé.

—Madre mía, Quique. ¡Estás guapísimo! —Carlota me estrechó entre sus brazos—. Tienes que venir a mi cumpleaños vestido así, la gente se va a quedar loquísima.

Raquel sacó un cepillo del bolso y empezó a pasárselo por su larguísima coleta mientras se regodeaba con el resultado.

—Ay, bebé. Lo sabía. Sabía que detrás de esos trapos viejos y arrugados había una buena percha en la que se podía colgar ropa de calidad. Ahora mismo te llenaría la cara de besos, pero ya sabes...

—El maquillaje.

—Exacto, bebé. Exacto.

—¿Sabes, Raquel? Si no conociera a la Juani y no supiera que José Conde es rematadamente gay, te diría que podrías ser hija de ese tío.

Raquel se contoneó por la habitación como una vedette.

—No es ninguna tontería. ¿Veis estas cejas tan bien alineadas? Las de José Conde son idénticas...

—Ya lo que me quedaba por oír. —Aitor dejó el cubo de Rubik en la mesa e intentó espantar a mis amigas como si fueran las típicas palomas que te encuentras en la calle comiendo migas de pan—. ¿Vosotras no os teníais que ir para preparar tu cumpleaños, Carlo?

—¡Coño, la tarta! —gritó Carlota—. Raquel, guarda el cepillo y vamos corriendo a la panadería que cierran ya y mañana no voy a poder ir.

Raquel le dedicó una mirada de desdén a Aitor.

—Aitor, de verdad, ¿puedes aprender a ser un poco más feliz? Y si no puedes porque has nacido para ser insoportable, al menos, ¿podrías dejarnos vivir a los demás? Gracias y hasta luego. —Raquel le dedicó una peineta antes de lanzarme muchos besos en el aire y repetir una y otra vez lo orgullosa que estaba de mí—. Mándame fotos de la fiesta. Y lo que es más importante: recuerda hablarles a todos los famosos de tu amiga Raquel.

—Te espero mañana a las doce en el Santibáñez, ¿vale? No me falles que te mato. —Carlota se despidió con un abrazo asfixiante.

—Allí estaré. En cuanto termine la presentación cojo el metro y lo que tarde en llegar.

—Te quiero, cari. Y tú —Carlota señaló a Aitor—, pórtate bien, ¿vale? Sé un poco simpático con tu amiga y dame un beso.

Cuando la puerta de la casa se cerró, y se llevó el ruido de los tacones de Raquel y los gritos de Carlota, Aitor y yo nos quedamos en un silencio expectante. Me quité la ropa con la única intención de ponerme el chándal y estar más cómodo, pero Aitor entendió que quedarme en

calzoncillos sin Carlota y Raquel era una señal clara y lógica para que entrara a matar, un tíquet con *all access* a mi cuerpo. Aitor tiró su camiseta al suelo. Evité mirar porque me convertía en una persona simple que pensaba poco cuando veía sus abdominales. También me ponía malo la banda del bóxer que sobresalía por encima del pantalón. Negué con la cabeza y me esforcé en despejar esa imagen tórrida de mi cabeza, pero no sirvió de nada. Aitor se movió rápido y veloz. Rodeó mi cintura con las manos y pegó su cuerpo contra el mío.

—Por fin solos.

—Mi madre y el abuelo Pepe están al caer —le recordé.

—Claro, Quique. No dejes de hablarme de tu abuelo Pepe, seguro que así se me pone más dura.

—No creo que se pueda poner más dura.

Aitor me cogió de las caderas con fuerza y noté cada centímetro ansioso por salir del pantalón. Sus labios se deslizaron por mi cuello y estiró la mano hasta meterla dentro de mis calzoncillos. Se me escapó un gemido cuando sus dedos hicieron contacto con el calor de la piel. La agarró sin pedir permiso y la única respuesta que encontró fue la de abrir la boca por el gusto. Cerré los ojos dispuesto a dejarme llevar como había hecho otras tantas veces. Una paja rápida, un momento de placer y volver a mis quehaceres. El *modus operandi* de siempre. Pero tuve un flash. Así, de repente y sin avisar, una imagen clarísima de unos ojos oscuros que me susurraban al oído. Arqueé un poco la espalda y sentí cómo el bulto de Aitor presionaba el pantalón. Entonces descubrí la barba incipiente alrededor de una boca que no era suya y que me moría de ganas de probar. Y el sonido de una voz que me preguntaba si alguna vez había sufrido por un amor no correspondido.

—Para, para, para.

Escapé del sueño ¿o era una pesadilla? Recogí el pantalón de chándal del suelo y tapé la erección y la vergüenza.

—¿Qué ha pasado? Estabas a punto de correrte... Estaba cachondísimo.

—Perdona, me he rayado.

—¿Que te has rayado? —Aitor colocó las manos detrás de la nuca—. Pero ¿qué cojones te hacen en el sitio ese?

—Aitor, en el sitio ese lo único que hacen es darme una oportunidad, no vuelvas a sacar el tema, por favor. Ahora no me apetece follar, no es nada malo.

—¿Y te apetece hablar? ¿Cuántas veces hemos hablado en las dos últimas semanas?

—Sí que hemos hablado...

—Ni siquiera lo sabes. ¿Y a qué viene toda esa parafernalia de la ropa? Tú siempre has criticado a la gentuza estirada que viste así. —Aitor se puso la camiseta y la chaqueta. Fin del juego—. Mira, no contestes. Da igual. Me piro a casa.

—Espera, no te vayas.

Pero se largó tras dar un portazo de los gordos mientras yo hacía todo lo posible para borrar de mi cabeza los ojos oscuros de César Castellano.

16

Antes de la tormenta

La Chica del Pop

Taché la frase que acababa de escribir y solté el bolígrafo. Miré los cuatro versos pintarrajeados sobre el cuaderno, arranqué la hoja y la tiré a la papelera. Otro día más —¿cuántos llevaba?— que no salía nada que mereciera la pena. La presentación de «Platónicos» me tenía muy nerviosa. Apenas dormía por las noches y las sesiones en el estudio de grabación no estaban siendo todo lo productivas que le hubiera gustado a César. Era lo que tenía prestar mi voz a canciones que no me pertenecían. Yo no tiraba la toalla, seguía empeñada en componer mis propios temas por más que se fueran a quedar llenos de polvo en el cajón de mi escritorio. ¿Querían canciones de amor? Me estrujaba los sesos e intentaba escribir canciones de amor. Aunque la triste realidad era que «la magia» no terminaba de fluir. Las musas se fueron de vacaciones y parecía que al *alter ego* que compartía cuerpo conmigo, La Chica del Pop, se le hubieran agotado las pilas. La creatividad se esfumó, desapareció. Buscaba y buscaba y lo único que encontraba era un páramo seco y lleno de grietas. Un asco, vaya. Lancé el cuaderno por los aires y me tumbé sobre la alfombra. Lucas escuchó un golpe y vino enseguida. Me encontró tirada, con los ojos cerrados y la cabeza bien sujeta por los brazos. Esa era mi posición de «tirar la toalla».

—Ya estoy viendo los titulares de mañana: «La Chica del Pop pone de moda el pijama de Mickey Mouse en los photocalls».

Lucas se pasaba de guapo y de ir guapo, no se parecía en nada a mí.

—¿Tan dramático sería?

—Sería un puntazo. Además, sabes que al día siguiente todas las niñas de catorce años saldrían a la calle con el mismo pijama porque tú estás increíble aunque te pongas la ropa hortera de tu mánager.

Entró en mi pequeño lugar en el mundo y se recostó a mi lado. Mi pasatiempo favorito era mirarlo y perderme en su perfección. Podía pasarme horas así. Siempre empezaba por la coronilla. Echaba de menos enredar las manos en su pelo y ver cómo se relajaba hasta quedarse

frito. Dibujé con el dedo una línea por la frente y bajé hasta la punta de la nariz. No sin antes hacer una parada en esos ojos que eran mi casa. Aunque los labios eran mi parte favorita de su fisonomía. Me encantaba su boca y lo besaba siempre que tenía ocasión. No me podía resistir. Solo fue un beso, uno rápido, pero me supo genial.

—¿Dónde vas tan guapo?

—Voy a la fiesta de una chica que está muy de moda. Saca canción y le han montado una fiesta bien guapa. No sé si te suena de algo.

—¿De quién hablas? No me suena para nada.

—¿No? Pues dicen que es bastante maja. Y que tiene talento. Y, por lo que cuentan en redes, muy buena persona. Además, fíjate, le debo una disculpa.

Lucas apoyó su cabeza sobre mi vientre. Lo tenía tan corto que raspaba como un cepillo.

—¿Una disculpa? Cuéntame más.

En sus ojos encontré arrepentimiento.

—Lo siento, nena. No sé qué mosca me ha picado estas últimas semanas. No he sido justo contigo. Ahora es cuando más fuertes tenemos que estar. Querernos y cuidarnos mucho. He sido un auténtico gilipollas, lo sé.

—Para, para, para. Para de hablar. —Le tapé los labios con un dedo—. No tienes que pedirme perdón. Yo tampoco he sido la mejor novia del mundo que digamos. Y tenías razón. Estoy tan encerrada en mis cosas y en mis movidas que no me doy cuenta de lo que pasa a mi alrededor. Ahora lo sé. De algo tendría que servir pasarme las horas delante de una hoja en blanco. Pero eso va a cambiar. Te prometo que voy a estar más en el mundo en el que viven las personas de verdad y menos en el mío, ¿de acuerdo?

—¿Vas a salir del cascarón ahora que te toca ser la estrella más importante del país? —no lo dijo con retintín, sino con orgullo—. No sé si tendrás mucho tiempo.

Lo agarré por detrás de la nuca y lo besé otra vez.

—Sí, lo voy a hacer, pero con una condición.

—Sorpréndeme.

—Que hables conmigo.

—¿Vuelves a ser cascarón de huevo? —bromeó.

—Lo digo en serio. No quiero que te guardes las cosas para ti, Lucas. Cuando tengas un problema, me lo cuentas, y me da igual si el problema es conmigo. No quiero ni tensiones ni secretos entre nosotros. Quiero que las cosas vuelvan a ser como en la *jaula*, pero sin estar en la *jaula*. ¿Me entiendes?

—¿Te he dicho ya que estás espectacular con el pijama de Mickey Mouse?

Lucas se puso encima de mí y buscó mi boca. Sus ojos se volvieron salvajes.

—¿Estás loco? Mira la hora que es y me tengo que duchar todavía. Luisana está a punto de

llegar y viene con maquilladores, peluqueros y el resto del séquito de la belleza. Como no esté duchada y secada me ahogará en un recipiente de mate.

—Estoy dispuesto a pagar ese precio... varias veces.

Nos revolcamos por el suelo de la habitación, rodamos sobre la alfombra mientras me hacía cosquillas sin parar. Le rogué a gritos que parara, pero a Lucas le gustaba el sonido de mi risa. A mí, en cambio, me parecía insoportable. Paró y vinieron un montón de besos. Cada uno más intenso que el anterior y los recibía en intervalos más cortos. Me di cuenta de sus intenciones enseguida. Conseguí escapar presionando mi rodilla contra su entrepierna. Se quejó, dolorido, y aproveché para salir a toda prisa. Me encerré en el cuarto de baño cuando escuché unas pisadas que se acercaban. Me desnudé en un segundo y entré en la ducha justo cuando Lucas abrió la puerta.

—¿Crees que una ducha se puede interponer entre tú y yo? ¿Es que todavía no me conoces?

Abrí el grifo, desafiándolo.

—¡Lucas! ¡El traje!

Le dio exactamente igual. Se metió en la ducha conmigo y me arrinconó en una esquina. Me besó el cuello y dibujó con la lengua una fina línea que bajó poco a poco por toda mi espalda. Se desabrochó el pantalón y abrí las piernas. Coloqué las manos sobre la pared y las suyas cayeron firmes sobre mis caderas. Entró dentro de mí sin avisar y le di todo el control. Fue rápido, pero duro e intenso. Perdí la noción del tiempo hasta que el desagüe se tragó el deseo, las ganas y, por qué no decirlo, algo de nostalgia por el recuerdo de lo que fuimos. Lucas se despidió con un beso en la frente. Salió por la puerta de casa con las energías renovadas, vestido con un traje de chaqueta distinto y una sonrisa de satisfacción que no se esforzaba en disimular.

Reconozco que a mí me pasó lo mismo. Permanecí como una tonta sentada sobre la encimera de la cocina mientras me comía una manzana y me recreaba en cada detalle. Todavía me temblaban los dedos de los pies al pensar en su cuerpo pegado al mío. Y no podía dejar de mordirme el labio buscando algún rastro del sabor de su boca. Me recogí el pelo mojado en una coleta y varias gotas resbalaron por mi cuello y se colaron dentro del albornoz. El escalofrío que me recorrió la espalda consiguió sacarme del estado de idiotez extrema en el que me había dejado Lucas. Bueno, miento. En realidad, fue mi padre. «AA Papá, llamando», me avisó Siri por el altavoz de la casa. Di otro mordisco a la manzana y la tiré a la papelera.

—Eva, ¿para qué tienes un móvil?

—Lo siento, estaba... preparándome para la presentación. —No pude contener una sonrisa traviesa, aunque se desvaneció de un plumazo—. ¿Qué hora es? ¡Las once menos cuarto! Luisana está a punto de llegar con las Tres G y yo..., te cuelgo, papá.

—Espera, escúchame. Hay un tráfico terrible para entrar en Madrid. No sé si llegamos a tiempo.

—La canción sale a las doce, pero va a seguir estando en Spotify después de esa hora, papá. No desesperes.

—Ya, ya, pero yo quería supervisar el asunto con la argentina. —Tosió muy fuerte y conté hasta diez, el tiempo que tardé en escuchar a mi madre de fondo echándole la culpa al dichoso tabaco.

—No hace falta que mientas, lo que quieres es supervisarme a mí.

—¿Están esos nervios controlados? —preguntó entre tos y tos.

—Hasta que lo has mencionado, sí.

Quedaba poco más de una hora para que «Platónicos», la primera canción de mi carrera, saliera en todas las plataformas digitales y, entonces sí, de manera oficial mi vida dejaría de ser mi vida para ser de la gente que se interesaría en escuchar los tres minutos y treinta segundos que duraba el tema. Pensé que me aliviaría pasarle la presión y las responsabilidades a La Chica del Pop. Jugar a Hannah Montana me ayudaba a no estar nerviosa y, sobre todo, a no pensar en vomitar y desmayarme si la cosa se ponía fea.

—No quiero nada raro hoy, ¿vale? Ya eres una mujer hecha y derecha, con éxito y responsabilidades. —Responsabilidades, la palabra favorita de mi padre.

Pero no entraba en mis planes despertar de la película que me había montado y recurrí al viejo truco de la cobertura. Nunca fallaba.

—¿Cómo? Papá, no te escucho. ¿Habéis entrado en un túnel? ¿Sí? Vale, os quiero, nos vemos en un rato. ¡Qué ganas!

Dejé el teléfono sobre la encimera, pero hubo otro ring, ring. Una notificación de Instagram. Corrí a abrirla cuando vi que se trataba de un audio de Quique. Era demasiado fan de los audios y yo no tanto, pero por mi nuevo mejor amigo estaba dispuesta a esforzarme un poquito más con la tecnología. «Estoy llegando a La Riviera y todavía no me explico cómo has dado el visto bueno al *look*, entre comillas, de mi amiga Raquel. La gente me mira raro. ¡Hasta una chica me ha pedido un autógrafo! Decía que le encantaban los *challenges* que hago en TikTok. Menuda mentira. El único baile que he hecho en mi vida fue un tango en el fin de curso de cuarto de la ESO y, como comprenderás, me encargué yo mismo de que no quedara ninguna prueba de ese desastre. Bueno, ¿tú qué tal? ¿Te has comido la manzana que te dije? Leí en una entrevista de Sky que comía una manzana y bebía cuatro litros de agua antes de cualquier evento importante. Y si a ella le funcionó, a ti también. Por cierto, ¿estás escuchando a Morning Rey? Lleva más de dos horas de retransmisión. Ya sé que no te hace mucha gracia, pero no para de hablar maravillas de ti... También sé que no quieres que te recuerde que hoy a las doce de la noche sacas tu primer single... PERO ¡ES QUE SACAS TU PRIMER SINGLE!»,

Se me pasó por la cabeza ir a la habitación a tocar el piano a ver si las musas habían vuelto. Podría haber cogido otra manzana del frutero y mordisquearla un rato hasta cansarme. Podría haber hecho muchas cosas antes que encender la radio y sintonizar el programa de Morning Rey, como me dijo Quique. Pero había cogido la mala costumbre de hacerle caso. Le pedí a Siri que buscara la frecuencia 99.9 y subiera el volumen al diez. Fue la segunda peor decisión de mi vida. Mi padre decía mucho que las cosas no pasaban por casualidad, sino que habíamos hecho algo para que ocurriesen así. De lo que estaba convencida es que la verdad que estaba a punto explotarme en la cara no la busqué y, sobre todo, no me la merecía. O sí, quién sabe.

«Queridos oyentes, me chivan por el pinganillo una última hora que va a sacudir los pilares de la industria musical y sobre todo hoy los de cierta discoteca de Madrid. Por favor, desalojen la sala antes del desastre. Curioso el destino, ¿verdad? Cuando decide actuar, es imparable. El pájaro azul está que echa humo y debería hablar con vosotros, los que estáis detrás de las ondas y mis ansiosos seguidores de Twitter. Pero tenéis que entenderme. Permitidme pasar de este duelo y dedicar cada pensamiento a La Chica del Pop. Me pregunto cómo se toma una superestrella como ella la noticia de que su novio le pone los cuernos el mismo día en que, después de lustros esperando, va a publicar su primera canción. Y no una cualquiera, sino una que lleva el título de «Platónicos» y que trata encima de los comienzos con el príncipe encantador. ¿Qué dirá esta vez el bueno de Lucas Risu? ¿Y la misteriosa bailarina con la que se le ha visto? Lo que está claro es que el príncipe le ha salido rana a La Chica del Pop. Ay, querida. ¿Qué va a ser de ti?».

La radio se quedó en un murmullo. El teléfono empezó a sonar una y otra vez sin parar, pero en la cocina solo se escuchaba un llanto desgarrador. El mío.

Quique

Nunca antes me habían invitado a una fiesta con famosos, por lo que mi euforia se puso bastante *high* cuando atravesé una cortina de terciopelo rojo y me vi entre lo mejorcito de la industria musical. La apuesta de Louder Music por La Chica del Pop no tenía parangón, y querían que corriera la voz, que todo el mundo lo supiera. Para asegurarse montaron una fiesta tremenda en la discoteca más *trending* de Madrid. El objetivo estaba claro: que «Platónicos» lo eclipsase absolutamente todo, que La Chica del Pop fuera el único tema de conversación en las redes sociales. El inicio del fenómeno.

—Hacía mucho tiempo que no me picaba la nariz, y cuando me pica es porque van a pasar cosas buenas. Empezaré por un cambio en la dieta. —Regina paró a un camarero que pasaba por nuestro lado y le quitó una copa de vino de la bandeja.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con este momento? La Chica del Pop. La presentación de su primera canción. Toda la industria en una misma sala... Estoy sin palabras.

—No te creas que no me he fijado, Quique. ¿Tú con el pico cerrado? Si es necesario montamos una de estas cada semana.

—¿Has visto los visuales de las pantallas? —Yo asimilaba poco a poco lo que había delante de mis ojos—. Parece una auténtica diva del pop. Qué digo. No parece, ¡lo es!

Ese día no estaba dispuesto a fingir que en mi lista interminable de cosas que hacer antes de morir no estaba escrito algo parecido a «presenciar algo grande de La Chica del Pop». También «comportarme como uno más del mundo de la música», pero prefería estar algo comedido por si a Regina se le cruzaba un cable y me cortaba las alas... otra vez.

—Lo de los jardines verticales con tulipanes ha sido cosa de César, pero ya le dije que cuando la gente se ponga tibia no va a quedar ni una flor en pie. Vamos, que me va a tocar vigilar al personal toda la noche. ¿Me entiendes? —Regina bebió ansiosa el culo de su copa y atrapó al vuelo dos más—. Esta para ti.

—¿Para mí?

Mi estómago no digería el alcohol muy bien y el vino no me mataba mucho, pero me hizo tanta ilusión el gesto de Regina que me bebí todo lo que quiso y más.

—Para ti, te la has ganado. —Se volvió hacia el camarero—. Usted quédese por aquí que hoy voy a necesitar varias de estas. No me mire así, es eso o sufrir un derrame. No sabe los antecedentes que tenemos en mi familia.

Mi jefa era el tipo de mujer que a mi abuelo Pepe le fascinaba y le inquietaba a partes iguales. Guardaba la compostura ante las situaciones más extraordinarias, pero sus ojos saltones siempre la delataban. Podías ver en ellos la desesperación y la angustia. Además, intentaba mantener toda la fuerza de voluntad del mundo, pero se saltaba la dieta cada vez que se le ponía delante un donut glaseado o una copa de vino. El azúcar le generaba más ansiedad, pero el alcohol le soltaba la lengua y le provocaba una risa nerviosa y de lo más contagiosa.

—¡Mira, Regina!

Mi jefa pegó un brinco.

—No me des esos sustos, Quique. ¿Dónde miro?

—Allí, en la barra del fondo.

Abrió el bolso y sacó las gafas de ver.

—¿Te refieres a Roger? Ah, y está Zoe detrás, claro.

—¡Que están hablando con el productor de Rosalía!

—¿Y qué más da? Entre tú y yo, Roger no es trigo limpio. Es malo como un demonio. ¿Cuántos años llevo en esta compañía? Ufff, demasiados. Me mareo solo de pensar en los años de paz mental que he regalado a esta compañía...Te lo digo porque conozco a ese insensato como si lo hubiese parido y es un pedazo de sinvergüenza. —Regina apuró la copa de vino y continuó—: Y esa Zoe, con esos ojos de cordero degollado y esa carita de porcelana..., parece un ángel, pero menuda trepa. Tan pequeña y con tanta maldad dentro. No la quisiera yo de enemiga.

—Ya te digo. A Eva...

—¿Eva? ¿Nuestra Eva? —Vio la duda en mis ojos—. Quique Barrios, desembucha.

—No me sé la historia al cien por cien, pero no se ha portado muy bien con ella.

—¿Y se presenta aquí esa desvergonzada? —Regina ladeó la cabeza—. Si llego a saber esto, cojo la lista de invitados y me la cargo. ¡Ya está bien de tanta tontería!

Me gustaba ver cómo Regina defendía a capa y espada a La Chica del Pop. Daba igual su genio, sus cambios de humor y sus desvaríos. Cuando se trataba de sus polluelos, y eso me incluía a mí, daba picotazos a cualquier malnacido que se le pusiera por delante.

—¿Brindamos? —le dije sin pensar.

—¿Por Eva? Espérate a que venga. No seas impaciente.

—Brindar por nosotros... o por Louder Music.

La fachada de cemento de Regina se cayó en pedazos. Se le empañaron los ojos y se le marcaron las patas de gallo cuando se le dibujó una sonrisa amplia y sincera en su cara redonda.

—Quique, por el amor de Dios. No te pongas tierno que he tenido una semana muy estresante y estoy sensible. —Chocó su copa contra la mía y bebió—. A veces me desesperas y no voy a repetir esto cuando vaya sobria, pero estoy muy contenta de tenerte en el equipo. Y eso que a veces me sacas de quicio, pero las cosas como son: no lo estás haciendo nada mal.

Regina y yo compartimos algunas confidencias y más copas durante un ratito más. Llegó un momento que me acostumbré al sabor amargo del vino. También me acostumbré a esta Regina, desvergonzada, cariñosa y divertida. Sumaba muchos puntos cuando dejaba de santiguarse, comer chicle y tratarme como si fuera un bebé a punto de hacer explotar todo. La verdad es que la noche no había podido haber empezado mejor, y quedaba el plato fuerte. Faltaba La Chica del Pop y ver juntos, tal y como habíamos planeado, la proyección de su primer videoclip en aquella pantalla gigante que cubría el escenario de La Riviera. La noche, incluso, se guardaba sus propias sorpresas. Una aparición estelar. Tenía nombre de emperador romano, le encantaba poner voz de tipo duro y olía demasiado bien. No me hizo falta ver a la persona que estaba detrás de mí para saber que se trataba de César Castellano.

—¿Estáis bebiendo sin mí?

Noté cómo el corazón bombeaba a otro ritmo, de otra manera. «Mente fría, mente fría».

—Solo me he tomado una copa, pero este Quique no para de insistir en pedir otra. —Las palabras de Regina se le enredaron en la lengua—. Lo que necesito ahora mismo es un pipí urgente. ¿Me la pedís mientras hago hueco? Qué ordinariez acabo de soltar, por Dios y por la Virgen. No me lo tengáis en cuenta, queridos. ¡Y no os olvidéis de mi copa!

César ocupó el lugar de Regina y apoyó el brazo sobre la barra. Me miró de arriba abajo y se le escapó una sonrisa.

—Alguien se ha tomado muy en serio lo de encajar dentro de este mundo de locos.

—¿Lo dices por la ropa? Perdí una apuesta con mi amiga Raquel y como soy hombre de palabra... —La peor mentira de la historia de las mentiras.

«Maldito vino. Contrólate, Quique».

—Deberías perder más apuestas, estás guapo. —Abrí la boca como un bobalicón y pronuncié algunas onomatopeyas incomprensibles—. ¿Quieres que vayamos al centro de la pista?

—¿Y Eva? Le he prometido que la iba a esperar aquí con un margarita.

—Quique, acabo de mandar una van hasta su casa para que recoja a toda la troupe, todavía le queda un buen rato a nuestra Chica Pop.

—¿Y Regina? Va un poco pedo y...

—Tranquilo, no se va a perder. ¿Alguna excusa más o te vienes conmigo?

Mis labios formaron el sonido del no. «Error, Quique. Errrooorrr».

César me ofreció su mano y la estreché con fuerza. Nuestros dedos se entrelazaron, como si tuviéramos la necesidad física de sentirnos. Como si nos gustásemos más de lo que cualquiera de los dos estaba dispuesto a admitir.

Nos perdimos entre la multitud y encontramos un hueco en el centro exacto de la discoteca. Aquello parecía una Nochevieja. No había ni campanadas ni uvas, pero sí se respiraba el mismo sentimiento de celebración y las ganas ante la cuenta atrás de un nuevo comienzo. Estaba a punto de empezar. La carrera de La Chica del Pop estaba a punto de despegar hacia lo más alto.

—¿Estás nervioso? —me preguntó César, con los ojos clavados en la pantalla, sin esconder la sonrisa que asomaba por su boca.

—Estoy con taquicardias.

—¿Taquicardias de las buenas o de las malas?

—Creo que son de las buenas. —Me giré hacia él, dejando un espacio ridículo entre los dos.

—¿Y son de las buenas porque me tienes cerca?

—Puede ser.

«¿Pero desde cuándo soy tan atrevido?».

—¿Solo puede ser? —preguntó, girándose hacia mí.

—César, no me mires así.

—¿Qué pasa, te intimidó?

—No.

—¿Te gusto? —«No respondas»—. ¿Te gusto, Quique?

La pregunta se quedó flotando en el aire. El tiempo no se paró como en las películas, pero parecía que iba más despacio. Las luces de la discoteca dejaron de girar hacia todas partes y trazaron una circunferencia perfecta a nuestro alrededor. Quizá fue César el que dio la orden por algún motivo que empezaba a intuir. Quizá era mi imaginación la que elaboraba un plan maestro para que aquel momento fuera especial por mucho que mi cabeza se empeñase en negar la evidencia. Quizá, tan solo, me pasé con el vino. La verdad verdadera se presentó clarísima cuando sus dedos se enredaron entre los míos sin la excusa de perdernos entre la gente. No lo rechacé. No hice nada. Simplemente me dejé llevar.

—Oye, Quique...

—Dime...

—Quiero...

Tragué saliva. Aspiré hondo. Cerré los ojos. Pero no completó la frase por el maldito ring, ring. Fue su teléfono. O el mío. No, fueron los teléfonos de todo el mundo que sonaban sin parar. Una y otra vez. Y traían malas noticias. La peor de todas. El titular que ocuparía las portadas de las revistas y de los portales digitales durante las semanas posteriores, que llenaría Twitter de

memes e hilos interminables hablando de una traición, una historia de amor que llegaba a su fin y una canción que humillaba a su propia intérprete. La noticia bomba que haría tambalear los cimientos de la industria musical y que ponía en jaque al prodigio de la discográfica más importante. Eso es lo que creí ver en los ojos desesperados de César antes de que su verdadero problema hiciera su aparición estelar detrás de mí.

—¿César? Cariño, ¿estás bien? Parece que acabas de ver un fantasma.

La voz procedía de un tío no mucho mayor que César.

—Óscar, pensaba que al final no vendrías... —El intruso entró dentro de nuestra circunferencia perfecta de luz—. Te presento a Quique, uno de los nuevos chicos que han entrado en la compañía. Quique, este es Óscar. Mi novio.

«Jódete». Este último pensamiento me lo dediqué a mí mismo. Por bajar la guardia. Por gilipollas.

Di media vuelta, preparado para salir corriendo y tragarme la bilis que me subía por la garganta. Sin embargo, una luz proveniente del escenario de la discoteca captó mi atención. La pantalla se encendió y se mostraron unas imágenes a través de ella. No tenían muy buena calidad. Estaban pixeladas y oscuras, pero todos los presentes, con o sin miopía, pudimos ver con bastante claridad a Lucas Risu en la esquina de un antro comiéndole la boca y manoseando a una chica que no era Eva. La sala se llenó de cuchicheos, risas malintencionadas y móviles grabando las reacciones de los unos y los otros. La industria musical había traicionado a su nueva promesa del pop en su propia fiesta.

—¡Qué cojones! No os mováis, voy a buscar a Regina —dijo César, desesperado.

—Cariño, no hace falta. Está allí mismo —le avisó Óscar.

Regina irrumpió en el escenario pegando brincos y corriendo de un lado a otro. Pretendía tapar la pantalla con su propio cuerpo. La gente empezó a señalarla con el dedo acusador, a reírse en su cara, a grabarla como si formara parte del espectáculo, de este circo.

—Para esto... ¡Tienes que parar esto! —le grité a César.

—Estoy..., estoy pensando...

—Ya me ocupo yo.

Saqué los codos y tiré hacia el escenario empujando a todo el que estaba delante. Busqué desesperadamente un enchufe, un interruptor o cualquier cosa que tuviera pinta de apagar ese televisor gigante. ¡Bingo! Encontré un manojo de cables enchufados en una regleta justo al lado de la cabina del DJ. Había como veinte, de diferentes colores y grosores. Los típicos cables de la típica bomba a punto de explotar. No sabía cuál había que cortar, de modo que tiré con todas mis fuerzas de cada uno de ellos y lo desenchufé todo. La discoteca se fundió a negro y las carcajadas se convirtieron en gritos. La oscuridad completa para el día más triste de La Chica del Pop.

Quique

Volví a casa en búho, con los auriculares puestos y escuchando «Platónicos» en bucle. En otro momento, en cualquier realidad paralela, estaría muy *high*. Pero no me sentía nada *high*, más bien todo lo contrario. Tenía un nudo en el estómago y por mucho que intentaba desenredarlo no lo conseguía de ninguna manera. Llamé a La Chica del Pop una sola vez. Solo quería tranquilizarla, decirle que todo iba a salir bien. No era verdad. A la gente le gustaba escuchar ese tipo de comentarios cuando las cosas se ponían feas, pero ¿qué sabía yo de gestionar escándalos o animar a una estrella del pop con el corazón roto? Conocía sus historias y escuchaba las canciones que componían para superar el mal de amores, pero a la hora de la verdad solo era un chico que venía del barrio del Pilar. Vamos, un cero a la izquierda. Encima me sentía imbécil por partida doble. ¿En qué momento pensé que sería buena idea saltarme la única norma que me había autoimpuesto desde que llegué a la conclusión de que las relaciones no eran más que un estorbo? ¿En qué momento pensé que era una buena idea seguirle el juego al heredero natural de Louder Music?

Lo mío no tenía arreglo, así que no le dediqué más tiempo al asunto. Coloqué la coraza de hormigón en el lugar que le correspondía y puse todos mis sentidos a trabajar en un plan maestro para ayudar a La Chica del Pop. No sabía dónde vivía y Regina no iba a facilitarme la dirección de su casa. También descarté a César. Si lo había desterrado de mis pensamientos, tampoco podía pretender recurrir a él para eso. Al final me rendí y le puse un wasap. Uno corto y conciso: «Estoy aquí para lo que necesites». El típico mensaje de la típica persona que quiere quedar bien o que no sabe cómo dar el pésame. Me arrepentí de enviarlo en cuanto le di al intro. No lo borré porque hubiera sido otra estupidez y no podía sumar una más en la misma noche.

Mientras la industria musical masticaba la tragedia y se dividía en dos bandos, el mundo de los mortales seguía su curso natural, y ahí también tenía otros problemas con los que lidiar. Después de cinco llamadas de Aitor y diez amenazas de Raquel vía WhatsApp que, por supuesto, dejé en

visto, entendí que no iba a resultar fácil que Carlota me perdonara que a las dos de la madrugada aún no me hubiera dignado a mandarle una triste felicitación de cumpleaños. Solo había una manera de conseguir su perdón: presentarme en Santibáñez con algo que se pudiera comer. Así de especial y buena era mi amiga. Pensé requisar una botella de vino que el abuelo Pepe guardaba en la despensa —una de las de más diez euros— y birlarle a mi madre la caja roja de Nestlé que escondía encima del frigorífico para ocasiones especiales. Es decir, cuando el novio de turno pasaba de ella y le hacía ghosting. Otro plan sin fisuras del gran Quique Barrios. Pero no tuve en cuenta que al karma le encantaba jugar conmigo y me tenía preparada una sorpresa. Una sorpresa de las gordas.

Bajé del autobús, guardé los auriculares y eché a correr. Desde la calle se veía la ventana del salón con la luz bajita y el parpadeo del televisor. El abuelo Pepe había vuelto a quedarse dormido viendo alguna de las películas infumables que ponían a las tantas de la madrugada en Telemadrid. Intuí una figura en el portal de mi casa. Esperaba sentada y con la mirada escondida en una capucha. Di varios pasos hacia delante porque las farolas no alumbraban una mierda y la miopía no ayudaba. Entonces la vi. La delató el pelo caoba que le caía sobre la cara y sus inconfundibles ojos azules.

—¿Eva? ¿Eva, eres tú?

La Chica del Pop escuchó mis pasos y alzó la vista.

—¿Quique?

Se abalanzó sobre mí y me dio un abrazo desesperado sin parar de llorar. Fueron cinco minutos. Quizá diez, no lo sé. Lo que sí sé es que en todo ese tiempo no hice ningún comentario ni permití que la verborrea tomara el control. Tan solo dejé que lo echara todo, aunque me surgieron un montón de preguntas y un montón de dudas que me arrancaron un dolor de cabeza terrible. Porque todas conducían a lo mismo: ¿qué hacía La Chica del Pop en el barrio del Pilar? ¿Qué hacía Eva en la puerta de mi casa?

—Perdón, por presentarme así de repente y sin avisar, pero he apagado el móvil. Bueno, creo que lo he roto —dijo—. Era demasiado. Mi padre fuera de sí, mis amigos de Barna llamándome sin parar, la gente de la discográfica discutiendo en el salón de mi casa, los fotógrafos en la puerta..., en un segundo mi vida se ha convertido en un caos horrible.

—Espera, espera, espera. ¿La gente de la discográfica? Regina y César me mandaron a casa, me dijeron que ellos también se iban...

—Y Carlos Mata. Y Luisana. Y las Tres G. Mi casa invadida y todos sin parar de preguntar y de opinar, como si mi vida fuera de ellos: «Eva, ¿estás bien?». «Eva, tienes que hacer un directo de Instagram, manda a la mierda a ese cabrón ahora mismo». «Eva, ¿necesitas una pastillita?».

—Joder, estoy flipando —«Y muy cabreado con mi jefa por mentirme y apartarme después de todo».

—Solo Regina me ha ayudado. Fue idea suya lo de venir aquí. Yo solo quería irme, desaparecer...

—¿Regina te ha dado mi dirección? Bueno, eso al menos explica que hayas aparecido por casualidad en el portal de mi casa. Pensaba que me estabas acosando —bromeé, intentando quitar un poco de hierro al asunto.

—Me pidió un Uber y me ayudó a saltar el muro del jardín sin que nadie me viera.

—Vale, ahora sí que flipo. ¿Ha podido levantar tu peso con la que llevaba encima?

—Y me ha prometido que no se lo va a decir a nadie, así que aquí estoy...

Me di un pellizco de monja en el muslo para volver al mundo real, pero me dolió un cojón. «Recapacita, Quique. Ubícate».

—¿Tus padres no te van a matar? Lo último que me faltaba es que me denuncien por secuestrar a La Chica del Pop o algo parecido.

—Me da igual. ¿Te puedes creer que mi padre no me deja volver a Barna? Dice que si me ven por allí los paparazis voy a parecer débil y que la gente no compra discos de una artista que se hace la víctima. ¡Me la pela vender discos! —gritó con rabia, incomprendida.

—Y me quejo yo de padre...

—¡Lo odio, lo odio, lo odio!

—Vale, sigo flipando, pero lo hecho está hecho, que diría Shakira. El barrio del Pilar es el mejor sitio para desaparecer. Los fotógrafos no merodean por aquí. A estas horas con lo único que te puedes encontrar es con algún borracho durmiendo la mona en el banco o al del chino de la esquina haciendo guardia en la puerta.

Se me vinieron a la cabeza un montón de imágenes: las sábanas de las Spice Girls en mi cama; el abuelo Pepe compartiendo la mesa camilla del salón con Eva y el interrogatorio de mi madre en otro intento frustrado por parecer tu psicóloga de confianza. A todas luces no era la mejor idea del mundo. A La Chica del Pop, sin embargo, no le podía decir que no. No esa noche. Traté de enterrar el agobio que me envolvía si imaginaba el cabreo que debían de tener mis amigos del barrio por no haber dado señales de vida. El sentimiento de culpabilidad era una mierda, pero tenía a La Chica del Pop en la calle Melchor Fernández Almagro de Madrid. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿De verdad que no te importa?

—¿Estás loca? ¿Cómo me va a importar? Vamos a casa ahora mismo que, encima, hace fresquito. Eso sí, te lo advierto. No me hago responsable ni de mi abuelo Pepe y, sobre todo, no me hago responsable de las burradas que suelte mi madre por la boca. Intento hacer como que no existe, pero, hasta que se demuestre lo contrario, es la madre que me parió.

—El abuelo Pepe y la madre que dice burradas me suena a planazo.

—Pues no se hable más. A partir de ahora eres una más del barrio del Pilar.

Y así fue. A pesar de mis reticencias, o mejor dicho del absurdo sentimiento de inferioridad por abrirle las puertas de mi humilde casa a una estrella del pop, las cosas se desarrollaron de maravilla. El abuelo Pepe dormía a pierna suelta en su sillón y con la manta tapándole, como decía él, las carnes. A Eva le pareció superadorable la estampa y le entraron ganas de achucharlo. No tenía ni idea de que el abuelo Pepe, por muy tierno que pareciera, a veces, era un hueso duro de roer. Caminamos muy despacio por el estrecho pasillo de mi casa para no interrumpir el sueño profundo de mi madre. Es muy posible que los ronquidos de Isabel se escucharan desde la calle y, por un momento, deseé que me tragara la tierra. La Chica del Pop, en cambio, estaba encantada. Se la veía cómoda con los ronquidos, la pared de gotelé y el mobiliario del año catapún. Y lo mejor fue cuando nos encerramos en mi habitación. Flipó con mi colección de discos y se volvió loca al ver las paredes forradas con los pósteres de mis artistas favoritas.

—¿Y ese espacio en blanco? ¿Quién falta?

—¿Lo tengo que decir en voz alta?

—Vale, ya entiendo.

Guardaba desde hace tiempo el hueco más grande para La Chica del Pop. No me hizo falta responder a su pregunta para que pillara la indirecta al vuelo. Claro que el próximo póster iba a ser el suyo, aunque ella no necesitaba escuchar eso. De hecho, escucharlo la entristeció. Supongo que mi cagada máxima le recordó que no estaba en mi casa como podría estar cualquier amigo mío en un día tonto. Era una refugiada. Una estrella del pop prófuga escondida en el barrio del Pilar. «Qué surrealista todo».

—¿Quieres que te deje una camiseta para dormir? Tengo unas camisetas espantosas que le regalan a mi madre en el trabajo. Las guarda por si en algún momento decido apuntarme al gimnasio.

Volvió a sonreír. No fue la sonrisa más resplandeciente, pero por algo se empezaba.

—Seguro que me apaño con cualquier cosa.

Se cambió de ropa mientras yo sacaba el colchón que teníamos guardado para las visitas. Solía utilizarlo Aitor cuando se quedaba a dormir. No era el más cómodo, pero era eso o acompañar al abuelo Pepe en el salón.

—Dios, siento que me ha pasado un camión por encima —dije cuando me metí por fin en la cama.

—Por encima de mí han pasado varios camiones de los grandes, un par de tractores y un trasatlántico entero. Pensaba que no volvería a tener sueño en mi vida, pero acabo de darme cuenta de que estoy muerta.

—¿Quieres que apague la luz ya?

—¿No quieres que hablemos un rato? Tengo sueño, pero creo que aguanto una conversación sobre... —Vi en sus ojos tan expresivos descartar temas en su cabeza—. ¿Sky?

—Por supuesto, es un tema que tocamos muy poco en nuestras conversaciones —bromeé.

La Chica del Pop se echó a reír, pero más por hacerme sentir bien a mí que porque de verdad le naciera de dentro. De cualquier manera, sirvió para iniciar una conversación que se alargó hasta las tantas. La siguiente hora de la noche la pasamos descifrando los mensajes ocultos en los últimos discos de Sky. Eva opinaba que *Crisantemo*, el último que publicó antes de entrar en *rehab*, estaba dedicado al mismo hombre que le había roto el corazón en *Flores marchitas* y no a su segundo exmarido. A mí me podía más la teoría de que los dardos iban dirigidos a la industria. Demasiadas referencias a «señores poderosos subidos a tronos de cristal». Intentamos no caer en temas peliagudos o palabras prohibidas, como Lucas, «Platónicos» o padres que no ayudaban a desaparecer del mapa. Sin embargo, cuando el sueño me cayó encima como una losa pesada, La Chica del Pop balbuceó una pregunta que ya me había hecho otra persona unas semanas atrás, una pregunta que reactivó mis cinco sentidos. La pregunta que rehuía siempre.

—Quique..., ¿a ti te han roto el corazón alguna vez? Y no me refiero a las típicas tonterías del instituto. Romper de verdad. Sentir que se te ha quedado un boquete en el pecho.

—No y sí.

—Tengo que admitir que no me esperaba esa respuesta —dijo en un tono divertido.

—No me han roto el corazón, pero sí he sentido ese boquete del que hablas.

Los muelles del colchón rechinaron cuando Eva se giró para mirarme con la típica cara de «por favor, ayúdame a que deje de doler». Lo medité muy mucho. Nunca había hablado de esto con nadie, pero claro, ¿qué otra cosa podía hacer si la persona que preguntaba era La Chica del Pop?

—No me han roto el corazón porque no dejo que ningún tío cruce la línea roja. Me dejo querer, hago un poco el cochino cuando me pica, pero si noto que una de esas mariposas venenosas empieza a hacer cosquillas, me la cargo. Le arranco las alas y me encierro en mi habitación para escuchar música hasta que desaparece el cosquilleo.

—Arrancar alas suena genial... ¿y nunca has dejado que nadie cruce esa línea?

—He estado a punto, pero no.

—¿Y por qué? Si nadie te ha hecho daño, ¿por qué te has cerrado en banda?

—Ahí está la parte de sentir el vacío en el pecho, esa angustia que te sube y te baja y no hay medicamento en la farmacia que te la quite. —Reposé en la boca la respuesta, el quid de la cuestión—. A mi madre le pasó con mi padre. Un completo cabrón del que nunca hablo y ahora tampoco me voy a enrollar mucho. Pero a mi madre la destrozó. Nos abandonó, y no me mires así porque pasó hace muchísimo tiempo. Y a mí, más que dolerme por dejarme tirado con doce años, me dolió ver a mi madre hecha una mierda. Encerrada en su habitación a oscuras y sin salir de la cama. Así durante días. Sin comer, sin dormir..., sin vivir una mierda. —Paré al ver una

lágrima atravesando la mejilla de Eva—. Pero no llores, no pasa nada, mi madre lo lleva más o menos bien.

—Tú también estás llorando, Quique.

Y era verdad, estaba llorando y no me había dado ni cuenta.

—Entonces deberíamos dejar de llorar los dos. De hecho, voto por poner en aleatorio actuaciones de la Super Bowl hasta quedarnos fritos. ¿Te parece?

—Me parece un planazo.

Me limpié las lágrimas con la manga de la camiseta del pijama y coloqué el ordenador entre las dos camas. Apagamos las luces sobre las cinco de la mañana. Nos dolían hasta las pestañas, pero al menos los dos conseguimos tener un poquito de paz antes de que la casa de los Barrios despertara y comenzara la revolución. Eva no tenía ni idea de que unas horas más tarde, mi madre abriría la puerta de la habitación como de costumbre para cantar las tareas pendientes de la casa. Que el abuelo Pepe sacaría dos álbumes de fotos para repasar sus años mozos y contar batallitas de los días de Franco para hacerle ver a La Chica del Pop que, en la vida, menos la muerte, todo tenía solución. La verdad es que los dos la hicieron sentir como en casa, como una más de la familia, solo que con talento real para la música y sin los tics nerviosos que teníamos nosotros.

SEGUNDA PARTE

Estrella planetaria

La Chica del Pop

Mi amiga Sara cogió un AVE en cuanto se enteró de que había montado un campamento en el salón de mi casa. Cometí el error de contarle que me pasaba los días pidiendo comida china a domicilio y viendo las películas de terror que obligaba a ver a mi hermano pequeño. Cuando le mandé una foto de mi cara demacrada y le confesé que llevaba con el mismo pijama desde que volví de casa de Quique, no tuvo más remedio que hacer el viaje Barcelona-Madrid. Sara tenía la extraña manía de salvar el mundo. El problema es que la paciencia no era su mayor virtud y tampoco podía presumir de ser la típica chica a la que le gustaba guardar las formas, por eso no me sorprendió que su primer encuentro con los paparazis que hacían guardia en la puerta de mi casa se hiciera viral. Los llamó cerdos sensacionalistas y a uno, incluso, le tiró la cámara de fotos al suelo. Todo un espectáculo.

Intentó ayudarme por todos los medios y de todas las maneras posibles. Por las mañanas me obligaba a hacer con ella una sesión de yoga. Tenía que saludar al sol y adoptar posturas imposibles o amenazaba con abrir la puerta e invitar a los paparazis a entrar para ver el estado lamentable en el que me encontraba. Borró todas las aplicaciones de compra, recogida y envío de pedidos que tenía en el móvil. También me hacía chantaje para que me vistiera como una persona normal. A cambio no me contaba lo que las redes decían de mí y tampoco me hacía llegar los mensajes que le escribían mis padres y el resto de personas que no quería ver ni en pintura. Sí se le escapó —lo hizo aposta— que la canción que lancé el peor día de mi vida, y cuyo título me negaba a pronunciar, llevaba siendo número uno del Top 50 de Spotify desde la misma noche de su lanzamiento. ¿Cómo decía el refranero español? ¿Afortunada en el amor desafortunada en el juego? Así era mi vida, pero al revés. Así estaba todo mi mundo: bocabajo y lleno de contradicciones. Yo lloraba porque Lucas me había puesto los cuernos y los fans convertían una canción dedicada a él en un éxito de streams.

—¿Y dices que el famoso Quique va a venir mañana? —preguntó Sara mientras metía el neceser en la maleta.

—Sí, se viene todo el finde. Me esperan unas larguísimas sesiones viendo galas de los MTV de los 2000 o *biopics* infumables de leyendas caídas en desgracia. Se piensa que no me doy cuenta, pero sé que lo hace para que me vuelvan a entrar ganas.

—¿Ganas de qué?

—Ganas de volver a ser cantante, supongo.

—¿Supones? Eva, amiga, ¿no pensarás quedarte sentada en ese sofá hasta que te conviertas en un vieja pelleja?

—Ese es el plan.

—Se acabó. —Sara se sentó en el otro lado del sofá y me taladró con la mirada—. Estás dejando pasar la oportunidad de ser una superestrella y me niego. Y lo de poner una correa con candado en esa habitación me parece una soberana tontería. Lo siento, amiga. Te lo tenía que decir antes de irme.

Lo primero que hice cuando volví a mi casa, después de que Lucas se llevara todas sus cosas y no dejara ni rastro de él, fue cerrar a cal y canto la habitación de los bártulos. No quería ni ver el piano ni mucho menos la libreta de canciones. La Chica del Pop se había esfumado para siempre y lo único que me recordaba a ella era esa habitación. Pensaba dejarla cerrada todo el tiempo del mundo. No tenía ninguna prisa por volver. Es más, no tenía ninguna intención de hacerlo.

—¿Te llamas Toni y eres mi padre?

—¡Serás cabrona! A veces, cuando no es un padre explotador, lo adoro, pero, no te ofendas, tengo mejor tipo y no suelo dejarme bigote.

Las dos nos pusimos a reír a carcajadas. Después la abracé a la desesperada.

—No quiero que te vayas.

—Y yo no quiero irme, amiga. Pero mi madre está harta de cuidarme al perro y no creo que el cartel de «cerrado por defunción» que colgué en el escaparate sea creíble una semana después.

—¡No me lo puedo creer! ¿Lo has vuelto a hacer?

—Lo de la última vez no cuenta. Tía, me enamoré de ese italiano. Tuve que irme a Roma a vivir ese romance, aunque luego no durara ni cuatro días —dijo mientras daba a sus palabras una buena carga dramática—. Es que solo se me olvidó avisar a mi abuela de que iba a hacer una de las mías. También te digo, la mujer tiene facilidad para desmayarse en cualquier parte.

—¡Tendrás morro!

Le arrojé un cojín a la cara y en una milésima de segundo mi salón se convirtió en una guerra de cojines, almohadas y papel higiénico. A la hora de lanzarnos cachivaches cualquier cosa valía. Fue nuestra particular forma de despedirnos sin llorar. Porque odiaba las despedidas, y más aquella. Me había acostumbrado a tenerla encima, a que me cuidara y estuviese pendiente de

cada movimiento. Ahora tenía que volver a quedarme sola en aquella casa grande, fría y sin vistas al mar.

—Te quiero, ¿vale? Y no te digo nada más porque si no me voy a poner a llorar como una tonta y esos cabrones me van a sacar unas fotos espantosas. Puedo ser la amiga de La Chica del Pop, pero no la amiga de La Chica del Pop que lleva el rímel corrido. ¿Te imaginas lo que dirían las marujas de Premiá?

—Que eres la mejor amiga del mundo —dije, conteniendo las lágrimas.

Porque lo era. Por eso era inevitable que en cuanto la puerta se cerrase tras ella, sin decir adiós, sin el abrazo correspondiente, el mundo a mi alrededor volviera a caerse a pedazos. Otra vez la sensación de vacío. Otra vez las ganas de acostarme en el sofá y meterme debajo de la almohada hasta que el dolor se apagase con la misma facilidad que una bombilla. Otra vez esa oscuridad... «¿y esa luz?». No fue la de una bombilla lo que llamó mi atención, sino la del teléfono avisándome de una llamada que entraba con ganas de hablar.

—Esa amiga tuya está muy loca. —La voz de Quique era un susurro casi imperceptible—. Pero me cae bien.

Sonreí.

—¿Desde cuándo tenéis relación Sara y tú?

—Desde que nos escribimos por Instagram para asegurarnos de que todo está en orden. Dice que, de momento, solo somos aliados, que me tengo que ganar su amistad, pero sé que me ama con locura.

—Típico de Sara —dije más para mí que para Quique—. Por cierto, ¿por qué hablas tan bajo? Apenas te escucho.

—¿La versión corta o la versión larga? Bueno, voy directo a la corta porque no tengo más tiempo y tampoco hay mucho que contar. —Se hizo un silencio inquietante—. Me he encerrado en el baño de los chicos de la séptima. No quiero que nadie me vea hablar contigo porque las cosas están un poco delicadas, ya sabes...

—Ya sé...

—Y Regina no quiere saber nada. Dice que ojos que no ven, corazón que no siente. En realidad no tiene mucho sentido, pero yo la entiendo. Me parece un milagro, pero creo que por fin sé hablar el lenguaje de Regina.

Quique continuó hablando. Sin parar, sin comas ni puntos. Formaba parte de su personalidad y me encantaba escucharle divagar de un tema a otro porque así no pensaba en las cosas a las que no me apetecía prestarles ni un segundo de mi tiempo. Sin embargo, la voz susurrante de Quique se convirtió en un tintineo. Desconecté de la conversación y conecté con otra cosa que llamó mi atención. Era un barullo que venía de fuera. ¿Eran gritos? ¿Aplausos? No entendía nada, pero el cuerpo entero se me puso rígido como una tabla cuando sonó el timbre de la puerta. La primera

persona en la que pensé fue en Sara. Quizá se lo había pensado mejor y había decidido quedarse a vivir conmigo para siempre. Ser compañeras de piso, tal y como habíamos fantaseado millones de veces. Pero no era Sara la que esperaba detrás de la puerta. Claro que no.

—¿Sky?

Unos Jimmy Choo preciosos pisaban el felpudo de *Friends* que me compró mi madre para los días de lluvia. Sobre esos zapatos con los que me obsesioné, una mujer rubia e imponente me observaba con curiosidad mientras intentaba responder sus propias preguntas.

—Y tú debes de ser la famosa Chica Pop de la que todo el mundo habla. Tan guapa como dicen, pero esos ojos tristes no me gustan nada.

—Sky..., en mi casa..., no entiendo nada...

—Sí, aquí estoy. No suelo hacer estas cosas, pero he oído en ese programa de radio insufrible que te han roto el corazón y vengo a proponerte un trato.

—¿Un trato? Creo que necesito sentarme. ¿Quieres entrar?

—Gracias, querida, pero el chófer me espera. —Sky se quitó las gafas de sol y dejó a la vista unos ojos alicaídos y enquistados en la tristeza—. Seré rápida: quiero que te pongas mona, si puede ser rápido mejor. Te vienes conmigo.

—¿Contigo? ¿Contigo adónde?

—Al estudio de grabación, por supuesto. ¿Cómo te suena La Chica del Pop *feat* Sky?

Levanté el brazo muy despacio y pegué el teléfono a la oreja. Después, aun a riesgo de despertar de este sueño increíble, pregunté:

—Quique, dime que has escuchado lo mismo que yo.

—¡EVA, POR FAVOR, DILE QUE SÍ! ¡EVA, POR FAVOR, QUE ESTOY LLORANDO!

*Quique**Cuatro semanas después*

Madrid amaneció ese jueves de otoño entre nubarrones y aguacero. Odiaba los días grises, me ponían triste. Pero cuando entraba en las oficinas de Louder Music, se me dibujaba una sonrisa tonta en la boca. Había algo electrizante en el ambiente que conseguía reactivarme y cambiar mi estado de ánimo. La sensación era parecida a tomar varios cafés con mucho azúcar después de haber retozado con algún amigo especial. Ese jueves sobre todo. Tras varias discusiones, ruegos y demasiadas preguntas, Regina accedió a que fuera yo el que redactara la nota de prensa más importante desde que Sky anunció que se retiraba de la música hasta nuevo aviso: el lanzamiento del primer disco de La Chica del Pop. Repito: ¡EL PRIMER DISCO DE LA CHICA DEL POP!

—Chisss, chisss..., Quique. —Regina se comió de un bocado un manolito de chocolate blanco y me ofreció la caja. Casi estaba vacía—. ¿Quieres uno?

—No, y tú tampoco deberías comer más —dije, y me sentí culpable por haberla arrastrado a la fiesta diaria del azúcar—. Voy a tener que controlarte los desayunos como a mi abuelo Pepe.

—Virgen del amor hermoso, ¿me comparas con un hombre de ochenta años? La culpa es tuya por traerme esos bollos tan ricos y ahora querer que vuelva a comer manzanas y aguacate. Sabes que necesito esta pequeña dosis de azúcar para aguantar las majaderías de esta gente. —Señaló los despachos de los jefes sin esforzarse por disimular—. Me entiendes, ¿verdad?

Cualquiera podía pensar que Regina le echaba mucho morro. Pero, por curioso que parezca, lo sucedido con La Chica del Pop semanas atrás le afectó de verdad. Por más que se empeñara en parecer una mujer recta e infranqueable, sentía Louder Music como su familia y, como una buena gallina clueca, sufría cuando se hacían públicas las historias más turbulentas de sus polluelos.

—Claro que te entiendo. Yo solo me preocupo por ti.

—Calla, calla. No empieces a ponerte tierno, que sabes lo sensible que estoy últimamente. — Se arregló el fular de seda que le rodeaba el cuello y disimuló—. Además, estoy guapa, ¿verdad? No me mires con esa cara y dime que sí porque me he gastado trescientos euros en este pañuelo absurdo. Un autorregalo de cumpleaños.

—¡Regina! ¿Es tu cumpleaños y no dices nada?

—Es dentro de seis meses, pero lo vi en el escaparate, me miró, nos miramos y sucedió. Solo fue un capricho, aunque te diré que luego me sentí tan mal que tuve que rezar cinco padrenuestros.

—¡Regina!

Ladeé la cabeza, resignado.

—Chisss, chisss, calla y no digas nada. —Tiró la caja de manolitos a la basura y se colocó de forma correcta frente al ordenador. Siempre alerta—. Ponte a darle a la tecla, viene alguien.

Regina tenía dos virtudes: la mirada de un lince y el oído de Superman. Había desarrollado esos dos superpoderes como nadie y ella siempre decía que había que estar alerta porque nunca sabías quién iba a pasar por los pasillos de la discográfica y con qué humos.

—¿Quique?

Casi se me rompió el cuello al escuchar la voz de César detrás de mí.

—Hola..., estoy aquí...

—Sí, ya veo que estás aquí. ¿Me acompañas a mi despacho un momento, por favor?

La pregunta me pilló desprevenido y me quedé paralizado por la duda. El tono de César era frío, cortante. Igual de impasible que el de las últimas semanas. Desde el momento «hola, me gustas, pero te presento a mi novio», la comunicación entre nosotros se suspendió de modo temporal. En las reuniones de equipo me sentaba en la otra punta. Si iba al baño y lo veía haciendo pis, me metía en el de las chicas. Un día hasta subí cuarenta y seis plantas por las escaleras para no coincidir con él en el ascensor. Tuve que hacer mucho ejercicio de autocontrol. También por las noches. Costaba mucho meterse en la cama y no pensar en él. «Eres gilipollas, Quique». Y así cada noche antes de quedarme dormido mientras pensaba en los ojos oscuros de César Castellano.

Cuando vino a hablarme se me pasaron un montón de cosas por la cabeza y cada cual peor que la anterior. Lo primero que pensé es que me iba a poner de patitas en la calle para asegurarse de que nadie se enterase de nuestro pequeño flirteo en la fiesta de «Platónicos». Después me di cuenta de que no tenía mucho sentido hablar de eso después de tanto tiempo, aunque me había dolido un poquito que no tuviera la decencia de pedirme disculpas por ser un cabrón mentiroso. La segunda idea a la que le di bastantes vueltas fue a la de un despido improcedente. Sin razones ni explicaciones. A la puta calle, así no volveríamos a coincidir en el ascensor o a cruzarnos los dos por el pasillo.

—Claro, voy... —le dije.

¿Qué iba a hacer si no? César cerró la puerta detrás mí. Era la primera vez que pisaba el despacho de una persona importante de la compañía. Y era un despacho de los de verdad, de los que salen en las películas, con sus trofeos bien colocados en la estantería —había varios Grammy Latinos, un astronauta de los MTV y como una docena de estatuillas de LOS40 Music Awards —, su televisor de plasma colgado en la pared para ver videoclips en alta definición y un sofá de cuero para las reuniones importantes. Por ese despacho pasaban las estrellas más importantes de la industria, los mejores productores del mundo y, supongo que también, ese chico simpático que conocí en la presentación de «Platónicos» y que resultó ser su novio.

—¿Este es el muchacho?

A César se le olvidó mencionar que Carlos Mata, quien todavía no me ponía nombre ni cargo, también estaba invitado a aquella reunión imprevista.

—Perdona el atraco, Quique. Solo serán unos minutos.

Me invitó a sentarme, pero me quedé de pie y cerca de la puerta por si las cosas se ponían feas. Con Carlos Mata nunca sabía uno a qué atenerse. También me ofreció algo de beber. Agradecí el gesto, pero rechacé la propuesta. Los nervios me apretaban tanto la garganta que no me entraba ni un ColaCao calentito de los que tanto me gustaban. De pronto estaba simpático y servicial. Pasó de estar esquivo y distante a todo lo contrario. No entendía nada, la verdad.

—Está acojonado, el pobre —le dijo Carlos a César—. ¡Relájate, hombre! No te vamos a despedir ni nada por el estilo. Todo lo contrario. ¿Se lo cuentas al chaval?

—¿Seguro que no quieres sentarte? —César insistió.

—Estoy bien así, gracias —respondí.

Ni verborrea ni comentarios absurdos.

—Estás al tanto de los últimos movimientos de La Chica del Pop, ¿verdad?

—¿Te refieres a sacar dos canciones sin su consentimiento? —solté.

Primera pregunta y ya había metido la pata, pero todavía me repateaba que hubieran lanzado «Si me dijeras que sí» y «Quiéreme + fuerte» mientras Eva estaba hundida en lo más profundo del pozo. Parecía que solo les importaba que la ruleta no parara de girar.

—Claro que lo sabes todo, Eva y tú os habéis convertido en... ¿cómo decís los jóvenes de ahora? ¿*Bros*?

—Somos amigos —dije con orgullo—, pero no me lo cuenta todo...

En realidad sí lo hacía. Éramos, lo que se dice, uña y carne. Mejores amigos. De esos de estar hasta las tantas contándonos nuestras miserias, de reírnos de las chorradas que veíamos en TikTok y totalmente introducida en el loco mundo de Quique Barrios. Además, se nos daba bien esquivar los temas que nos hacían pupa. Habíamos llegado a una especie de pacto no escrito ni hablado. Ella no me volvió a preguntar por mi padre y yo no le pregunté por Lucas.

—¿No sabes que está en el Estudio Tres ahora mismo?

—Puede...

—¿No te han comentado por ahí lo que va a hacer con el disco?

—Si no lo supiera no podría hacer bien mi trabajo.

A César se le perfiló una sonrisa. Sin pretenderlo y con el simple intercambio de unas pocas palabras, volvimos al juego. Otro partido de tenis de idas y venidas con un hombre calvo, trajeado y maleducado, que observaba con mucha atención cómo la pelota iba de un lado a otro del campo.

—¿No te ha mencionado en ningún momento que el álbum va a tener una colaboración con Sky? —Me delataron la ilusión y las ganas. La sonrisa de tonto también. Sabía muy bien que su siguiente canción, la última del disco de la venganza, era un *fucking featuring* con Sky—. Ya decía yo... Lo que no sabes es lo de Los Ángeles.

—¿Los Ángeles?

Carlos Mata se hartó de ser un mero espectador y se puso a dar palmas para anunciar el final del partido.

—Va, va. Al grano que no tengo todo el día.

César le lanzó una mirada indescifrable. Después dijo:

—Queremos trasladar esa buena relación al trabajo. Queremos que, a partir de ahora, trabajes mano a mano con La Chica del Pop, y eso implica que viajes con ella a Los Ángeles la próxima semana.

—¡¿Cómo, cómo, cómo?! ¡¿Yo en Los Ángeles?! —El vértigo me agarró los tobillos con sus zarpas y me hizo tambalear—. César, Carlos, con todo el respeto del mundo, lo más lejos que he ido en mi vida ha sido a Cádiz con los de la uni. Que conste que me manejo con el inglés, pero estamos hablando de Los Ángeles. ¿Cómo se llega allí? ¿En avión? —Además no pude evitar pensar qué pasaría con mi abuelo Pepe durante esos días, quién estaría pendiente. Conocía bastante bien las atenciones que podía prestarle mi madre.

—Sky está decidida a apoyar el lanzamiento de La Chica del Pop y quiere terminar la canción con sus productores de confianza. Unos productores, por cierto, que son muy caros y, sí, viven en Los Ángeles y, sí, a Los Ángeles se llega en avión.

—¿Y a Regina le parece bien?

—Está enterada y también viajará con nosotros. Además... —Carlos Mata lo interrumpió mascullando alguna palabra malsonante. Se le acabó la paciencia—. Carlos, espera.

—César, guaperas, no sé qué te pasa últimamente, pero ni estás concentrado ni actúas como un hombre de verdad. ¿A qué vienen tantas explicaciones a un criajo? —Carlos Mata dirigió toda su cara grande y expresiva hacia mí—. Lo de Los Ángeles no es una sugerencia, muchacho. Ya

puedes empezar a preparar la maleta porque vas a ir y te quiero pegado al trasero escurridizo de La Chica del Pop.

—¿Qué otra cosa iba a hacer en... Los Ángeles? —por más que lo dijera no me parecía real.

—No me has entendido. Quiero que seas su sombra. Inseparables. Si La Chica del Pop va a cagar, tú vas a estar al otro lado de la puerta sosteniendo el rollo del papel higiénico. Si La Chica del Pop se quiere follar a algún californiano, tú vas a estar al lado esperando con la caja de condones. ¿Lo entiendes? Te quiero pegado ella las veinticuatro horas del día y, cuando veas cualquier movimiento extraño, por pequeño que sea, le pegas un toque a César y cantas La Traviata... ¿Lo ves, César? No era tan difícil.

—¿Me estáis pidiendo que espíe a Eva? —pregunté enfadado.

—Espiar es una palabra muy fea, chico. Pero sí, a eso me refiero.

Sentí muchas cosas en una milésima de segundo y todas fueron una mierda. Menos mal que el gen de los Barrios salió al rescate. Para salvarme. Para dar la cara por mi amiga.

—No acepto, no lo voy a hacer —dije—. Eva es mi amiga y no pienso espiarla como si estuviera haciendo algo malo. Es la mejor estrella que habéis tenido en años, ¿a qué viene todo esto?

—Quique, no es negociable. —César me lo advirtió. Sabía muy bien que a Carlos Mata no se le llevaba la contraria—. Además esto lo hacemos por Eva. ¿No te parece extraño que Sky aparezca de repente y lo primero que quiera hacer es grabar con Eva sin avisar a su equipo? Sé que es una artista que te gusta mucho, pero piénsalo. Hace dos días estaba en un centro de desintoxicación y ¿ahora está en plenas facultades para volver por todo lo alto?

El jefe supremo de Louder Music inundó la sala con sus carcajadas. Primero las risas y después la mueca torcida de mafioso corrupto. Me entraron escalofríos al verle los ojos inyectados en sangre.

—¿Por qué iba a ser raro que la artista más importante de este país quiera volver? Así es la vida de las superestrellas del pop: sacan muchos discos, llegan a lo más alto y después..., después se toman un descanso para recuperar fuerzas y hacer un *comeback* como Dios manda. Deberíais estar felices. ¡Hablamos de una colaboración entre La Chica del Pop y Sky!

—Chaval, nadie conoce a Sky mejor que yo. Hazme caso, sé de lo que hablo. A ella la música le importa tres narices. Es una yonqui y las yonquis como ella nunca vuelven. Están acabadas —dijo Carlos Mata.

—Me da igual, no voy a hacer lo que me habéis pedido, aunque eso suponga no trabajar con Eva a partir de ahora...

—Te llamas Quique, ¿verdad? Vale, esto es muy sencillo, Quique, o haces lo que te decimos o en dos meses estás en la puta calle. Primero te vas a tomar por culo cuando pase el periodo de

prueba y después me encargo en persona de que no trabajes en ninguna otra compañía ni agencia de management el resto de tu vida. El fin de tu carrera. Para siempre. Finito.

Carlos Mata se remangó los pantalones y se fue del despacho después de dar un portazo. Permanecimos en silencio hasta que sus pasos dejaron de escucharse.

—Ella confía en ti.

—Quique, no es lo que parece. —César se acercó por detrás y me sobresalté cuando me tocó la espalda—. Es difícil de explicar, pero todo esto de Los Ángeles nos huele raro. El disco está casi terminado y, de repente, sale con esto. ¿No te das cuenta? Aparece de la nada y monta todo esto con La Chica del Pop porque sí, ¿porque quiere salvarla de su ruptura con Lucas? De verdad, no me malinterpretes, le agradezco que se haya volcado con Eva, que la haya ayudado a salir de esta mierda, pero no me jodas, Quique. ¿De verdad no te parece raro? Vamos, Carlos tiene razón. Salió del centro hace nada...

—Sky terminó en un centro de desintoxicación porque gente como vosotros le dio la espalda cuando más os necesitaba.

César pegó un puñetazo en la mesa y me miró desesperado.

—¿Puedes dejar de hablar como la puta Wikipedia? Así funciona este mundo. Aprende a mirar el mundo que tanto te gusta. Hay gente que está en la cima y gente que está en la mierda. No hay término medio y es así de simple. Ahora tú tienes una oportunidad, ¿por qué no quieres aprovecharla?

—Si para tener una oportunidad en la industria de la música, debo traicionar a una amiga, entonces, este mundo no es para mí.

Me fijé de pronto en el portarretrato que había sobre la mesa del despacho. Lo cogí y me quedé un rato mirándolo. Era una foto de César con su novio en una de esas playas paradisíacas. La típica postal de la típica pareja perfecta. Parecían felices, que se querían.

—Hacéis buena pareja.

Guie mis pasos hacia la puerta y César me agarró de la mano. Me di la vuelta y nos quedamos lo bastante cerca como para que el ambiente se volviera intenso. Alcé la vista y allí estaban sus ojos oscuros fijos en mí. Me puse rojo como un tomate.

—¿Por qué no dejas de comportarte como un idiota y me dices de una vez lo que piensas de mí? Va, desahógate. Dilo. Soy un mentiroso. Un capullo. Un cretino. Un traidor. Tienes para elegir.

Pensaba todo eso de él, pero en realidad lo odiaba más por todas las otras cosas buenas que me hacía sentir. Deseo. Ilusión. Ganas. Amor.

—Que tengas una buena mañana.

Salí por la puerta sin decir ni mu. Lo más digno que pude y sudando la gota gorda para que no se notase en la arruga del pantalón lo cachondo que me había puesto. «¿Por qué se me ha puesto

dura si estoy furioso?». Escuché unos gritos al final del pasillo. No era Regina con mi carta de despido. Tampoco Carlos Mata que volvía a por el segundo *round*. Era La Chica del Pop llamándome por mi nombre. Vino corriendo y paró delante de mí, con las manos en el estómago para recuperar el aliento.

—¿Te lo han dicho ya? —preguntó entre jadeos—. ¡Que nos vamos a Los Ángeles! ¡Juntos!

—Me lo acaban de decir...

—¿Y no me dices nada? ¿No te hace ilusión? Va a ser increíble, Quique.

—¿De verdad lo crees?

—Claro que sí, pero no te veo emocionado. Bueno, quizá esto te motive un poco más.

—¿El qué? Por hoy creo que he tenido suficientes sorpresas.

La Chica del Pop sacó del bolsillo del pantalón una servilleta de papel. La abrió con cuidado y me la plantó en la cara. El texto estaba escrito de su puño y letra.

La última vez que te quise / Todas las veces que te odié

1. *Platónicos*

2. *Si me dijeras que sí*

3. *Mundos paralelos*

4. *Quiéreme + fuerte*

5. *Ojos verdes*

6. *La última vez que te quise*

-

7. *Está oscuro*

8. *Pizza & helado*

9. *Príncipe encantador*

10. *Alter Ego*

11. *Estrella planetaria (feat Sky)*

12. *Todas las veces que te odié*

—¡Es el *tracklist* de mi primer disco!

Lo miré unas cinco veces para asegurarme que lo que veían mis ojos era real y no uno de esos episodios-aspiraciones que se colaban en mis sueños por las noches. Después sentí su abrazo, fuerte e intenso, y lo supe. Me di cuenta de que mi amiga lo había conseguido. Había cogido todo lo malo y lo había convertido en canciones que dejarían huella en miles y miles de chavales que necesitaban una banda sonora en su vida, esos mismos que la miraban de la misma forma que lo hacía yo. Con orgullo. Con la certeza de que estaba a punto de hacer historia.

—«Está oscuro», «Pizza & helado», «Príncipe encantador»..., son tus canciones, Eva.

—De mi puño y letra.

—¿Y te han dejado meterlas? —pregunté extrañado.

—Se ve que no hay nada como que te pongan los cuernos —bromeó.

—Eva, ¿te das cuenta? ¡Lo has conseguido!

—Bueno, más o menos. En la primera mitad continúan las canciones de gente a la que no le pongo cara...

—*La última vez que te quise / Todas las veces que te odié...* Me encanta. Me encanta todo.

Lo inteligente hubiera sido llevarme a Eva a un rincón y contarle que César y el cromañón de Carlos Mata me habían encomendado la misión de espiar a la gran Sky, a nuestra artista favorita en el mundo mundial, y a mi propia amiga. Una traición en toda regla. Lo inteligente hubiera sido dar un paso adelante y echarle huevos. Pero la ilusión en sus ojos azules y la mía propia no me dejó hacer lo que debía. Era Los Ángeles. Era ser testigo del momento más importante de la historia de la música reciente. ¿Cómo iba a rechazar semejante oportunidad?

No me di cuenta de que, en pleno uso de mis facultades, elegí este mundo antes que la amistad. No me di cuenta de que había empezado a perder a una amiga. No me di cuenta de que su realidad y la mía estaban a punto de colisionar, de cambiar, de estallar por los aires.

Quique

—¿A Los Ángeles? ¿No te habrás metido ninguna cosa rara? —Mi madre me dio la espalda y caminó hasta la nevera de los congelados—. ¿Me dices lo que falta?

—Ñoquis, arroz oriental y espinacas júnior —respondí, consumiendo otra barrita de paciencia mientras ella revisaba el inventario en su pizarra portátil. Aitor me esperaba al final del pasillo y disfrutaba como un enano de la escena que teníamos montada mi madre y yo en mitad del Mercadona—. Y no te he pedido permiso, está decidido. Solo te lo digo porque tienes que organizarte. Hay que llevar al abuelo al dentista el miércoles por la tarde y se tiene que hacer los análisis de sangre el viernes a primera hora. Que no se te olvide, son importantes. Además le he pedido por Amazon un bastón nuevo, le llegará también uno de esos días. El que tiene ahora está muy viejo y lleva las manos llenas de heridas.

Los labios de mi madre soltaron un «no» y siguió su camino hasta el pasillo de las salsas.

—¿Ves esta chaqueta verde? ¿Sabes lo que significa? Es la chaqueta de persona importante, de persona que tiene muchas cosas que hacer. De persona que no puede irse a Los Ángeles a vivir la vida padre.

—Mamá, eres gerente, no la presidenta de Mercadona. Y deja de decir eso, voy por trabajo.

—Me da igual, además ese sábado tengo cena con las chicas. —Sustituyó el precio de la mayonesa por otro más alto—. Ya me he comprometido con ellas, ahora no voy a decirles que no puedo porque mi hijo se tiene que ir al otro lado del mundo... ¿a grabar un disco? Mira, si quieres, la Chica Pop puede venirse a dormir a casa. Esa niña necesita muchos consejos y yo, bondadosa y buena persona, estoy dispuesta a dárselos. ¿A qué viene lo de irse tan lejos para grabar unas cancioncitas? Además al abuelo Pepe le gusta hablar con ella. ¿Por qué no vais a la analítica juntos y después desayunáis en casa? Puedo preparar un bizcocho de limón.

—¡Esto es absurdo! ¿Podemos hablar como dos personas adultas?

Un par de marujas se acercaron al escucharnos.

—¿Este es tu pequeño, Isabel? —preguntó la más bajita.

—El mismo —respondió mi madre sin perder de vista la estantería de las salsas.

—Qué guapo está. Y qué bien viste —añadió la otra.

Mi madre me miró de arriba abajo.

—Si tú lo dices, Juli.

—Mamá, por favor. Mi jefa está de los nervios, tiene que cerrarlo todo esta noche. ¿Vamos fuera y hablamos esto con tranquilidad?

—¿Qué le pasa al niño, Isabel? Pidiendo cuartos, ¿verdad? No desesperes, mujer. Mi hijo tiene treinta y siete años y todavía lo tengo en casa viviendo del cuento.

—Señora, métase en sus asuntos —le soltó Aitor.

—Dile a tu novio que no hable así a las clientas —me dijo bajando el tono de voz—. No, no es eso, Pili. Mi Enrique tiene un trabajo, uno en el mundo de la farándula. No lo comparto, pero le hace feliz. Lo que pasa es que me viene de buenas a primeras y me dice que se quiere ir a Los Ángeles. Ni a Toledo ni a Zamora, ¡a Los Ángeles! ¿Estamos locos? Sabéis lo liada que ando siempre, entre el trabajo, la casa, y además mi padre necesita que esté encima de él todo el tiempo.

—Claro, claro —contestaron las dos señoras a la vez.

—¿Que tú estás pendiente del abuelo todo el tiempo? ¡Menuda mentira!

—Pero ¡Enrique! —Mi madre me agarró de la muñeca como cuando era pequeño y me portaba mal y me arrastró por los pasillos del Mercadona como si fuera una pata de jamón. Atravesamos una cortina y entramos al vestuario de los empleados—. Aitor, cierra la puerta cariño.

—Claro, señora. Lo que usted diga...

—Quique, ¿no te das cuenta de que el abuelo va a pensar que lo abandonas? ¿No te da pena? Sabes que está pachucho, que se pone tristón cuando no pasas tiempo con él...

—Ya lo que me faltaba... —Me tiré del pelo para salir de esta pesadilla protagonizada por mi madre—. ¿Ahora me vas a hacer chantaje emocional?

—Aitor, cariño, sabes que eres casi como un hijo para mí. ¿Puedes decirle a Quique que no tiene un comportamiento racional?

—Yo no me meto, señora.

—¿Qué no tengo un comportamiento racional? Mamá, por favor y por la Virgen. ¡Me encargo de todo absolutamente! Los médicos, las cenas, la limpieza..., ¡todo!

—Tendrás valor, pero si el otro día me llamó el pobre que estaba solo en Santibáñez, que se te olvidó recogerlo porque estabas en casa de la Chica Pop. Ya no estás a lo que hay que estar, Quique. Ya no estás.

—¿En serio? ¿Recuerdas la última vez que hiciste algo por el abuelo?

—Uy, no tengo tiempo para reproches, me voy. En la taquilla tengo mandarinas, por si os apetece merendar algo antes de iros. ¡Adiós, Aitor!

En cuanto salió por la puerta le pegué una patada a una papelera y la lancé por los aires. Solo mi madre tenía la capacidad de ser tan insufrible y sacarme de mis casillas cada dos por tres.

—¿Qué vas a hacer? —Me senté en una silla y Aitor se colocó estratégicamente detrás de mí y empezó a masajearme la espalda. Cerré los ojos.

—Voy a ir, lo tengo muy claro. ¡Los Ángeles!

—Y si lo tienes tan claro, ¿por qué estás tan enfadado? Pasa de ella, ve y punto.

—Porque consigue que me sienta como el culo. Y, la verdad, no me fío de que sea capaz de cuidar del abuelo Pepe. Si no sabe hacer una tortilla francesa sin quemar la sartén, ¿crees que será capaz de distinguir qué pastillas le tocan por la mañana y cuáles por la noche?

—Oye, escúchame. Tu madre es una persona insufrible, pero yo también lo soy y no me he cargado a nadie todavía.

—Todavía —subrayé.

Frente a nosotros había un espejo. Los brazos de Aitor me rodearon el cuello y apoyó su cabeza con la mía. Intentaba que se me ablandara el corazón si veía en el reflejo la imagen de dos chicos bastante resultones que no se decidían a dar el siguiente paso. Tantos años mano a mano y seguía sin comprender cómo la persona más borde del barrio del Pilar —y seguro que de la faz de la tierra— podía ser tan obvia en lo romántico.

—No me había fijado antes —dijo—, pero hacemos buena pareja.

—Claro que te habías fijado, no mientas.

Aitor dejó que sus manos resbalasen hasta el botón de mis vaqueros. Lo desabrochó y metió la mano por debajo del calzoncillo.

—¿En serio, Aitor? ¿En los vestuarios del Mercadona?

Sentí un escalofrío cuando su mano fría me la cogió.

—Todavía necesitas desestresarte, ¿no? Además, no se me ocurre otra cosa mejor que echar un polvo aquí para mandar a la mierda a tu madre.

Tenía razón. Si mi madre no me hubiera sacado tanto de quicio, quizá le hubiera dejado con el calentón. Los vestuarios del Mercadona no formaban parte de mis sitios favoritos. Pero las cosas se dieron así y quisimos darnos un homenaje. Aitor echó el pestillo de la puerta y se puso de rodillas delante de mí. Me miró y se la metió entera en la boca. Jugó un rato con la lengua, pero los dos nos levantamos enseguida al escuchar unos pasos que se acercaban. No hicimos nada, nos quedamos quietos y yo con los pantalones por las rodillas y la erección en su punto más álgido.

—¿Escuchas algo? —pregunté.

—No, ya se ha ido.

—Joder, tengo el corazón a mil. Vámonos, anda.

—¿Irnos? Y una mierda. —Aitor se bajó los pantalones y se colocó en posición delante de una mesa. Se escupió en la mano, preparó la zona en cuestión y me rogó que lo follase.

—Estás fatal.

Saqué el preservativo que guardaba en la cartera para las ocasiones especiales, me lo puse e hice justo lo que me pidió. Fue rápido, silencioso y, a juzgar por las caras de gusto que ponía Aitor, sin dolor. Un aquí te pillo, aquí te mato como los de antes. Un alivio entre amigos y nada más.

—¿Me vas a echar de menos? —preguntó mientras me abrochaba los pantalones y se metía en la boca un gajo de mandarina.

—Ya sabes que sí.

—Tienes que hacerte una foto en Hollywood Hills, donde el cartel, y mandármela. Seguro que me da suerte.

—¿Suerte? ¿Por qué necesita suerte el chico más guapo, borde e inaguantable del barrio del Pilar?

—La prueba de teatro, Quique. En la sala Bululú. Para la muestra de invierno. El papel de chico drogadicto..., llevo hablándote de esto desde hace semanas —me contestó un poco borde.

El sentimiento de culpabilidad era una mierda enorme. ¿Cómo se le decía a tu mejor amigo que por cumplir tus sueños te habías olvidado de los suyos? ¿Qué hacías cuando veías la decepción en los ojos de una persona que te importaba de verdad? No hacías nada. Yo al menos no lo hice. Guardé silencio y digerí la culpa como pude. No tenía tiempo, me esperaban los preparativos de un viaje a Los Ángeles.

La Chica del Pop

Cuando entré en la *jaula* y me enamoré de Lucas Risu jamás pensé que terminaría sacando dos discos en uno: el que narraba nuestra historia de amor y el que hablaba de cómo una chica de casi veinte años sufría un desengaño amoroso y se ponía a escribir canciones de venganza, despecho y empoderamiento femenino. *La última vez que te quise / Todas las veces que te odié*. Ese era el título de este disco que hizo que me reconciliase de nuevo con mi *alter ego*. Un título que, según Luisana Tirelli, tenía gancho, poder y era una bofetada con la mano abierta para todos «los capullos infieles que merecían un tijeretazo en la pija». Por mucho que quisiera acostumbrarme a la vida de la artista no podía. Demasiado impredecible. Demasiados altibajos. Por eso, cuando Sky se presentó en la puerta de mi casa y me propuso hacer una colaboración, no imaginé tampoco que ahí, en mi peor momento, iniciaría una amistad con mi artista favorita. Gracias a ella, y a los dos sencillos que la discográfica colgó una noche en plataformas sin preguntarme a mí o a Luisana, algunos de los productores más importantes de la industria estadounidense se habían interesado en mi proyecto, que por fin empezaba a coger forma y también tenía de la Eva de carne y hueso. Era mitad mío, mitad de esas otras personas a las que ni ponía cara ni conocía sus nombres. Ese fue el trato que apalabré con Carlos Mata después de que Sky y esos productores superimportantes se subieran al tren de La Chica del Pop. Los yanquis solo pusieron una condición: que pasara unos días en Los Ángeles.

Los altavoces de la Terminal 4 de Barajas emitieron un sonido metálico: «Último aviso a los pasajeros del vuelo 58123 con destino a Los Ángeles». Ideamos un plan maestro para pasar desapercibidos en el aeropuerto: entrar, hacer el *check-in* y esperar en la sala VIP hasta que tuviéramos que embarcar. La idea no cuajó y las gafas de sol y la capucha no sirvieron para nada. La gente me reconoció y no fue culpa mía. Todo habría sido más sencillo si hubiéramos viajado un grupo reducido o, directamente, si hubiésemos dejado en tierra a Luisana, a Regina o a ambas, así matábamos dos pájaros de un tiro.

—César, prométeme que el próximo viaje lo hacemos Quique, tú y yo solos.

Él agachó la cabeza.

—¿Tú crees? Así estamos más entretenidos —bromeó.

Mi mánager montó un número en el mostrador de la aerolínea porque no le dejaban subir a bordo con el chihuahua en brazos. La argentina era bastante testaruda. Regina, para asombro de todos, sufrió un altercado con un perro policía. La cachearon y faltó poco para que la arrestarán después de soltarle un bofetón en la cara a un agente de seguridad. La escena fue un auténtico esperpento, aunque al menos sirvió para que Quique se divirtiera un rato y, sobre todo, se olvidase de los nervios. Porque eso es lo que eran, ¿verdad?

Pasó del ataque de risa al de ansiedad. Su primera vez en avión no fue muy satisfactoria que digamos, por mucho que viajáramos en *business*. Mi amigo no se llevaba muy bien con las turbulencias y necesitaba hablar sin parar para no pensar en que bajo nosotros había un océano inmenso y profundo. Al principio recurrimos a nuestro tema preferido. El monotema. Le había contado mil veces cómo había sido ese primer encuentro con Sky, mi cara de estupefacción, lo que comimos mientras canturreábamos una letra en el estudio de su casa, el nombre de sus tres gatos, el Grammy Latino que tenía en la estantería del salón..., absolutamente todo. No obstante, volvió a pedirme que se lo narrase otra vez y que no me dejase ningún detalle por mínimo que fuera. Su cabeza almacenaba y archivaba toda la información posible cuando se trataba de un personaje importante de la industria musical. Me preguntaba si conmigo le ocurría lo mismo.

—Tiene unos ojos preciosos. Muy muy muy verdes. Creo que nunca he visto unos tan bonitos. Es rubia, pero ya sabes que no es su color natural. Aunque para serte sincera, no tengo ni idea de cuál sería. ¿Castaño, quizá?

El avión hizo un movimiento brusco y Quique se agarró a mi mano y a la de Regina, que nos escuchaba con atención desde el asiento del pasillo.

—Sigue, sigue. No pares de hablar. ¿Y es simpática o le ha cambiado el carácter? El Seco, un vecino del barrio del Pilar, era un tío normal y corriente hasta que se enganchó a la droga. Va por épocas, pero ahora está convencido de que los ovnis nos van a invadir y se pasa el día gritando por la calle.

—Es muy simpática. La persona más maja que he conocido en este mundillo. Después de ti, claro. ¿Sabes que me dejó escuchar unas canciones nuevas? No sabe qué hará con ellas, pero suenan increíble. Son como oscuras, pero en plan bien.

—Eva de Premiá de Mar, ¿cómo se te ocurre no contarme eso? ¡A mí!

—Te cuento de lo que me acuerdo ahora, Quique.

El avión volvió a entrar en una zona de turbulencias y la luz del cinturón de seguridad se encendió. Quique abrió los ojos asustado y escondió la cabeza entre los brazos.

—¡Vamos a morir! —exclamó.

—Jesús, María y José —dijo Regina antes de llamar a una azafata—. Perdone, señorita, esto se mueve mucho. ¿Le traes una tila al joven y a mí una de esas botellitas tan cucas? A ver si consigo pegar ojo con el vino, porque menudos meneos y todavía quedan... ¿nueve horas?

Quique empezó a morderse la piel que sobresalía de sus pulgares.

—Regina, lo de recordarle las horas que faltan para llegar a una persona que tiene pánico a volar creo que no ayuda —comenté.

—Eva, hija, yo ya no sé... —dijo, y le dio un trago directamente a la botella—. El vino tampoco le gusta. Nos ha salido delicado el niño.

Quique estaba muy pálido. Me angustiaba no poder ayudarlo.

—¿Quieres que juguemos al veo veo? Con mi hermano siempre funciona. ¡O podemos inventarnos historias de los pasajeros! Mira ese azafato...

—No quiero mirar a nadie —lloriqueó.

—Quique, ¿has probado a rezar unos padrenuestros o a ponerte un poco de música? Vas siempre con ese cablerío encima. ¿Por qué no escuchas una de esas playlists para relajarte? Hay unas estupendas en Spotify.

—Eso es..., ¡muy bien Regina!

La luz de la bombilla se encendió por fin. Saqué de la mochila mi móvil y los auriculares inalámbricos. Conecté el bluetooth, los metí a presión en las orejotas de Quique y busqué en mi biblioteca la carpeta *Todas las veces que te oí [DEMO]*. Me incorporé hacia adelante para comprobar que César dormía en paz con su antifaz puesto. Tenía terminantemente prohibido enseñar nada del nuevo material hasta que estuviera terminado casi por completo, pero era la salud de mi mejor amigo lo que estaba en juego.

—Está bien, parece que todo está en orden —murmuré.

Seleccioné la primera canción, «Está oscuro», y le di al play.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó mientras levantaba la vista y recuperaba poco a poco el color de su cara.

—Solo es la maqueta. Faltan todos los arreglos, la producción...

Volví durante unos segundos a la noche que escribí esa canción. Justo cuando regresé del chalet de Sky después de conocerla. De pronto, sin saber muy bien cómo, sentí la necesidad de entrar en la habitación de los bártulos. Rompí las cadenas con unas tenazas. Estaba a oscuras y no encendí la luz. Quité el polvo del piano con una camiseta de Lucas que encontré en el suelo, me senté y al cabo de un rato nació esta canción. Llevaba grabada en mi corazón desde que todo saltó por los aires. Cuando la terminé supe que tenía que ser esa y no otra la que introdujera la segunda parte del álbum. De alguna manera, «Está oscuro» se convirtió en la pieza del puzle que me faltaba para avanzar. Echar unos pasos atrás para coger impulso y tener el valor de enfrentarme a Carlos Mata y decirle: «Mi disco, mis normas».

—¡Es perfecta! —dijo Quique—. ¿Tienes alguna más?

Regina negó con la cabeza contrariada. Trabajaba en una discográfica, pero seguía sin entender la devoción de Quique por la música. Ella tan solo se dedicaba a resolver problemas, estuviera en una compañía de discos o en una asesoría. La música era lo de menos. Quique, en cambio, la sentía como yo. La necesitaba para seguir adelante.

—Tengo el álbum completo en el móvil, solo falta la canción con Sky y la nueva versión de «Platónicos».

—Buah, buah, buah. ¿Podemos decir que es una escucha en primicia?

—Podemos decir que sí —dije con una sonrisa—. Eres un privilegiado, amigo mío.

Quique se olvidó de las turbulencias. Es más, ya no recordaba que estaba subido a un avión a miles de kilómetros de casa. No me dejó dormir ni un solo segundo durante las más de doce horas que estuvimos surcando los cielos hasta Los Ángeles. Escuchó el disco completo como unas veinte veces. En bucle. Cambiaba de opinión con cada escucha, aunque tenía muy claro que, si tuviera que elegir entre la cara A o la cara B del álbum se quedaba con la B, *Todas las veces que te odié*. La mía. Como yo, Quique era la persona menos romántica que conocía, por lo que no me sorprendió en absoluto que se decantara por la venganza y el despecho.

—Vale, decidido. Mis favoritas son «Está oscuro» y «Alter ego», aunque «Príncipe encantador» es un hitazo tremendo. Lo va a petar. —Parecía entusiasmado, el Quique eufórico que lo vivía todo con mucha intensidad. Hasta se atrevió a cantar el estribillo—. «Tienes la sonrisa perfecta y el pelo de colores. El otro día me mentiste. Me cantaste y te fuiste. Eres un príncipe encantador. Corre antes de que le cuente a los demás lo que me hiciste»...Ya me estoy viendo a todas las niñas haciendo tiktoks con las fotos del ex...

—Mientras no pongan las de Lucas...

Me sorprendí a mí misma al bromear sobre él. Quique también parecía sorprendido. Nos miramos con complicidad y nos reímos tan fuerte que Regina tuvo que llamarnos la atención. Mereció la pena. Fue un vuelo que empezó con turbulencias y terminó en carcajadas. ¿Qué otra cosa podía pedir?

Aterrizamos en el aeropuerto de Los Ángeles a las once y media hora local. Al otro lado del planeta sería de noche y haría mucho frío. Casi seguro que mis padres intentarían engañar de alguna forma al pequeño demonio para que se diera un baño y se metiera en la cama a una hora prudente. Y en Madrid... Bueno, sentía Madrid tan lejos que podía permitirme escapar del barullo. El ruido aún se escuchaba incluso casi a diez mil kilómetros de distancia, pero el *jet lag* me presionaba las sienes y ayudaba a desterrar los recuerdos más feos. Además, fuera, en suelo americano, el cielo estaba despejado y sonreí sin darme cuenta al notar el calorcito en la cara mientras bajaba las escaleras del avión. Mejor recibimiento imposible.

Al salir del aeropuerto nos encontramos con un grupo de hombres vestidos con traje negro y

gafas de sol. Uno de ellos sostenía un cartel que ponía: THE POP GIRL / LOUDER GLOBAL. Aquella fue la primera foto del viaje que sacó Quique. No lo pudo evitar, los había mandado la propia Sky. Nos distribuyeron en dos Cadillac Escalade —gracias, César, por el dato—. Uno para Quique y para mí y otro para los mayores, aunque apenas pudimos hacer nada. Los coches tenían los cristales tintados y el chófer que nos tocó se negó a abrir la ventana del techo por seguridad. Según Quique, y lo que pudo entender de su acento de la Texas profunda, le prometió a Sky que nos mantendría sanos y salvos hasta, al menos, la mañana siguiente.

Tardamos media hora en llegar al hotel. ¡Y qué hotel! Era muy lujoso, uno de esos en los que todo es demasiado. Demasiado grande, demasiado caro y demasiado ostentoso. Un año atrás habría pedido que cancelasen mi reserva y me llevaran a un sitio más modesto, más de estar por casa. Sin embargo, me dejé llevar como si estuviera en mi propia película americana. Además, con Quique disfrutaba más de las ventajas de ser una artista de éxito. Se me quedó grabada una frase que me dijo antes de entrar por la puerta giratoria: «Eva, ¿sabes lo que haría mi abuelo Pepe? Tirar el bastón a un contenedor y comportarse como si fuera la estrella más importante de Hollywood. Tú haz lo que quieras, pero es nuestro momento». Y así lo vivimos. Teníamos toda la tarde libre. Hasta el día siguiente no nos veíamos con Sky en el estudio, de modo que dejé la enorme maleta encima de la cama más grande que había visto nunca y corrí hasta la habitación número 909.

—¿Estás grabando un documental?

—Tengo que grabarlo todo o mi amiga Raquel me mata. ¿Y has visto el albornoz? —Quique se lo puso sobre la ropa—. Hay otro en el armario. ¿Por qué hay dos cosas de todo? Dos camas, dos sofás, dos lavabos. ¡Esta habitación es más grande que mi casa!

—Y una bañera gigante. Estoy segura de que si me doy un baño ahí, podría escribir cinco canciones del tirón —dije mientras me vestía con el otro albornoz.

—En este hotel te salen tres discos por lo menos —bromeó Quique mientras se hacía selfis frente al espejo del cuarto de baño—. En realidad no es mala idea. ¿Seguro que solo podemos quedarnos unos días? Yo estoy dispuesto a sacrificarlo todo y quedarme contigo el tiempo que haga falta.

—¿Y qué hacemos con el abuelo Pepe? Admítelo, no puedes estar mucho tiempo lejos de él.

—Aguafiestas. —Me sacó la lengua.

—¡Ni se te ocurra! No podemos quedarnos toda la vida, pero vamos a aprovechar todo el tiempo que podamos, ¿no? Va, una foto para Instagram.

—¿Eva, también conocida como La Chica del Pop, subiendo contenido a su Instagram? ¿Qué dirán los dos millones de seguidores a los que tienes abandonados?

—Calla y posa.

Saqué el móvil y pasamos la siguiente hora haciendo un montón de fotos: frente al espejo del cuarto de baño, en los sofás de terciopelo, sobre la cama pegándonos con las almohadas como dos adolescentes con el pavo... Seleccioné un par que me hicieron mucha gracia y las publiqué en el *feed* de Instagram. «LA y él. ¿El mejor plan, quizá?», escribí. Era mi primer post en ¿semanas? ¿Meses? Ni siquiera me acordaba.

Al día siguiente, cuando despertó el mundo al que de verdad pertenecíamos La Chica del Pop y yo, saltó una nueva noticia. Los digitales especializados y las revistas del corazón abrieron sus portadas con titulares sobre la nueva ilusión de La Chica del Pop. Quique y yo compartíamos las portadas de los quioscos de media España. Menos mal que solo había que pasarse por el Instagram de Quique para comprobar que de hetero tenía más bien poco.

Quique

El segundo día en Los Ángeles me gustó más que el primero. No por nada, lo de caminar por el paseo de la fama, ver las casas de los famosos en Beverly Hills y subir la linde de una montaña para estar más cerca del letrero de Hollywood estuvo muy bien. Y mereció la pena la hora de autobús hasta Pasadena para probar la mejor hamburguesa de California. Pero nada se podía comparar a conocer a Sky. La española más premiada en los Grammy Latinos. La autora de *Planetario*, *Flores marchitas* y *Metamorfosis*, los tres discos más importantes que había dado la industria española y mi banda sonora de confianza entre los doce y los veinte años. Sky tenía la culpa de mi interés por la música. Puso en mi cabeza todos esos sueños y esas metas; por eso mi emoción, mis ganas y mis pensamientos estaban ocupados en ese primer encuentro con ella en territorio californiano.

El estudio de grabación estaba a doce kilómetros del hotel. En Los Ángeles había que coger coche para todo y esta vez me tocó compartir el tanque blindado con César. «Los chicos con los chicos y las chicas con las chicas», dijo Regina muy apurada. A Eva y a mí nos divirtió que la prensa nos relacionase como pareja durante un par de horas. Sin embargo, mi pobre jefa se llevó un buen disgusto. No pudo disfrutar del bufé porque sufrió un corte de digestión y no estaba dispuesta a darle más material a los turistas indiscretos. Quería evitar daños colaterales y escándalos innecesarios y la solución fue la reubicación. ¿Lo bueno? Me ahorraba aguantar a la pesada de Luisana Tirelli. ¿Lo malo? Me separaba de Eva y tenía que compartir la parte trasera de un coche con César Castellano.

—Hola —le saludé cuando se sentó y se abrochó el cinturón.

—¡Hombre! Qué honor, me ha tocado en el coche con la nueva *celebrity* del ¡*Hola!* No sé si soy demasiado importante para compartir asiento contigo...

—Ja, ja.

—A la pobre Regina casi la matáis de un infarto, pero hasta ella reconoce que el asunto tiene su gracia.

—Todos mis amigos han flipado. Me ha escrito gente con la que no hablaba desde el instituto. Y luego está mi madre, que me ha mandado como cinco audios preguntándome si América me había vuelto heterosexual.

—Hetero no creo, pero famoso sí. ¿Cómo decían? Ah, sí: «El misterioso chico de barrio, ¿la nueva ilusión de La Chica del Pop?» —dijo con tono de burla.

—Por lo menos salgo bien —reconocí—, y he pasado de seiscientos a nueve mil seguidores.

—¿Ahora también eres influencer? No dejas de sorprenderme, Quique Barrios.

—Mira que te gusta vacilarme.

—Porque me encanta la cara que pones de niño bueno —dijo, revolviéndome el pelo y dejando caer su mano hasta mi cuello—. Luego sonrías, se te ve esa separación perfecta entre los dientes, y pareces otro.

—¿Cómo que otro?

—Un niño menos bueno. —Sonreí otra vez. ¿Por qué sonreía otra vez?—. ¿Lo ves? Ahora pones esa cara y...

—¿Y qué?

Pensó la respuesta, recapacitó y al final solo dijo:

—Y pareces un niño bueno y achuchable.

Intercambiamos miradas y cada uno buscó la ayuda que necesitaba en la carretera. Los cristales tintados apenas dejaban ver nada, pero servían para hacer tiempo hasta que se esfumara esa tensión raruna que nos acompañaba desde que salimos del hotel. César, al ser el mayor y, por lo tanto, la persona más madura del coche después del chófer, retomó la conversación y esquivó cualquier tema que pudiera volver a ponernos contra las cuerdas a cualquiera de los dos.

—Vas a flipar con la torre de Capitol Records, son los mejores estudios en los que he estado en mi vida. Y sabes que he estado en unos cuantos. No eres consciente del nivel de producción que va a tener el disco de La Chica del Pop, aunque cuando esté Carlos Mata delante no me escucharás decir nada de esto.

—Y todo gracias a Sky...

—Sabía que ibas a lanzar la pulla.

—¡Es verdad!

—No es del todo así. Louder Music tiene contratos con Capitol Records para la distribución y promoción internacional de algunos de nuestros artistas, entre ellos Sky. Podríamos haber grabado el disco de Eva sin ella, aunque reconozco que ha acelerado todo el proceso, por no hablar de los productores que ha metido en el ajo. Ese movimiento sí que no lo vi venir.

—¡Después de todo sigues dudando de ella!

—Quique, en este mundo nadie hace nada por nadie sin recibir algo a cambio. Tú mismo accediste a...

—No termines esa frase que se me pone dolor de estómago —le interrumpí, no necesitaba que nadie me recordase que era un traidor de mierda—. ¿Sabes lo mal que me siento?

—No tienes que sentirte mal, no estás haciendo nada malo. Es trabajo, ni más ni menos. Además esto es bueno para Eva. No quieres que le pase nada malo, ¿verdad? Solo tienes que estar al loro.

—Puedes adornarlo como quieras, pero soy un espía de mierda y punto —dije—. Lo que hago es traicionar a una amiga y a la *fucking* mejor artista que ha dado la industria española. No tiene ni pies ni cabeza...

—Ya te darás cuenta de que esa gran estrella a la que tanto admiras tiene su lado oscuro. Es inevitable, lo desarrollan para sobrevivir.

—Sky no tiene un lado oscuro, es solo que no tomó las mejores decisiones.

—Deja de hablar como un fan. A este paso no te vas a ganar esos auriculares inalámbricos que te prometí —dijo César, intentando hacerme cosquillas.

—Eres insufrible.

—E irresistible.

Pasé de su cara y volví a dirigir la vista a la carretera como si pudiera ver algo a través de los cristales tintados del coche.

—¿Sabes que Capitol Records prohibió a Katy Perry sacar más singles de *Smile*? —cambié de tema. Gastaba mucha energía cada vez que me enfadaba con César—. Ella quería lanzar «Only Love» y «Cry About It Later» y no la dejaron. Nunca entenderé por qué decidieron cargarse un disco de forma tan gratuita.

—Me encanta la manera tan poco sutil que tienes de esquivar los temas importantes y me da mucha rabia que me esquivas a mí —resopló.

Una clara señal de rendición. Le costaba tratarme. Bueno, más bien le costaba encontrar la forma de hacerlo.

—¿Cómo te voy a esquivar si compartimos este maravilloso trayecto en coche?

—Y ahí lo tienes otra vez... Es desesperante, Quique.

—¿El qué es desesperante? No he hecho nada.

—Entonces no tienes ningún problema en hablar del hecho de que tengo novio, ¿verdad?

El chófer frenó frente a la torre cilíndrica de Capitol Records. Le di las gracias y los buenos días con mi inglés de la Escuela Oficial de Idiomas del barrio del Pilar. Parecía que hubiera entendido cada palabra de mi conversación con César y hubiera elegido el momento exacto en el que tenía que terminar. «Gracias, Charlie, Roger o como te llames y donde quieras que estés».

César tenía razón en una cosa: el edificio de Capitol Records era una maravilla. No era tan alto

como la Torre de Cristal, pero tampoco necesitaba altura. En la torre de Capitol Records todos los pisos respiraban música. Había estudios de grabación por todas partes, aunque por los pasillos reinaba un silencio tintineante. La política de la compañía era clara y, por si un novato como yo no conocía las normas, las paredes estaban llenas de carteles del tipo «Aquí no se roban canciones» o «Cuídate de poner la oreja en estudios ajenos». Unos señores muy americanos, rubios, rudos y callados, nos acompañaron hasta el Estudio B. La Chica del Pop me cogió de la mano antes de entrar. Estaba nerviosa, pero no de la forma que solía estarlo. Como decía mi amiga Carlota, lo estaba gozando de lo lindo.

—Madre del amor hermoso y el Espíritu Santo, pero ¿qué es esto? —Regina tenía los ojos abiertos como platos.

—No seas boluda, Regina —le dijo Luisana, siguiendo sus pasos hasta el sofá más cercano—. ¿Quieres que piensen que venimos del tercer mundo?

—Bienvenidos al capitolio de la música —dijo César en voz alta.

Eva y yo nos quedamos en el epicentro del estudio, contemplando aquella obra maestra. No había palabras suficientes en el diccionario de la RAE para describir lo que era aquello, tan grande y con tantos botones que no entendíamos para que servían. Uno de los hombres americanos nos contó que el Estudio B estaba formado por cuatro salas conectadas entre sí. La sala técnica para los productores, la sala del micrófono para grabar las voces y los coros, la sala del descanso y la sala orquesta. Esta última tenía un piano de cola en mitad de un espacio con moqueta. Había metros cuadrados suficientes para albergar a la banda de música más grande. La Chica del Pop corrió al piano y sus dedos acariciaron las teclas con timidez.

—¿Pensabas empezar sin mí, Chica Pop?

Reconocí su voz enseguida. Podría haberla reconocido en cualquier parte.

—¡Sky! —gritó Eva, cerrando la tapa del piano como si acabaran de pillarla haciendo algo malo.

—No seas tonta, estás en tu casa.

Sky se movía como una estrella, despacio, decidida y dispuesta a encandilar, como si las reglas de la gravedad las hubiera inventado ella. Reconozco que imponía un poco en las distancias cortas. ¿Qué digo un poco? Imponía muchísimo. Al principio pensé que era por su extremada delgadez. ¿Cómo una persona tan flaca podía aparentar esa fortaleza? La clave eran sus ojos. En esos círculos de color verde había muchísima fuerza. Ni el tío más chulo de Los Ángeles —y eso incluía a César— hubiera podido mantenerle la mirada más de tres segundos. Eran demasiado perfectos, igual que las facciones de su cara. Había recuperado el brillo de sus mejores años. Nada que ver con las últimas fotos que salieron publicadas antes de entrar a *rehab*. Fueron tomadas en una discoteca, a traición. En el peor momento de su vida. Tras un aborto, el divorcio de su segundo marido y el fracaso de su último disco publicado. Fueron unos cerdos.

Por suerte, la Sky que tenía delante había recuperado el resplandor de la superestrella que colgaba de la pared de mi habitación. La superestrella que inspiró a La Chica del Pop, a mí y a otros muchos chavales que soñábamos con formar parte del mundo para inyectarnos cada día esa adrenalina que experimentábamos en un concierto en vivo.

Busqué en mi cabeza la lista personal e intransferible de «cosas que hacer antes de morir» y taché con un rotulador permanente la línea «Respirar el mismo aire que Sky». *Otro éxito profesional de Quique Barrios*, por Quique Barrios. Cuando Sky pasó por delante de mí, no respiré. Fue un acto involuntario de mi cuerpo, como si quisiera dejarle todo el oxígeno a ella. No se fijó en mí ni en las dos «señoras» que la observaban desde el sofá con una curiosidad tremenda. No, ni Regina ni Luisana Tirelli escaparon del hechizo de Sky. Lanzó a César un beso en el aire y abrazó con ganas a La Chica del Pop. Verlas juntas me emocionó. Sin lágrimas, porque yo nunca lloraba. Pero sentía esa emoción en el cosquilleo que tenía en el estómago y en el movimiento repetitivo de mi pie. César se dio cuenta. Supongo que él también experimentó lo mismo que yo.

—¿Por qué me miras así? —le pregunté.

—Porque se nota que estás disfrutando como un crío pequeño.

—Chisss, chisss —dije, igual que habría hecho Regina—. Tengo que verlo y escucharlo todo. Grabé en la retina la imagen de Sky y La Chica del Pop sentadas juntas frente al piano.

—He metido algunos cambios en la letra, a ver qué te parecen —le dijo Sky—. Somos mujeres hechas y derechas y no podemos rebajarnos al nivel de esa chusma de hombres.

Eva afirmó con la cabeza y hojeó la libreta de Sky.

—Me encanta —murmuró al mismo tiempo que extendió las manos por las teclas blancas y negras del piano—, aunque ¿qué te parece cambiar este verso del estribillo por este otro? «Me alegre por ti, supongo que es lo que querías. Sé que no estabas preparado para una estrella como esta...». ¿La cantamos juntas desde el principio?

—No se me ocurre mejor plan mientras llegan Marcelo y Johnny. —Sky pidió que bajaran las luces y de inmediato el Estudio B se quedó casi a oscuras—. Los demás podéis acomodaros, pero apagad los teléfonos.

—¿Se está dirigiendo a nosotros? —pregunté histérico.

—Vais a presenciar un hecho histórico. —Sky tocó un solo acorde del piano—. Esto es «Estrellas planetarias», por La Chica del Pop y una servidora.

Verlas cantar juntas fue lo mejor que me había pasado en la vida. No es que no me hubieran ocurrido otras cosas buenísimas, pero al escucharlas, tan cómplices, empastando las voces como lo hacían, supe que ese momento tan especial nunca más se repetiría. De alguna manera, todos lo sabíamos, porque Regina no paraba de sonarse la nariz y César... Bueno, César solo me miraba a mí. Las siguientes tres horas en Capitol Records fueron distintas. La misma magia, pero ahora

fluía más despacio. Las sesiones de estudios eran lentas y Marcelo y Johnny resultaron ser unos productores especialmente perfeccionistas. Pedían a las chicas repetir la canción una y otra vez y, en realidad, yo la vi perfecta desde la primera toma. Aun así, no me cansaba de verlas. Los demás me abandonaron y me dejaron solo. César regresó al hotel. Me dijo que tenía que adelantarse por «asuntos de España». Luisana Tirelli desapareció a la hora con su chihuahua y se fue de compras a Rodeo Drive. Y Regina..., bueno, Regina cerró los ojos «para descansar un poco la vista» y no despertó hasta que pararon a la hora del almuerzo. Olió el sushi y la típica caja de rosquillas que comen los policías en las películas americanas y regresó al mundo de los vivos muerta de hambre.

—Esto es pecado. ¿Por qué aquí está todo más bueno? —preguntó Regina mientras saboreaba un maki de salmón.

—Por lo general, todo suele tener más azúcar, más grasa y más calorías —respondió Eva cuando intentaba cazar un nigiri de atún de la bandeja.

—Niña, no me amargues la comida.

—No lo digo yo, lo dice mi amiga Sara.

—Seguro que tu amiga Sara es delgada.

—Oye, ¿por qué no come con nosotros? —pregunté, nervioso.

—Ha ido a saludar a un jefeazo de Capitol Records, pero va a volver —dijo Eva—. Tranquilo, Quique. Vas a tener tiempo para hablar con ella todo lo que quieras.

—Soy un pesado, ¿verdad?

—Sí, hijo. Un poquito —se quejó Regina.

—Claro que no, tonto. Pero te conozco y has puesto la cara de «mi amiga Eva es lo peor por no presentarme a Sky».

—¡No he puesto esa cara! —dije como si estuviera indignado.

—Sí, sí la ha puesto —confirmó Regina.

—Está bien, ya me callo. Voy a aprovechar esta rebelión contra mí para ir al baño, pero, por favor, que no escape cuando vuelva. Necesito, por lo menos, decirle que *Flores marchitas* merecía cada Grammy y que me explique por qué no metió en su último disco la colaboración con Martina. —Regina movió la cabeza como lo hacía el abuelo Pepe cuando no entendía ni papa de lo que decía—. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Gracias por tu comprensión.

En la torre de Capitol Records todas las plantas tenían forma de circunferencia. Solo había que dar una vuelta completa para encontrar lo que fuera que estuvieras buscando. Un estudio de grabación, una superestrella o un simple cuarto de baño. La que albergaba el Estudio B, sin embargo, era un rectángulo perfecto, lo que complicaba las labores de búsqueda. Me entró la

desesperación, una vieja conocida mía, y el pis me apretaba la vejiga. El destino —o la acústica de Capitol Records— me dio la pista que necesitaba. No para llegar hasta el meadero, que también, sino para encontrarme con ella. Podría haber entrado en el baño, mear y volver al estudio como un chico bueno que no se entrometía donde no le llamaban. Pero tener a Sky tan cerca era demasiado tentador y esperé en la puerta a que saliera y así propiciar un encuentro «casual». Me acordé de mi abuelo Pepe cuando le decía siempre a mi madre que no se pasara de cotilla, que «la curiosidad mata a gatos y a cajeras del Mercadona». Qué razón tenía siempre el viejo.

—La chica es buena, tiene talento.

Había un tío con Sky en el baño de las chicas.

—¿Mejor que yo? —preguntó Sky.

—Nunca habrá una mejor que tú, pero me recuerda a ti. A la primera Sky.

—No sabía que hubiese varias Sky en el mundo. Delante del espejo solo veo a una.

—A la primera Sky que conocí y no se metía esta mierda.

—Marcelo, te adoro, pero no te pongas dramático. Es una rayita de nada.

Entreabrí la puerta. Sky estaba apoyada sobre el lavabo, con la espalda encorvada y manipulaba unos polvitos blancos con la tarjeta de crédito. Unos polvos blancos no, cocaína. Enrolló un billete de cincuenta dólares y esnifó una línea blanca y perfecta.

—Anda, prepárame una de esas.

—A los diecinueve años también estaba así de estupenda, con el culo bien puesto y la cara más bonita del mundo. No pasé por las manos del doctor Solís hasta los veintidós. Pero, Marcelo, tú mejor que nadie sabes que esta vida pasa factura y esa chica pop, más pronto que tarde, acabará...

Tuve el impulso de empujar la puerta y decirle que se equivocaba. De decirle a esa mujer vestida de Sky que La Chica del Pop no iba a acabar como ella, que ni por asomo cometería los mismos errores. Nada de drogas. Nada de escándalos señalados en la prensa. Nada de huir hacia delante. Nada de... Me frenó una pequeña voz. No sé si fue la voz de la conciencia, pero la escuché con la misma claridad con la que escuchaba a Sky dibujar un futuro oscuro para La Chica del Pop. Me recordó que, a veces, la vida tiene más sombras que luces. Me recordó que si un padre era capaz de abandonar a su familia, lo mejor sería no poner la mano en el fuego por nadie, ni siquiera por una chica destinada a ser una luz cegadora en un firmamento lleno de estrellas apagadas.

24

Servicio de habitaciones

Quique

Regina cerró la puerta de su habitación y dejó las pizzas encima de la cama.

—He pedido una de pepperoni, una de barbacoa y dos de carbonara.

—¿Seguro que tenemos que irnos mañana? —preguntó Eva al mismo tiempo que cogía una porción de pepperoni—. ¿A quién se le ocurre cerrar un viaje de tres días a Los Ángeles? Sabéis que Las Vegas está aquí al lado, ¿no? Y el Gran Cañón a solo cinco horas en coche.

—No me digas que le estás cogiendo el gustillo a América, con lo que te gusta Madrid... —bromeó César.

Cogió un trozo de la de barbacoa y se sentó en el sofá de la habitación.

—Pues te diré, listillo, que también tengo ganas de volver. No sé, todo esto de Los Ángeles me ha cambiado el chip. Hasta puede que le haga caso a Luisana y llame a los gemelos para probar con otro look.

—¿Al final te ha convencido esa boluda?

—A mí no, a La Chica del Pop. —Eva dio otro bocado a la pizza y dejó el borde sobre la caja de cartón.

—Dice que en la gira tengo que ir de otro rollo y creo que tiene razón. ¿Os parece una locura?

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que hablas de gira? —preguntó César.

—Eso no es verdad —se quejó Eva, aunque después se le iluminó la cara—. Pero voy a hacer gira con el disco, ¿no?

—¿Gira? ¿Conciertos? ¿Por dónde? —exclamó Regina.

Primero se santiguó y después se bebió todo el vino de su copa.

—Tranquila, Regina. Para eso queda todavía. Lo primero es lo primero y lo primero para ti, Chica Pop, es el disco.

—¿Y lo segundo? ¿Qué es lo segundo, César? —se interesó Regina.

—LOS40 Music Awards.

—Virgen del amor hermoso, se acabó. Ahora mismo dejamos de hablar de trabajo. ¿O queréis que la cena me siente como un tiro? Un disco, los premios 40... ¡Qué barbaridad! —lamentó Regina—. Quique, ¿coges otra botella del minibar?

La petición de Regina me sacó de pronto de mi ensimismamiento. Más bien me salvó de la rayada mental que me atormentaba desde que Sky había pasado de estar en mi pódium a ser sospechosa de una conspiración internacional contra La Chica del Pop. Había puesto el piloto automático. Todavía escuchaba lo que decían, pero no interactuaba. Comía por inercia y obedecía a Regina porque tenía demasiado interiorizado lo de coger el sacacorchos y abrir las botellas que se bebía.

—Quique sigue en shock —dijo Eva—. Tenías apuntadas en un papel unas cien preguntas y ¿solo le preguntas por su perra Dama?

—En shock, no, es prudente —me defendió Regina—. Mi trabajo me ha costado.

César me miraba fijamente desde el sofá. Solo él comprendió que había pasado algo más en la torre de Capitol Records. Intuía que ya me conocía mejor que Regina y Eva y se había dado cuenta de que yo solo callaba cuando las cosas se torcían y no era capaz de encontrar una solución al problema. Terminamos de cenar tarde y a César se le ocurrió acompañarme a la habitación. La Chica del Pop no hizo preguntas al ver que se bajaba conmigo en la octava planta cuando su habitación estaba en la decimocuarta. Se despidió con cariño de los dos y nos quedamos parados en el pasillo cuando la puerta del ascensor se cerró detrás de nosotros.

—¿Me vas a contar qué te pasa? ¿Has visto algo raro? Quique, puedes contarme lo que sea. Puedes confiar en mí.

No contesté. Me limité a poner un pie delante de otro hasta la habitación número 909. Una lámpara del pasillo parpadeaba y hacía un ruido extraño. Lo único que se escuchaba a las tantas de la madrugada, eso y los pasos de César.

—¿También vas a arroparme y a darme el beso de buenas noches? —pregunté, enfadado.

Pasé la tarjeta por el sensor de la puerta.

—Solo me preocupo por ti. ¿Qué ha pasado? Cuando me fui de allí estabas emocionado, y ahora...

—Todo esto es culpa tuya. ¿Para qué me has traído aquí? Bueno, está claro para qué.

Tenía la cabeza como una olla exprés a punto de explotar. Se lo tenía que contar, pero no sabía cómo. Y lo odiaba. Odiaba no saber cómo actuar. Odiaba no saber qué hacer. Y, sobre todo, odiaba a César por arrastrarme a una situación que no quería y con la que empezaba a vislumbrar la realidad del mundo al que quería pertenecer por encima de todas las cosas. Sí, por encima de todas las cosas, pero ¿también por encima de las personas? ¿Por encima de una amiga?

—Quique, habla conmigo. Desahógate. —Entré en la habitación y dejé que la puerta se cerrara sola. Mala idea—. ¿Por qué siempre te vas y no hablas las cosas? Eres un cobarde. Venga, va.

¿Por qué no me preguntas por mi novio? ¿No me vas a preguntar por qué te busco todo el rato si ya estoy con alguien?

—Sal de mi habitación —dije, de espaldas a él, con la mirada puesta en las luces de los edificios que se amontonaban unos encima de otros—. No estamos en la oficina y, desde luego, estoy fuera de mi horario laboral, así que repito: sal de mi habitación.

César dio un paso al frente, desafiante. Después otro. Y otro más hasta que la distancia que nos separaba era una ridiculez. Evité mirarlo a los ojos porque si lo hacía no habría vuelta atrás. Pero eso ya lo sabía él desde hacía mucho tiempo. Me cogió la barbilla con delicadeza y pasó su otra mano por detrás de mi cintura. Lo miré solo una vez, después solo me fijé en que su boca se acercaba de una forma muy peligrosa. Y entonces... me besó. El primero fue un beso suave y húmedo. Me gustó, pero me resistí. Apreté la boca e intenté separarme de él.

—No te cansas, ¿verdad? —preguntó en un susurro que me dejó completamente KO—. ¿No te cansas de contener las ganas?

Sí, lo estaba, estaba cansado y harto de fingir que no me moría de ganas de besarlo. Así que lo hice. Lo besé, esta vez fue un beso más profundo, más intenso, uno de esos en los que entrelazabas las lenguas y avisabas a todas las partes del cuerpo que estuviesen prevenidas. Las manos de César se posaron sobre mis mejillas, deleitándose con ese beso, como si quisiera alargarlo hasta hacerlo eterno. Nos pusimos románticos, con caricias y miradas intermitentes. Ambos conteníamos las ganas que nos teníamos. Porque ya el primer día que nos cruzamos en los tornos de la Torre de Cristal hubo muchas ganas, por eso íbamos despacio. Teníamos toda la noche para nosotros solos.

—¿Pasamos al siguiente nivel? —preguntó César cuando los besos precipitaron lo inevitable.

Recuperé el aliento e ingenuo de mí, pregunté:

—¿Cuál es el siguiente nivel? —César se separó de mí y recobramos el aliento. Sus ojos brillaban en la oscuridad de la habitación y su sonrisa chulesca se transformó en una que me desarmó por completo—. Esa cara...

—¿Quieres ver algo más que mi cara?

—Quizá.

Caminó en sentido contrario hasta toparse con el borde de la cama. Ahí, con las luces de los edificios de enfrente, César se desabrochó la camisa y la tiró al suelo.

—¿Te acabas de relamer los labios?

—Quizá.

Lo siguiente que hizo fue desabrocharse el botón del pantalón y bajarse la cremallera de la bragueta. Di un paso hacia él, pero me pidió que fuera paciente y esperase. No hubo una fase intermedia en el proceso de desnudarse. Se lo quitó todo —los calzoncillos incluidos— y se recostó sobre el nórdico orgulloso de todas las partes de su cuerpo. Imité sus movimientos. Me

desnudé mientras él disfrutaba de las vistas. Después intenté acercarme a él, pero tampoco me dejó. Me pidió que pusiera las manos contra la ventana de la habitación. Obedecí y le di la espalda. Después vino todo lo demás. Lo último que recuerdo fue sentir el calor de su piel contra la mía y pedirle que no parase. Ah, y los gemidos ahogados en mitad de noche. Buah, creo que fue la mejor noche hollywoodense de la historia.

Caímos sobre el colchón exhaustos, con los ojos fijos en el techo de la habitación y las bocas abiertas para inhalar todo el oxígeno de Los Ángeles. César me pidió que me recostase sobre su pecho. Me rodeó con su brazo con fuerza, como si temiera que de un momento a otro fuera a salir corriendo. Cerré los ojos. También quería exprimir el momento por si no volvía a repetirse. Así era yo, el romántico menos romántico de la historia de los románticos. El típico que veía siempre el vaso de agua medio vacío a pesar de estar abrazado al hombre que había conseguido desordenar el orden de mis prioridades.

Hubiera sido el mejor broche al sueño americano de no ser por la culpa. El cargo de conciencia por traicionarlo a él también. Me reconcomía no saber si había tomado la decisión correcta. ¿Hacía bien si no le contaba lo que había escuchado? Cualquiera se hubiera reído en mi cara. ¿Qué lealtad le debía un chaval del barrio del Pilar a una superestrella como Sky? En apariencia, nada, pero solo yo sabía que en las peores noches, cuando me preguntaba una y otra vez cómo un padre podía abandonar a su hijo, su música me ayudó a no pensar en lo imperfecto que era el mundo. Lo malo era darse de bruces con la realidad y tomar conciencia de que el otro mundo del que tanto había visto y leído también tenía sus luces y sus sombras. Unas sombras oscuras que al caer la noche, por más que estuviera apoyado sobre el pecho de un tío tan increíble como César, se tornaban pesadilla.

César Castellano

No era la típica persona que padecía jet lag. Tenía cierta habilidad para ajustar las manillas del reloj biológico. En realidad resultaba bastante sencillo. Si iba a Los Ángeles y en Los Ángeles era de noche, dormía profundamente en el avión hasta que el piloto desacoplaba el tren de aterrizaje. De regreso a Madrid, más de lo mismo. A mis treinta años llevaba muchos vuelos a mis espaldas. Más por trabajo que por placer, para ser sincero. De alguna manera estaba condenado a entenderme con el siguiente destino, estuviera a doce horas de distancia o amaneciera a las cuatro de la mañana. Me adaptaba a las circunstancias, aunque no siempre las pudiese controlar. La última vez que miré el reloj de la mesilla marcaba las dos de la madrugada. Óscar dormía tranquilo a mi lado. Antes me daba cierta paz verlo dormir, ahora me hacía sentir culpable. Cambié de postura varias veces. De lado, bocarriba, bocabajo... Probé todas las formas posibles, pero no pasaba nada. Me levanté y busqué en el cajón del cuarto de baño alguna pastilla. Había épocas en las que Óscar las necesitaba por los turnos del hospital y solía guardarlas ahí. Solo encontré las típicas cápsulas que mezclaban algunas plantas relajantes. Me tragué un par, bebí directamente agua del grifo y volví a meterme en la cama. Me quedé mirando al techo como un tonto. Lo único que consiguieron esas medicinas de mentira fue ponerme más nervioso.

A las tres y media me rendí y decidí poner en práctica la única idea decente que se me pasó por la cabeza. Me puse los pantalones del pijama, una sudadera vieja de Óscar y me refugié en la cocina. Aproveché el tiempo que tardaba en encenderse el ordenador para servirme una copa de vino. Además abrí uno de los buenos, el típico reserva que guardábamos para ocasiones importantes, como cuando venían nuestros padres a cenar a casa. Esta, desde luego, lo era. No tenía mucho que celebrar, o quizá sí. No lo tenía muy claro todavía. Me manché los labios y eché un vistazo al correo electrónico. Tenía varios sin contestar, aunque solo abrí el último. El asunto decía: «Estrellas_Planetarias.mp3». Estos yanquis siempre tan rápidos para todo. Descargué el

enlace y encontré dos archivos: la canción de La Chica del Pop con Sky y la foto de grupo que nos hicimos en el vestíbulo de Capitol Records. Moví el puntero de un archivo a otro, pero decidí abrir primero la foto. Aparecíamos todos sonrientes y orgullosos. Éramos conscientes de que volvíamos con una gran colaboración. La típica que solo pasa una vez cada cinco años. Y luego estaba él, colocado estratégicamente entre Regina y Eva. ¿Cómo no iba a salir en la foto al lado de su amiga? Sonreía como los demás y mantenía esa mirada ingenua que lo hacía tan vulnerable y a la vez tan atractivo. Así era Quique, el chico de veintitrés años que había conseguido quitarme el sueño a mí, a la típica persona que le gustaba tenerlo todo bajo control y no dejaba que un simple jet lag le amargase la noche.

—César, ¿qué haces despierto? Son casi las cuatro de la mañana.

Cerré la tapa del portátil.

—No puedo dormir, creo que tengo jet lag.

—¿Y has pensado que el vino puede ayudarte?

—Es una idea espantosa, ¿verdad?

Óscar abrió la nevera y se bebió medio brik de leche de una sentada y después se colocó bien el slip.

—¿Estás bien, nene? —Me rodeó con los brazos y me dio un beso en la mejilla—. Juraría que es la primera vez que sufres de insomnio.

—¿Verdad? No sé, ha sido un viaje largo, hemos estado muy pocos días y no hemos parado —dije, y después di otro sorbo de vino para esconder la mentira detrás de la copa translúcida.

—¿Por qué no vienes a la cama? Se me ocurre alguna que otra idea para que puedas conciliar el sueño.

—Te acabas de despertar, te has metido medio brik de leche entre pecho y espalda y ¿todavía estás dispuesto a chupármela? ¿Qué he hecho yo tan bien para merecerte?

—En ningún momento he dicho que vaya a utilizar la boca.

Óscar se quitó los calzoncillos con un pequeño movimiento y volvió a la habitación.

—¡Me he puesto cachondo, pero no tardes mucho o me quedo sopa!

Escuché sus ronquidos a los cinco minutos. Me quedé un rato más en la cocina. Quería terminar la copa de vino y esperar a que esas pastillas de herbolario hiciesen algún efecto. Mientras eso ocurría, trabajé en una presentación que Carlos Mata me había pedido. Quería una estimación de las ganancias que podía dar La Chica del Pop a la compañía con el lanzamiento de su primer trabajo discográfico. Eran un montón de diapositivas con gráficos y cifras. Un tostón de narices. Aunque mi trabajo consistía en detectar el talento y hacer que se materializase en algo o en alguien, tenía más desarrollada la parte del cerebro que trabajaba los números. Sin embargo, también eso parecía haberse atrofiado tras mi vuelta de Los Ángeles.

Me bebí un par de copas más de vino. ¿O fueron tres? No lo recuerdo, pero mejoré mi

concentración. Pude ver con claridad el problema. Quité todo el ruido que había en mi cabeza y descubrí que lo único que pasaba es que quería que me ocurrieran cosas. Cosas con Quique. Quería lo que pasó la noche anterior a doce mil kilómetros, pero en Madrid. Y que no solo fuera una noche, que no solo fuera un día. Que no solo fuera follar. Comprendí, gracias a ese vino riquísimo y a la soledad de la noche, que para desatascar la bola que se había formado en la garganta solo necesitaba dos cosas: decirle adiós a Óscar y pedirle una oportunidad a Quique. Para lo primero necesitaba mucho más tiempo y el consejo de mi madre. Supongo que después de tres divorcios tendría algo que decir. Para lo segundo solo necesitaba echarle huevos, y seguro que no iba a encontrar mejor momento que en mitad de la noche y después de media botella de vino.

Busqué el teléfono en la encimera. Me miraba raro, como si no me reconociese. Para ser sincero yo tampoco me reconocía a mí mismo. «Soy el jefe de Producto de la discográfica más importante. Tengo treinta años, dentro de un par de meses hago treinta y uno, y en la cama me está esperando un tío cojonudo. ¿Qué estoy haciendo?». Abrí el WhatsApp y escribí un mensaje. De alguna manera, ese discurso ya llevaba tiempo en mi cabeza, desde antes de encontrarme con Quique en los tornos de la Torre de Cristal. Desde que encajé que Óscar, mi novio, mi familia, mi persona imprescindible, ya solo era un amigo.

Salió con una facilidad asombrosa y, con la misma, se lo envié. Recuerdo sin ninguna duda la fecha y la hora: un 28 de septiembre a las cinco menos cuarto de la mañana.

Hola, Quique. Soy César, supongo que tienes mi número guardado. Espero que lo tengas y si no lo tienes no pasa nada, puedes comprobar en mi foto de perfil que soy yo.

Te preguntarás: ¿qué hace el tío este escribiéndome a las tantas de la noche? Yo te lo digo: no puedo dormir.

Y no puedo dormir porque no paro de pensar en lo de la otra noche. Bueno, en realidad fue hace unas horas.

¿O ya ha pasado un día? Da igual. El caso es que le he estado dando muchas vueltas y he pensado que, si quieres, si te apetece, si te viene bien, podríamos quedar un día cualquiera y vernos fuera de Los Ángeles, de la oficina..., fuera del trabajo. Ya sé que tengo novio, que trabajamos juntos y que la vida es una mierda supergrande, pero ¿qué mal nos puede hacer pasar una hora juntos?

Solo una hora y te lo explico todo. Prometido.

Quique leyó el mensaje tres horas después, alrededor de las ocho de la mañana. No me contestó y, a partir de ese momento, centró todos sus esfuerzos en no quedarse a solas conmigo.

La Chica del Pop

«¿Chicos? ¿Chicas? ¿Chiques? ¿Estáis ahí? Aquí Morning Rey, vuestra persona favorita *in the world*, un martes más tomando un café con pastas. Os confesaré que casi me atraganto con una de almendras. ¿Y sabéis qué? Mientras veía mi vida pasar me he dado cuenta de que no he puesto una lavadora de blanco y de que, ejem, han pasado dos semanas y seguimos sin saber qué diantres ha hecho La Chica del Pop en Los Ángeles. No sé, cariño. ¿Qué tal si te pasas por redes y abres el piquito un rato? Entiendo que, además de pasearte con tu amigo gay por Hollywood, habrás hecho algo de provecho. Aunque por lo que tengo entendido el disco está casi finiquitado... esta muchacha me tiene despistado. Tendré que consultar a mis fuentes por si saben algo. De momento, voy a terminarme el café. A este paso, si no muero por atragantamiento muero de aburrimiento de esperar tanto un disco que no termina de llegar».

—Eva, corre. ¡Mira! —gritó Quique. Su voz resonó por encima del ruido de las máquinas.

—¿Qué pasa?

Me arrimé a Quique y los dos nos quedamos de pie viendo correr la cinta mecánica de la fábrica. Escuchamos un ruido, como el sonido de una tostadora después de expulsar el pan, y nuestros ojos siguieron el vinilo que recorría la banda transportadora. El objeto cuadrado se paró justo donde estábamos nosotros.

—Es mi disco. ¡Mi primer disco! —dije.

Quique me contó que después de Los Ángeles el ambiente se enrareció en las oficinas de Louder Music. La gente murmuraba y estaba más nerviosa que de costumbre. Se acercaban las nominaciones a LOS40 Music Awards y los otros jefes de Producto se quejaban día sí, día también de mi inoportuno paso por Capitol Records. «Competencia desleal», lo llamó Roger en una reunión interna de la compañía. Por suerte, esos tres únicos días haciendo las Américas sirvieron para mucho. No solo regresé con una de las mejores canciones del disco, sino que volví reconociéndome —por fin— como La Chica del Pop. Prestaba atención a lo único importante. Y

lo que no lo era dejaba que se disolviese, como los grumos de ColaCao en un vaso de leche. Reordené mis prioridades. Se acabó dedicar pensamientos a príncipes encantadores y amigos traidores —odiaba esa expresión, pero resultaba muy complicado escapar a veces del vocabulario de Luisana Tirelli—. Me volqué en la última fase del disco. Se convirtió en mi mejor terapia. Hasta me encajaban las canciones de la cara A, esas que hablaban de mi historia de amor con Lucas Risu, eran pequeños fragmentos de mi corazón y terminé por abrazarlas y sentir las como parte del todo que era *La última vez que te quise / Todas las veces que te odié*.

Encontré el equilibrio implicándome al cien por cien en la cara B. La participación de Sky en el disco cambió las reglas del juego. A ojos de los demás seguía siendo una niña de diecinueve años —casi veinte—, pero empezaron a tener mis ideas en cuenta y, sobre todo, dejaban que las pusiera en práctica. Metimos nuevos arreglos a «Está oscuro» para hacerla más electrónica. La letra todavía dolía un poquito, pero pensé que dolería menos si se podía bailar en la pista de una discoteca. También me permitieron elegir al director del videoclip de «Príncipe encantador». Todos estaban de acuerdo en que la canción fuera el focus single del disco. La primera canción dedicada a Lucas. La primera de desamor. La clara candidata a ser mi primer hit global. César lo sabía y pensó que sería rematadamente perfecto cerrar el círculo llamando a Raimundo Rodrigo Rodríguez. Hizo un trabajo estupendo en «Platónicos» y fue de las pocas personas que me escribió cuando todo se volvió gris y turbio. No le contesté en su momento. Sin embargo, cuando César puso su nombre encima de la mesa, no me lo pensé dos veces. Cogí el teléfono y le escribí: «Hola, Rai. Se acabó mi cuento de princesa. ¿Te apetece quitarle la máscara a un príncipe encantador?». Respondió tres días después, estaba de retiro espiritual. Se escapaba cada vez que la industria le ponía una zancadilla. Qué raro, ¿no?

Accedió y trabajamos desde el principio como un equipo, cogimos la idea que esbozamos César y yo en la servilleta de un Starbucks y le dimos forma hasta crear algo enorme. Lo más complejo fue encontrar al actor protagonista del vídeo. Hicieron un casting y todo, pero ninguno encajaba. Por suerte, Quique y el abuelo Pepe se engancharon a la última temporada de *Élite*. Uno de los chicos era perfecto para el papel. Su físico se parecía bastante a Lucas, tenía esa mirada de capullo rompecorazones, y lo bordó. Grabamos en varias salas del Museo Reina Sofía, aunque la localización estrella fue la azotea de la Torre de Cristal. Llenaron bañeras enteras con diamantes de Swarovski. Hasta tiraron fuegos artificiales desde la Torre Cepsa. Mi padre no pudo contener las lágrimas al verme con un Versace blanco inspirado en los vestidos del Hollywood de los noventa. La verdad es que fue increíble. Quique, por el contrario, no lo disfrutó tanto. Se comportaba de lo más extraño desde que volvimos de Los Ángeles. Desaparecía y aparecía sin avisar. Y cada vez hablaba menos. Pero no dejaba de ser un apasionado de la música como yo y, por nada del mundo, se quiso perder la visita a la fábrica para ver por primera vez mi álbum en formato físico. Mi bebé.

El supervisor de la fábrica se acercó con el disco de doce pulgadas entre las manos y lo metió en la funda de cartón.

—Ahora está presentado en condiciones —dijo.

Mi rostro estaba impreso en ambos lados. En la cara A, la correspondiente a *La última vez que te quise*, una foto mía en blanco y negro con la cara lavada. Nada de maquillaje y nada de Photoshop. Solo resaltaba el color de mis ojos azules. En la cara B, la dedicada a *Todas las veces que te odié*, una foto a todo color, con el eyeliner perfecto para darle más poder a mi mirada, mucho más agresiva. La mirada de una superestrella.

—Es precioso —reconocí.

—¿Precioso? ¡Es una pasada, Eva! Mira la tipografía de los títulos... ¡Tiene relieve! Y sales espectacular.

—¿Tú crees? ¿No parezco demasiado atrevida? —pregunté.

—Es perfecta. La mejor portada para la mejor artista, lo sabes muy bien.

—Bueno, si tú lo dices, tendré que creérmelo.

—Lo sabes, aunque pongas esa cara de «esto no va conmigo». Por el amor de Dios, ¡es el primer disco de La Chica del Pop! Y lo peor de todo es que voy a tener que aguantar un mes para ser dueño y señor de una de estas copias.

Lo cogí, lo toqué y lo observé con atención. Quique tenía razón, me pertenecía. Cada surco marcado en el disco de vinilo era una de las canciones que me había acompañado en este proceso, desde «Platónicos» hasta «Estrella planetaria», un tema de última hora que la gente iba a gozar. Pero entonces ¿por qué lo sentía como extraño? Una parte de mí percibía el cedé como algo raro, como si pasara por la sección de música de la Fnac para ojear las últimas novedades musicales y, de repente, hubiera encontrado el disco de otra artista. Como si todo lo que estaba viviendo, en realidad, le ocurriera a otra persona que no era yo.

—Para ti —dije.

—¿Cómo?

—Quiero que este vinilo, el primer vinilo de *La última vez que te quise* / *Todas las veces que te odié*, sea para ti. Es una forma de darte las gracias, por todo. Por ser tan buen amigo.

—¿Lo dices en serio?

—¿Y cuándo no lo hago?

—¡BUAH! ¡Buah, buah, buah!

Quique abrazó el vinilo y correteó por la planta de la fábrica dando saltos de alegría.

—Estás fatal de la cabeza.

—¡«Y dejar de ser platónicos (y mirarte y sentirte)! ¡Y dejar de ser platónicos (y tenerte y quererte)»! —canturreó Quique, viniendo a toda prisa hacia mí.

—Quique, ¡no! ¡Quique!

Me atrapó por la cintura y me levantó en volandas.

—¡«Vamos, escucha esta canción (para ti, para mí)»! —Y canté con él, porque eso hacen los amigos, cantar los hits que suenan en la radio—. ¡«Vamos, escucha esta canción (y dime sí y otra vez sí)»!

El supervisor nos observaba desde una esquina, alucinado.

—Siento interrumpir, chicos, pero no sabía que os ibais a poner tan contentos. ¿Queréis ver los cedés? La primera tanda ya está guardada en el almacén.

Intercambié una mirada rápida con Quique. Por supuesto que quería.

El almacén estaba en una nave aparte. Había que cruzar una autopista y pasar por un control de seguridad. Mucha parafernalia, pero mereció la pena solo por ver la cara de felicidad de mi amigo. Después de la discográfica, ese almacén pasó a encabezar el Top 3 de sus lugares favoritos en el mundo. Había pilas y pilas de palés llenos de cedés y vinilos clasificados por fecha. Los más nuevos, los recién salidos del horno, estaban más cerca de las entradas habilitadas para los transportistas; los más antiguos cogían polvo en la parte más oscura y fría del pabellón.

—¿Dónde está? No lo encuentro —le preguntó Quique al supervisor.

—Tendría que estar justo aquí, en la Sección 1. Esperad aquí un minuto, que voy a llamar a un compañero. —Se dio la vuelta—. No toquéis nada.

En cuanto salió por la puerta, Quique me pegó un tirón del brazo y salimos a la carrera por un pasillo buscando no sé qué.

Paramos en la Sección 13. Además de por fecha, cada cedé estaba ordenado alfabéticamente. Quique buscó con el dedo y se paró en la letra V.

—¿Has visto? Es el último disco que lanzó Venus antes de que Jimena empezara en solitario —comentó Quique mientras abría la caja y sacaba el libreto.

—¡Me encantaba ese disco!

—Es que era EL DISCO. ¿Sabes que Morning Rey dijo que se separaron porque Jimena quería hacer pública su relación con Laura Junquero y la discográfica no las dejaba?

—¿Eran lesbianas?

—Eva, ¿en qué mundo vives?

—No soy una cotilla como tú.

Quique se desplazó por el pasillo hasta la Sección 19 y extrajo otro cedé.

—Enrique Iglesias. «Euphoria», 2010 —dijo de memoria—. A mi madre le encanta este disco. Rayó tanto «Cuando me enamoro» que el abuelo Pepe terminó por regalárselo a una vecina. Imagínate la que se montó cuando mi madre la escuchó por el patio de luces cantando.

—Soy muy fan del abuelo Pepe —comenté. Después retrocedí unos pasos atrás, concretamente hasta la Sección 16—. Acabo de caer que si «Euphoria» está aquí...

—«Crisantemo»..., sí, un buen disco —dijo Quique con la misma efusividad que Luisana le ponía a la vida en general. Echó un vistazo al cedé por encima y se enredó con otras cosas—. Mira, por aquí tiene que estar el de «Talk That Talk» de Rihanna.

—Creo que es de las primeras ediciones, le voy a mandar una foto a Sky. ¿No quieres salir?

—No... y tú tampoco deberías juntarte mucho con ella —soltó de pronto—. Creo... creo que no te conviene.

—¿Todavía hablamos de Sky, la artista a la que quieres, admiras y deseas?

—¿Nunca te has preguntado por qué una persona como ella termina en un centro de desintoxicación?

El ambiente se enrareció, nos pusimos tensos los dos. Mi primera pelea con Quique.

—Los hombres se han portado como el culo con ella. ¿Por qué te pones tan serio? —pregunté, indignada—. Tú apenas la conoces.

—¿Y tú sí?

—Me contó que sufrió un aborto y que el marido la abandonó porque no quería tener más hijos.

—Todo el mundo sabe esa historia, Eva.

—¿Y que le pegaba? También el primer marido. Y su madre, cuando era solo una chiquilla.

—Eso no justifica que se drogue. ¿Tú lo harías? ¿También te meterías una raya de coca?

—No, claro que no... —dije, pero mi respuesta no sirvió.

Resopló, murmuró algo que no entendí y después dijo:

—Solo digo que Sky ha tenido muchos problemas y no creo que te convenga pasar mucho tiempo cerca de ella —dijo, rebajando bastante el tono de la conversación—. Lo de hacer juntas una canción en Los Ángeles ha estado muy bien, pero no creo que tarde mucho en volver a las andadas.

—Desde luego no estoy hablando con el Quique que conozco.

—Bueno, no me hagas caso.

Quique recorrió el último tramo del pasillo solo mientras se entretenía con los cientos y cientos de discos que atesoraba el almacén. Repetí sus pasos, con los ojos fijos en el cogote de mi amigo y respondiendo a las preguntas que hacía una voz susurrante. ¿Había pasado algo en Los Ángeles y no me había enterado? Quique, desde luego, estaba muy raro desde hacía algún tiempo. ¿Pero por qué la había tomado con Sky? De todas las personas que conocía, Quique Barrios era la última que me esperaba que hablase mal de ella. Pero también lo hizo César las horas previas a coger el avión. ¿Le había ido a Quique con el chisme? Quizá por eso él también se comportaba de manera extraña desde que regresamos.

Volvimos al vestíbulo del almacén. El supervisor nos pidió que nos echásemos a un lado cuando una de las puertas auxiliares se abrió. Un camión echó marcha atrás e introdujo el remolque. Una carretilla descargó un palé y lo movió hasta la Sección 1. Aunque estaba completamente plastificado, pude distinguir mi cara en las más de cinco mil unidades de cedés que había dentro de ese paquete que pronto llegaría a las tiendas de toda España.

—¿Esos no son los discos de Lucas? —preguntó Quique.

Se me pusieron los pelos de punta.

—Eso parece —dije—. ¿Dónde se los llevan?

El supervisor se desabrochó el casco de seguridad y se puso las gafas de ver para hojear los papeles que guardaba en su carpeta.

—Lucas... Risu —leyó—. Lo llevan a la trituradora por falta de espacio. El stock de ese título excede la demanda, así que vamos a cargarnos unos cuantos. La Chica del Pop necesita casi una Sección del almacén para ella solita, y no queda otra. ¿Queréis ver la trituradora?

Quique y yo intercambiamos una mirada juguetona y aceptamos la oferta del supervisor.

—Justicia divina —dijo Quique mientras la trituradora destrozaba con sus dientes de metal los discos de Lucas.

—Pasas mucho tiempo con Regina.

—Sí, pero admite que esto da gustirrinín.

Mucho.

—¿Y ahora qué hago con toda esta adrenalina?

—¿Nos vamos de fiesta y hacemos las paces? —propuso Quique.

—No me he enfadado...

—Ni yo...

—¿Y adónde vamos? Ni siquiera voy arreglada.

—Siempre he querido ir a la Bresh.

—¿A la Bresh? ¿Cómo vamos a entrar en la Bresh?

—¿Te has vuelto a olvidar?

—¿De qué? No me gusta cuando pones la cara de Quique, el travieso.

—Vamos, eres La Chica del Pop y La Chica del Pop puede entrar en el sitio que le dé la gana.

—¿Y qué pasa contigo?

—Yo soy el amigo de La Chica del Pop y, por lo tanto, también tengo acceso.

—No te pega ser tan fanfarrón.

—Lo sé —dijo—, pero me quieres igual.

Quique

Mis amigos de toda la vida y yo teníamos dos normas básicas de supervivencia: no podíamos pasar más de un día enfadados y estábamos obligados a emborracharnos para quitarnos los rencores. Aitor era un caso perdido. Demasiados años acumulando odio contra el mundo. Pero La Chica del Pop fue otra excepción. Pensaba que nuestra primera pelea iba a cargarse de un plumazo la bonita amistad que habíamos construido en los últimos meses. Sin embargo había alcanzado el nivel más alto de confianza que podía haber entre dos amigos. Por eso la tensión entre nosotros duró menos que una canción estándar de Spotify y, siguiendo la tradición del barrio del Pilar, quemamos las dudas en la fiesta más linda.

—Me he quedado oficialmente sin batería —dijo Eva, se bebió el chupito de tequila y le pidió otra ronda al camarero—. La noche se va a poner interesante.

—Si me tomo un chupito más vomito, te lo juro.

—¿Eso es un no, Quique Barrios? —preguntó, alargando las vocales y comiéndose alguna que otra consonante.

—Vas pedo. Que no te vean los paparazis —exclamé.

—¿Paparazis? Quique, ¿has echado un vistazo a nuestro alrededor? Relájate, te lo pido por favor.

En la Bresh no había fotógrafos, no de los que hacían preguntas incómodas y perseguían a Eva por la calle en mitad de la noche. Las cámaras de los móviles sobresalían por encima de algunas cabezas, pero solo para hacer las de rigor entre las «very important person». Lo bueno de estar en la zona más exclusiva de la fiesta más linda era que allí o eras famoso o amigo del famoso. Los demás, las personas normales y corrientes, se apelotonaban en la pista como un rebaño de ovejas, a la espera de que un pastor con gafas de sol y una cresta de colores les marcara el ritmo con las canciones del Top 50 de Spotify.

—Ok, tienes razón. ¿Otro chupito? —pregunté con una sonrisa.

—¡Otro chupito marchando! —gritó Eva.

Estaba divertida y un poco desatada. La voz de la conciencia me susurró al oído para decirme que Sky empezó así, con un amigo y un par de chupitos de tequila en una fiesta. Por suerte, en el otro hombro, canturreaba la otra voz, la del frikifán eufórico por estar en un botellón chic con su nueva mejor amiga/artista número uno del momento.

—Ahora que estamos con el punto y vamos a ser amigos hasta el final de los tiempos, ha llegado la hora de hacerte el test de Eva.

—¿El que le hacías a todo el mundo en el programa?

—Exacto —contestó, divertida—. Ya sabes, tres preguntas. Si contestas, me puedes devolver la pregunta. Si no contestas, te bebes un chupito.

—Lo del chupito te lo acabas de inventar.

—Es el test de Eva versión fiesta. ¿Empezamos? —preguntó. Me ofreció la mano y cerramos el trato—. ¿Eres feliz?

—¡Claro que sí!

—¿Seguro? Parece una pregunta sencilla, pero piénsalo. Si tuvieras que dar un porcentaje de felicidad, ¿cuál sería?

—Mmmm... ¿un noventa y nueve por ciento?

—Nadie es tan feliz, Quique —se rio.

—De verdad creo que estoy en el mejor momento de mi vida. Me reservo el uno por ciento porque un cien por cien sería de ser un flipado —dije, y «porque no sabía qué hacer con César» y «porque también estaba Aitor» y «porque echaba de menos a mis amigas de toda la vida».

Eva mordió un limón, chupó la sal de la mano y levantó el codo.

—Yo soy feliz a un sesenta y cinco por ciento.

—¿Solo? ¡Eso es poquísimo!

—Es un bien, hace nada estaba en ¿un veinte por ciento? La buena noticia es que cada día lo soy un poquito más.

—Entonces me callo.

—¡Siguiente pregunta! —dijo y después hizo un redoble de tambores—. ¿Odias o has odiado a alguien? Pero odiar de verdad, no valen las peleas con el capullo del instituto.

La segunda pregunta del test de Eva cayó pesada sobre mí, igual que una de esas olas del mar que te arrastra hacia lo más profundo.

—Sí. A mi padre. Mucho.

—Perdón, perdón, perdón. —Eva abrió mucho los ojos—. Tendría que haberte hecho otra pregunta, no he caído. Dejo de beber chupitos, ¿verdad?

Me reí a carcajadas.

—¿Estás tonta? No pasa nada —dije—. Y tú, ¿has odiado a alguien? Supongo que a Lu...

—¿Sabes? Aunque me hizo mucho daño creo que nunca he llegado a odiarlo —respondió—. He odiado ser yo.

—¿Por qué dices eso? —pregunté con tono de enfado—. Si vuelves a decir algo así, no me quedará más remedio que, entonces sí, prohibirte los chupitos.

—He odiado ser La Chica del Pop. Y también odié un poco a mi padre por, de alguna manera, obligarme a serlo —cerró los ojos y tragó saliva. La respuesta se le había hecho bola.

—Eva...

—No pasa nada, ahora quiero un poquito más a La Chica del Pop y odio un poquito menos a mi padre.

—Odiar es una mierda, ¿verdad? —pregunté.

Eva repartió chupitos, brindamos sin toda la parafernalia del limón y la sal, y me dio una arcada al sentir cómo el tequila quemaba la garganta.

—¡Y vamos con la última pregunta!

—¿Qué miedo me das.

—¿Te gusta alguien?

Noté un calor muy fuerte en las mejillas. «Que no me lo note, que no me lo note, que no me lo note».

—Claro que no. ¿Estás loca? —pregunté, y de inmediato aparté la mirada.

—Quique Barrios... ¡Te gusta alguien y no me lo has contado!

—Se te va la pinza... Camarero, ¿nos pones un vaso de agua?

—¿Por eso estás tan raro últimamente?

—No estoy raro, es solo que...

La idea principal era mentir como un bellaco. Mentir a las dos: a La Chica del Pop y a Eva. A la artista y a la amiga que se escondía detrás de la artista. Pero también se me pasó por la cabeza contarle la verdad. La confesión inconfesable. «Eva, me gusta César. Sabes, ¿no? Ese jefe de Producto tuyo que va por la vida como si el mundo girase a la velocidad que él marca. Me gusta y estoy pillado por él. Pero mucho, como nunca antes con nadie. Qué coño. La primera vez que me pasa algo así. Fuerte, ¿verdad?». Hubiera sido lo suyo, me hubiera evitado muchos problemas en un futuro cercano. Sin embargo, en la noche más linda, en la Bresh, si eras artista tenías que pagar un precio a cambio de alcohol gratis: subirte a una mesa como la del Sombrerero Loco en *Alicia en el País de las Maravillas* y cantar un tema en playback para el público. Ese requisito también lo tenía que cumplir La Chica del Pop.

—¡Gente, y ahora viene uno de los temazos que pinchamos cada semana en la Bresh! Y ¿sabéis qué? Que su artista, uno de los prodigios del pop más importantes de este siglo, está esta

noche con nosotros. ¿Qué tal si entre todos la hacemos subir a nuestra mesa a darlo todo con... ¡QUIÉREME + FUERTE!?

Eva me echó la misma mirada cómplice que Ariana Grande a Troye Sivan en el videoclip de «Dance To This». De la misma manera que un amigo mira a otro antes de vivir un momento que los marcará para siempre. Se bebió el último chupito de tequila, me agarró de la manga de la camiseta y, cogidos de la mano, berreamos «Quiéreme + fuerte» acompañados de las dos mil y pico personas que saltaban como locas desde la pista. La comunidad de La Chica del Pop entregada a ese primer concierto improvisado e inolvidable en el que tuve la suerte de hacer el cameo más especial.

Al bajar del escenario, los famosos nos recibieron como dos estrellas de rock, y eso que no nos hizo falta romper ninguna guitarra. La adrenalina nos sacudió de arriba abajo como un rayo impactando sobre una torre eléctrica. Mientras duró el efecto, alrededor de unos cinco minutos, interpretamos el papel que nos tocaba. La Chica del Pop se olvidó del miedo escénico y perdió la vergüenza. Pidió a los camareros bandejas de chupitos para todo el mundo y bailó con cualquier celebrity/tiktokker/gato —sí, un gato— que se le pusiera por delante. Yo tomé la cabina del DJ. Una persona irresponsable y llena de purpurina me dijo que pinchara algunas canciones mientras se empolvaba la nariz en el baño. Inicié mi sesión de Spotify en el ordenador y seleccioné la lista de reproducción que siempre escuchaba los domingos de limpieza en casa. Se titulaba: «Bailar pegados es bailar», pero no había ni una sola canción de Sergio Dalma por más que le pesara al abuelo Pepe.

Pasaron el tipo de cosas que ocurrían en una fiesta como la fiesta más linda. Las buenas, que solían ser todas las que transcurrían entre las 00.00 y las 03.00; y las malas, las que se producían cuando el alcohol y la droga alcanzaban el punto más álgido.

Esa noche en concreto, la hora exacta de la tragedia fue las 03.15. Lo recuerdo porque perdí de vista a Eva y la llamé. No dio señal, la maldita batería. Sin embargo, la encontré al cabo de unos segundos. Formaron un círculo alrededor de ella y de un chico que no se tenía en pie. No lo reconocí a la primera, por la miopía y porque no parecía ni la sombra de lo que fue. Después me quedé pálido al ver con mis propios ojos a Lucas Risu delante de La Chica del Pop.

—¡Te estoy diciendo que vengas conmigo! —gritó.

—Lucas..., por favor, necesitas ayuda. —Eva se echó hacia atrás y chocó con un grupo de chicas que grababan con sus teléfonos la escenita. Nadie hacía nada, solo aguantar en alto los móviles para que cualquier movimiento quedara guardado para la posteridad.

—Eva, ¡me estoy volviendo loco! ¡Eva, perdóname! ¡Eva!

Lo parecía. Lo estaba. La boca se le iba de un lado a otro y se le caía la baba cuando hablaba. Y los ojos, con las pupilas completamente negras y tan abiertos que parecía que se iban a salir de

sus cuencas.

—Chicos, dejad de grabar. ¿No veis que no está bien? —sollozó Eva.

Lucas agarró a Eva con fuerza por las muñecas y la atrapó entre sus brazos.

—¡Déjala! —grité por fin.

—¿Quién cojones eres tú? ¿Su novio? —Me abrí paso entre codazos y me colé dentro del círculo—. Ah, no. Eres el maricón ese con el que ahora anda.

—Ese soy yo, y ahora piérdete y deja en paz a mi amiga. —La valentía de los Barrios era legendaria...

Eva echó a correr y Lucas intentó ir tras ella. Levanté los brazos en plan superhéroe para cortarle el paso. Mala idea. Lucas se echó a reír como un loco de manicomio. Y daba miedo. Le faltaba el mono blanco y las esposas. De hecho, esos aros metálicos hubieran sido muy útiles. Me hubieran ahorrado la marca que me dejó el puñetazo en la cara que me propinó a continuación. Menos mal que cuando la música dejó de sonar llegaron los guardias de seguridad para poner un poco de orden y evitar que mi cara se convirtiera en el saco de boxeo del muchacho que perdió la oportunidad de reinsertarse en la industria musical como promesa de ningún tipo.

Quique

—Joder, Quique.

César se arrodilló y presionó el trapo mojado sobre mi mejilla.

—¡Eso duele!

—Te has buscado al peor enfermero de Madrid.

La escena podría haber sido idílica. Un banco frente al río Manzanares y el tío que me gustaba dedicándose a curar mis heridas de guerra. La escena podría haber sido extraída al completo de cualquier película empalagosa que se tragaba mi madre los sábados que no tenía plan. Pero eran casi las cuatro de la mañana y estábamos delante de la puerta de una discoteca. Debajo de un árbol dos chicas vomitaban. Justo al lado, sentados en la acera, una pareja de veintipocos se metían mano mientras un grupo de machirulos se comportaban como unos verdaderos capullos. La escena podía haber sido idílica o un espanto. Prefería lo segundo por aquello de no jugar con fuego. Sin embargo, con César la balanza siempre se inclinaba hacia el lado bonito de las cosas.

—Si te digo que eres la única persona que me ha cogido el teléfono, ¿te enfadas? —pregunté con una sonrisa.

—Menudo sinvergüenza —dijo, clavando sus ojos oscuros en los míos. «Ufff».

—He llamado a todo el mundo. Aitor y Carlota no me lo han cogido, estarían sopa. Raquel me ha dicho que estaba ocupada con su novio. —Puse los ojos en blanco ante la evidencia—. Y, bajo ninguna circunstancia se me ocurriría avisar a mi madre.

—Es mejor llamar a César. ¿Desde cuándo me he convertido en tu niñoero?

—No eres mi niñoero, eres un compañero de trabajo majo que me va a pagar un billete de autobús. —Y abrí la palma de la mano. El pedo todavía me daba margen.

—¿Y tu cartera? —preguntó, ladeando la cabeza de lado a lado.

—Te pongo el audio que me acaba de mandar Eva: «Quique, soy lo peor. Acabo de leer tus cien mensajes. ¿Me perdonas? Entré en pánico y dos chicas muy simpáticas se ofrecieron a

llevarme a casa. Creo que una era Lola Lolita, no lo sé. Creo que no fumaba. Mil perdones por dejarte tirado. Encima no tenía batería y me acabo de dar cuenta de que tengo tu cartera. Pagué la última ronda de los chupitos con tu tarjeta, ahora te hago un bizum. ¿Cómo se me ha podido pirar tanto la cabeza? Por cierto, gracias por defenderme, has sido todo un caballero. ¿En qué momento mi ex se ha convertido en semejante energúmeno? En fin, que gracias. Eres un amigo de verdad. Ahora que todavía voy pedo te diré que te quiero millones, Quique Barrios».

—La última vez que os dejo a los dos sin supervisión. ¿En qué momento os mando al almacén y termináis en la Bresh? Y ese Lucas Risu... mañana mismo hablaré con Carlos, ese crío solo da mala publicidad a la compañía. ¡Y encima te pega!

César parecía enfadado. Estaba enfadado porque me habían hecho daño y eso, aunque suene raro, me gustó.

—Primero enfermero y ahora novio protector —dije mientras me ponía de pie—. Eres una joya.

—¿Somos novios?

—¿Cómo? Yo no he dicho eso. —Me puse nervioso.

—Has dicho que soy el novio protector.

—Es una expresión, una forma de hablar.

—Entiendo...

Otra vez esos ojos oscuros mirándome con ganas de todo.

—Es tarde —dije a toda velocidad—. Creo que es hora de irse a casa.

—¿Adónde vas? Te llevo a casa.

A punto estuve de tropezar con mis propios pies.

—¿Cómo dices?

—Es tarde y me pillas de paso. Te llevo a casa.

—¿Qué dices? —Empecé a respirar con dificultad—. No, no. Te lo agradezco, en serio, pero me cojo el bus y no tardo nada en llegar. Solo necesito los dos euros para el billete.

—No te preguntaba, Quique. Sube.

—César...

—Quique...

Y le hice caso.

Cogí el casco a regañadientes y me subí a la moto. Con él. Con César. Me había acostumbrado tanto a huir de cualquier escena romántica que me sorprendí a mí mismo disfrutando del paseo en moto a lo Hache y Babi en *Tres metros sobre el cielo*. Al principio recorrió la Castellana a todo trapo y me agarré con las manos temblorosas al soporte que tenía detrás. No quería tocarle bajo ninguna circunstancia. Pero por cosas de la vida, «maldito karma», un taxista casi nos lleva por delante en una rotonda y el miedo me obligó a cogerle por la cintura y apoyar la cara contra

su espalda. Cuando pasó el susto, me quedé en la misma posición. Y lo abracé. Era lo que me pedía el cuerpo, estar pegadito a él todo el tiempo que nos dejara la carretera de Madrid.

—Así que vives aquí. —César dejó el casco de la moto sobre el asiento y se pasó la mano por la cabeza para asegurarse de que cada mechón estaba en su sitio.

—Mi casa está justo ahí, el número 107.

—Me gusta, parece un barrio muy tranquilo.

«Vete antes de que sea demasiado tarde».

—Bueno, muchas gracias por traerme... Es tarde y no quiero que el abuelo Pepe se levante y vea que no he llegado...

—¿Te ha gustado el viaje? —preguntó sin venir a cuento.

—¿Cómo dices?

—Te pregunto que si has disfrutado del paseo en moto.

—Sí, bueno. No ha estado mal. No soy muy de motos. En general, no llevo bien nada que tenga que ver con poner mi vida en peligro, aunque los chupitos de la Bresh han ayudado a no desmayarme.

—¿Ir conmigo en moto es un peligro? —No se lo dije, pero sí, ir con él de copiloto tenía todos los peligros habidos y por haber—. ¿Por eso me abrazabas tanto?

—No te he abrazado —protesté.

—Claro que sí. Casi me rompes las costillas.

—Mentira.

—Vamos, Quique. ¿Qué te pasa? —preguntó impaciente.

Por fin formuló la pregunta que en realidad quería hacerme.

—No me pasa nada.

—Entonces ¿porque no me miras? —preguntó, saltándose la distancia mínima de seguridad.

—No tengo ningún problema en mirarte.

Establecimos contacto visual.

—¿Y por qué huyes de mí en la oficina?

—No huyo de ti, últimamente coincidimos poco.

—Y ahora me vas a decir que tienes el WhatsApp roto y por eso no me has contestado el mensaje que te mandé la otra noche, ¿verdad?

Actué como hubiese actuado mi madre.

—¡El mensaje! Claro que lo leí, pero se me olvidó contestarte. ¿Dónde tendré la cabeza?

César se rio. No porque le hiciera mucha gracia mi respuesta, sino porque conmigo siempre iba un paso por delante.

—Contéstame ahora. Y antes de que me digas que no te acuerdas lo que te puse, te refresco la memoria. —César sacó su teléfono y leyó la última frase del mensaje en voz alta—. «¿Me dejas

pasar una hora contigo? Solo una hora y te lo explico todo. Prometido». Entiendo que no te apetezca, que pienses que soy la peor persona del mundo, pero... ¿qué daño pueden hacer unas cañas con un compañero de trabajo? Un compañero de trabajo que, además, te ha salvado el pellejo un viernes a las cinco de la mañana...

—Acabamos de pasar una hora juntos —probé a decir.

—Quique, no me hagas la envolvente. Ya soy mayorcito.

Tragué saliva.

—César, no me hagas esto. Por favor.

—¿Hacerte el qué?

—Decirte que sí.

—No lo digas —dijo, y por fin se rindió—. Cada uno vuelve a su vida y chimpún.

Se puso el casco de la moto y arrancó el motor. «No lo hagas, Quique. No lo hagas, Quique. No...».

—Está bien.

—¿Qué dices? —Bajó la visera y capté el brillo en sus ojos oscuros.

—Pasaré una hora contigo. No sé muy bien lo que quieres conseguir con eso, pero lo haré.

Era una mala idea. La peor de todas. Toda mi vida esquivando a tíos para tener que pillarme por el que justo tenía novio, me sacaba unos años y con el que trabajaba cada día en la oficina. A veces pensaba que la vida me señalaba desde algún lugar remoto y se reía de mí. Supongo que fueron los rescoldos de la borrachera y el cansancio. El físico, pero también el otro, el de sentir cositas. Supongo que me harté de decir que no y me apetecía darme una oportunidad. Conocía muy bien las consecuencias, pero César Castellano, a pesar de sus circunstancias, era el tipo de tío que solo se cruza en tu camino una vez en la vida.

La Chica del Pop

Recuerdo exactamente el día que anunciaron las nominaciones de LOS40 Music Awards. Hacía calor, uno de esos días de primavera en mitad del otoño que me transportaban a Premiá de Mar. Desayuné con Luisana Tirelli en una cafetería de plaza de Castilla. Al rato vino Quique. Se pidió unas tostadas con mantequilla y mermelada, pero se atragantó con el primer bocado. Mi representante y él se enzarzaron en una discusión sobre mi aspecto. Luisana insistía en hacer un cambio y convertirme en una *femme fatale*; Quique se empeñaba en mantener el *look* de chica buena, pero resuelta. Para ese día probé a hacerme el *eyeliner*. La raya quedó bastante bien, lo justo para verme guapa. Y ese día necesitaba más que nunca sentirme guapa. No por las nominaciones ni por los jefes, sino porque me iba a encontrar con mi ex después del «incidente» de la Bresh y quería estar mona, rompedora. Lo estaba y me sentía así. Estaba preparada para plantarle cara al príncipe encantador, mirarlo a los ojos y decirle que no me gustaba la persona en la que se había convertido.

—Son los premios más importantes de España. ¿Cómo es posible que estés tan tranquila? —me preguntó Quique mientras le pegaba un mordisco a su tostada.

—¿Por qué debería estar nerviosa? No me van a nominar —le contesté—. Tú eres el que deberías estar nervioso. ¿Tienes preparada la otra mejilla por si acaso?

—No me hace gracia —refunfuñó.

—Me sorprendiste, boludo —añadió Luisana—. No os tomaba por un hombre. Un hombre de verdad, ¿viste? Tienes pinga y todo eso, pero me refiero a la clase de hombre que da la cara por una mujer.

—¿Podemos volver al tema de las nominaciones, por favor? —preguntó Quique, sin prestarle mucha más atención a mi mánager.

—Quique, estoy bien. Son solo unas nominaciones y el disco todavía no ha salido. ¿A qué me van a nominar, a Mejor Álbum por *La nada absoluta*?

No se trataba de fingir que me importaba lo más mínimo y por dentro deseaba ser la máxima nominada, no. En realidad no esperaba que LOS40 tuvieran en cuenta a una artista que aún no había publicado un mísero disco en el mercado. Intentaba ser realista, y serlo por Quique, por mi representante y por la gente de Louder Music que quería lo mejor para mí. Lo hacía por egoísmo, porque llevaba fatal lo de decepcionar a los demás, sobre todo cuando ni yo misma había alimentado esas esperanzas.

La escucha de los nominados a LOS40 Music Awards se celebró en la planta cincuenta y cinco de la Torre de Cristal. El salón de actos tenía una capacidad para unas ciento cincuenta personas más o menos, pero duplicaron el aforo y hubo gente que se tuvo que quedar de pie. Louder Music invitó a todos los artistas de la compañía que habían sacado singles o que habían salido de gira en el último año. Cualquiera que tuviera la más mínima posibilidad de ser nombrado por Tony Aguilar, Cristina Bosca y Dani Moreno el Gallo durante la retransmisión radiofónica de LOS40. Reconozco que busqué a Lucas Risu por toda la sala, pero no había ni rastro del príncipe encantador. El muy cobarde no se presentó. Al principio me sentí decepcionada, aunque Quique tenía razón: la victoria era mía por estar allí a pesar de él, a pesar de todo. Eso me reconfortó. Aunque me sentí mejor cuando me crucé con Zoe en la puerta y se echó a mis brazos lloriqueando como una niña pequeña. Aprovechó que Tommy se había marchado al baño para pedir perdón. Se ve que había estado trabajando con la psicóloga la envidia y quería dejar de ser una arpía.

—Soy una estúpida, tú y yo somos las mejores amigas y lo vamos a ser siempre, ¿verdad? —preguntó mientras se limpiaba la cara con un clínex—. Es culpa de Tommy, no quiere que hable contigo por lo que le has hecho a Lucas. Bueno, tú no le has hecho nada, pero lo está pasando fatal. Sabes que tiene malos hábitos, ¿verdad?

—No te preocupes, todo está bien, Zoe. Hablamos luego, ¿quieres? —Aunque no tenía ninguna intención de llevar esa conversación a otra parte. Tommy. Zoe. Lucas... esos nombres ya formaban parte de mi pasado.

—Claro, Eva. Además tengo un par de canciones increíbles en las que creo que tu voz puede encajar muy bien. Una colaboración juntas, ¿te imaginas? Lo que hablamos tantas veces en la *jaula*.

—Eso suena genial —dije con una sonrisa falsa—. Chao.

—Menuda cerda. ¿Se cree que sos tonta? Tiene el descaro de pedirte una canción juntas, la muerta de hambre —murmuró Luisana Tirelli. Ni la contradije ni le afeé su comportamiento. Secundaba cada palabra suya.

César reservó los asientos que estaban más cerca de Carlos Mata y de los accionistas de la compañía. Ver a tanta persona trajeada me dio que pensar. Quizá esas nominaciones eran importantes después de todo. El presidente de Louder Music se subió al escenario del salón de

actos para dar un pequeño discurso motivador, o por lo menos todo lo motivador que podía ser lo que viniera de aquel hombre. Recordó la suerte que teníamos de pertenecer a la casa de discos número uno del país, además de la importancia del prestigio que daba tener premios. Repitió al pie de la letra las mismas palabras que meses atrás compartió conmigo: «Un artista sin premios, un artista que no es reconocido por la industria, no vale un duro». Fui a comentarlo con César, pero cuchicheaba con Quique. Se habían sentado el uno al lado del otro y no me hacían ningún caso. ¿En qué momento habían pasado de no mediar palabra a mostrar en público tanta complicidad? No entendía qué es lo que pasaba y, lo más extraño de todo era que, aunque confiaba mucho en ellos, algo que no era capaz de explicar me impedía hacer la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

Carlos Mata se acomodó en su asiento e impaciente pidió a Regina que subiera el volumen de la radio. Los problemas del mundo terrenal pasaron a un segundo plano y volví a la pose descarada de La Chica del Pop. «Y los nominados a LOS40 Music Awards son...».

El secreto mejor guardado, la razón que le quitaba el sueño a todos los que me rodeaban en aquella sala, se conoció en una tradicional retransmisión que duró lo mismo que «Platónicos»: Tres minutos y treinta segundos. Las voces de los locutores de radio, moduladas a la perfección, desvelaron el nombre de los artistas que protagonizarían la siguiente edición de LOS40 Music Awards. Resultó que La Chica del Pop, o sea yo, lideré las nominaciones con cinco candidaturas. Mejor videoclip por «Platónicos», Mejor canción por «Quiéreme + fuerte», Mejor canción pop por «Si me dijeras que sí», Mejor artista revelación y, la gran sorpresa, también Mejor artista del año. El mayor reconocimiento de todos y al que solo aspiraban los cantantes más consagrados. El grito que pegaron Quique y Luisana fue de locos. No me apuntaron con un foco cuando la retransmisión terminó y LOS40 se fue a anuncios, más bien fue como si lo tuviera encima, cegándome y poniendo a prueba mi estabilidad anímica.

—Felicidades, Eva. Qué bien, ¿verdad? —La gente hizo un círculo a mi alrededor.

—Enhorabuena, te lo mereces todo.

—¿No estás contenta? Qué pasada, te vas a llevar todos los premios.

Detecté miradas de envidia y malintencionadas en las caras que tenía delante. Lo veía tan claro que sentí compasión por todos y cada uno de ellos. La otra parte de este capítulo, la que me gustó, fue darme cuenta de que la angustia no me invadió, ni temblé por los nervios. No me sentía una intrusa. Y aunque ni lo esperaba ni lo quería, me mantuve serena y les devolví a todos una sonrisa discreta, pero complaciente. La típica sonrisa de la típica diva del pop. Lo que querían. Lo que era.

Quique

—Hazme una foto y súbela a Instagram. —Mi amiga Raquel se pintó los labios en un tono fucsia y arrastró la silla hacia atrás—. Intenta no sacar ni los botellines ni las mesas ni nada que tenga que ver con Santibáñez... En resumen, céntrate solo en mi cara.

—¿Qué sentido tiene que Quique suba una foto tuya? —preguntó Aitor.

Estaba más irascible que de costumbre.

—Aitor, bebé, no voy a perder el tiempo en explicarte por qué es importante que once mil personas vean que Quique tiene una amiga tan espectacular.

Raquel y Aitor se enzarzaron en otra absurda discusión.

—¿Y dices que dentro de nada ya son LOS40 Music Awards? —preguntó Carlota, y acercó la silla hacia mí.

Los dos pasamos de Raquel y Aitor y nos centramos en nuestra cerveza y en aprovechar los rayos de sol que se colaban por el toldo del bar.

—Exacto. Y para el disco de La Chica del Pop. ¡Lo va a presentar allí y va a ser una pasada!

—¿Sabes que ese fin de semana es la muestra de teatro de...? —señaló a Aitor con disimulo.

—Tranquila, los premios son el viernes y el teatro es el sábado. Está todo controlado.

—Te das cuenta de que te has convertido en uno de esos chicos, ¿verdad?

—¿A qué te refieres con «uno de esos chicos», Carlo? Sigo siendo el Quique al que adoras por encima de todas las cosas.

Carlota bebió un trago largo de su cerveza.

—El tipo de chico que falta al cumpleaños de su mejor amiga porque ahora es una persona importante.

—¡Carlota!

—Es la verdad, pero te sigo adorando mazo. Eso no va a cambiar nunca.

—Entonces me quedo más tranquilo. Necesito el apoyo de la única amiga cuerda —y no famosa— para sobrellevar la que se me viene encima.

—No seas exagerado.

No lo era. Comenzaba la cuenta atrás para muchas cosas. Faltaban apenas unas semanas para el lanzamiento del disco de La Chica del Pop y la gala de LOS40 Music Awards. Todos estábamos entre nerviosos y entusiasmados, sobre todo Eva. En poco tiempo anunciarían el cartel y ella era una de las artistas confirmadas. Su primera actuación en directo —nunca más volvimos a mencionar el cuadro que hicimos en la Bresh, claro—, la primera de *La última vez que te quise / Todas las veces que te odié* sería sobre el escenario de un WiZink Center con todas las localidades vendidas. Luisana había movido a la agencia de management al completo para atar hasta el más mínimo detalle: las contrataciones con el escenógrafo, un coreógrafo... Trabajábamos contra reloj para hacer que la primera *performance* de La Chica del Pop fuera única e inolvidable.

En el calendario de mi agenda también había otra fecha señalada con una cruz roja: el 20 de noviembre. Quedaba un mes y cuatro días para el vencimiento de mi contrato en Louder Music y todavía nadie se había dignado a acabar con este sufrimiento y decirme de una vez por todas que, por supuesto, había superado el periodo de prueba y pasaba a formar parte de la plantilla de la discográfica de manera oficial. Sin condiciones ni juego sucio: trabajador indefinido de la compañía para toda la vida. Regina, la *jodía*, esquivaba mis preguntas. Nuestra relación ya no era lo que era al principio de los tiempos. Las mujeres como ella, sin embargo, nunca llegaban a abrirse al cien por cien. La industria obligaba a no bajar la guardia.

—¿Crees que encontrarás un hueco en esa agenda tuya tan apretada para venir a mi casa uno de estos días?

Carlota sacó un manojo de llaves y lo tiró encima de la mesa.

—¿Aitor se ha enterado de que tus padres se han ido de escapada romántica y te ha vuelto a pedir la casa para que él y yo...?

—Que son las llaves de mi casa —dijo, exaltada—. Mi casa. Mi propiedad. Mía, mía, mía.

—No estás hablando en serio.

—Ya te digo yo que sí. Mis padres me han comprado un piso con un pellizco de la herencia de mis abuelos. Supongo que estaban deseando perderme de vista.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio. Soy propietaria, chaval.

Le pegué tal empujón a la mesa que volqué los quintos y la cerveza se derramó por todas partes.

—¡Bebé, mi chaleco de Polo! —gritó Raquel—. En realidad es de Shein, pero le tengo mucho cariño.

Cogí a Carlota por la cintura y la levanté por los aires. Me hice daño en la espalda, pero mereció la pena. Mucho.

—¡Veintitrés años y ya tienes tu propia casa!

—¿Qué dices? —preguntó Aitor cuando volvió al mundo de los mortales—. ¿Qué chorrada estáis diciendo ahora?

Carlota puso las llaves enfrente de su cara y él abrió la boca como un bobo.

—Unas tanto y otras tan poco —lamentó Raquel antes de levantar el culo de la silla y fundirse en un abrazo con Carlota. Estropeó su *make up* y no hizo amago de quejarse.

—Aitor, ¿puedes alegrarte y darle un abrazo a tu amiga? —exigió Carlota.

—Si no queda más remedio.

Armamos un buen jaleo en la terraza de Santibáñez, igual que cuando a Raquel la cogieron para ser azafata en un evento de la FIFA y pensábamos que tenía la vida resuelta. O lo mismo que cuando Aitor nos contó que quería probar suerte en el mundo de la interpretación. También lo celebramos por todo lo alto cuando fiché por Louder Music varios meses atrás. Gritamos, vitoreamos e hicimos como cinco abrazos grupales. En medio del último, el más efusivo de todos, vi cómo el dueño de Santibáñez nos miraba desde la puerta del bar. Creo que él, al igual que nosotros, se dio cuenta de lo mucho que habían crecido esos cuatro niños que se conocieron en preescolar y seguían juntos, unidos e igual de insufribles después de tantos años. Metí la cabeza entre la de Aitor y Carlota y me agarré a sus cinturas. Quería exprimir ese momento al máximo. Por si no se repetía de la misma manera. Por si las cosas cambiaban. Porque los echaba muchísimo de menos y nunca encontraba el momento adecuado para decírselo.

Entré por la puerta de mi casa con grandes cantidades de dopamina en el cuerpo. Dejé las llaves en la mesa de la entrada, colgué el abrigo del perchero y saludé a mi madre. Veía *La ruleta de la suerte* en el televisor mientras comía unas cortezas sabor barbacoa.

—¿Y el abuelo? —pregunté desde la cocina, mientras enchufaba el horno y sacaba una bandeja de cristal del armario—. He comprado un par de doradas en el mercado. Voy a hacerlas asadas.

—Lo he dejado donde Santibáñez un rato mientras comprabas, quería echar unas cartas con los amigos.

—Vale, pelo las patatas, las meto en el horno y bajo a por él.

Apoyó su cara redonda sobre el marco de la puerta de la cocina. Por cómo se mordía el labio y el baile de sus ojos adiviné que había cambiado la máscara de madre por la de Isabel la cotilla.

—¿Y tú por qué estás tan contento hoy?

—No pongas esa cara. Siempre estoy contento. ¿Sabes que los padres de Carlota le han comprado un piso por Cuatro Caminos? Creo que se lleva el récord de la persona del Pilar que

menos ha tardado en prosperar —dije con orgullo mientras les quitaba la piel a las patatas con un cuchillo.

—Te recuerdo que tu padre y yo compramos esta casa con unos veinte años, y nadie nos regaló nada.

—Mamá, te olvidas de que tengo un cuchillo en la mano. Y, por favor, no me amargues el sábado. Ha empezado muy bien.

Mi madre sacó otro cuchillo y me ayudó con las patatas. Se activó en mi cabeza la señal de peligro «se viene madre metomentodo en tres, dos, uno...».

—Está bien, no hablo más de ese desgraciado, pero cuéntame lo que te pasa.

—¡Te lo acabo de contar!

—Quique, cariño. Eres un Barrios como yo, y esa cara de atontinao solo se nos pone cuando Cupido ha clavado sus flechas —me soltó con un tono de voz cursi e irritante—. Dime, ¿el triste de Aitor ya ha conseguido lo que quería? Se ha armado de paciencia, el pobre, porque madre mía, lleva toda la vida a pico y pala.

—Mamá, ¿por qué no pelamos las patatas en silencio? Además, no se trata de Aitor —se me escapó y me llamé a mí mismo gilipollas todas las veces que pude por caer en la trampa de Isabel.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —Mi madre se puso a dar saltos en la cocina como una loca—. Ay, hijo, que alegría me das. Empezaba a pensar que te habías convertido en uno de esos asexuales. Dice la Reme, la de la carnicería, que está muy de moda.

—No soy asexual, pero, mamá, de verdad, ¿cuándo hemos hablado tú y yo de estas cosas?

—Siempre, cariño, siempre. Tú mejor que nadie conoces mi currículo amoroso. Que, por cierto, no está nada mal. Es verdad que Roberto no era un buen partido, además no tenía superado lo de su exmujer. Bueno, y tu padre, claro. Pero los demás...

—Vale, rectifico: yo me tengo que comer tus historias de terror romántico.

Lavé las patatas, las corté en rodajas y las coloqué muy ordenadas sobre la bandeja de cristal. Las salpimenté, eché un chorrito de aceite y las metí en el horno.

—Vale, pero no te pongas rara —dije, y era muy consciente de que al segundo ya me habría arrepentido de contarle nada—. Se llama César, y vamos a tener una cita. Bueno, todavía no lo tengo claro.

—¿Una cita? ¡Ay, qué emoción, Enrique! Creo que he sentido un pellizco en la teta.

—En serio, deberían quitarte el título de madre. O al menos hacer como con el carnet de conducir y superar algún tipo de estudio psicológico para conseguir los puntos.

—Calla y dame un abrazo tontorrón.

—¿Estás llorando? ¿Por qué lloras?

—Estoy tan orgullosa. Pensaba que te ibas a quedar para vestir santos.

Mi madre no lloró cuando me gradué en el instituto. No lloró cuando terminé la carrera. Y, desde luego, no lloró cuando me seleccionaron en Louder Music. Pero ella era así. Me gustaba un chico y se emocionaba igual que una fan empedernida de las películas románticas.

—Vale, se acabó la función. —Me lavé las manos en el fregadero y le tiré el trapo con el que me las había secado—. Me voy a por el abuelo. ¿Dónde están tus llaves? La mía de la rampa no funciona. Creo que es el sensor.

Señaló el bolso mientras se sonaba la nariz. El bolso de mi madre era lo más parecido a un cajón de sastre. Estaba lleno de cosas innecesarias o, por lo menos, cosas que no deberían estar tan a la vista. Cuando buscaba las llaves también encontré unos caramelos de menta, unos condones y un gel de higiene íntima.

—¿Chilly? ¿En serio, mamá?

Lo que descubrí después no me hizo tanta gracia. Saqué unos folletos arrugados del bolso. Me llamó la atención las fotos de unas personas mayores. «Residencia Entre abrazos», ponía en uno. Desplegué las hojas y empecé a leer: «Servicios generales. Valoración geriátrica integral. Auxiliares de geriatría 24 horas. Programas de animación sociocultural». El resto lo leí en vertical y salté a la segunda columna: «Grupos y estancias. Personas válidas. Personas asistidas física y/o psicológicamente».

—¿Qué mierda es esto? —susurré, y levanté el folleto para que mi madre lo viera bien—. ¿Qué cojones es esto?

—Quique, eso...

—Mi abuelo no irá a ninguna residencia. —Apenas pude contener la rabia.

—Ha perdido mucha movilidad, el médico dice que necesita a una persona veinticuatro horas con él, que no puede...

—¡Me da igual lo que diga el médico!

Cerré la puerta de casa con un portazo y me quedé en la entrada, en silencio y a oscuras. Me temblaba todo el cuerpo. El corazón me latía con tanta fuerza que parecía que se me iba a salir del pecho. «Esto no va a pasar». Me tapé la boca con las manos y apreté mucho los ojos para aguantar las lágrimas.

31

Conversaciones cruzadas

Quique

César 22.30

¿Qué tal si cerramos día y hora para nuestra... quedada? No me arrastraba tanto desde que le pedí a Carlos Mata unas entradas para Alejandro Sanz.

Quique 22.30

¿Alejandro Sanz? En realidad te pega todo. Te imagino cantando a pleno pulmón «Corazón partío» en uno de sus conciertos. ¡Menudo sentimental está hecho el gran César Castellano!

César 22.31

Calla, capullo. Tú, como eres más de Shakira, te gustará «La tortura», ¿verdad? Te encanta torturarme, pero «solo de errores se aprende y hoy sé que es tuyo mi corazón».

Quique 22.34

«Mejor te guardas todo, a otro perro con ese hueso y nos decimos adiós».

César 22.34

Me vas a matar de un disgusto, Quique Barrios.

Aitor 22.35

¿Te apetece una llamada rápida? Estoy que me caigo.

Quique 22.35

Ahora no puedo, estoy con unas cosas del curro, pero ¿sabes qué? Me encanta el título de la obra. «Los tres

veranos de mi vida» suena increíble. ¿Estás nervioso?
¡¡¡Tengo que pillarme las entradas!!!

Aitor 22.38

Qué va.

Quique 22.39

Tú siempre tan duro. Que sepas que los nervios son buenos.
¿El personaje de tu obra también es tan entusiasta?

Aitor 22.39

Se llama Rafa y también es bastante pasota, aunque lucha
por lo que quiere...

Quique 22.40

¿Y la historia se desarrolla en la playa?

Aitor 22.40

En La Manga...

Quique 22.42

Qué guay.

Mamá 22.45

Quique, ¿cuál era la contraseña de Netflix? No me deja entrar y María Belén, la de Perfumería, me
ha dicho que vea «Los Bridgerton».

Quique 22.45

¿No te acuerdas? No te hablo.

Mamá 22.47

Déjate de tonterías.

Quique 22.48

Además, estoy en mi cuarto. ¿En serio me has mandado un wasap desde el sofá?

César 22.48

¿Ya te has dormido? ¿Sin despedirte?

Quique 22.50

Todavía no, estoy hojeando el plan de medios de la próxima semana, no me regañes.

César 22.50

Joder, Quique. ¿De verdad vas a coger todos los malos hábitos de Regina? Espero que no te dé

por el vino.

Quique 22.51

¡Te olvidas de los donuts glaseados y las palmeras de chocolate! Ja, ja, ja.

César 22.52

Y los chicles de sandías... ¡qué mujer!

Quique 22.54

¿Y tú qué haces que no estás durmiendo?

César 22.54

Estoy esperando a Óscar, que hoy tenía guardia y quiere que cenemos juntos.

Quique 22.55

Ammmmmm.

Aitor 22.56

Oye, he pensado que estaría bien pedirle a Carlo que nos deje su pisito nuevo un par de horas. Total, todavía no está amueblado y podemos hacer lo que queramos. Por todas partes. ¿No es buena idea?

Quique 22.56

¿Qué tal si dejamos que como propietaria sea ella la primera que folle en su casa?

Aitor 22.56

Ya empezamos con las excusas.

Quique 22.57

No son excusas, es sentido común.

Aitor 22.57

Lo que tú digas...

Quique 22.57

No te enfades... ¿te apetece que hagamos algo después del estreno de tu obra? Lo podemos celebrar como Dios manda.

Una comida en Santibáñez o un cine, hace mucho que no vamos al cine.

Aitor 22.59

Ok.

Mamá 23.00

!!!Eeeeeeeeeooooooo!!! !!!La contraseña!!! !!!Que me duermo!!!

Quique 23.01
Eres insoportable: «Pop1999»

Mamá 23.01
Gracias, hijo.

Abuelo Pepe 23.00
Ass+d'f0f9f7fjcmmls+'s09sjccmsi83'cxad+-

Quique 23.02
¿Abuelo? ¿Ya estás tocando el WhatsApp?

La Chica del Pop 23.02
¿Todavía despierto? Mañana no llegues tarde, que te mato.

Quique 23.02
No se me ocurriría por nada del mundo.

La Chica del Pop 23.03
¡Y tenemos que preparar la entrevista con Tony Aguilar!

Quique 23.03
Lo sé, tranquila.

La Chica del Pop 23.07
Madre mía, Quique. ¡Y mi primer shooting para Vanity Fair!
¿No es una locura?

Quique 23.07
Va a ser el mejor número de noviembre que ha hecho esa revista ever.

La Chica del Pop 23.08
¡Pero si no sé posar!

Quique 23.08
Como vuelvas a decir eso después de ver LA PEDAZO DE PORTADA DE TU DISCO te mato con
mis propias manos.
¿Qué otra persona en este mundo sabe posar así?

La Chica del Pop 23.08
¿Hola? Sky, Jimena de Venus, Cornelia, Zoe...

Quique 23.10

Sorprendido de que hayas mencionado a esa «muerta de hambre» en este chat.

La Chica del Pop 23.10

Ja, ja, ja, no te pega nada el tonito de Luisana.

Quique 23.11

Sos una boluda, dame mate y dale de beber a mi perrita...

¿Mejor así?

La Chica del Pop 23.12

¡Fan! Ja, ja, ja.

Quique 23.13

Dame un par de semanas más y llego a LOS40 Music Awards con acento argentino.

La Chica del Pop 23.13

De momento prométeme que no te vas a mover de mi lado.

Te quiero pegadito a mí todo el rato, nada de ponerte de jijis y jajas con César.

Quique 23.13

César no va... ¿desde cuándo estoy de jijis y jajas con César? La fama empieza a nublarle el juicio, querida amiga.

La Chica del Pop 23.15

Ja, ja.

La Chica del Pop

Había escuchado la palabra «diva» un millón de veces a lo largo de mi vida, pero nunca se habían referido a mí de esa manera... hasta que entré en la *jaula*. Fue en la Gala 10 del programa. En el reparto de temas me asignaron «Marry The Night» de Lady Gaga. En un principio me pareció bien. Me veía capaz de cantarlo y, de toda la discografía de Lady Gaga, era la opción menos mala. El hit menos hit. El problema vino con el pack de la actuación. Me maquillaron como una puerta y las chicas de vestuario escogieron para cubrir mi cuerpo, un mono transparente adornado de pedrería brillante. Por si fuera poco, me subieron a una plataforma iluminada con neones de varios colores y me pusieron más bailarines que a Katy Perry en la Super Bowl. Era la viva imagen de una diva del pop.

El presentador lo dijo en varias ocasiones, y no me gustó, hacía que me sintiera incómoda. Yo solo era una chica de Premiá de Mar que quería escribir y cantar canciones pop. Ni más ni menos. Lo de diva le pegaba más a Zoe. Sabía bailar y se movía con soltura por el escenario. Era sexy y fuerte. Pero ¿yo? Yo no era nada de eso. Aunque supongo que ya en ese momento tenían la clara intención de convertirme justo en eso: una diva. Y eso es lo que pasó, si te dicen lo guapa que eres todos los días, terminas por creértelo, sea o no verdad. No era una diva y mucho menos creía que lo fuera. No me gustaba sobresalir o destacar por encima de los demás. Pero me lo dijeron tantas veces desde que inicié mi camino como La Chica del Pop que al final me lo creí.

—Qué bárbaro. *Fucking diva queen!* —gritó Gabi.

Su hermano, Gonzalo, aplaudía nervioso. Gema estaba detrás de él, sonreía lo justo para que la viera y al mismo tiempo mantener intacta su reputación de chica punky.

—¿Viste? Has hecho que me emocione, boluda —dijo Luisana Tirelli. Gonzalo le ofreció un pañuelo y se sonó los mocos con un ruido bastante desagradable—. Lo guapa que estás con el flequillo. ¿Y ese color de pelo? Maravillosa. ¡Simplemente maravillosa!

—De nada —dijo Gema, y así le recordó a mi representante que el mérito era suyo.

—¿Estoy bien? ¿No es demasiado? —pregunté, fingiendo una inseguridad que no sentía.

—¿Demasiado? *Darling*, te vas a caer de culo cuando veas las fotos.

La verdad era que las Tres G habían hecho un trabajo impresionante.

Era bastante difícil no sentirse bien subida a unas botas altas, pisando con fuerza una plataforma de cristal y rodeada de ventiladores que hacían que mi pelo se moviese con gracia. Los flashes no cesaban, y ayudaba tener un fotógrafo atractivo que me alababa sin parar. Hice cuatro cambios de vestuario para el shooting. Los dos primeros eran más sencillos, unos vestidos tono pastel que encajaban con la imagen de La Chica del Pop que la gente había conocido en la *jaula*, más inocente, más transparente, más enamorada. La Chica del Pop de *La última vez que te quise*. Para los otros dos, para *Todas las veces que te odié*, Gabi y Gonzalo optaron por looks más agresivos. Faldas doradas, calzado de cuero y tacones altos. La idea era trasladar el concepto del disco al reportaje fotográfico que había cerrado Luisana con la revista. Tonos claros, cara lavada y sencillez para La Chica del Pop del principio. Poder, empoderamiento y sed de venganza para La Chica del Pop que comenzaba a vislumbrarse en el espejo. La puerta del estudio de fotografía se abrió y entró Quique como angustiado.

—Pero ¡niño! ¡Quién te ha visto y quién te ve! —dijo Gabi, que enseguida le robó dos besos —, aunque parece que lleves años sin pegar ojo. ¿Mucho meneíto por las noches? Tengo un corrector de ojeras que es mágico.

—No, gracias.

Pedí al fotógrafo un tiempo muerto y bajé de la plataforma con cuidado de no hacerme un esguince. Los tacones de esas botas tenían mucho peligro.

—¿Dónde estabas? —pregunté más brusca de lo que pretendía—. Me dijiste que íbamos a desayunar juntos para preparar la entrevista de LOS40.

—Me he quedado dormido y mi madre no ha tenido el detalle de despertarme —dijo con sarcasmo—. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono, tonto. —Lo abracé con cariño, pero sin tocarle la cara para que no me estropease el maquillaje—. Aunque todavía no me has dicho nada...

—¿Tengo que decir algo más? ¿En qué más la he cagado? No me digas que...

—Quique, espabila. Quiere que le digas lo guapa que está —le chivó Gema.

—Este pibe siempre está..., ¿cómo dicen aquí, a por uvas? —Luisana pegó un bufido de los suyos y se fue a toda prisa a buscar al fotógrafo para revisar todo el material fotográfico.

—Ay, claro —dijo Quique—. Estás impresionante, Eva. Te lo juro. Espectacular. Guapísima. Un portento de mujer.

—Me ha quedado claro, no seas pelota —bromeé y le grabé en la mejilla la marca de mi pintalabios.

Gabi se movió como una gacela hasta Quique. Apoyó la barbilla sobre su hombro y movió las

pestañas exageradamente. Después dijo:

—Lo que hace el amor, ¿verdad? Tan poderoso, pero a la vez tan doloroso.

—¿Quique, enamorado? No sé yo —dije siguiéndole el juego a Gabi—. Quizá sí, quizá no. Como no me cuenta nada...

—¿Yo, enamorado? Nunca... ¿Volvemos a la sesión de fotos? Acabo de ver cómo Luisana le manosea el brazo al fotógrafo.

Quique esquivó el tema otra vez, y me molestó. Me molestó muchísimo. Estaba convencida de que algo pasaba y cada vez estaba más segura de que ese algo tenía que ver con César Castellano. Entendía muy bien que no dijera nada delante de las Tres G, eran unas chismosas, pero ¿a mí? Si éramos tan amigos, ¿por qué no confiaba en mí y me contaba la paja mental que tenía en la cabeza? Si nuestra amistad era para lo bueno y para lo malo, ¿por qué no se abría conmigo? Apenas sabía nada de él. De hecho, todavía no me había presentado a sus amigos del barrio del Pilar. Siempre el mismo tema de conversación: La Chica del Pop, Sky, Sky, La Chica del Pop, Sky, La Chica del Pop. ¿Y si él solo quería ser amigo de la superestrella? ¿Y si, después de todo, él también me fallaba?

Me tragué el miedo como un amasijo de pan y al final solo dije:

—Sí... mejor volvamos al trabajo.

Repetimos algunas fotos con el *outfit* número tres y añadimos unas gafas de sol de Versace valoradas en diez mil euros. Las gafas más caras que había visto en mi vida eran unas Ray-Ban que le regalé a mi padre por su cumpleaños y no llegaban a los trescientos. «Un disparate», pensé, pero lo que se siente al llevar una pieza de lujo me ayudó a venirme arriba y dar la imagen de tía todopoderosa que quería *Vanity Fair*.

A Luisana se le antojó también probar con otro fondo y cambiar la plataforma por una escalera. «Cuantas más opciones mejor», alegó. Era incombustible cuando se trataba de trabajo. Una hora después, apenas podía abrir los ojos y me dolían los pies como si hubiese caminado con esos tacones por todo Madrid. Necesitaba mi pijama, un sofá y perder de vista esas botas de tacón para siempre. Una diva también necesita sus momentos de descanso, ¿no?

—Concéntrate, Eva. Te van a preguntar por el disco. —Apartó la vista de su cuaderno y me miró a los ojos—. Es importante que cuentes lo de las dos partes, pero te dejes la sorpresa para el final.

—Entonces ¿no me vas a contar qué es lo que te pasa?

—Eva, céntrate. Esto es importante.

—No me voy a desmayar, si eso es lo que os preocupa a todos.

—Claro que no te vas a desmayar, pero tienes que estar preparada.

—Lo sé, lo sé: hablo del disco, les digo lo emocionada que estoy por actuar en LOS40 Music Awards y bla, bla, bla.

Quique movió la cabeza de lado a lado.

—Eva, mírame.

—Te miro, Quique —dije con tono rebelde—. ¿Por qué te pones tan serio? Ahora que Morning Rey me adora, no creo que Tony Aguilar vaya a ser un problema.

Desde que me había convertido en la máxima nominada de LOS40 Music Awards, Morning Rey cambió el tono por completo y se posicionó claramente a mi favor en la pseudoguerra de todos contra La Chica del Pop. Nunca fue muy compasivo con Lucas, Zoe, Tommy y el resto de chicos que salimos de la *jaula*. Sin embargo, ahora le gustaban todas mis canciones. De hecho, se refirió a «Quiéreme + fuerte» como «el himno LGBTI de mayor envergadura del siglo XXI», mientras que de «Báilame», el single que publicó Lucas después de que media España se enterase de que me ponía los cuernos, dijo que «tenía menos personalidad que el estilista que le convenció para tintarse el pelo de rosa». Tenía la capacidad de hacer el mal, pero admito que como dejé de estar en su punto de mira hasta me hacían gracia sus comentarios venenosos.

—Tony Aguilar no es Morning Rey, pero te va a preguntar por Lucas. También tienes que estar preparada para eso. ¿Has pensado una respuesta?

Sentí una punzada en el pecho cuando escuché a Quique pronunciar su nombre tan gratuitamente. Supongo que una diva también tiene heridas que no cicatrizan nunca por más que me empeñaba en fingir que no dolían. Porque, aunque escribí para él —contra él— *Todas las veces que te odié*, y la noche de la Bresh se ganó otros cinco discos de despecho, no había día en que algo o alguien no me transportase a algún momento en el que lo quise. Como ese. Porque también Lucas Risu me preparó una vez para una entrevista, cuando compartíamos sueños, cuando le dejaba entrar en mi rincón en el mundo, cuando lo era casi todo para mí...

—Vamos con la pregunta más importante, señorita Chica del Pop. Usted, del uno al diez, ¿cuánto ama y desea al también conocido como príncipe encantador?

—Ahora mismo diría que un dos porque lo voy a matar.

Me abalancé sobre Lucas y giramos uno encima del otro por la moqueta de la sala del piano de la *jaula*.

—¡Me has clavado el codo en el estómago! —se quejó.

—No te lo tomas en serio, Lucas. —Me incorporé y apoyé la espalda sobre el respaldo, y solté un resoplido—. Otra semana más que voy a hacer el ridículo delante de toda España.

Lucas estiró las piernas y colocó su cabeza sobre las mías. Me encantaba que se pusiera en esa posición. Así podía deleitarme con las vistas. Tanto tiempo mirándolo y no me acostumbraba a esa perfección de la que presumía sin querer, o al menos sin esforzarse demasiado.

—Eva, nena, le das demasiadas vueltas.

—Claro, para ti es muy fácil. No tartamudeas ni cambias el sujeto por el predicado y viceversa. Y eso cuando no me como los verbos. ¡Soy un completo desastre!

A todo el mundo, incluidos mis padres y Lucas, no les entraba en la cabeza que pudiera cantar encima de un escenario, con todos esos millones de personas mirándome, y no fuera capaz de mantener una conversación coherente con el presentador. Me comía las palabras, a veces parecía disléxica, y tenía varias muletillas.

—Venga, vamos a hacer las cosas bien. —Lucas se levantó y se puso detrás del piano—. Tú colócate al otro lado, como si fuera ese sillón incomodísimo del plató.

—Empezamos a entendernos.

—¿Qué tal ha ido la semana? Entiendo que bien porque ser la favorita del público no es moco de pavo. Ja, ja. —Lucas imitó la voz engolada del presentador del programa.

—Nunca dice eso.

—Claro que sí.

—Está bien, allá voy. —Carraspeé para aclarar la garganta—. Yo..., no me gusta pensarlo mucho. Sinceramente...

—Vamos a intentar no decir demasiado ni «yo» ni «sinceramente». —Asentí con la cabeza, nerviosa.

—Tienes razón. —Lucas corrió hacia mí, me robó un beso y volvió a ocupar la misma posición—. Sigue, tontaco.

—Eva, te puedo tutear, ¿verdad? —le dije que sí—. Esta noche tengo una pregunta superimportante para ti. ¿Crees que llegará el día que no puedas resistirte a los encantos de Lucas Risu? Mira que es guapo ese capullo egocéntrico.

—Vale, me rindo. ¿Por qué no hacemos algo más divertido?

—¿Como por ejemplo?

Le mandé callar con un beso y él me devolvió como cinco. Uno detrás de otro.

—¿Por qué no saco la guitarra y hacemos esa versión de «Use Somebody» que te gusta?

—Me parece un planazo, pero todavía no has respondido a la pregunta más importante.

—¿Cuál?

—Del uno al diez, ¿cuánto ama y desea La Chica del Pop a Lucas Risu?

—Mmm..., deja que piense. —Le di un beso—. Uno. —Le di otro beso—. Dos.

Conté hasta veinte, aunque hubiera dado millones de besos más. Le hubiera dado besos toda la vida.

—Eva, ¿estás bien? —preguntó Quique al tiempo que agitaba la mano delante de mi cara.

—Sí, sí. No sé qué me ha pasado. Supongo que yo también estoy un poco cansada, está siendo un día largo.

—¿Quieres que paremos?

—No, no. Sigamos.

Ser una diva del pop también era eso, viajar en el tiempo a momentos que un día fueron felices y después hacer de tripas corazón. Ser fuerte ante los recuerdos que dolían. Ser indestructible por fuera, aunque las cicatrices no estuvieran curadas. Y asumir que nunca se curarían del todo.

Quique

Antes de ser una familia disfuncional, con padre dado a la fuga y madre bipolar e insoportable, viajábamos todos los veranos a La Manga porque una tía abuela tenía un apartamento cerca de la playa. Solía invitarnos un par de semanas. No me entusiasmaba mucho la arena pegada a los pies o el olor de la crema solar, pero siempre tachaba en el calendario los días que faltaban para las vacaciones por una simple razón: el trayecto en coche desde Madrid hasta la playa. La tradición era viajar los sábados por la mañana y escuchar *Del 40 al 1* de Tony Aguilar. Las únicas horas del año en las que mis padres compartían mi afición por la música. El programa se hacía siempre desde el estudio Paul McCartney. Guardaba un buen recuerdo de esas palizas en coche y en familia escuchando las canciones que entraban en lista, con la subida más fuerte y, por supuesto, el número uno. Me acordaba, sobre todo, del verano del 2013. Sky entró directa a lo más alto con el primer sencillo de su segundo álbum. Después mi familia se fue a la mierda y las cosas cambiaron. Ni en mis sueños —ni en mis pesadillas— imaginé que muchos años después, a mis veintitrés, iba a recibir una invitación de LOS40 para entrar en el prestigioso Paul McCartney. Mira que me visualicé veces ahí, pero nunca como compañero y amigo inseparable de la superestrella más importante que había dado Louder Music desde Sky.

—Hola, ¿Selene? Soy Mónica de seguridad. —Una mujer de pelo oscuro nos vigilaba desde un mostrador—. Ha llegado la visita de las doce... Sí, la Chica Pop y todo su séquito. Sí, ya están identificados... ¿Sabías que se llama Eva? No entiendo la necesidad que tienen estos artistas de ponerse apodos que no se entienden. Eva me parece un nombre estupendo...

Regina se arrimó al mostrador de puntillas. No tenía el típico timbre de los hoteles, pero a ella tampoco le hacía falta.

—Disculpe, pero seguimos aquí. —Y se puso a toser tan fuerte que se podría haber roto una costilla—. ¿Puede dejarse el palique para otro momento y abrirnos la puerta? Nos espera Tony Aguilar.

Las palabras de Regina le entraron por un oído a la mujer y le salieron por el otro.

—Entonces ¿les digo que suban a la octava?...Vale..., otro beso para ti... —Colgó el teléfono muy muy despacio—. Podéis subir...

—Madre del señor, a la octava planta —gruñó Regina—. Lo ha escuchado hasta el botones del hotel de enfrente.

—Cálmate, vamos bien de tiempo —le dijo César.

Ese día estaba aún más guapo. ¿O era yo?

—Chisss, chisss. No me digas que me calme que me pongo peor.

Los nervios se agarraron a mi estómago cuando Regina presionó el botón del ascensor y empezamos a elevarnos hacia la cumbre dorada de la radiofórmula. Me sudaban las manos y no podía parar de estirar las mangas de mi jersey.

—Tranquila, lo vas a hacer genial —le dije a Eva—. Regina lleva su rosario y mi abuelo Pepe ha puesto una de las velas que tiene en la mesilla de noche. Nada puede salir mal..., ¿verdad?

—Aunque no te lo creas..., estoy bien.

Y era verdad, Eva parecía tranquila. No había ni rastro de nervios ni en su mirada azul ni en las comisuras de sus labios, que solían temblar cuando las cosas se torcían. Además estaba radiante, tenía ese aura alrededor que solo poseían las grandes artistas, los auténticos prodigios del pop.

—¿Necesitas que te dé la mano? —preguntó César, tan vacilón como de costumbre.

—Por lo que más queráis, dejad de comportaros como niños —nos regañó Regina.

Eva me lanzó la típica mirada de «aquí está pasando algo».

—Si yo no he hecho nada —dije de inmediato.

—¡Chisss, chisss!

César me guiñó un ojo y volvió a los asuntos que le reclamaban por teléfono. El edificio majestuoso ubicado en el número 32 de la Gran Vía madrileña tenía sus peculiaridades. Casi todo era propiedad de Primark. Sí, la tienda más famosa de España ocupaba las cinco primeras plantas. Según Regina, la empresa lo vendió en un momento de necesidad. Las cuatro últimas pertenecían a la radio, aunque la que a nosotros nos interesaba era la octava. Los pasillos tenían una disposición caótica y la moqueta azul y sus paredes blancas y sin gracia no ayudaban a orientarse por aquel laberinto. Lo mejor de todo era la zona de los estudios. Y lo del Paul McCartney, un espectáculo con micrófono de oro y vistas a toda la ciudad. Pero lo que más me gustó fue la sensación de que, en ese espacio en forma de octágono que pisó el bajista de los Beatles, la música se materializaba de alguna manera inexplicable. Casi se podía tocar con la punta de los dedos.

—Entrad con el pie derecho —nos pidió Regina a todos—. No pongáis esas caras rancias y haced lo que os digo.

Ninguno éramos supersticiosos ni creyentes, pero ahí íbamos todos a una. Nos hubiésemos santiguado un millón de veces si Regina nos lo hubiera pedido.

—Querida, por fin nos conocemos. Llevo meses dándole el coñazo a Carlos Mata, pero te has hecho de rogar, ¿eh? —Tony Aguilar estrujó a Eva entre sus brazos—. ¡Qué bien tenerte en casa por fin!

—Te diré que no estaba nada nerviosa hasta que he entrado —reconoció Eva.

«Ja, lo sabía».

—¿En serio? ¿La Chica del Pop nerviosa? No me lo creo.

—Solo un poco, Tony. Solo un poco. ¿Me siento por aquí?

—En esta silla, querida —le indicó Regina.

—¿Quieres un consejo, Eva? Haz siempre lo que te diga Regina. Esa mujer sabe lo que hace y lo que dice. Al que no tienes que escuchar nunca es al guaperas de tu jefe de Producto —bromeó Tony Aguilar—. Tiene buen oído, pero es un fanfarrón.

—Por lo menos reconoces que soy guapo. —Tony Aguilar y César se abrazaron con la misma intensidad que dos viejos amigos tras mucho tiempo sin verse. Después clavó los ojos en mí. El cuarto en discordia. Al que no terminaba de ubicar dentro de su templo—. Él es Quique, nuestro nuevo chico de Comunicación y Promo. Quique este es...

—Tony Aguilar, claro. Te conozco desde siempre. Bueno, desde que tengo uso de razón. Todos los sábados...

«Cierra la boca».

—No me creo que Regina haya empezado a delegar su trabajo. ¿Te haces mayor o qué? —preguntó, pasando de mí totalmente.

—Toda ayuda siempre es bienvenida, Tony —gimoteó Regina—. Ya sabes que este trabajo te quita la salud y lo que no es la salud.

—Estás tan estupenda y guapa como siempre.

—Vas a hacer que me sonroje, *condenao*.

Eva y yo intercambiamos una mirada fugaz. Nos leímos la mente y recreamos una historia de amor imposible entre Regina y el locutor más popular de LOS40. Como hubiera dicho el abuelo Pepe: «Demasiado mamoneo para no haber comido sopa». Fuera o no real, la película que nos montamos en la cabeza hubiera merecido ser contada en una de esas comedias rocambolescas que veía mi madre.

—Eva, querida, toma asiento.

Tony Aguilar se sentó delante de su micrófono resplandeciente y cubrió sus orejas con unos auriculares enormes. Al otro lado de la mesa, justo enfrente de él, La Chica del Pop buscaba la postura más cómoda.

—¡Un minuto y entramos en directo! —avisó Tony Aguilar.

Tracé la señal de la cruz tocándome la frente, el pecho y el hombro. Creo que nunca me había santiguado tan bien porque Regina me miraba orgullosa desde una esquina del Paul McCartney. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno... «Que sea lo que Dios quiera».

—Son las doce y media, las once y media en Canarias, y hoy no estoy solo. Nos visita una persona muy querida por todos, aunque todavía no habíais podido escucharla aquí, a través de los micrófonos de LOS40. Me está sonriendo, creo que tiene muchas ganas de hablar de todo. Y es normal, es la primera vez que concede una entrevista tras salir del programa musical con más éxito de la televisión, ser número uno con dos de las tres canciones que ha publicado hasta la fecha y máxima nominada de LOS40 Music Awards. ¿Os hacéis ya una idea de quién está conmigo? ¿Queréis escuchar a la artista que ha cambiado las reglas del juego? Está bien, está bien. Hoy, en LOS40, queridos y queridas, la tenemos a ella. ¡Tenemos a la mismísima Chica del Pop!

Sonaron unos aplausos enlatados y aplaudí por inercia. Regina me fusiló con la mirada.

—¿Qué tal, Tony? ¿Cómo estás? Muchas gracias por invitarme a tu casa.

—Bueno, querida, ¿por dónde quieres empezar, por el principio o por el final? Tú mandas.

Eva me miró dubitativa, aunque la respuesta salió de su boca con naturalidad. Lo tenía muy claro.

—Empecemos por donde quieras, vengo a hablar contigo de todo —dijo, demostrando confianza en sí misma.

—Una chica valiente, ¡me gusta! —Tony Aguilar miró de reojo a César y acercó la boca al micrófono—. Empecemos por casi el principio. Antes de «Platónicos», antes de Louder Music..., sales ganadora del programa musical más importante de todos los tiempos, *Operación Pop*, te enteras de que eres la persona famosa más joven de este país y...

—Y me desmayo delante de todo el mundo.

—¡Exacto! —exclamó Tony Aguilar entre carcajadas.

—Ay, Tony. Qué mal lo pasé, qué momento más surrealista —dijo Eva, cruzando las piernas y apoyando las manos sobre la mesa del estudio—. No había comido nada en todo el día, creo que una manzana. Estaba muy nerviosa, quería que la actuación saliera perfecta. Y luego todos esos flashes, los focos de luz... Hacía muchísimo calor.

—Y la gente en Twitter diciendo que te desmayaste al ver la que se te venía encima, que no querías ser una superestrella. ¿Quién no quiere ser una superestrella?

—Tony, mírame a los ojos..., ¿qué chica joven no sueña con ser una superestrella de la música? Cualquiera mataría por formar parte de este mundo y sé muy bien lo afortunada que soy. Esto es lo mejor que me ha ocurrido en la vida.

—¿Y ese sueño es tal y como te esperabas? Ahora que estás dentro de la industria, que has vivido los sinsabores de la fama, ¿merece tanto la pena? Tú mejor que nadie sabes lo que se

puede llegar a sufrir cuando estás en medio del foco mediático...

Eva cerró la boca y meditó su respuesta. No dijo lo primero que se le vino a la cabeza, contó lo que la gente esperaba escuchar. Fue inteligente y demostró una madurez que no correspondía a su edad.

—Bueno, viví un momento complicado, lo sabes, todo el mundo lo sabe, pero me sirvió para aprender una lección muy importante.

—Si la vida te da limones haz limonada, ¿a que sí?

—Más o menos —contestó con una risa más fuerte de lo normal—, pero yo no hago limonada, hago canciones. ¿Qué hice cuando estaba enamorada? Hacer canciones de amor. ¿Qué he hecho cuando me han roto el corazón?

—Hacer canciones *destroyer*.

—Y de venganza, claro. ¿No conoces el otro dicho, Tony? Ojo por ojo, diente por diente, ¿no?

Delante de mí tenía a Eva. Ojos azules, pelo caoba y un poco de colorete para tapar imperfecciones. En cambio, la chica que hablaba, la que estaba delante de los micrófonos de LOS40, parecía que llevaba toda la vida dando entrevistas. Como si siempre hubiera llevado puesta la máscara de La Chica del Pop.

—¡Me encanta, me encanta! Entonces, querida, lo confirmas aquí en LOS40. ¿*Habemus* primer disco dentro de poco?

—*Habemus* primer disco enseguida, dentro de muy muy muy poco. Tan pronto como que lo presentaré en LOS40 Music Awards. Además, por ser tú, te voy a dar dos exclusivas más. Solo para ti. Bueno, y para toda la gente que nos escucha.

—¡¿Qué me dices?! ¡Cuenta, cuenta!

—La primera es el título: *La última vez que te quise / Todas las veces que te odié...* ¿Qué te parece? Sugerente, ¿no?

—Pero ¿y esta maravilla? Menuda declaración de intenciones. ¡Menuda declaración de intenciones! —repitió—. ¿Y la segunda noticia?

—Cómo eres, Tony. —Rio Eva, o La Chica del Pop—. La segunda noticia me hace mucha ilusión. Todavía no sé cómo ha podido suceder.

—¡Cuéntame, que me estoy mordiendo hasta las uñas!

—En la *jau...*, en el programa no hablé mucho de ella, pero hay una artista muy importante que me ha inspirado toda la vida. De hecho, creo que me di cuenta de que quería ser artista gracias a ella. Yo era una cría, tendría unos doce años, pero la vi en televisión y pensé: «Tengo que ser la próxima Sky».

—Para, para, para..., ¡necesito un momento para pensar! ¿Me estás diciendo que para ese primer trabajo de La Chica del Pop, de mi querida Chica Pop, has trabajado en estrecha colaboración con Sky? ¿Es eso?

—Lo que te estoy diciendo, mi querido Tony Aguilar, es que el *track* número 12 de *La última vez que te quise / Todas las veces que te odié* lleva el título de «Estrella planetaria» y, sí, es una colaboración con Sky.

—¡Notición en exclusiva en LOS40! —Eva sonrió ante la efusividad del presentador—. Recapitulemos... La Chica del Pop, la indiscutible revelación del año, ha confirmado que primero, su disco, el álbum que marcará un nuevo paradigma en la industria musical, tiene título y fecha de salida. Y segundo, y no menos importante, ¡que tiene canción con la mismísima Sky! ¡La reina y la princesa del pop juntas en «Estrella planetaria»! Para celebrar esta maravillosa noticia, si te parece, Eva, vamos a pinchar «Platónicos», la carta de presentación de ese proyecto, y seguimos hablando otro ratito a la vuelta. ¡Qué año nos espera, queridos!

El piloto rojo del Paul McCartney se apagó, avisando de que La Chica del Pop no solo había salido ilesa del primer *round*, había salido victoriosa y sumando como cien puntos en su ratio de popularidad. No hizo falta decirle nada. Se notaba que lo sabía por la sonrisa de autosuficiencia que brotó en las comisuras de sus labios. Apenas necesitó un par de minutos para mimetizarse y aprender los códigos de la radio. Códigos de los que una chica de su edad, de primeras, no debería tener ni la más remota idea. Entendió el lenguaje y se anticipó al entrevistador como lo haría una artista con una larga trayectoria. Su comportamiento fue el de una superestrella titular. Lo bastante simpática para no parecer una borde. Lo bastante talentosa sin llegar a ser pedante. Lo bastante diva sin quedar de soberbia. No sé si fue un botón, un interruptor o una palanca, pero algo en Eva hizo clic. Lo supe cuando César y Regina respiraron aliviados nada más arrancar la entrevista. Lo supe cuando se levantó de la silla y pasó por delante de mí sin decir nada, sin intercambiar impresiones, sin ser la misma Eva que yo conocía. Sin ser mi amiga del alma...

34

Simulacro de emergencia

Quique

—¿Necesitas ayuda con esa foto? No tengo el mejor pulso del mundo, pero te puedo echar una mano.

El teléfono se me cayó al suelo bocabajo y añadí otra raja más en la pantalla.

—¡Joder, César!

—¿Por qué cada vez que aparezco te asustas tanto?

—Porque siempre apareces de repente —respondí.

«Y porque me miras así». César se subió sobre la barandilla de una escalera industrial que conectaba la octava y la séptima planta del edificio anclado en mitad de la Gran Vía. Extendió los brazos como Jack en la proa del *Titanic* y se perdió entre los tejados rojos de Madrid. Digno de ver, todo sea dicho.

—¿Por qué no te subes aquí conmigo? Las vistas son espectaculares.

—Son perfectas desde aquí también, pero muchas gracias por la oferta.

—Siempre con el no en la boca.

—Mentira, no siempre digo que no.

—Demuéstralo.

Preparé la lengua para soltar otro no, pero me negaba a darle el gusto. Apoyé un pie en la misma barandilla y me tambaleé. Desde luego no era una buena idea. Sin embargo, estaba decidido a borrarle de la cara esa sonrisa de perdonavidas que ponía cada vez que le daba por vacilarme, picarme o follarme.

—No te preocupes, agárrate a la barra —dijo, rodeando mi cintura con su brazo—. Yo te sujeto.

—Ahora sí somos el maldito *Titanic* —farfullé.

«Mierda, lo he dicho en voz alta».

—¿Qué dices?

—Nada, nada.

Pero lo escuchó muy bien.

—¿Así que eres de esos? No te pega nada.

—¿A qué te refieres con *de esos*?

—A los chicos de veintipocos que vais de duros, de *bros*, pero luego perdéis el culo por ver *Titanic*. —César movió el pie al otro lado de la barandilla para colocarse detrás de mí y recrear, entonces sí, la famosa escena entre Jack y Rose.

—César, ¿qué haces?

—Hacer que cumplas el sueño de tu vida.

—Primero: por favor, no grites «soy el rey del mundo» ni nada parecido; segundo, mi madre ve siempre las mismas cinco películas: *La boda de mi mejor amigo*, *Persiguiendo a Amy*, *Brokeback Mountain*, *La La Land* y *Titanic*. Y tercero, aparta tu bragueta de mi culo antes de que Regina salga por esa puerta y nos vea frotándonos.

Los dos pegamos un salto y tocamos suelo. Yo tropecé, claro.

—¿Y tu padre sabe que a tu madre le gustan las películas donde siempre hay uno que muere?

—Digamos que mi padre es el motivo de que esas cinco películas se vean cada dos por tres en casa de los Barrios... Tranquilo, no está muerto. Bueno, no como Jack, pero para mi madre es como si también estuviera en el fondo del océano.

César tocó hueso, aunque no dolió tanto como esperaba. No como antes.

—Perdona, no quería..., me he pasado con la gracieta.

—Tranquilo, no pasa nada. —El ambiente se enrareció y repasé en mi cabeza una lista de temas aleatorios y rocambolescos para acabar con el incómodo silencio. Mi incontinencia verbal no me permitiría estar más de treinta segundos callado y menos si el que tenía delante era alguien como César Castellano—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dispara.

—¿Tienes una relación abierta con tu novio o algo parecido? No tengo nada en contra, mi amiga Raquel lo intentó con un novio italiano que conoció en una feria random de IFEMA.

—¿Y salió bien?

—Duraron el fin de semana de la feria. Ni un día más ni un día menos.

La risa de César era jodidamente adictiva.

—Tenemos una relación cerrada, monógama y aburrida —dijo, apoyando los brazos sobre la barandilla y buscando auxilio en el fondo madrileño—, pero, es cierto que también hay un pero, no me mires así...

«Por favor, que no diga que ese “pero” soy yo».

—Mi novio, ese chico rubio, simpático y guapo también es mi amigo.

—Esa historia me suena. —Tragué saliva tan fuerte que me tuvo que escuchar.

—La típica historia de chavales que se hacen mejores amigos porque sus padres son mejores amigos y los padres de sus padres son mejores amigos...

—Y jodisteis la tradición.

—Por supuesto.

—Entonces ¿qué ha pasado? ¿Por qué haces lo que haces?

—¿Qué hago exactamente, Quique?

La mandíbula de César se tensionó.

«Buscarme».

—Buscar a otros..., hacer cosas con otros tíos.

—No hago cosas con otros tíos.

—Estás mintiendo.

—Solo he hecho una cosa —dijo—. Son muchos años, hemos tenido algún que otro tiempo muerto, pero dentro de la relación, desde que estamos cien por cien, solo he hecho una cosa. Contigo.

Tragué saliva otra vez, pero me lo merecía por haber sacado el maldito tema de conversación. «Soy gilipollas».

—¿Y quieres una cita? Estás fatal de la cabeza. ¿Cómo vamos a tener una cita tú y yo si tienes una «relación cerrada, monógama y aburrida»? Es una locura que no tiene sentido y que acabo de decidir que se cancela ahora mismo.

—Ni de coña, me lo prometiste. Tienes que ser un hombre de palabra.

—Tengo solo veintitrés años y todavía no soy un adulto, tengo todo el derecho del mundo a romper mis promesas cuando quiera. Además, te dije que sí antes de saber que tu novio es bueno y perfecto, como acabas de confesarme ahora. Eso cambia las cosas. ¿Qué quieres, acabar como Jack y Rose?

Para qué dije nada... El karma apareció por sorpresa y me la volvió a jugar por ¿séptima? ¿Octava? ¿Novena vez? No fue como un «hola, ¿qué tal? Vengo a salvarte de esta conversación insostenible porque admite que ese tío te vuelve loco». Más bien fue como un «he pensado que sería una buena idea hacer saltar la alarma de incendios de LOS40 para que cunda el pánico y este hombre de brazos fibrosos te rescate», y pasó justo en ese orden cuando el estruendo de una sirena comenzó a retumbar desde el interior del edificio.

—Tranquilo, Quique. No pasa nada, vamos a esperar a que...

—Tengo que irme de aquí. Ya. Ahora mismo.

Lo más sensato hubiera sido quedarnos en la terraza, al aire libre, sanos y salvos. Sin embargo, mi relación con el peligro tampoco había mejorado mucho desde Los Ángeles y se me ocurrió volver dentro y correr como un histérico por los pasillos laberínticos de la octava con los aspersores del techo descargando la tormenta perfecta. Giré a la izquierda y atravesé un pasillo

decorado con las portadas más *classic*. Alcancé a ver *Thriller*, de Michael Jackson; *True Blue*, de Madonna; y *Reggatta de Blanc*, de The Police. Ni un solo disco de Sky. Seguía enfadado con ella, pero no verla hirió mi orgullo durante el único segundo de lucidez que tuve entre el caos de personas, agua y gritos de socorro. Subí una escalera por un lado, la bajé por el otro y entré por una puerta translúcida.

—¿Hiciste atletismo en el instituto?

César se apoyó en el marco de la puerta y me fulminó con la mirada.

—Tenemos que encontrar a Eva y a Regina y salir de aquí.

—Para, loco. Para. —César se interpuso en mi camino y levantó su teléfono—. ¿Ves esto? Un audio de Regina. ¿Puedes dejar de ser Usain Bolt y escucharla?

—¿Usain qué? —pregunté.

—Joder, con los *centennials*.

César le dio al play para reproducir el audio: «Madre mía, César. ¡La he liado parda! Te juro por Dios que solo le he dado una calada a un cigarro mientras hacía pis. ¿Qué iba yo a saber que se iba a montar la marimorena? Qué vergüenza. Qué bochorno. Te lo pido, por favor, ¡ni una palabra a nadie! Salid por la puerta con cuidado, que se note en la cara que tenéis miedo, y cada mochuelo a su olivo... Jesús, María y José. ¡Jesús, María y José!... Eva, cariño, ¿puedes dejar de reírte? No me hace ninguna gracia». Exploté a reír a carcajadas. A reír sin parar, con los ojos llorosos y un dolor de tripa insoportable. «Te amo, Regina».

—Vas a tener que despedirte de tu jefa porque ¡la voy a matar! Y yo corriendo detrás de ti como un imbécil porque pensaba que te iba a pasar algo. —Creo que fue la primera vez que lo vi tan enfadado. Cabreado como una mona. La vena gorda del cuello le palpitaba sin parar—. Deja de reírte, ¿sabes lo que vale esta camisa? Óscar me va a matar.

El tejido mojado se le pegaba a la piel y marcaba la silueta de su abdomen. Y también le caía un mechón por delante de la cara. Sí, el César mojado era muchísimo más guapo que el César seco. Y, sí, el César que tenía delante era demasiado para hacer como si nada.

—Esto tengo que hacerlo —le pedí permiso.

—¿El qué? —preguntó, confundido.

—Esto que voy a hacer ahora mismo.

Di un paso al frente, cogí la cara de César con las manos y dejé caer mis labios sobre los suyos. Despacio. Bonito. Brutal. Fue un beso de película. Joder, fue el mejor beso que me habían dado nunca, de modo que cerré los ojos, apagué el taladro de mi cabeza y disfruté de los labios de César Castellano antes de que el caos se disipara y todo el mundo volviera al mundo real.

La Chica del Pop

Serían las cuatro y media de la tarde cuando salí de Élite Estudio. No pisaba otro sitio desde hacía una semana. LOS40 Music Awards estaban a la vuelta de la esquina y me pasaba doce horas diarias encerrada en una sala oscura con una coach vocal que no conocía, un coreógrafo con el que me sentía incomprendida y una Luisana Tirelli más susceptible de lo normal porque el marido de Buenos Aires le había pedido el divorcio de buenas a primeras. El viernes quería tomarme el resto de la tarde libre. Hasta le pedí a Quique que me hiciera unos recados en el centro para poder encerrarme en casa, ponerme una peli y no saber nada de La Chica del Pop hasta el fin de semana. Solo necesitaba unas horas de desconexión, pero Luisana me hizo chantaje emocional y me pidió que la acompañase a tomar unos margaritas a un pub del barrio de Salamanca. Una tarde de chicas para despellejar a hombres. Un error de los grandes.

—Gracias, nena. Necesitaba esto —dijo Luisana antes de lamer la sal que había incrustada en el borde de la copa—: unos margaritas con vos y música relajante. Entiéndeme, adoro tus canciones, pero escucharlas en *repeat* me da un dolor de cabeza horroroso.

—Tranquila, hasta yo le estoy cogiendo manía a «Platónicos». Necesito que llegue el día, hacer la actuación e irme unos días a la playa.

—¿A la playa? No digas majaderías, Eva. Después de los premios toca darle bien duro a la promoción del disco y preparar el tour. ¿Sabes que Carlos Mata quiere que también hagas algunos conciertos por Argentina? ¿No sería maravilloso? Buenos Aires tiene unos sitios que te pueden volver loca.

—¿Argentina? Bueno, poco a poco, no quiero agobiarme...

—También México, Colombia, Chile...Y no te olvides de la campaña navideña con Yves Saint Laurent. Es una pena que no quisieras hacer lo de Victoria's Secret porque esa lencería te quedaba divina.

—Luisana, tengo casi veinte años y con eso parecía...

—Nada que no arreglen unas vitaminas y un poquito de ácido. Te lo pinchan en dos días y se te queda una cara de porcelana de veinticinco años de por vida. Mírame, la viva imagen de la eterna juventud.

—Vale, se acabó hablar de trabajo y de operaciones estéticas que jamás voy a hacerme. ¿Por qué no me hablas de ti? Aprovechemos que estamos las dos solas tomando algo ¿por primera vez? —Le di un trago corto al margarita—. ¿Estás bien? Los padres de mi amiga Sara se divorciaron cuando éramos pequeñas y fue horrible.

—¿Estás ciega, boluda? Estoy en mi mejor momento. Ese viejo solo era un lastre, estoy mejor sin él. ¿Viste? Unos hijos quería. ¡A mi edad! ¡Con mi trabajo! Los hombres no soportan el éxito de sus mujeres, pero a mí no me doma nadie, tú lo sabes, nena. —Miró de reojo el reloj de pulsera que le colgaba de la muñeca—. Pero tienes razón, se acabó hablar de trabajo. Además ese *cheto* ya tiene que estar al caer.

—¿Ese *cheto*? ¿Me has preparado una cita a ciegas? —pregunté. Fue una broma, pero cuando la vi sorber de la pajita con los ojos abiertos como platos y clavados en mí supe que algo sí tramaba—. Dime que no es verdad.

—Querida, voy a pedir otra ronda de margaritas porque veo que te estás poniendo nerviosa.

—Me tomas el pelo.

No, hablaba del todo en serio. Sonó una especie de campana cuando la puerta del bar se abrió. No giré la cabeza, no quería mirar. Estaba muerta de la vergüenza, deseando que me tragara la tierra. ¿No sería ese actor de Netflix del que llevaba dándome la brasa toda la semana? ¿O el modelo de treinta y tantos amigo suyo que quería conocerme y no paraba de escribirme por Instagram? La realidad, otra vez, resultó ser distinta y más retorcida de lo que esperaba. Supe quién era cuando olí su perfume. Inconfundible. Único. Suyo. Intenté bajar del taburete y salir corriendo, pero las piernas no me respondían. Ni las manos, aferradas a la mesa para no acabar en el suelo.

—Hola, Eva...

Su voz. Lucas. Era él, pero estaba muy distinto. Todavía más flaco y ojeroso que la noche de la Bresh. Y la mirada triste, y el pelo azul. Más consumido que nunca.

—Luisana, ¿qué has hecho? —pregunté en un fino hilo de voz.

—No seas terca y deja hablar al boludo. Está muy arrepentido, ¿verdad? Yo voy a vapear un poquito, ahora nos vemos.

—No te sientes. —Pero ya era demasiado tarde. Estaba sentado delante de mí. Preparado para desmontarme.

—Eva, solo quiero hablar un momento contigo. Solo eso.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Te echo de menos. Te echo mucho de menos. Me estoy volviendo loco. He intentado

olvidarme de ti, pero no puedo. Sé que la cagué, que no he parado de cagarla, pero tienes que perdonarme. Estábamos bien juntos, éramos invencibles. ¿Recuerdas?

—No, lo que recuerdo es que me hiciste daño. Que me humillaste delante de toda España. Después de todo —me mostré dura, fría, implacable—, no tengo ningún recuerdo bonito contigo y quiero que te vayas. Ahora.

Lucas extendió el brazo y me acarició.

—Va, Eva. La cagué, lo sé. Pero dime la verdad, ¿no me echas de menos? ¿Nada? —Los dedos de nuestras manos se entrelazaron—. Como tú dices... después de todo.

—Lucas, para...

—Me lo dijiste en la *jaula* el penúltimo día: «Eres el chico más importante de mi vida, y lo vas a ser siempre». ¿Eso ha cambiado por un beso? ¿Por una gilipollez tremenda? —Me apretó más fuerte, me hacía daño—. Mírame a los ojos, Eva. Sigo siendo el Lucas que conociste. Podemos hacer que esto funcione. Ha pasado mucho tiempo, podemos empezar de cero y darnos una oportunidad..., incluso hacer una colaboración juntos. A la gente le encantaría. Funcionamos como pareja.

El tiempo se paró y volvimos a estar él y yo solos, nadie más. Durante aproximadamente cinco segundos se removiό todo por dentro como un torbellino imparable. «Platónicos». Los hoyuelos de sus mejillas. Todos los besos que nos dimos. La angustia. El agujero en el pecho. La ilusión. Quererlo tan fuerte. Volví a dudar, a ser vulnerable, frágil y suya. Pero desperté. Fue el flashazo de una cámara, siempre tan oportuno. Atravesó la ventana del bar y me alcanzó como un rayo, dándome una descarga que me hizo abrir los ojos y recuperar el control. Empujé la puerta del bar con rabia y encontré a Luisana Tirelli dándose el lote con Roger en una esquina como dos adolescentes. En la acera de enfrente, oculto detrás de un cubo de basura, el paparazi seguía haciendo fotos.

—Lo tendría que haber imaginado. Tarde de chicas, ¿no? Qué bien calculado lo de ponernos en la mesa que daba a la ventana.

—Ay, nena. —Luisana se separó de Roger y sacó su espejo de bolsillo para ver que todo estuviera en su sitio—. ¿Ya os habéis arreglado? Sé que es un boludo infiel y la coca lo pone un poco inestable, pero hacéis una pareja muy linda. ¿Para qué desperdiciarlo? Es tirar el dinero a la basura.

—¿También me vas a decir que el fotógrafo formaba parte de la cita a ciegas?

—¿Qué fotógrafo? ¿El de la basura? Tonterías, querida. Seguro que ha visto la historia que he colgado en Instagram. Pensaba que no había puesto la ubicación...

—¡Cállate!

Lucas salió del bar con la cabeza agachada y se acercó a Roger como un perro asustado. Levanté la mano para pedir un taxi.

—Sos una histérica. ¿Adónde crees que vas?

Antes de entrar, le lancé una mirada gélida y dije:

—Luisana, estás despedida. Olvídate de La Chica del Pop, a partir de hoy dejás de ser oficialmente su representante.

Apoyé la cabeza sobre el reposacabezas y noté un corte limpio en el corazón. No dolía como los demás. Este cicatrizó enseguida y me regaló otra lección: me dio valor. Y rabia. Y ganas de seguir con la construcción de La Chica del Pop, al menos eso fue al principio. Cuando nos pusimos en marcha, hice dos cosas que no estuvieron muy acertadas. La primera fue derramar unas lágrimas cuando Quique no contestó a mis llamadas. Lo de sentirme sola después de reencontrarme con mi ex y ser traicionada por mi representante no era una sensación muy placentera y la pagué con él. Le dejé un mensaje de voz diciéndole algunas burradas. Menos mal que me arrepentí enseguida y le mandé otro audio agradeciéndole que estuviera siempre, sin peros. Lo segundo que hice fue aliviar mi propia frustración. Lo bueno es que esta vez supe elegir mejor el objetivo a batir. Abrí Instagram e inicié un directo dentro del taxi. Se conectaron más de veinticinco mil personas.

—Hola, chicos. ¿Cómo estáis? Sé que no suelo pasarme mucho por aquí, pero prometo cuidaros más a partir de ahora. Y como muestra de mi buena voluntad, quiero que escuchéis en primicia «Príncipe encantador». Es el nuevo single y la prueba de que no necesitamos ningún Lucas Risu en nuestras vidas. La canción que necesitamos todas para decirle a esos cerdos que estamos bien solas. Espero que la disfrutéis mucho. Muy pronto el videoclip y la actuación en LOS40 Music Awards. ¡Qué ganas!

—¿Todo bien, señorita? —preguntó el taxista, mirándome por el espejo retrovisor sin parpadear.

—Todo bien. Mejor que nunca.

«Príncipe encantador» se puso a la cabeza de la lista viral global de Spotify justo después de que la liberase esa misma noche sin permiso de nadie... más que de mí misma. *Rolling Stones* definió la canción como «un himno tremendamente adictivo que machacaba las voces tóxicas de la masculinidad». Morning Rey dijo que el tema tenía un regusto demasiado amargo, aunque solo por lo salsero merecía la pena. En LOS40, «Príncipe encantador» entró en el número uno el mismo sábado de su lanzamiento. Cuando la revista *Lecturas* publicó las fotos a la semana siguiente, nadie les hizo mucho caso. Lo vieron como un intento desesperado de un ex que no controlaba sus adicciones. La imagen de Lucas quedó por los suelos y sus streams empezaron a caer en picado. La discográfica lo apartó por completo de los eventos importantes y frenaron el lanzamiento de una canción que, según las malas lenguas, hablaba de una chica con el corazón de hielo. Yo solo sé que esa noche, al llegar a casa, me serví una copa de vino en honor a

Luisana. Siempre decía que había que celebrar las victorias y calmar la euforia después de devolver un guantazo con la palma de la mano bien abierta.

Quique

Las fiestas del barrio del Pilar eran sagradas, como la misa del domingo antes de tomar la comunión. Se hacía en familia y con los amigos de toda la vida. No había vino, pero se repartían los bocadillos de panceta y la cerveza fría. No se rezaba, pero sí se cantaban a voz en grito las canciones de los grupos de rock, heavy y pseudocantantes de pop que durante unos días montaban la verbena en el parque de La Vaguada. Lo normal era que nosotros, Carlota, Raquel, Aitor y yo, echáramos una mano en la caseta de Santibáñez. Era el único día del año que Raquel se remangaba y Aitor no soltaba sapos y culebras por la boca. Fue el único día del año que conseguí reconectar con el barrio y dejé de fantasear con otro mundo lleno de estrellas del pop y canciones. Ahora que formaba parte de él, y había visto lo bueno, lo malo y casi lo peor, cogí la noche con ganas. Al menos lo que pude y mientras pude.

—Cuatro tintos de verano, un bocadillo de morcilla, otro de beicon con queso y unas salchipapas —grité la comanda, choqué los cinco con Carlota y bebí un trago largo de mi jarra de cerveza.

—Por favor, vomito. ¿Me explicas qué persona normal se zampa un bocadillo de morcilla a estas horas de la noche? —protestó Raquel—. El año que viene no contéis conmigo.

—Cari, siempre dices lo mismo y cada año estás aquí como un clavo —dijo Carlota, arreándole un cachete en el culo.

—La verdad es que esas morcillas tienen la misma cara desagradable que tú —apuntó Aitor, buscándome con la mirada.

Lo hizo para que le riera la gracia. Para conectar, como siempre, amorosa y sexualmente. Llevaba toda la noche tirándome fichas y yo ya no sabía dónde meterme.

—Raquel, ¿rotamos y te pones en la barra?

Mi amiga se quitó el gorro de cocina desechable, se empolvó la cara y se bajó la cremallera de su suéter para dejar a la vista un escote bonito y resultón.

—Eres el mejor bebé después de mi bebé.

—¡Y hoy por fin lo conocemos! —celebró Carlota.

—Sí, pero le he dicho que venga directo al concierto de los Combo Calada. Paso de que me vea con estas pintas. Quiero que siga tratándome y fo... —«llándome», añadió en voz baja— como una reina, no como a una carnicera que corta y destripa cerdos... Carlo, no me mires así. Puede ser una profesión muy digna, pero no es para mí. Lo sabes, bebé.

Eché un par de morcillas a la sartén, las dejé unos minutos hasta que se doraron y las metí entre dos rebanadas de pan. Le pasé el bocadillo a Aitor, lo envolvió en papel de aluminio y se lo lanzó a Carlota.

—Hacemos buen equipo —me recordó.

—El mejor —respondí, poniendo otra sartén en el fuego—. ¿Me pasas el beicon?

—Seríamos el mejor si diésemos el siguiente paso.

Puse la misma cara que el emoji de la gota gorda.

—Aitor, ¿de verdad crees que este es el momento y el lugar para mantener esta conversación? Córtame el pan para otro bocadillo, anda.

—¿Raquel en una relación y tú y yo todavía haciendo el panoli? No, tío. Eso no puede ser.

—Aitor, estoy friendo beicon y morcilla. ¿Podemos hablar después?

—Quiero ser tu novio y decirnos cursiladas todas las noches. Una detrás de otra. Y follar. Y acompañarte a los conciertos de la Chica Pop, de Sky y de cualquier cantante normalita por la que pierdas el culo —insistió—. No pienso parar hasta que me des una respuesta. ¿Un sí o un no? Y te lo pido en la caseta de Santibáñez porque sabes de sobra que a mí no me mola el rollo pijo que te va ahora.

Carlota me lanzó una mirada de *what the fuck* y huyó a la barra para dejarnos intimidad.

—Primero, baja el cuchillo de cortar el pan.

—Hecho. ¿Segundo?

—Segundo..., joder, Aitor. ¿No ves que...?

—Que estás superocupado con tu mejor amiga La Chica del Pop. Que tu carrera es un sueño. Que no quieres pasarlo mal. Que tu padre hizo lo que hizo. Bla, bla, bla. Me las sé todas, he sido paciente y, por primera vez, me bajo los pantalones delante de estas dos descerebradas para decirle al chico que me gusta, o sea tú, que quiero algo más serio. Una relación cerrada, monógama y aburrida. Ni más ni menos.

«Una relación cerrada, monógama y aburrida». Sabía que ya había escuchado esa misma frase en otra parte, pero no me acordé hasta más tarde que había sido en boca de César. Porque él también tenía un amigo especial de toda la vida, solo que él había llegado demasiado lejos y ahora no encontraba la manera de quitárselo de encima. En lo que respecta a Aitor, tuve la suerte de que Raquel le jodió la pedida.

—¡Quique, tu abuelo! —voceó mi amiga *revientapedidas*.

El abuelo Pepe dio un golpe en la barra metálica de Santibáñez con el garrote y le tiró un piropo a Raquel.

—Bonica, ¿me pones un vaso de vino tinto?

—Abuelo, ¿qué haces aquí? ¡Y sin la silla!

—Enrique, esa silla es un trasto innecesario. Además, ¿quieres que tu amiga piense que soy un viejo paralítico?

—Abuelo, joder. ¿Qué haces solo y andando por aquí? ¿No ves cómo está todo? Te puedes caer y hacerte daño. ¿Y mamá?

—Deja de preocuparte por mí y preocúpate por tu amiga.

—Gracias, Pepe, pero estoy estupenda. ¿No me ves? —dijo Raquel, llenando el vaso de vino hasta arriba, como le gustaba a él.

—Amiga no, amigo. Tu amigo del trabajo.

—¿Mi amigo del...?

«No puede ser». Me quité el delantal y salí corriendo. No me hizo falta buscar mucho, mi madre tenía la capacidad de hablar más alto que cualquier ruido identificado por el ser humano. Fuera de la caseta de Santibáñez estaba la última persona que esperaba ver allí. El mismísimo César Castellano en el barrio del Pilar. No estaba solo. Le acompañaba mi madre, que perdió el título por vigésimo segunda vez, y su grupo de amigas. Unas menopáusicas alrededor de un tío bueno. «Mátame camión». Pensaba encontrarme la zona cero de un desastre de proporciones colosales. En las fiestas del Pilar pasaban muchas cosas y muchas regulares, pero no fue así... o sí.

—¿Qué haces aquí hablando con mi madre? —le pregunté cuando me estrechó la mano. Un saludo informal para no levantar sospechas.

—He preguntado por ti y... apareció tu madre en cuanto escuchó tu nombre.

—¿Y por qué no me has avisado? Esto es una locura.

—Culpa de Regina, me ha chivado que te habías cogido el día libre por las fiestas.

—¿También está aquí?

—No, no. ¿Te imaginas?

—¿Entonces? ¿Por qué...?

—¿Por qué estoy aquí? He decidido adelantar nuestra cita.

—Mentira.

—Verdad.

Mi madre se deslizó como una culebra y metió la cabeza entre la suya y la mía.

—Por cierto, sinvergüenza, ¿en qué momento pensabas contarme que trabajas con semejante hombre? —Mi madre se agarró a los bíceps de César y pensé que qué le había hecho yo al karma

para merecer semejante escena—. ¿Cuántos años tienes? Ya sé que soy la mamá de Quique, pero soy más joven de lo que piensas.

—Mamá, deja de actuar así, por favor. ¿Puedes recoger al abuelo? Está metiéndose entre pecho y espalda una botella de vino en la caseta de Santibáñez y tiene la tensión por las nubes.

—Tu madre es un amor, Quique —se le ocurrió decir a César.

—Gracias, guapo, gracias. El niño me ha salido un asperger del amor y se pone de morros cuando yo intento rehacer mi vida. ¿Lo ves normal?

«Madre de Dios».

—Así que asperger del amor... —murmuró César, lanzándome una mirada indescifrable.

—El pobre mío tiene un trauma por lo de su padre. Un cabrón de los buenos, todo hay que decirlo. Pero me tiene contenta. Veintitrés años y ni un novio me ha traído a casa. Bueno, está su amigo Aitor. El pobre chaval lleva mendigando amor desde el colegio y nada, que no hay manera.

—Con que Aitor...

—¡Mamá!

—Parece que la cosa va a cambiar, el otro día me dijo que había conocido a un chico...

—¡Mamá, ya!

—¿Lo ves? Ya me está mirando mal, una no puede hablar.

La agarré del brazo y la alejé todo lo posible de César.

—Mamá, te lo pido. Si me quieres, y me tienes que querer porque soy tu único hijo, ¿puedes ir a por el abuelo Pepe y llevártelo a casa? Y diles a mis amigos que en cuanto solucione esta situación surrealista estoy con ellos otra vez, ¿vale? Dime que sí y no me hagas la vida más imposible. Es lo único que te he pedido nunca. Ni recogerme a la salida del colegio. Ni paella los domingos. Ni el beso de buenas noches. Nada, así que, por lo menos, haz esto por mí.

—Está bien, está bien. Pero solo dime una cosa, y no me mientas. —Pisé el suelo impaciente—. Ese chico te gusta de verdad, ¿a qué sí?

—¿Cómo...? ¿Qué...? Mamá...

—Ojos chisposos, sonrisa de tontarra y no paras quieto. Esa es la cara de un Barrios enamorado. ¡Te gusta de verdad!

«No digas nada. Quique, no digas nada».

—Me gusta, pero es complicado. No quiero...

Mi madre se abalanzó sobre mí y me abrazó durante un larguísimo minuto. Después dijo:

—No sabes la alegría que me das, hijo. Ya me veía pidiendo a Joaquín el número de su psicólogo. Ya sabes, el gay de pantalones apretados que lleva la frutería. También tenía unos traumas del pasado, nada del otro mundo, pero tuvo que ir a un psicólogo que es como él y como tú, un homosexual, para curarse las penas.

—Entre César y yo no hay nada, mamá.

—Sí lo hay, cariño. Vaya si lo hay. Piensas que soy una descerebrada que no entiende ni papa del amor. Y es verdad que no he tenido mucha suerte con los hombres, he fracasado muchas veces... Pero te diré que todas esas desilusiones han merecido la pena si han servido de moneda de cambio para lo que he visto hoy. Mi niño, enamorado. ¡Por fin! Y me da igual lo que digas, he visto algo en él en cuanto has aparecido y te lo he visto a ti con esa cara de bobo que has puesto ahora mismo. Y no te agobies ni te pongas raro que yo no digo ni pío. Dame un beso y diviértete, yo me encargo del abuelo.

—Mamá, de verdad, entre nosotros...

—Que sí, que sí.

Me besó la frente, me estrujo los mofletes y se perdió entre la gente haciendo zigzag. Saqué el móvil y miré la pantalla por el rabillo del ojo. Llevaba un rato vibrándome en el bolsillo del pantalón. Tenía cinco llamadas perdidas de César, diez llama-cuelga de Aitor y un wasap de Carlota pidiéndome localización y razón de peso para abandonarlos en mitad de la faena. Activé el modo avión y regresé con César. La noche no había hecho más que comenzar.

Quique

—¿Preparado para conocer los orígenes de Quique Barrios? Te lo advierto, esta noche puede ser un punto de inflexión.

—Me lo he imaginado en cuanto te he visto y me ha venido el olor a morcilla.

—Cállate —le dije, ofreciéndole mi mano antes de meternos en el mogollón de gente que se había amontonado frente al escenario.

Las fiestas de los famosos eran territorios inexplorados para mí. Solo había ido a dos, y ninguna terminó del todo bien. Jefa borracha, estrella del pop dada a la fuga y cameo estelar del novio del chico que me gusta... Borrachera con karaoke, príncipe encantador pasadísimo de vuelta y viral en TikTok. Dos auténticos desastres. Las fiestas del barrio del Pilar, por el contrario, eran lo mío. Por primera vez, desde que César y yo nos encontramos en los tornos de un rascacielos, no sentía la necesidad de esconderme o de ocultar cuál era mi sitio. Me apetecía enseñarle al chico que me gustaba que, a pesar de no ser el rincón más glamuroso del universo, el barrio tenía su encanto y estaba dispuesto a demostrárselo. Lo primero que hicimos fue asistir al concierto de Combo Calada, un grupo local que cantaba rock y tocaba regular. El plan menos romántico de la historia de los planes románticos. La gente bebía minis de cerveza y se pegaba empujones porque era lo divertido, lo que se hacía en las fiestas del Pilar. César y yo también bebimos, dos minis cada uno, pero evitamos los empujones.

—¡Te veo en tu salsa! —le grité para que mi voz sonara por encima de la música.

—Aunque no te lo creas tengo alma de rockero, en el instituto monté una banda con unos amigos y todo.

—¿Otra mentira más, César?

—Es verdad. Nos llamábamos Los Portentos, yo tocaba el bajo y también hacía los coros.

—¿Y qué pasó?

—El primer bolo que hicimos no salió muy bien. No vendimos ni una mísera entrada y decidimos disolver el grupo antes de hacer más el ridículo.

—Y te convertiste en el jefe de Producto más joven de la historia de Louder Music.

—Antes pasaron algunas cosas, pero, a modo de resumen, me vale. —César recibió otro empujón y lo atrapé con los brazos antes de que se cayera de bruces contra el suelo—. ¿Estás bien? Ahora entiendo por qué no triunfaste como estrella del rock...

—No me provoques, Quique. ¿No quieres ver al increíble y rematadamente sexy *Zessar* de Los Portentos?

—¿En serio? ¿Con zeta y dos eses? —pregunté, sin parar de reír.

—¿Sigues riéndote de mí? De acuerdo, tú lo has querido.

César metió la cabeza entre mis piernas y me subió en volandas. Mi primer instinto fue agarrarme a su cabeza de todas las maneras posibles, poniendo las manos en el cuello, en la boca, en sus ojos... Después descubrí un montón de cabecitas a mi alrededor y unas vistas privilegiadas al escenario. Sentí la energía de la música y alcé las manos al aire, olvidándome de todo. También de mis amigos, de la culpa por dejarlos tirados y de las posibles consecuencias si me veían allí pasándomelo bien con César. Me puse a cantar «Resistencia». Creía que nunca antes la había escuchado, pero resultó que me sabía la letra y lo di todo mientras unos centímetros más abajo, unos ojos oscuros brillaban entre la multitud. No por la música, que no era nada del otro mundo, sino por la euforia, la piel de gallina y los nervios. Por las ganas que había entre nosotros.

—¿Pasamos al siguiente nivel? —me preguntó cuando bajé de sus hombros y nuestros labios se probaron en la distancia.

—¿Otro nivel? —Vi que señalaba algo con el dedo. Me giré, alcé la vista y...—. ¡Ni de coña!

—No puedes ir a una feria y no montarte en el barco pirata. Es como ir a Londres y no ver el Big Ben. Es como ir a un hotel de lujo en Los Ángeles, entrar en la habitación del tío que te gusta y no hacer nada...

—César, lo sabes: ni las alturas ni los ascensores ni los simulacros de emergencia ni...

Cinco minutos después, el maquinista cerró la jaula y me agarré a los barrotes con fuerza. Me temblaban las manos y las piernas, del frío y del miedo. Y tenía taquicardias, de las malas, de las que no me dejaban respirar y me obligaban a soltar chorradas por la boca.

—Te odio, no te lo voy a perdonar jamás. En qué momento he dicho que...

Pegué un grito cuando el barco empezó a balancearse.

—Abre los ojos —me pidió mientras me rodeaba con los brazos y pegaba su cuerpo al mío—. No te va a pasar nada, abre los ojos y mírame solo a mí.

Y los abrí.

Y lo miré fijamente.

Y me pillé un poquito más.

—Te voy a dar un beso —lo dijo y lo hizo.

Recuperé el pulso casi normal. Todo lo normal que se puede cuando tienes a César Castellano comiéndote la boca en un barco pirata de una feria.

—Dame otro —le pedí.

—Te voy a dar todos los que hagan falta.

—Entonces podemos montar otra vez si quieres.

El reloj del móvil marcaba las dos menos cuarto. Faltaban quince minutos exactos para que lanzasen los fuegos artificiales. Conocía un lugar que estaba lejos de todo el follón y perfecto para terminar la cita por todo lo alto. Era al otro lado de La Vaguada, justo antes de llegar a la carretera. Detrás de una arboleda había un pequeño campo de fútbol. El típico con su césped y su alambrado. La puerta estaba cerrada con un candado, pero recordaba el hueco que abrió Aitor cuando cumplí dieciocho años. Compró churros con chocolate y a las seis de la mañana, después de toda la noche de fiesta, me hizo subir a una portería para ver el sol escalando por la cara oculta de los edificios de plaza de Castilla. Fue una pasada, aunque no consiguió que se me ablandara el corazoncito. Apenas derribó un par de ladrillos del muro levantado a conciencia. César podía presumir de haberse cargado a martillazos mi fortaleza de yeso y cemento. Logró lo imposible, que lo llevara a ver los fuegos artificiales de las fiestas del Pilar. En plan cita. En plan romántico. En este plan.

—Estás nervioso.

—Ahora entiendo por qué te ha ido tan bien en el mundo de la música, no se te escapa una.

—Me refiero a que estás nervioso como si fuera la primera vez que haces esto. La primera vez que dejas que alguien se acerque tanto a ti.

—Lo es —admití, con la vergüenza asomando por las mejillas.

César se tumbó en el césped y me pidió que me recostase a su lado.

—Quiero contarte algo. De hecho, tengo que contarte un par de cosas.

—¿Ahora? Van a empezar los fuegos artificiales.

—Es importante.

—¿Importante de bueno o importante de malo? Si es malo, prefiero dejarlo para mañana.

—No debería adelantarme y es muy posible que Regina me mate mañana por bocazas, pero después de LOS40 Music Awards van a hacerte indefinido. La idea es que te centres en la parte de *promotion* de tele, radio y prensa. Es un salto importante, lo sabes, ¿verdad? Vas a ser chico Louder Music sin peros.

—¿Hablas en serio?

Me abalancé sobre César al grito de lo «conseguí» y le llené la cara de besos. Lo había hecho, había subido un escalafón en mi carrera interna dentro de la casa de discos más importante del

país. No podía creérmelo.

—Y solo tienes veintitrés años. A este paso me vas a pillar...

—¡No me lo creo! El abuelo Pepe se va a poner loco de contento. ¿Y Eva? Va a flipar. —La dopamina me salía hasta por las orejas, pero algo no terminaba de funcionar. Era Cesar, habíamos dejado de estar en la misma sintonía—. ¿Qué te pasa? ¿Es por la segunda cosa importante? Venga, dispara. Después de esto no hay noticia mala en el mundo que pueda desestabilizarme. ¡Es que estoy flipando!

César cogió mi mano y repasó la línea profunda que iba del dedo meñique al dedo pulgar.

—Quique. —Fue la primera vez que no me gustó cómo sonaba mi nombre en su boca. Cambió la entonación. Los dos nos pusimos de pie y me miró pensativo, buscando las palabras correctas —. A Óscar le han concedido una beca de investigación muy importante en Londres. Es algo por lo que lleva mucho tiempo luchando y la idea siempre había sido irnos los dos si la cosa iba para adelante. Tengo una amiga en la filial inglesa de Warner y tengo un puesto asegurado allí. Sería en el equipo de Producto de Ed Sheeran, Adele, Sam Smith...

Siguió hablando, pero dejé de escuchar. En mi cabeza solo había ruido, frustración y varios «te lo dije». Dieron las dos y lanzaron los primeros fuegos artificiales. Eran rojos y amarillos y explotaron contra el cielo negro de Madrid. La luz atravesó el campo de césped del barrio del Pilar. Era tarde, pero si algún vecino se hubiera asomado a la ventana, se habría fijado en los dos chicos que se miraban sin saber muy bien qué decir y qué hacer. Y solo el vecino más insistente, que de esos había muchos, habría visto que al otro lado, justo en la portería del equipo contrario, otro chico los observaba con los puños cerrados y la boca desencajada por la tristeza. Completamente desconsolado. Habría reconocido a otro vecino del barrio. Habría reconocido a mi amigo Aitor.

«Mis queridos oyentes, si estáis escuchando esto, sabréis que hoy es el único día del año que pido dos barbacoas del Telepizza y compro varias botellas de vino para poder lidiar con el sopor que me provoca la gala de LOS40 Music Awards. Aunque este año es diferente. Las cosas han cambiado y el cartel es el mejor desde que Beyoncé pisó el escenario del Palacio de los Deportes allá por el pleistoceno. Creo que tenía nueve o diez años. ¡Ni me había confesado al cura! Lo que os decía, que me voy por los cerros de Úbeda... Esta edición de LOS40 Music Awards tiene cierto interés. ¿El plato fuerte? La actuación de La Chica del Pop con Sky. Todavía estoy hiperventilando solo de pensar que las dos mujeres encargadas de llevar el peso de la industria en este país, cada una con sus respectivas edades, claro, vayan a protagonizar semejante performance. ¿Lo demás? Bueno, Zoe seguro que hace una actuación cuqui, la típica para salir del paso. Y nos tocará aguantar los berreos de Tommy YUM en algún momento de la noche. Al menos no habrá cuento de hadas. El único príncipe encantador que se va a ver hoy por allí será el del último hit de La Chica del Pop. Dicen las malas lenguas que ahora es *persona non grata* para la radio de los éxitos. Es lo que tiene joder a la gallina de los huevos de oro. Un besito, Lucas. Te echaremos de menos, aunque estarás en nuestros corazones y, sobre todo, en nuestras oraciones cuando cante tu ex».

La Chica del Pop

Entramos al WiZink Center a través del garaje. Dos furgonetas negras bajaron por la rampa y condujeron en línea recta por la planta menos uno. Una mujer bajita y con el pelo corto nos hizo señas con una linterna y aparcamos delante de una cortina que cubría la otra mitad del aparcamiento. Parecía la lona de un circo, muy colorida, y tenía casi la misma función: atenuar el ruido ensordecedor que provenía del otro lado. Faltaban los leones y las panteras, aunque había alguno que otro merodeando tanto dentro como fuera del show.

—¿Qué te pasa, hija? Si quieres damos media vuelta y nos vamos a casa. He traído tres táperes de croquetas y uno de escalivada —me recordó mi madre—. Seguro que aquí nos dan de comer uno de esos caterings pijos que no alimentan. Menos mal que me he echado en el bolso unos nuggets para tu hermano.

Observé a través de los cristales tintados del coche a Quique, a César y a Regina. Mi *dream team*.

—Mamá, si vuelves a mencionar lo de las croquetas te juro que le pido al conductor que dé media vuelta —dije, riéndome—. Pero todo el mundo tiene que saber que tengo a la *mare* más guapa del mundo mundial. Ese vestido de lentejuelas te queda espectacular.

—¿Y yo, tata, voy guapo? —Nico se levantó del asiento para que me fijara en el esmoquin que le había comprado para esta noche de gala. Daban ganas de abrazarlo y no soltarlo durante un mes.

—Tú eres el niño más guapo de Madrid, Barna y todo el universo cinematográfico de Marvel. —Le lanzó a mi madre el muñeco de Capitán América y vino hacia mí—, pero ahora no te puedo coger en brazos.

—¿Por qué? —Sollozó.

—Nico, deja a tu hermana en paz —ordenó mi padre, y añadió—: ¿No ves que es un día importante para ella? A ver si te pones las pilas con el fútbol porque a este paso no hago carrera contigo.

Mi madre lo miró con el ceño fruncido, pero ni dijo ni hizo nada. Se limitó a coger a Nico en brazos.

—Papá, solo tiene cinco años.

—¿Y? O eres claro con su edad o no va a espabilar nunca. Tiene que saber lo que vale un peine. Tú mejor que nadie lo sabes.

—Lo sé tan bien como que ese traje que llevas puesto lo he pagado yo.

—¡Eva! —exclamó mi madre, escandalizada.

Mi padre se quedó callado, asimilando el golpe.

—¿Qué pasa, mamá? No me voy a sentir mal por decir la puñetera verdad por una vez en la vida.

Abrí la puerta de la furgoneta y puse en práctica las tres últimas lecciones que había compartido conmigo Luisana Tirelli: «Pon una sonrisa radiante que exprese simpatía, pero no demasiada. Mantén la cabeza lo más alta posible, que no vean que dudas en ningún momento. Y anda con paso firme. Súbete a unos tacones de reina y contonéate. Sé la diva que sos. Sé la diva que quieren esos muertos de hambre que seas».

—¿No me vas a decir lo guapa que voy? Porque yo sí te voy a decir que estás... ¡increíble! Te daría un montón de besos, pero estropearía el maquillaje y las Tres G me matarían.

—Estás espectacular, amiga.

Quique se inclinó, cogió mi mano y la besó.

—Vamos, vamos. Dejaos de tonterías —soltó Regina, masticando un chicle que llevaba en la boca—. De hoy no paso. ¡De hoy no paso!

—Es un día importante. ¿Estás preparada? —César parecía el típico modelo de pasarela con ese esmoquin. O el típico actor de Hollywood que hace películas de acción. El típico guapo, supongo—. Nosotros lo estamos, ¿verdad?

Quique retiró su mirada de César, como dolido, y su boca se quedó en una línea recta e inexpresiva.

—¿Estás bien? —le pregunté a Quique—. Dime que sí porque hoy te necesito más que nunca. Lo sabes, ¿verdad?

—Todo está perfecto, no te preocupes —contestó César en su lugar—. ¿Pasamos al photocall? Todo el mundo te espera.

—¿Y mi familia?

—Regina se encarga de acompañarlos a su mesa, Quique y yo nos quedaremos contigo todo el tiempo.

Agarré a Quique de una mano y a César de otra. Tenía a mi familia esperándome entre el público y al *dream team* a mi lado en la que iba a ser la noche más importante y decisiva de mi vida. ¿Qué más podía pedir?

—Estoy preparada, cuando queráis.

Y el show dio comienzo. La primera parada obligatoria de LOS40 Music Awards, y terreno pantanoso para cualquier artista, era el photocall. Se me secó la boca al ver unos focos enormes alumbrando una alfombra roja kilométrica. Daba la vuelta entera y había fotógrafos, reporteros y famosos por todas partes. Solo desde donde yo estaba, veía a Pedro Almodóvar, a Shakira y a un actor de *Bienvenidos a Edén* con el que me había mensajado por Instagram la noche anterior. Quique también me chivó al oído que Rosalía había preguntado por mí. La verdad es que me entró un poco de flojera en los tobillos al escucharlo. Demasiadas emociones en un periodo de tiempo tan corto.

—¡La Chica del Pop! —anunció un chico vestido de negro mientras alzaba una pizarra con mi nombre.

Un murmullo se extendió entre los fotógrafos y pusieron las cámaras a punto para tirarme todos los flashes.

—Ni se te ocurra soltarme la mano, Quique Barrios —le rogué.

—Estás lista, Eva.

—¿Y si me desmayo? ¿Y si hago el ridículo?

—No te va a pasar nada. Y si te caes, o te desmayas, o te da un parraque, iré corriendo y te

ayudaré a levantarte. También obligaré a esos fotógrafos tristes a borrar las fotos en las que no salgas espectacular, aunque creo que hasta tirada en el suelo y dormida saldrías increíble.

—Lo dices por decir.

—Lo digo porque eres La Chica del Pop y estoy muy orgulloso de ti. No te lo digo nunca porque no quiero parecer un fan histérico que le suelta a su artista favorita cada día lo bien que lo hace todo, pero es así. Lo pienso. Así que arremángate ese vestido y déjalos con la boca abierta. Si lo consigues, todo lo demás será pan comido.

—Quique...

Me dio un abrazo y los dos aguantamos la emoción en los párpados.

—Venga, no les hagas esperar.

Los flashes de las cámaras se dispararon en cuanto puse un pie en la alfombra. Me coloqué sobre la cruz pegada con esparadrapo y posé lo mejor que pude. Al principio me sentía ridícula, una muñeca de trapo fea y sin gracia. Me temblaba el labio inferior y no paraba quieta. Pero los fotógrafos seguían tomando fotos. Les daba igual qué cazar en ese minuto y medio de tiempo que tenían para conseguir la mejor instantánea. De modo que cerré los ojos, presioné el botón de *on* y dejé que La Chica del Pop tomara el control. Ella tenía más experiencia que yo acerca de la sonrisa que mejor quedaba en cámara. Era carismática y sabía transmitírselo al objetivo. Y funcionó, todo el mundo estaba con la boca abierta. Solo faltaba actuar, ganar un premio y dar un discurso delante de las personas más importantes de la industria musical de aquí y de fuera. Y me daba igual. Nunca antes me había sentido tan segura de mí misma.

Quique

Caminé despacio sin quitarle ojo a La Chica del Pop mientras guiaba sus pasos con cuidado por la alfombra roja de LOS40 Music Awards. Un pie delante del otro, y el vestido bien subido para no pisarlo. Un paso en falso y saldría en las portadas de los digitales y sería tendencia en TikTok. La tiranía de las redes sociales. Me prometí a mí mismo que no dejaría que a Eva le pasase lo que a Escarlata en la gala de 2017. Todavía recuerdo los titulares que dejó su aparatosa caída: «Promesa del urbano se descalabra en su primera alfombra de LOS40 Music Awards». «La nueva estrella de la música urbana recoge el premio a Mejor Artista Revelación ensangrentada». «¿Sangre o mermelada? El montaje más escandaloso en los Premios 40». En la edición siguiente, la de 2018, Escarlata agredió a un reportero por burlarse de ella y terminó en un calabozo de Tres Cantos. Para evitar cualquier percance, me puse el disfraz de guardaespaldas y me convertí en la sombra de La Chica del Pop. Y luego estaba César, que se transformó en la mía, cómo no.

—¿Hablamos o prefieres seguir comportándote como un adolescente insufrible?

—Estoy trabajando —dije.

—De puta madre, has decidido comportarte como un adolescente insufrible.

—*Thanks for the compliment*. ¿Se dice así? Supongo que en Londres te pedirán el C1 por lo menos. Y seguramente necesites sacarte el C2 para entender a Ed Sheeran, es del norte y tiene un acento jodido.

—Muy maduro por tu parte, Quique.

Avanzamos por la alfombra cubriendo las pisadas de La Chica del Pop. Saltó de los fotógrafos a un grupo de niños que llevaban puestas unas camisetas con la letra de «Platónicos» grabada por delante y por detrás. Eva pintarrajeó su firma sobre la tela blanca y se hizo unas selfis.

—«Y dejar de ser platónicos (y mirarte y sentirte)»... —canturreé de manera inconsciente.

—Creo que en el hotel de Los Ángeles nos pasamos de mirarnos y sentirnos —bromeó César.

—Solo estaba..., es la canción de... —me justifiqué—. Da igual, pasa de mí.

—No voy a dejarte en paz hasta que tengamos una conversación como dos personas adultas, tú decides.

—¿Yo decido? Está bien, hablemos. —Tiré a César de la manga de la americana y salimos al garaje—. He aguantado muchísimo tiempo y cuando... —busqué una frase que no me delatase con tanta facilidad—, cuando he dejado que te acerques un poquito, ¿me sueltas que te vas con tu novio a Londres? Es verdad que no tengo ni idea de relaciones, pero estoy convencido de que así no funcionan las cosas.

—¿Tú y yo tenemos una relación?

—Claro que no, pero...

—Pero...

—Pero ¡deja de mirarme así!

Me aparté de César y me senté sobre el capó del único coche que había aparcado.

—¿No te has planteado en ningún momento que tal vez no quiera irme a Londres? ¿No has pensado que, quizá, no quiera seguir con Óscar, que no desee ese trabajo por mucha estrellita peripuesta que haya? ¿No se te ha pasado por la cabeza que, quizá y solo quizá, me apetezca quedarme en Madrid, para estar contigo?

Sufrió una parada cardíaca. Bueno, no tanto, pero juraría ante un tribunal médico que el corazón se me paró durante unos segundos. Creo que nunca en mi vida había sentido tanto vértigo como en ese momento. Ni la vez aquella que me quedé encerrado en el ascensor con La Chica del Pop ni con la parodia de *Titanic* que protagonizamos César y yo en la terraza del estudio Paul McCartney. Como me desarmó por completo, tomé el camino más fácil, el camino de siempre.

—Tengo que irme, lo siento.

Y salí corriendo.

Una barrera de cinta me separaba de veinte micrófonos. Había de todos los colores y de todas las formas posibles. Parecían inofensivos, pero mordían de lo lindo. No los temía a ellos, sino a las personas que se escondían detrás y lanzaban preguntas sin ton ni son. Había de dos tipos: las cómodas y las incómodas. Las del primer tipo tenían que ver con la música: el disco, la amistad con Sky, el debut en LOS40 Music Awards... Regina las llamaba «las preguntas oportunas que nos gustan». Las del segundo tipo eran las peligrosas, las *red flags*.

—Estás guapísima, Eva. Has pasado por la clínica de Carla Barber, ¿verdad? —preguntó una periodista bajita y con gafas.

—¿Por una clínica? ¿Te refieres a si me he puesto labios? —pregunté, divertida.

—Y bótox..., y pecho también, ¿verdad?

—Me encantaría decirte que sí, pero todo es culpa de mi maquillador, Gonzalo.

—Sí, claro —murmuró la reportera.

—Chica Pop, estoy en directo con *Viernes Deluxe*. Jorge quiere saber cuánto te costó el chalet en Fuente del Berro.

Regina refunfuñó y taladró al periodista con su mirada.

—No me gusta hablar de dinero, pero aprovecho para deciros que esa casa no es de mi propiedad. Estoy de alquiler.

—Qué mentirosa... —soltó otra voz de fondo.

Quique elaboró «un plan de contingencia». Quería que estuviera preparada para unas cien preguntas malintencionadas. Pero nunca me preparó para esto.

—Eva, para *Europa Press*, ¿cómo te sentirías si te reencontraras con Lucas Risu después de todo lo que ha pasado? ¿Te sería difícil verte las caras con él esta noche? —me preguntó un periodista, muy serio.

—No tendría ningún problema en coincidir con él, los dos somos personas adultas. De todas formas, por lo que tengo entendido, no va a venir. Creo que se ha ido a Miami por trabajo, aunque no me hagáis mucho caso. —Reí sarcástica.

«Qué horror de risa».

—¿No es ese que está allí? —preguntó el mismo reportero—. ¿La mujer con la que va no es tu representante? Luisana Tirelli, ¿cierto?

—Ex..., exrepresentante —maticé.

Lucas Risu y Luisana Tirelli desfilaron por el mismo trozo de alfombra que yo. Lo hicieron adrede. Conocía demasiado bien a Luisana como para saber que aquello no era ninguna coincidencia. Esperaron con mucha paciencia a que tuviera todas las cámaras del mundo encima

para pillarme desprevenida y dejarme con cara de tonta delante de los medios de comunicación. La imagen del millón, y ellos saliendo de rositas. Luisana, incluso, me lanzó un beso en el aire.

Quique

—¿Cómo que no tengo sitio? Se supone que iba a poder estar aquí. Eva está a punto de salir y...

La mesa estaba cubierta por un mantel blanco y decorada con flores de plástico. La rodeé y busqué insistentemente un cartel con mi nombre.

—Tendrás que buscarte una silla en otra mesa —dijo César, malhumorado—. Pero no salgas corriendo, hay gente importante y no querrás que te tomen por una persona poco seria.

—Esto..., yo solo quiero ver la actuación de Eva...

—¡Chisss, chisss! En el camerino hay una televisión y han puesto un catering delicioso. Hay sándwiches, tortilla de patatas y humus. Hasta un par de botellas de vino. Espera allí, ¿vale? —Regina, como siempre, dándome instrucciones. No daba crédito a lo que me habían hecho. Yo creía que formaba parte del equipo... y parecía que no era así.

—Seguro que también hay alguna de Champín —soltó irónico César.

—Tranquilo, sé apañármelas yo solito —dije, alzando la voz.

Genial, todos nos miraban.

—Eso ya lo sé.

—Madre del amor hermoso, ¿qué mosca os ha picado a vosotros dos? Dejad de comportaros como dos niños hiperactivos y maleducados antes de que Carlos decida que no tiene otra cosa mejor que hacer que pavonearse delante de esa, ejem, señorita —susurró Regina, alzando la copa para proponer un brindis a la mujer escotada que tenía enfrente. Se metió dentro, sin pensárselo, cada mililitro de vino—. César, vamos a tener la fiesta en paz. Y tú, Quique, al camerino. Ya hablaremos más tarde.

—¿Al camerino? ¿Yo solo?

Regina se encogió de hombros y se metió en la conversación de Chiara Ferragni y Rosalía.

—César, yo...

—Que disfrutes de la gala.

Las luces del WiZink Center se apagaron y el público enloqueció de emoción. La voz profunda y perfectamente modulada de Tony Aguilar se coló por los altavoces:

—Bienvenidos y bienvenidas a la decimoséptima edición de LOS40 Music Awards. Con todos ustedes, un prodigio de nuestra música, la chica que ahora mismo lo es todo. Con todos ustedes... ¡La Chica del Pop!

Sonaron las primeras notas de «Platónicos» y una luz atravesó el recinto hasta el escenario. Yo

solo la vi de perfil, casi como un destello. La gente se puso en pie, dándome la espalda. Nadie se dio cuenta de que estaba allí detrás, solo y sin poder presenciar un hito en la historia del pop, sin poder ver cómo mi amiga brillaba como una verdadera estrella planetaria.

Quique

Entré en el camerino de La Chica del Pop y me dejé caer sobre el sofá. Apagué el televisor con el mando a distancia y me quedé a solas conmigo y mis pensamientos. Le había cogido el gusto a eso de torturarme desde que cometí la estupidez de convertirme en el personaje de una película romántica homosexual y básica. Sin final feliz, claro. Era un Barrios, ¿a qué otra cosa podía aspirar? Un Barrios y un estorbo para Regina. Otra vez. ¿Y por qué me daba igual? ¿Por qué me comportaba como si no me molestase volver a ser el becario al que solo llamaban para traer los cafés? ¿Por qué no me importaba estar encerrado solo en un camerino sin ver a La Chica del Pop brillar en su puesta de largo? ¿Estaba madurando, quizá? Salí un poco del bucle cuando mis ojos repararon en el body rosa de licra que había colgado en una lámpara de pie. Iba a juego con unos guantes largos y unas botas altas. Me fijé en la etiqueta que colgaba del vestido: «Look n.º 2: Estrella planetaria». Después salí para ver si me había equivocado de camerino, pero el letrero de la puerta lo dejaba bien claro: «Uso exclusivo para La Chica del Pop y su equipo».

—¿Qué pasa, chico? ¿Te has perdido?

—No, solo he salido a mirar... —Me quedé mudo cuando giré la cabeza y encontré a Sky parada en la puerta de su camerino—. ¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca. ¿Hay cerveza en tu camerino? —preguntó.

—Creo que sí...

Pasó por delante de mí y se coló en el camerino de La Chica del Pop con cuidado de no perder el equilibrio. Abrió una lata de cerveza, la vació en el minuto que tardé en asimilar que acababa de quedarme a solas con ella y se tumbó en el sofá con las piernas abiertas y mostrándome sus encantos.

—Estás borracha como una cuba —le dije de pronto y sin la menor preocupación por sonar borde o parecer que no le hablaba con el respeto que merecía una artista de su categoría.

¡Le hablé mal a la *fucking* Sky!

—¿Yo estoy borracha? Tú estás borracho.

—Ojalá lo estuviera, así no tendría que ver a una de mis cantantes favoritas en un estado tan lamentable.

—¿Tu cantante favorita? Oh, qué lástima. ¿No me digas que eres uno de esos fans que lloran cuando su estrella se apaga para siempre? No me hagas reír, por favor. ¿Acaso luzco como una?

—Ahora solo pareces una borracha que se tira la tarde bebiendo en la barra de Santibáñez. La Sky que yo conocí...

La cantante se incorporó y me pidió otra cerveza. Se la di.

—¿La Sky que conociste? ¿Dónde, chico? ¿Alguna vez hemos cenado juntos? ¿Has estado en mi casa? ¿Has conocido al cerdo de mi exmarido? ¿Qué sabes tú de mí? Mejor aún, ¿por qué crees conocerme?

—Sé que naciste en Valencia, pero que a los tres años te mudaste a Madrid porque a tu padre le ofrecieron un trabajo en una empresa importante de renovables o algo que tiene que ver con el cambio climático. No me acuerdo muy bien. Sé que ganaste un programa con la canción «Hijo de la luna» de Mecano. Al principio quisiste ir por tu cuenta, y te fue increíble, pero terminaste por firmar tu primer contrato discográfico al poco tiempo. También sé que la compañía no quiso publicar *Flores marchitas* y tuviste que esperar a ser la fucking Sky para hacerlo. Fue tu segundo álbum, así que no fue mucho.

Paré al escuchar su risa.

—No sabes más de lo que dice mi página de Wikipedia, y no todo es verdad. Nací en Madrid. Mis padres y mis abuelos eran madrileños. He vivido toda la vida en Madrid, pero supongo que se inventaron lo de Valencia para que mis orígenes no fueran una obviedad. Menudos capullos. Lo de *Flores marchitas* sí es verdad. Ese me costó sudor y lágrimas, ese sí que merecía la pena. Lo guardé en un cajón muchos años y cuando me vi con cierto estatus..., ¡zas! Lo filtré y se lo tuvieron que comer con patatas.

—Espero que a ese jefe de Producto lo pusieran de patitas en la calle porque menuda cagada. —Se rio de nuevo, esta vez más fuerte—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Ese cenutrio sigue aquí, entre nosotros. De hecho, está en lo más alto de la cúspide de la cadena alimentaria. Es el lobo alfa.

La bombilla se encendió solita y lo vi con una claridad meridiana.

—¿Carlos... Carlos Mata?

—El mismo, pero con veinte años menos. No estaba tan gordo y, la verdad sea dicha, solía tener mejor humor, pero así es. El mismísimo Carlos Mata. Un hombre que parece no tener escrúpulos, pero nadie sabe que, de verdad, no los tiene. —Sky apuró el último trago y aplastó la lata de cerveza—. Me has caído bien, te voy a contar lo que no pone ni en mi página de Wikipedia ni en la suya. ¿Sabes que me obligó a eliminar *Flores marchitas* de la faz de la Tierra

para que su mujer no sospechara que tuvo una amante que no había cumplido los dieciocho? Lo que pasa es que una tiene sus recursos. ¿Sabes que me obligó a abortar por si el bebé salía con sus inconfundibles ojos de sabueso? Ahí, lo admito, me hizo un favor. ¿Sabes que me obligó a drogarme antes de cada concierto de mi primera gira porque decía que era lo mejor para los nervios? Tan solo era una cría...

—Entonces ¿él es el hombre del que hablas en *Flores marchitas*?

—Así es.

—Lo siento... No sabía...

—No lo sientas, chico. No pasa nada, está más que asumido, pero no te enfades conmigo solo por descubrir que la artista a la que has seguido durante tanto tiempo también tiene sus propios problemas. Todos los tenemos, estemos donde estemos. Arriba, abajo o en el centro de la diana.

—Hizo una pausa para reponer fuerzas—. ¿Crees que no me acuerdo de ti?

—¿Te acuerdas?

—Admito que no tengo ni la más remota idea de cómo te llamas, pero sí, te recuerdo en Los Ángeles, iba lo bastante sobria como para acordarme de lo que pasaba a mi alrededor. Además, ese hueco que tienes entre las paletas de los dientes es inconfundible, una buena seña de identidad. Aunque, en realidad, para serte sincera del todo, me acuerdo de ti porque una, a sus cuarenta y un años, sabe muy bien cuándo la juzgan y cuándo la espían desde detrás de la puerta de un baño de señoritas.

—Te juro que solo quería hacer pis... y te escuché... Yo solo quería..., pero...

—Pero viste a tu ídolo haciendo lo que no tenía que hacer.

—Más o menos.

—No será lo peor que veas en este mundo, chico. Vas a ver cosas peores o..., espera, espera. —Sky se incorporó y me miró fijamente a los ojos—. Ya has visto cosas, ¿verdad? No todas, eres demasiado joven para ver la mierda que hay debajo de esta alfombra de terciopelo, pero ya se te ha caído la venda. Puedo ver en tus ojos la decepción. Me alegro, eres joven y pareces un chico inteligente.

—Lo único que quiero es que a Eva no le pase lo mismo. No quiero que le pase...

—¿Lo mismo que a mí? Ya es tarde para tu amiga. ¿Por qué te crees que fui a buscarla a la puerta de su casa? ¿Por qué monté todo el follón de Los Ángeles? Solo quería ver si todavía estaba a tiempo de salvarla, no de ese chulo que le rompió el corazón, sino salvarla de todo esto, de las manazas de Carlos. Esa chica tiene talento, me recuerda a mí en mis inicios, pero ya no hay nada que hacer... ¿Sabes lo que me ha dicho tu amiguita cuando me ha visto con una cerveza en la mano? «Métete lo que quieras, pero no me jodas la noche». Y se ha quedado tan ancha... Siento decirte que en esos ojos tan bonitos que tiene queda poco de la inocencia del principio. Y solo es cuestión de tiempo. Primero alejará a las únicas personas que han estado ahí

siempre y después... —señaló la lata de cerveza— vendrán los vicios que la destruirán de por vida.

—Eva solo está confundida, le han pasado muchas cosas en las últimas semanas, pero va a poder con todo esto, lo sé. Yo la voy a ayudar.

—¿Vas a sacrificarte por ella?

—Claro que sí, es La Chica del Pop.

—Muy noble por tu parte, pero hazme caso y, sobre todo, hazte un favor a ti mismo: vuelve al mundo real antes de que este te arrastre y te despelleje enterico para después echar las sobras a las alcantarillas y que se las coman las ratas. Para La Chica del Pop es demasiado tarde, pero tú todavía estás a tiempo de salvarte.

—No voy a dejar que eso pase.

—¿Seguro? Tic-toc; tic-toc, Chico Pop. La cuenta atrás ya ha comenzado.

Giré el pomo de la puerta y me quedé de pie pensativo, escuchando las manecillas de un reloj imaginario que marcaba la cuenta atrás para salvar a La Chica del Pop. «Corre, Quique. No hay tiempo». Y es lo que hice. Salí del camerino y antes de cruzar el umbral de la puerta vi por el rabillo del ojo a Sky, que sonreía frente al espejo, levantando la lata de cerveza a modo de brindis.

—Todavía hay esperanza —dijo antes de caer redonda sobre el sofá.

Quique

Salí corriendo por el WiZink Center en plan príncipe en busca de princesa en apuros, solo que sin la tensión sexual no resuelta ni el final con las perdices y todo ese cuento absurdo. Bien de épica y testosterona. Mi único propósito era contarle a La Chica del Pop que la artista con la que pensaba salir a cantar al final de la noche dormía borracha en su camerino. Y quizá, también, mencionar que el tío que nos mandaba era peor persona de lo que habíamos imaginado. Una versión más oscura y fea del monstruo de las galletas. Quería confesarle que me estaba pillando del todo de su jefe de Producto, omitiendo, por supuesto, que tuvimos una noche de sexo salvaje en Los Ángeles y una cita muy romántica en el campo de césped de mi barrio, beso en el barco pirata incluido. Hubiera omitido el detalle del novio y su inesperada nueva vida en Londres. Me hubiera gustado decirle que por ella, por *esto*, había dejado de lado a las personas más importantes de mi vida. A mis amigos de siempre, al abuelo Pepe y a la insoportable de Isabel, mi madre.

Salí corriendo a buscar a mi amiga porque quería mirarla a los ojos y ver que era la misma chica con la que me quedé encerrado en el ascensor seis meses atrás. Ingenua, pero echada para adelante. Carismática, pero sin la careta de diva. Salí corriendo porque quería comprobar que detrás de La Chica del Pop había una joven normal y corriente que se llamaba Eva y venía de un pueblo pequeñito de Barcelona. Me hubiese encantado decirle todas estas cosas.

Encontré a Eva en el *backstage*. Bajó por las escaleras protegiendo entre sus brazos el premio a Mejor Canción por «Platónicos». La esperaban César, Regina, Carlos Mata y como cinco señores con corbata que no había visto en mi vida. Me dirigí a ella con decisión, pero dejé de andar cuando vibró el bolsillo derecho de mi pantalón. Al ver quién me llamaba, cogí el teléfono a toda prisa.

—¿Abuelo? ¿Abuelo estás bien?

—Hijo, he tenido un tropezón —dijo con la voz entrecortada.

Me temblaba todo el cuerpo.

—Abuelo, ¿qué te pasa?

—No tendría que llamarte, y me da mucho apuro, pero... me he caído al suelo y no hay manera de levantarme. No sé dónde he puesto el garrote y tu madre no me coge el teléfono... No te enfades con ella, le había dado la noche libre y se habrá despistado.

—Joder, joder y joder. Pero ¿estás bien? ¿Te has hecho daño? ¿Te has dado algún golpe en la cabeza?

—Solo en la pierna, no es mucho, pero... lo siento por estropearte la noche, hijo. De verdad que no quería... —lo escuche sorberse los mocos y se me cayó el mundo encima. Me aplastó como una pared de hormigón de trocientas toneladas.

—Ahora mismo voy para allá, ¿vale? No te preocupes.

Eva me miraba con el ceño fruncido, seguía con el premio en los brazos, como si temiese que se lo fueran a arrancar de los brazos.

—¡Te parecerá bonito! ¿Dónde te has metido? Me dijiste que ibas a estar conmigo en el photocall y ha sido horrible. ¿Sabes que Lucas está aquí? Y ha aparecido justo cuando estaba con esos periodistas horribles, ¡y con Luisana! Se va a enterar ese capullo —dijo Eva, aferrándose al trofeo—. Y Sky lleva una tajada buena. ¿Cómo va a salir a cantar? Vamos a hacer el ridículo por su culpa. ¿Puedes ir al camerino para vigilarla? Tengo que...

—No puedo. Tengo que irme ahora mismo, pero antes debo contarte una cosa. Es muy importante que me escuches.

—¿Irte? ¿Adónde?

—El abuelo Pepe, necesita...

—Quique, ¿me has escuchado? Lucas está aquí.

—Lo sé, lo sé, pero mi abuelo se ha caído, mi madre está desaparecida y tengo que irme a casa. Seguro que me da tiempo a volver para la siguiente actuación, pero ahora escúchame, es muy importante lo que te tengo que decir.

—No digas tonterías, seguro que está bien. Vamos al camerino y me cuentas, ¿vale? —Eva dio media vuelta y siguió hablando—. Vas a flipar con el body que me voy a poner. Es superatrevido y me queda bastante bien.

Si hubiese sido creyente como Regina, habría contado en mis memorias que la señal apareció como la divina providencia en LOS40 Music Awards, entre una humareda que olía a algodón de azúcar y luces de neón. Pero no fue así, fue más simple y me hizo daño. Lo vi en el gesto de su boca, el mismo que ponía yo después de comer una cucharada de la crema de espinacas de mi madre. Esas de un verde sospechoso, con tropezones y un regusto desagradable. Y lo vi en sus ojos azules. Eran más oscuros y me miraban de una forma menos amable y más como lo hacían los demás, sin cariño y sin corazón.

—No, no voy a ir contigo—dije.

Hubo una pausa dramática. Si no fuera por el ruido atronador proveniente del escenario, habiéramos sufrido un silencio largo e incómodo.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —Carlos Mata se acercó a nosotros y chocó las palmas de las manos con fuerza.

—No te preocupes, Carlos. Yo me encargo. —Corrió tras él César.

—Que Dios nos asista —imploró Regina. Ella mejor que nadie conocía las mil y una caras de Carlos Mata y sabía la que se me venía encima.

—¿Le estás diciendo que no a La Chica del Pop? —preguntó, dirigiéndose al grupo de personas que lo escoltaban. Todos se rieron a carcajadas—. ¿Un mocosito diciéndole que no a una estrella de la música? Lo que me faltaba por ver. Esto en mis tiempos no pasaba.

—Carlos, tranquilo, él solo... —intentó Eva.

—Quique, ven conmigo —me pidió César.

—Para el carro, guaperas. No se va a ninguna parte y Eva, querida, no lo defiendas. Este amiguito tuyo no es tan bueno como parece. ¿Sabes que le mandé a Los Ángeles para espiarte? —Ella abrió la boca, confundida—. Lo hice por ti, ya sabes lo mucho que me preocupo por ti. Quería ver lo leal que era y demostró ser otra sanguijuela. Traicionar a una amiga a cambio de un viaje gratis a Hollywood, te parecerá bonito.

—Eva, no es así. No exactamente. Yo solo quería...

Sentí la frialdad en la mirada de mi amiga.

—¿Es verdad lo que dice? ¿Me espiaste?

—No, todo esto es por Sky. Escúchame, por favor. Deja que te explique.

No sabía lo que pesaba un planeta, pero se me vino el mundo encima al ver que todos me miraban y no me gustó la forma en la que lo hacían las personas que me importaban. Regina no era capaz de articular palabra y en sus ojos había pena. César discutía acaloradamente con Carlos Mata sin quitarme ojo, angustiado. Le dolía verme expuesto de aquella manera. Y Eva...

—Por eso estabas tan raro cuando volvimos de Los Ángeles. Por eso.

—Por eso y por César.

Y saltó la liebre.

—¡Lo sabía! Lo intuía, pero me hubiera gustado que me lo hubieras contado. Cualquiera de los dos —dijo—. Las personas en las que más confío no confían en mí, estupendo.

—Eres muy injusta. —César se puso entre Eva y yo.

—¡Basta ya de gilipolces! —gritó Carlos Mata—. No sé qué cojones está pasando, pero tú, muchacho, mueve el culo y tira con Eva al camerino o hasta la Conchinchina si hace falta. ¿Entendido? La gala sigue adelante y los mayores tenemos asuntos que atender.

El estatus de La Chica del Pop cambió esa noche. Pasó de ser la artista emergente que no

elegía sus canciones a la princesa heredera de la casa de discos número uno. Y nadie le decía que no al valor máspreciado de la industria. Todos, claro, menos el nieto de Pepe Barrios.

—No, he dicho que me tengo que ir a casa y me voy a casa.

—¿Cómo te atreves? —preguntó Carlos Mata, con los ojos que se le salían de las órbitas.

Di un paso hacia La Chica del Pop.

—Me hubiera gustado llegar hasta el final contigo, de verdad que sí —le dije.

Entonces di una vuelta de ciento ochenta grados y salí del WiZink Center para siempre.

Carlota abrió la puerta del coche y el abuelo Pepe se dejó caer sobre el asiento del copiloto con torpeza. Le echó una mirada endemoniada a Aitor cuando le devolvió el bastón de madera. Odiaba que la gente le recordara que lo del pelo canoso, las cien pastillas diarias y el tembleque en la pierna tenía que ver con sus ochenta años. Odiaba que la vida le mandase de vez en cuando un recadito de parte de algún ente supremo en forma de caída aparatosa después de una subida de tensión. Raquel, Aitor y yo nos apretujamos en el asiento de atrás. Ninguno de los tres éramos de cadera ancha, pero el coche de la madre de Carlota era lo que era: un Peugeot viejo e incómodo que olía a tabaco y solo admitía casetes antiguos.

—Aitor, bebé, ¿puedes cerrar las piernas? Todos sabemos que tienes los huevos enormes, pero a Quique y a mí nos gustaría tener un poco más de espacio.

—Por favor, no grites. No soporto esa voz gritona que tienes. —Aitor, como de costumbre, no estaba de humor. Le hizo un corte de mangas a Raquel y apoyó la cara sobre la ventanilla del coche—. Además eres la menos indicada para hablar. *Eso* que te has puesto huele horrible. ¿A quién se le ocurre perfumarse para ir a urgencias?

—¿Horrible? —preguntó Raquel superindignada—. Es la nueva de Yves Saint Laurent, pero no voy a perder mi valioso tiempo en explicarte los complementos de calidad que necesita una mujer hecha y derecha como yo. ¿A que huele bien, Pepe?

Cacé al abuelo Pepe por el espejo retrovisor. Abrió los ojos y le dedicó una sonrisa a mi amiga para que se callara. Opinaba lo mismo que Aitor.

—Sois un par de insoportables y me niego a estar escuchándoos todo el camino.

Carlota encendió el radiocasete para poner algo de música. Moví el cuello con disimulo para ver la frecuencia que aparecía en una pantalla diminuta: 98.2... 99.0... 99.9...

—¡Para ahí y sube el volumen! —grité.

«¡¡¡La Chica del Pop, primera cantante femenina de la historia de LOS40 Music Awards que gana los premios más importantes de la noche: Mejor Canción, Mejor Videoclip y ahora también Mejor Artista!!! Vamos a callarnos que estamos todas muy nerviosas y queremos escuchar a la nueva reina todopoderosa, ¿verdad?».»

—¡Espera, no lo quites! —le grité a la pobre Carlo...

«No sé qué decir, estoy muy nerviosa. Esto es demasiado fuerte... Vale, ejem, voy a intentar decir algo con sentido. —Se escuchan aplausos y vítores de fondo—. Sé que estas cosas van de dar las gracias y, además de dárselas a mis padres y a mi compañía de discos, quiero dárselas a dos hombres. El primero está por aquí y lo conocéis todos... Gracias Lucas por darme un primer amor maravilloso y un mal de amores muy rentable. —Se escuchan risas y más aplausos—. Sin lo que me hiciste, lo bueno y lo malo, no podría haberme subido nunca a este escenario a cantar esas dos canciones. Te deseo lo mejor, aunque siempre un poquito peor que a mí, más o menos como hoy. —La gente del público se descojona—. Y quiero darle las gracias a una persona que...».

Carlota giró la rueda del radiocasete y calló a La Chica del Pop sin preguntarme antes.

—¡Carlo! ¿Sabes que estuve tres días sin hablarle a mi madre la última vez que hizo eso que acabas de hacer tú?

—Tampoco creo que note mucho la diferencia con los últimos meses —dijo, manteniendo la vista fija en la carretera.

—Yo..., solo es por trabajo...

Aunque, desde esa noche, ya no tenía un trabajo en Louder Music. Me había convertido en un apestado, en el enemigo público número uno del mundo de la música.

—Sí, todo es por y para la Chica Pop, Chica Pop y Chica Pop. ¿Por qué no probamos a sacar otro tema de conversación? Empiezo yo, a ver qué se me ocurre... Ah, listo. ¿Por qué no nos hablas de que tienes un novio, ojo, Quique Barrios con novio, y no le has contado nada a tus amigos de toda la vida? Al menos así tendrías excusa por lo malqueda que fuiste en las fiestas.

—¡No es mi novio!

—Vale, probemos con otra cosa. A ver qué se me ocurre... —Carlo agarraba el volante con fuerza—. Se han agotado las entradas para la muestra de Aitor de mañana. ¿A que no has comprado la tuya?

—Eres injusta... «Mierda, no tengo entradas».

Esas tres palabras desencadenaron una rebelión en el interior del Peugeot de la madre de Carlota con el abuelo Pepe de testigo. Sabía que mis amigos, los del barrio del Pilar, los de toda la vida, me tenían ganas, pero no imaginaba que tantas.

—¿Ella es la injusta? Manda huevos. —Aitor tenía la escopeta cargada y no iba a desaprovechar la oportunidad de lanzarme un dardo—. ¿Qué pasa, que La Chica del Pop no tiene coche? ¿Ese pijo guaperas no te puede llevar en su moto al hospital?

—¿Sabes que Raquel y su novio se están planteando irse a vivir juntos? No, claro que no. ¿Sabes que Aitor va a volver a poner cañas en Santibáñez para poder pagarse un curso de

interpretación como Dios manda? Tampoco. ¿Acaso te has dignado a visitar mi casa? Ni te has molestado en preguntar.

—¿Eso es verdad? —les pregunté.

Raquel no dijo nada, tan solo asintió con la cabeza. Aitor, por su parte, ladeó la cabeza con resignación y lidió con el dolor que sentía en silencio.

—Tienes un trabajo muy guay, Quique. Me parece estupendo que te quite mucho tiempo y que hayas hecho nuevos amigos, pero si no puedes estar en los días importantes, al menos saca un minuto de tu día para hablar por el grupo de WhatsApp o danos un toque. Lo de La Chica del Pop está muy bien, pero creo que nosotros también merecemos un poquito de atención por tu parte. —Carlota frenó de golpe en un semáforo y cogió aire—. Perdona, abuelo Pepe.

—Tranquila, hija. Las cosas mejor fuera que dentro —dijo el abuelo, estrechándole la mano a Carlota con cariño.

Apreté tanto la mandíbula que me hice daño. Sentía frustración por tener que tragarme las palabras, por no tener ni ganas ni fuerzas para contarles que todo ese mundo que ellos veían con escepticismo se había desmoronado. Al menos para mí.

—Lo siento. Lo siento de verdad —dije simplemente.

El abuelo Pepe y yo entramos en urgencias. Se sentó en una silla de ruedas y recorrimos un pasillo deprimente hasta la sala de espera.

—¿Quieres un caramelo, Enrique? —El abuelo Pepe sacó del bolsillo una bolsa de plástico llena de mentolados. No salía de casa sin ellos.

—No me apetece, gracias.

—¿Y hablar te apetece? ¿Quieres hablar de lo que ha pasado? Menudo viaje movidito hemos tenido...

—No tengo ganas, abuelo. ¿Podemos estar en silencio?

El abuelo se echó un caramelo a la boca e inspiró hondo.

—Hijo, podemos hacer lo que quieras, pero aquí silencio no hay —dijo, mientras echaba un vistazo rápido a su alrededor—. Qué feos son estos sitios, ¿verdad?

—No son muy bonitos, no.

—Anda, tómate uno de estos. Te abre las vías respiratorias y te quedas como nuevo —insistió—. Yo ni me acuerdo del golpazo que me he dado.

—Está bien, dame uno. ¿Contento?

—Todavía no mucho.

Se apoyó sobre el bastón y se levantó.

—¿Damos un paseo?

—Abuelo, apenas puedes andar. Y no te ofendas, pero ¿un paseo para disfrutar de estas maravillosas vistas? Es deprimente.

—¿No dice siempre el médico que necesito moverme? Pues pásame el garrote y acompaña al viejo de tu abuelo a mover las piernas.

Nos alejamos del barullo y me mentalicé para la típica conversación de abuelo cebolleta. No solíamos tener muchas, y menos de esas en las que teníamos que ponernos profundos. Después de veintitrés años compartiendo casa y aguantando juntos a una mujer insufrible, había aprendido a interpretar las señales para saber cuándo se hablaba y de qué se hablaba. El silencio en el coche fue la primera señal. El caramelo fue la segunda. Y el paseo por el Hospital de la Paz fue la tercera y la última. La definitiva.

—¿No quieres contarme nada? Me tienes preocupado, hijo.

—Mejor mañana. No te importa, ¿verdad?

—Entonces te contaré yo algo. ¿Quieres? No es el mejor sitio ni la mejor hora, pero ¿cuándo lo es? Me hubiera gustado que conocieras a tu abuela Eugenia. Sabía qué decir y qué hacer en cada momento. Yo soy más testarudo y me cuesta darme cuenta de las cosas.

—¿Por qué me hablas de la abuela? ¿Te vas a poner filosófico en la sala de espera de un hospital? No te pega, abuelo.

—Un vaso de vino me vendría ahora de perlas —carraspeó para aclararse la garganta—. He estado dándole muchas vueltas a la cabeza últimamente y ha llegado el momento de marcharme...

—Abuelo, te has dado un porrazo, no te vas a morir.

—No me estás entendiendo.

El abuelo Pepe sacó su inconfundible pañuelo de tela y se sonó los mocos. Después lo guardó y extrajo de la cazadora de pana unos papeles arrugados y un nombre prohibido: «Residencia Entre abrazos». Los reconocí en cuanto los vi.

—¿De dónde has sacado eso?

Me puse enfrente de él.

—Enrique, está decidido... Tu madre y tú tenéis que hacer vuestra vida y yo también he de empezar a hacer la mía. Bueno, tú ya me entiendes.

—¿Tanta historia por lo que ha pasado? ¡Solo ha sido una noche! —Le quité el folleto de las manos y lo rompí en mil pedazos. Al final del pasillo, unas enfermeras cuchicheaban—. No vas a ir a una residencia de ancianos. Ni de coña. ¿Esto es cosa de mamá? ¿Te ha obligado? Me da igual lo que te haya dicho, te vas a quedar en casa con nosotros, como siempre. ¿Entendido?

—Comprenderás que a mis ochenta años todavía puedo hacer lo que me venga en gana. Además está hecho. Entraré después de Navidades. ¡Hasta he pagado la primera cuota!

«No, no, no».

—Abuelo, por favor. Tú no... —Se me quebró la voz—. Tú..., tú no puedes abandonarme.

Y me rompí con la misma facilidad que el tallo de una espiga. El abuelo Pepe me cubrió con sus brazos temblorosos cuando me puse a llorar y me consoló como a un niño. Me dijo que me tranquilizara, que todo iba a salir bien. Me explicó que él no era como mi padre, que él siempre iba a volver. Que nunca me abandonaría. Apoyé la cara sobre su hombro huesudo, lo abracé con fuerza y lloré por muchas cosas. Por el hombre que nos abandonó cuando era pequeño. Por la amiga que tuve que dejar ir para que volara hacia lo más alto. Y por la persona que había estado para mí siempre. El padre que me enseñó a afeitarme, la madre que me dio las buenas noches y el hombre que me animó a perseguir el sueño de formar parte del mundo de la música. El mejor abuelo del barrio del Pilar, Madrid y Los Ángeles: el abuelo Pepe.

TERCERA PARTE

Los chicos del pop

—«Ningún pintamonas con el pelo rosa trata así a mi niña». Tendrías que haber visto a mi padre gritando a Lucas, fue increíble. Le faltó tiempo para salir corriendo. ¿Cómo me pude pillar tanto de un tío así?

—Bueno, por lo menos tu padre empieza a comportarse como uno normal y corriente, ¿no? —dijo Sara.

—Digamos que ha levantado el pie del acelerador y progresa adecuadamente.

—¿Y Lucas no se te acercó durante toda la gala? ¿Ningún intento en tres horas? ¡Si hasta le dedicaste el discurso!

—Hizo amago de venir a mi mesa, pero Regina le cogió del cuello de la camisa y le amenazó con filtrar a la prensa que tenía ladillas.

—¡No te creo!

—Pues créetelo porque pasó, tal y como te lo estoy contando. Y a Luisana, que iba pegada a él como una lapa, también la puso en su sitio. ¿Cómo la llamó? «Muñeca desvergonzada y sin escrúpulos».

—Y me lo perdí.

—Te lo perdiste.

Coloqué las manos sobre la nuca y respiré hondo mientras los rayos de sol resbalaban sobre mi piel. Veintiún grados un 6 de diciembre en Premiá de Mar. Me hubiera denunciado cualquier vecino si no hubiera cogido la toalla, el bote de crema Nivea con el tapón embarrado de arena, y las chancas de mercadillo para correr hacia la playa. Metí los pies sobre la arena y me detuve a escuchar las olas romper en unas rocas próximas a la orilla. Cambié la máscara de La Chica del Pop por la de la Eva de los últimos veranos, aunque con gorra y gafas de sol. No quería armar mucho jaleo.

—¿Y cómo es? —preguntó mi amiga Sara.

—¿Cómo es qué?

—Ser famosa y ganar premios importantes. Ahora que no sufres agorafobia y haces vida más o menos normal, ¿cómo te sientes? Seguro que para la gente normal y corriente, entre las que no me incluyo, tienes que ser la persona más buscada después de la reina Isabel II.

—Espero que sepas que está muerta.

—¿En serio? Bueno, que en paz descanse —dijo—. Ahora quiero mi respuesta.

Le di un par de vueltas en la cabeza antes de contestar.

—Supongo que es raro, me siento observada todo el tiempo. —Me di media vuelta y dejé que el sol cubriera mi espalda—. Me paso el día mirando detrás de las esquinas por si hay algún fotógrafo merodeando. Ahora no están solo en la puerta de mi casa, también me siguen cuando voy al estudio, al supermercado, al Corte Inglés... ¿Quedo a tomar un café en el bar más recóndito de Madrid? Ahí están, esperando detrás de un arbusto. Y en las discotecas intento no beber más de dos copas por si acaso. Mi padre me mata si se hace viral una foto mía borracha.

—¿Por eso no te has quitado la parte de arriba del biquini? Bueno, si hay alguno cerca que disfrute de las mías, que son naturales.

—¡Oye! Las mías también.

—Por ahora.

—Cerde.

Sara se rio como se ríe ella, con ganas y a gritos. Un grupo de amigos que jugaba a las cartas debajo de una sombrilla se giró para ver de dónde venía tanto escándalo y acurruqué la cara en la toalla para que no me vieran. El iPhone pegó un zumbido y lo saqué de la bolsa de la playa.

—¿Otra vez él?

—Otra vez él.

Miré la notificación de Instagram con recelo, leí el mensaje y lo volví a meter en la bolsa.

—Eva, amiga, alucino contigo.

—¿Por qué?

—Te escribe el actor más guapo de Netflix y te quedas tan tranquila. Tía, sé que eres La Chica del Pop y todo eso, pero el *pibe* no va a esperarte toda la vida. Tendrá a miles de tías babeándole por Instagram.

—Es muy pesado. Además no estoy para estas tonterías. Lo único que me apetece es disfrutar de este día de sol con la mejor amiga del mundo antes de irme a México.

—Tú te vas a recorrer Latinoamérica y yo me quedo vendiendo incienso en una tienda que se cae a pedazos. ¿En qué momento me equivoqué?

—¡No digas tonterías! Voy a hacer promoción del disco, apenas tendré tiempo para hacer turismo. —Repasé en la cabeza la agenda de la semana—. Llegamos a México, hago el *junket* durante toda la mañana y salimos pitando al aeropuerto porque esa misma tarde tengo un

showcase en Colombia. Y los siguientes tres días viajo a Argentina para hacer sesiones con Big One y FMK y grabar un videoclip con no sé quién. Todo eso en una semana. ¡Y con mi padre encima!

—Ya te empieza el agobio. —Sara abrió la misma nevera azul de cada verano y sacó una lata de Aperol—. Toma y bebe.

—Necesito una nueva representante —admití—. Ahora que las cosas van mejor con mi padre no quiero tensar la cuerda más de la cuenta.

—Podría ser yo.

Las gafas de sol se escurrieron por el puente de mi nariz y miré a mi amiga fijamente.

—¿Hablas en serio?

—No tengo ni pajolera idea de música, sabes que canto peor que una cabra montesa. Pero...

—Pero ¡eres perfecta! No conozco a una persona más tranquila, ordenada y buena que tú. Pondrías orden a todo mi caos. Es la mejor idea que has tenido desde que decidiste heredar el herbolario de tus abuelos.

—No mientas, lo del herbolario fue una idea nefasta.

—Sara, mírame a los ojos... ¿Lo dices en serio? ¿Y qué pasa con tus padres? ¿Y qué pasa con Premiá?

—Premiá no se va a mover de aquí. Además, ¿Premiá o México? ¿Premiá o Colombia? ¿Premiá o Argentina? Amiga, no quiero que el éxito te convierta en una de esas descerebradas.

Me tiré encima de ella gritando y besuqueándole la cara sin parar.

—Espera un momento.

—Ya no puedes echarte atrás.

—Tres cosas importantes. La primera: ¿cuánto voy a ganar?

—Mucho dinero. ¿Qué te parece empezar con sesenta mil al año?

—Eso es mucho, ¿no? Bien, me gusta. Lo visualizo y me gusta.

—¿Qué más?

—Entiendo que tenemos que hacer un contrato por todos los temas legales, acuérdate la hostia que les dio Hacienda a mis abuelos por la tienda.

—Claro que sí. ¿Alguna petición más?

—La más importante: si vamos a hacer esto tenemos que grabar este recuerdo para siempre.

—Miedo me da cuando pones esa cara...

—¿Te acuerdas de lo que hizo Esther cuando su padre le prohibió volver a ver al expresidiario que conoció en Mallorca?

—Se tatuó unas esposas en la pelvis.

—Exacto. Pues había pensado...

—¡Estás loca! No pienso hacerme un tatuaje.

El rostro de Sara adquirió un gesto divertido.

—Eva, me conoces desde los tres años. Claro que estoy loca. ¡Voy a ser tu representante!

—No pienso hacerme un tatuaje en el toto.

—En el toto no, pero nos vamos ahora mismo al estudio que hay debajo de mi casa y nos hacemos un tatuaje para sellar este contrato, algo que nos recuerde a ti y a mí.

—Pero Sara.

—Ni pero ni pera. Y aún queda una cosa...

—¿Un piercing en el ombligo?

—Tienes que hablar con él.

—¿Con el actor?

—Con Quique.

—Sara...

—Aunque me ponga celosa sabes tan bien como yo que es un amigo de los buenos, de los que ya no quedan. Y lo necesitas en tu vida, así que déjate de tonterías y espabila.

—Él tampoco quiere saber nada de mí. Se ha ido...

—Tonterías. Quique es tu Quique, igual que yo soy tu Sara —dijo—. Y ahora levanta el culo y vamos a cometer locuras.

Los tatuajes son cicatrices, heridas dibujadas en la piel que sirven para tener muy presente aquello que un día nos hizo mucho bien o, quizá, nos hizo demasiado mal. También son lecciones de vida y recuerdos de personas que estuvieron y ya no están. Son señales que te avisan para no volver a tropezar con la misma piedra o para darte cuenta del error que cometiste cuando no te reconocías ni a ti misma. Los tatuajes son y significan tantas cosas que, cuando mis amigas del instituto se marcaron la piel para ganar popularidad en los pasillos del instituto, perdieron todo el sentido para mí. Yo prefería utilizar la tinta para pintarrajear papeles con las letras de mis canciones. Ese día de playa, atrapada por propia voluntad en un oasis en mitad de una vorágine de sensaciones, mi amiga Sara me convenció para tatuarnos una pequeña ola de nuestro lugar favorito en el mundo. No quería que me olvidara de las cosas importantes ni que dejara que la resaca de la playa me impidiese ver lo que de verdad merece la pena tener y mantener. Quique fue mi salvavidas, y ni el orgullo ni los focos conseguirían que lo olvidase nunca.

Cuatro días después

Quique

El cristal de la columna me devolvió mi reflejo y no me reconocí. Sabía que era yo, Quique, solo que no era el de siempre. Una cosa muy rara. La camisa de manga corta me quedaba grande y las rayas verdes no me favorecían mucho que digamos. Además me dieron una talla más pequeña de pantalón y los zapatos me rozaban los talones. Una buena mierda.

—¡Chisss, chisss! —Mi madre me chistó desde el final del pasillo—. Anda, no te despistes y ordena la balda de los yogures, mira cómo está.

—Ya voy, ya voy —dije con un tono de voz profundo y muy muy deprimente.

En el Mercadona había una gran variedad de productos lácteos: yogures naturales, de sabores, con proteínas, sin azúcares añadidos, griegos... Un sinfín de posibilidades para los amantes del yogur. A veces se mezclaban. A los clientes indecisos les encantaba coger unos petit-suisse de fresa y dejarlos donde los bífidos con trocitos de fruta. A veces también se arrepentían del embutido que habían cogido dos pasillos más adelante y dejaban el paquete de salchichón extra de sesenta gramos en la balda de las natillas de vainilla. Hacer inventario era un trabajo apasionante. Casi tanto como coger un vuelo a Los Ángeles para ver a dos estrellas del pop grabar el hit rompepistas de este invierno.

«Por favor, Isabel Barrios, acuda a la caja número seis. Repito, Isabel Barrios, acuda a la caja número seis», avisaron por megafonía. Mi madre sonrió, se pintó los labios con el pintalabios más rojo que robó de Perfumería y desapareció. Seguí a lo mío. Después de los yogures me tocaba organizar el apasionante mundo de los zumos. Mi favorito era el Tropical, aunque siempre pillaba paquetes de tres del Mediterráneo para llevárselo al abuelo Pepe. Era lo que más le gustaba después de un lote de vino que salía a 1,95 euros la botella.

Sonaron otra vez los tres tonos de megafonía y tarareé la canción de Mercadona en voz alta. Después hubo una interferencia y escuché la voz aguda de mi madre. Discutía con una

compañera de la caja porque no le dejaba coger el micrófono. «Quique Barrios, por favor, hay un mensaje para ti. Juani, cariño, ¿te importa? Se trata de un momento importante, deja de mirarme con esa cara. ¿O quieres que le cuente a la gente lo que tú y yo sabemos que pasa en el cierre? No, ¿verdad? Pues chitón. Lo que iba diciendo... Quique Barrios, por favor, escucha este mensaje con atención. Posdata: soy tu madre». Otra vez esas interferencias y entonces... «... y quiero darle las gracias a un chico que conocí hace seis meses. Se llama Quique. Para algunos fue el novio que me eché un día en Los Ángeles, pero lo que la gente no sabe es que durante todo este tiempo ha sido mi mejor amigo. Ha estado a mi lado en los mejores momentos de La Chica del Pop, pero también en los peores momentos de Eva... —se le entrecorta la voz—. Lo que más me gusta de él es que tiene una forma muy bonita de mirarme, de mirar este mundo al que ahora pertenezco. Le debo mucho y hoy, además, le debo una disculpa. He sido una imbécil, así que, Quique, si todavía quieres escucharme, lo siento mucho. Y gracias por todo. No podía ser de otra manera. Este premio a Mejor Artista es para ti. Ojalá hubiera otra estatuilla para los amigos fieles y cariñosos como tú».

El corazón me latía a mil por hora. Volví a buscarme en el espejo para comprobar que no era un sueño. Y no, ahí estaba yo, mi reflejo, y detrás de mí, me miraba una chica joven, pelirroja y con los ojos azules más bonitos que habían pasado por el Mercadona del barrio del Pilar. Me giré despacio y los dos echamos a correr por el pasillo de los yogures para poder darnos el abrazo que necesitábamos.

—¿Estás loca? ¿Qué haces aquí? —pregunté, sin creermelo todavía lo que estaba pasando—. ¿Cómo sabías que estaba aquí? Y yo con estas pintas.

—Es una larga historia, y mejor no preguntes cómo, pero mi amiga Sara también es amiga del abuelo Pepe. ¿Cómo no me habías dicho que estaba en una residencia? Bueno, en realidad tiene sentido porque no hemos vuelto a hablar desde...

Nos cogimos de las manos, nerviosos.

—Desde los premios.

—Pensaba que no querías ni verme en pintura. Estaba cabreada, y me siento fatal por no haber estado para ti y...

—Cállate y dame otro abrazo.

—Me vas a hacer llorar, asqueroso.

—Creo que yo ya estoy llorando. ¡Yo!

Eva olía diferente, había cambiado de perfume. También se había pintado la raya del ojo y llevaba un poco de *gloss*. Vestía discreta, unos vaqueros básicos y una chaqueta de cuero. Pero ya no podía desprenderse de ese *algo* invisible que la rodeaba, se podía percibir y casi tocar con los dedos de las manos. La magia de La Chica del Pop, supongo.

—¿Me prometes que no vamos a volver a pelearnos? Y que nunca más va a haber secretos

entre nosotros. Tenemos que contarnos todo, también las cosas que escuecen.

—¿También tengo que contarte si me vuelvo a pillar por tu jefe de Producto? —bromeé.

—¡Eso sobre todo! —se rio, y me agarró de la mano cuando agaché la mirada. Echaba de menos a César y Eva lo sabía.

—No sabes cómo está Regina. Hay un chico nuevo en la oficina, pero la pone muy nerviosa. El otro día le pidió redactar una nota de prensa por el nuevo single de Sky que, por cierto, es una pasada, y la mandó a los medios sin que ella diera el visto bueno. Imagínate, me tuve que ir con ella a su italiano favorito. Solo pedía carbonara para que se le pasara el disgusto.

—Me mandó un mensaje ese día. Tengo ganas de verla, la echo de menos. Bueno, os echo de menos a todos —reconocí.

—Pues vuelve... No vas a volver, ¿verdad?

La pregunta del millón.

—De momento, no, he encontrado mi vocación entre los yogures de Mercadona —bromeé, y Eva me abrazó otra vez. Los dos vivíamos en una tensión constante, como si de un momento a otro nos fueran a separar para siempre—. No, ahora en serio. Necesito un tiempo para ordenar mi cabeza, desconectar un poquito de todo y más adelante, si Carlos Mata se ha olvidado de quién soy, ver si estoy preparado para volver.

—En mayo del año que viene sería una buena fecha.

—¿Qué pasa en mayo del año que viene?

Eva tomó distancia entre los dos y movió las manos con la misma destreza que un presentador de televisión que ella conocía muy bien.

—¿Cómo te suena *Todas Las Veces Que Te Odié Tour, 2023*?

—Muy largo. ¿Y qué pasa con *La última vez que te quise*? No tendrás la desfachatez de dejar fuera del *setlist* las canciones de la cara A, ¿verdad? No te lo perdonaría jamás. ¿Sabes que sigo escuchando «Platónicos»? No tengo remedio... ¿Por qué no pruebas con algo como *Todas Las Veces Que...Tour 2023*? Un poco más corto y así puedes encajar el tema que te dé la gana.

—¡Me encanta! Tendría que consultarlo con César, pero ¡es genial!

Sentí un escalofrío.

—¿Todavía no se ha ido a Londres? —pregunté confundido.

—¿A Londres? ¿Qué se le ha perdido en Londres? Dudo que tenga mucho tiempo para irse de vacaciones ahora mismo. Sky ha puesto como condición para volver que sea él su nuevo jefe de Producto. Va a visitarla al centro de desintoxicación todas las semanas. Está decidido a que vuelva por la puerta grande. Quiere que hagamos un WiZink Center juntas por todo ese rollo de experiencia única con las dos personalidades más importantes del pop..., bla, bla, bla.

—Eso suena genial...

«César está en Madrid. César no se ha ido a Londres y no me ha llamado».

—¿Quique? ¿Hola? —Eva se rio—. ¿Es porque he mencionado a César? No habéis vuelto a hablar, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Pero lo del concierto suena genial. ¿Me invitarás?

—A ese concierto y a todos los que quieras. ¿Sabes? El otro día acompañé a Sky al centro de desintoxicación. Bueno, ella lo llama «*rehab* para pensionistas». El caso es que me preguntó por ti, dijo que merecías la pena. No sé qué les haces, pero parece ser que todas mis amigas te adoran.

Era surrealista estar en medio de un pasillo del supermercado y ponernos tan trascendentales con una conversación adulta, sincera y bonita. Me gustó ver que todo, poco a poco, se ponía en su sitio, incluida Sky. Por más que la industria le hubiera puesto la zancadilla tantas veces, me alegró saber que había optado por la vía difícil, que era limpiarse de toda esa mierda para hacer el comeback que merecían sus fans y, sobre todo, merecía ella.

—Será por algo —dije con tono burlón—. Entonces no me perderé ese concierto.

—Mantengo la esperanza de que para entonces vuelvas a estar pegadito a mí. Prometo no ser una diva insoportable.

—Nunca has sido una diva insoportable, pero una diva cabrona, sí.

—¡Quique!

—¿Qué pasa? Hemos dicho que las cosas mejor fuera que dentro, ¿no?

Tiré de ella hacia mí y nos fundimos en el último abrazo. El último de ese día, claro. Ahora que habíamos retomado la amistad no pensaba volver a marcharme con tanta facilidad. Quería seguir sus pasos de cerca. Quizá no tan de cerca como antes. Quizá sin involucrarme tanto, pero lo suficiente como para ver a la artista global en que iba a convertirse. Le quedaban muchas canciones que publicar, muchos discos que grabar y muchas giras que hacer. Le quedaba por delante una carrera llena de éxitos y yo estaba decidido a ser testigo de todos ellos. Estaba dispuesto a ser el fan de La Chica del Pop y el amigo de Eva.

Paramos al escuchar el obturador de una cámara. Al final del pasillo, mi madre no dejaba de sacarnos fotos con su teléfono móvil. Se meaba de risa.

—No paréis, por favor. Mi hijo con el uniforme del Mercadona y La Chica del Pop divina de la muerte. Tu abuelo se va a morir de la risa.

—¡Mamá!

Quique

Me hubiera gustado entrar en la Torre de Cristal y no sentir tantas cosas. Que no se me pusiera un nudo en la garganta al decirle a Antonio, el recepcionista amargado, que subía a Louder Music para recoger mis pertenencias en una caja de zapatos. No tenía muchas, un disco de Sky —*Flores marchistas*, por supuesto— firmado de su puño y letra, una nota de prensa que escribí de La Chica del Pop —y que Regina tuvo el detalle de enmarcar para mí— y el primer vinilo de *La última vez que te quise / Todas las veces que te odié*. Me hubiera gustado llamar al ascensor y que no se me encogiera el corazón al recordar que lo mejor me había ocurrido mientras subía o bajaba de la planta número cuarenta y seis. Me hubiera gustado no ponerme nostálgico y actuar como si aquello fuera un simple trámite. Pero si algo había aprendido durante los últimos meses era que los sentimientos, tanto los buenos como los malos, había que dejarlos fluir antes de que se hicieran bola. Las puertas del ascensor se abrieron y tuve una especie *déjà vu*. La luz del letrero de Louder Music me cegaba los ojos y apenas podía ver que debajo, sobre la mesa de la recepción, reposaba mi caja de recuerdos. Justo al lado, pegada a un cactus, una mujer regordeta me esperaba con los brazos cruzados y masticando chicle.

—Ven aquí y dame un abrazo, que me tienes contenta. —Regina cogió mi cara y la apretó entre sus pechos voluminosos—. Ni una llamada. Ni un mensaje. Que yo entiendo que necesitabas tu tiempo, el lío del abuelo Pepe y todo eso, pero un poquito de consideración con la pobre Regina, ¿no? Me has tenido en un sinvivir. Y yo sufro. ¿Los últimos cinco kilos que he pillado? Culpa tuya.

—Dame otro abrazo, anda —le pedí, y sonrió un poquito. No mucho, ella no bajaba la guardia ni muerta—. Te he traído los donuts glaseados y caseros que te gustan. ¿Los quieres?

—¿Que si los quiero? ¿Me has visto cara de no necesitarlos? Trae para acá, pero chiss, de esto ni pío a nadie que le estoy diciendo a todo el mundo que estoy a dieta. —Me quitó la bolsa

de las manos—. Entre tú y yo, es mentira. Pero, Quique, no sabes el estrés que tenemos. Y el nuevo tú, el nuevo Quique..., por el amor de Dios y por la Virgen, ¡qué desastre! ¡Qué inepto!

—Dale solo un poco de tiempo. Acuérdate que conmigo te pasaba lo mismo.

—¿Contigo? Qué cosas tienes, Quique. Qué cosas tienes. Contigo supe que había encontrado a mi..., se dice *¿partner in crime?* Desde el primer día lo supe, tenías lo que había que tener, lo que pasa es que no podía dejar que te subieras a la parra. Pero este muchacho que tengo ahora... ¡Jesús, María y José! —escucharla, verla con el mismo nervio que el primer día, hizo que se me empañaran los ojos—. Quique, mantén la compostura que no podemos montar una escena.

—Ya, ya lo sé. En fin, ¿nos decimos adiós?

—¿Adiós? Calla y calla. De momento coge tu caja y vete antes de que Carlos acabe su café de las diez y te vea danzando por aquí, pero de mí no te vas a librar así como así. Han puesto un italiano nuevo en Azca y hacen unos carbonara deliciosos. Te llamo y ponemos hora, ¿quieres?

Pensé que sería una buena idea dar una última vuelta por Louder Music. Despedirme de todos y, quizá, dejarme ver por delante del despacho de César. Pero el nombre de Quique Barrios estaba en la lista negra de la discográfica y no se me permitía la entrada.

—Regina..., gracias. Gracias, de verdad.

—Venga, venga, adiós. Más lágrimas no. —Le di un beso en la mejilla, cogí la caja por las asas de los bordes y anduve hasta el ascensor como un alma en pena—. ¡Espera, muchacho!

—¿Qué pasa ahora?

Regina trotó hasta mí y metió una tarjeta en la caja.

—Yo no te he dicho nada, pero llama al número que aparece en la tarjeta o ve directo a su oficina. Es una amiga mía, Nuria Lorente. Lleva una agencia de management bastante cuca. Le he hablado bien de ti y le encajas. Los chiquitos que lleva no son muy conocidos, no hay ninguna Chica Pop, pero estaría bien que te movieses por otros círculos. Que te vean y a ver si hay suerte. Y lo dicho, ni mu de esto a nadie. Como se te suelte la lengua no te perdono ni con cien de estos glaseados.

—No te preocupes, soy una tumba.

—Y ahora me voy al baño porque voy a llorar y no quiero que me veas. Chao.

Dejé la caja en el suelo del ascensor y me fijé en dos cosas que no debían estar ahí: unos auriculares inalámbricos y una nota. «No aguantaste lo suficiente para pasar al siguiente nivel».

Pulsé el botón del ascensor por inercia, pero alguien metió la mano entre las puertas antes de que se cerraran. Me giré con la esperanza de que fuera solo una única persona y dio la casualidad de que...

—¿Otra vez te ibas sin despedirte?

César entró con una sonrisa pequeña e inofensiva. Cada uno se colocó en una esquina del ascensor para estar bastante separados.

—Te hacía por Londres viviendo tu nueva vida. —«Mentiroso».

—Al final he decidido quedarme —dijo—. Empiezo nueva vida, pero en Madrid. Lo de Londres no era para mí.

—¿Ah, no? Pensaba que...

—He dejado a Óscar —soltó de pronto, sin anestesia. Me callé, me quedé mudo buscando una respuesta que estuviera a la altura, pero no la encontré, al menos al principio. Las puertas del ascensor se abrieron y Antonio nos miró desde la recepción con cara de circunstancia—. ¿No sales?

—Puedo dar otra vuelta. —Pulsé el primer botón que pillé y el ascensor se puso en movimiento—. ¿Has dejado a Óscar y no dices nada?

—Te lo he dicho ahora. No sabía que tenía que pedirte permiso.

—No, claro que no, pero pensaba...

—Es broma, Quique. No te había dicho nada todavía porque necesitaba aclararme. Una relación de catorce años son muuuchos años.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —Tragué saliva y me agarré la pierna izquierda porque no paraba de moverse.

César apretó el botón de «stop» y nos quedamos suspendidos en el undécimo piso. «Otra vez no».

—Eso no ha sido una buena idea —insinué.

—Sí, le he dado muchas vueltas a la cabeza y durante ese tiempo también te he dedicado un par de minutos.

—¿Solo un par? Gracias, supongo.

—Tardé uno en pedir los auriculares por Amazon y otro en tenerlo claro. —César se desplazó a la derecha y yo lo hice a la izquierda—. Lo que no sé es si tú también lo tienes claro.

—¿El qué tengo que tener claro? César, esto me pone muy nervioso.

—Empezar desde cero, conmigo. Probar a ver qué tal.

—¿Qué quieres probar?

—Quique, por favor, colabora un poco.

Me gustó ver al chico de los ojos oscuros sin toda la parafernalia del traje de motorista canalla e irresistible y de persona importante de la industria musical. Delante de mí solo estaba el César vulnerable declarándose a un tonto de veintitrés años que huía de los sentimientos para no probar ni los bonitos ni los malos. Sabía que le había complicado la vida y, lo peor de todo, es que pensaba complicársela todavía más.

—Sí, quiero —dije, muerto de la vergüenza.

—¿Qué es lo que quieres?

—Probar, contigo, pero te lo advierto —verborrea modo *on*—, no se me dan bien estas cosas,

vas a tener que ser paciente..., no sé nada de montar citas y hacer regalos..., y mi madre no puede saber nada de momento. Me volvería loco y te volvería loco a ti... Ah, y luego tendría que contárselo al abuelo Pepe y, seguro que tendrás que comprarle una botella de vino, con una medio buena se pondrá contento... Y Carlota y Raquel te tienen que conocer cuando veamos que esto de probar funciona..., con Aitor es más complicado..., quizá si hay boda...

—Vale, lo entiendo. Ahora eres tú el que me pone nervioso a mí.

—Lo siento...

—No pasa nada, las primeras veces son raras, y complicadas.

—Pero no es mi primera vez en... fo... Bueno, ya sabes que no...

—Quique, tranquilo.

César se situó frente a mí, sonriente, vacilón.

—¿Entonces? ¿Tenemos que cerrar el trato de alguna manera? —pregunté, extendiendo la mano.

—Sí, de alguna manera...

César cogió mi mano, me atrajo hasta él y nos quedamos muy cerquita, respirando el mismo aire mientras nuestras bocas se preparaban para el gran momento. Si La Chica del Pop hubiera escrito una canción sobre el beso que nos dimos en el ascensor de la Torre de Cristal habría sido un hit instantáneo. Porque fue el beso perfecto para contarlo en la canción de amor más bonita. Porque fue el beso del principio de un todo. Porque fue el beso que derribó de una vez por todas mi muro infranqueable. Porque fue el beso de César Castellano, el tío que consiguió enamorar al chico del barrio del Pilar.

Aitor

Salí al balcón y me encendí un piti. Le pegué dos caladas y respiré hondo cuando el humo del tabaco entró en mis pulmones con la misma presión que el agua de una manguera. Escuché la risa de Quique y volví a pegar los labios a la boquilla. Era jodido tenerle tan cerca y saber lo que sabía: no más tiempo a solas, no más contacto físico, no más aspirar a algo más. Me puse en cuclillas y apoyé la espalda contra los barrotes de la barandilla. «¿Por qué sigo en la puta mierda si por fin mi vida empieza a tener algo de sentido?», pensé antes de darle otra calada larga al cigarrillo.

—¿Se puede? —Quique tocó dos veces en el cristal de la ventana—. ¿Puedo sentarme contigo?

«Joder».

—Claro, ¿por qué no?

Me eché a un lado.

—Hace frío.

—Es lo que tiene el invierno.

—¿Ahora hablamos del tiempo? —preguntó entre risas.

—Eso parece —apuré el piti y lo apagué en el suelo.

—Como te vea Carlo te va a matar.

—Bueno, no está de más darle un poco de personalidad a esta casa.

—Le falta algún cuadro que otro en la pared.

—Y algún libro.

—También —volvió a reírse y me estremecí—. Le tendríamos que haber comprado un par de novelas eróticas de esas que le gusta leer de vez en cuando y no una planta. ¿Te has fijado que las hojas se han espachurrado en cuanto hemos entrado por la puerta?

Se me marcaron los hoyuelos en las mejillas.

—A esa planta le quedan dos telediarios.

Quique empezó a reír y tiritar al mismo tiempo.

—Buah, estoy helado.

—Te abrazaría, pero no quiero líos con tu nuevo novio —dijo con el mismo tono antipático que de costumbre.

Giró la cabeza y me miró fijamente.

—Aitor... puedes abrazarme. Vas a poder abrazarme todas las veces que quieras.

—¿Tú crees?

—Ya sé que he sido un cabrón...

—Y un cerdo, un mentiroso, un esnob, un remirado...

—Vale, sí, me lo merezco —dijo Quique.

—Puedo seguir, eh.

—Yo... yo te voy a querer siempre.

—¿Quique Barrios se va a poner sentimental? Sí que te ha cambiado ese tío —bromeé—. Vale, no me mires así, ya me callo.

—No te acostumbres, lo de ponerme sentimental ya empieza a cansarme —dijo—, pero sí creo que a ti te debía un «lo siento» y también un «te quiero de verdad». Sabes que así es, Aitor. Lo sabes muy bien. Lo único es que...

—Me quieres como amigo. Dios, odio esa frase.

—¡Y yo! —exclamó, riéndose por los nervios o por darse cuenta de la intensidad de la conversación.

—Quique, no pasa nada. Ya está, ¿para qué darle más vueltas?

—Porque te hice una promesa y no la cumplí. Fallé a mi mejor amigo —contuve la respiración—, y no quiero que vuelva a pasar.

—No pasa nada...

—Sí que pasa, por eso quiero que hagamos un trato.

—Va, suelta por esa boquita.

—Si vuelvo a fallarte, píllame por banda y dime que soy un gilipollas.

—¿No hice eso ya?

—Pero con ganas, como se lo dirías a Raquel.

—Eso me gusta más. ¿Y si no me fallas? Si esto de ser amigos «normales» funciona, ¿entonces qué?

—Entonces los dos habremos ganado.

Una lágrima me resbaló por la mejilla y Quique me abrazó. Ufff, no era ni medio normal lo que quería a este chico. ¿Cuántos años eran ya? ¿Era posible querer con cinco, seis años? No lo sabía, pero sí tenía claro que nunca había querido a nadie así, con esa intensidad, con tantas

ganas, con tanto amor. Me mataba decirle adiós a él y a lo que podíamos haber sido. Costaba conformarse con ser amigos y ya está. No era suficiente para mí, ni mucho menos. Pero hubiera firmado cualquier trato con tal de tenerlo cerca el resto de nuestra vida. Era un capullo desagradable. Sin embargo, era el capullo desagradable de Quique.

—¡Chicos, ha llegado Martín! —Carlota entró a la cocina y nos vio tirados en el balcón, enganchados y patéticos—. Venga, os dejo un minuto más. Estas maricas...

Nos sentamos alrededor de la mesa. Quique enfrente de mí y Carlota enfrente de Raquel. Al noviete nuevo de Raquel, el tal Martín, lo dejamos en una esquina para que no molestara, para que no rompiera la alineación de siempre.

—¿Este sushi lo has hecho tú? —preguntó Raquel mientras cogía los palillos con cara de asco—. El pescado tiene una pinta extraña.

—Tía, no me rayes. Lo he comprado esta mañana en el mercado —se quejó Carlota.

—El salmón tiene el mismo color rancio que tú —dije, y abrí una lata de cerveza.

—Ya está el actor de medio pelo tocándome el chichi —contestó—. ¿Ves, cari, con lo que tengo que lidiar todos los días?

El tío se rio con gracia y le pasé una cerveza.

—Pues este actor de medio pelo tiene que contaros... —dije con la boca pequeña.

—¡Que te pasas al porno!

—¡Carlota! —gritó Quique.

—Bebé, la verdad, no creo que dé la talla.

—No sé para qué digo nada...

—Venga, suéltalo —me pidió Carlota—. No te hagas de rogar.

—Me han cogido para una obra... en el teatro Lara... de protagonista.

—¡QUÉ! —gritaron los tres.

—Sí, bueno... un director vino a ver la muestra de *Los tres veranos de mi vida* y quiere que haga una obra que va a estrenar allí en unos meses.

—¡Pero bebé! —Raquel se levantó y me dio un beso en la mejilla.

—Esto hay que celebrarlo —dijo Quique.

—Y que lo digas —comentó Carlota—. Lo de la obra y el beso que le acaba dar Raquel. ¡Vaya tela!

Levantamos las latas de cerveza mientras reíamos. También yo. Una vez al año no hace daño, ¿no?

Era muy consciente de lo mucho que iba a costarme olvidar a Quique. No las tenía todas conmigo. De un chico como él no te olvidas de la noche a la mañana, esa era la cruda realidad. Sí, ayudaba estar así, los de siempre alrededor de una mesa, bebiendo cerveza y brindando por

nosotros, para continuar formando parte de ese grupo de cuatro amigos que pasaban los ratos muertos en un banco del parque comiendo pipas o emborrachándose en Santibáñez. Sin embargo, por mucho que me esforzase por aparentar normalidad y mostrar la mejor de mis sonrisas —o, más bien una, en mi línea habitual—, el instinto solo me pedía volver a la terraza, fumarme otro cigarro y dejar que el cuerpo llorase a golpe de nicotina y cerveza lo que poco a poco había pasado de ser un runrún insoportable a una verdad de la que era imposible escapar: por mucho que siguiéramos siendo *los de siempre*, ya nada volvería a ser *como siempre*. O, al menos, no para mí. ¿O acaso podía ser de otra manera cuando uno de nosotros le ha roto el corazón a otro?

Muchos meses después

El abuelo Pepe

Recorrí la distancia entre el bufé y la mesa del comedor con el mismo empeño que un escalador sube el Everest. Apenas habría unos cuantos metros entre una punta y la otra, y el suelo era completamente plano, pero cada día se me hacía más cuesta arriba. Los años, qué malos eran. No pasaban en balde y el dolor de las articulaciones era una auténtica jodienda. Maldita artritis. Aunque en realidad era un privilegiado. En la mesa del fondo, el pobre Nicanor acababa de superar su quinto infarto y seguía una dieta estricta a base de cremas de calabacín y pescado blanco al vapor. El viejo tenía un vicio de cuidado con el tabaco y las galletas Príncipe y cada dos por tres le daba un patatús. Ya le dije que se cuidara un poquito, que tenía a la muerte agarrándole los tobillos por las noches. Y también estaba Antonia. ¡Menuda mujer! Tenía un párkinson de la leche, pero no faltaba a la partida de póquer de los sábados. Le gustaba sacarse sus perras y lo conseguía con semejante tembleque. Y justo en la mesa de al lado se sentaban con puntualidad Blas y Belén. Los dos sordos como tapias, pero ahí estaban, casados después de setenta y pico años. Aunque sin escucharse, así cualquiera sobrevivía al matrimonio.

—¿Habéis visto qué panda de viejos?

—La misma de siempre, abuelo.

—Todos tienen pinta de majos —dijo Eva, me gustaba llamarla por su nombre.

—Sí, de momento. A Nicanor le quedan dos telediarios.

—¡Abuelo, que te va a escuchar!

Dejé el ketchup encima de la mesa y me senté con mucho cuidado de no resbalar o tropezarme con las patas de la silla.

—¿Por qué te has empeñado en ir tú?

—Porque no soy ningún impedido y si mi chica quiere ketchup para sus san jacobos, tiene ketchup para sus san jacobos. ¿Has traído eso?

—Sí...

—¿Y tú, querida?

—También, lo tiene Quique.

Este abrió la cremallera de la mochila y, aunque borroso, alcancé a ver el tapón de una botella de vino y un paquete de galletas Príncipe.

—Buenos chicos, buenos chicos.

—Haciendo contrabando en la residencia, ya lo que me faltaba —se quejó Quique.

—Bueno, va. ¿Y dices que ese trabajo te gusta? —le pregunté a mi nieto.

—Me gusta. No me encanta, pero me gusta.

—Eso es que no te gusta. —Le pasé el vaso de plástico—. Echa un chorrito, anda. Que no te vea la gobernanta. Es una mujer difícil.

—Joder, abuelo.

—Va, va. Entonces ¿te gusta o no te gusta?

—El trabajo es diferente a lo que hacía en la discográfica, pero viajo mucho. No recorro Latinoamérica como Eva, pero conozco España como la palma de mi mano. ¿Sabías que hay un pueblo de camino a Alicante donde hacen un gazpacho que no se parece al que mamá trae de Mercadona? Está buenísimo, es como una paella de pollo y conejo, pero sin arroz y con una especie de torta. Está increíble. ¿Cómo es que nunca nos hemos acercado cuando íbamos todos los veranos a La Manga y pasábamos por allí? Es muy famoso.

—¿Una paella pero con una torta? No suena bien... —dijo Eva.

—Son gazpachos manchegos, Enrique. Y claro que los has comido. ¿Es que no te acuerdas?

«Esta juventud no tiene la cabeza bien puesta».

—Nunca en mi vida había probado ese gazpacho. Nunca nunca.

—Qué valor..., bueno, ¿y con ese mozo qué tal? ¿Te trata bien?

—Eso, Quique. ¿Qué tal con ese mozo? —bromeó Eva.

—¿Ahora vamos a hablar de César?

—Dice tu madre que apenas duermes en casa.

—De vez en cuando duermo con él, sí.

—¿De vez en cuando? —preguntó Eva.

—Bueno, últimamente casi siempre.

—Suena serio. ¿Os vais a casar? Los homosexuales ya podíais casaros, ¿verdad?

—Desde 2005, abuelo.

—¿Y a qué estáis esperando?

—Abuelo, tengo veinticuatro años, estamos viendo...

—Bobadas. Tu abuela y yo nos casamos a los dieciocho y nos fue muy bien hasta que la pobre se tuvo que ir. No lo dejes estar, que acabas para vestir santos como tu madre.

—No me sorprendería que mamá se volviese a casar. El de ahora parece... normal, y se la ve contenta.

—Eso dice, eso dice. Ya veremos. —Mastiqué el trozo de solomillo, le di varias vueltas en la boca y lo tragué con ayuda del vino—. Bueno, ¿y qué pasa con mi cantante favorita? El otro día Belén estaba leyendo una revista de cotilleo y hablaban de ti y de ese actor. No me gusta ese tipo.

—No tenemos nada serio, abuelo Pepe —dijo, y me pellizcó con cariño la mejilla—. No tienes de qué preocuparte.

—Más le vale a ese mozo no hacerte daño.

—Flipo, te falta apuntarme con una pistola para que me case mañana mismo y a Eva le dices todo lo contrario. ¡Flipo!

—No te pongas celoso, Quique. Solo soy la niña de sus ojos.

—Sí, pero ese pelo no me gusta. Dile a esa amiga tuya que se deje de tantas moderneces.

—Solo son unas mechas. Los fans están contentos.

—Los fans, los fans —lamenté.

—Pero si a ti no te gustan, me las quito mañana mismo.

—Que no te mienta, abuelo. Quiere ponerse todo el pelo rubio.

—¡Quique!

—Qué escándalo.

Ambos estallaron en carcajadas y le di otro trago al vaso de vino. Terminamos de cenar unos minutos antes para llegar con tiempo al salón y coger sitio en el sofá más próximo al televisor. Era lunes y tocaba votar por el programa de La 1 o por la telenovela turca de Antena 3. Esa noche compré el voto de Nicanor a cambio de cuatro galletas Príncipe. El contrabando existía en la residencia de mayores y yo era el que manejaba el cotarro.

—¡Blas, pon La 1! —refunfuñé—. Este hombre cada día está más sordo. ¡Blas!

—¿Desde cuándo te gusta tanto ese programa? Me tenía que pelear contigo todas las noches para que me dejaras ver a Eva.

—Enrique, hijo, prueba a ver un capítulo de *Pecado original* y ya me dices. Además, hoy echan una gala importante. —Blas se acercó despacio con el mando—. Es para hoy. Es para hoy.

—¿Sabes que no he visto nada todavía? Soy lo peor —le comentó Eva a Quique.

—Pues hay un chico que apunta maneras —dije—. No me gusta las pintas que lleva, pero canta bonito.

—¿Ya me estás cambiando por otro, abuelo Pepe?

—Hija, eres insustituible. Como tú no hay otra.

En la pantalla apareció el muchacho cantando sobre una plataforma.

—Ahí está el mozo.

—Me flipa esta canción —mencionó Eva.

—Y a mí. Es de *El gran showman*, ¿no? —preguntó mi nieto.

Quique y Eva se sentaron delante de mí, sobre la alfombra y sin apartar la vista del televisor.

—Mi abuelo no tiene ni idea.

—No digas tonterías, lo hace bastante bien. De hecho, creo que en Louder Music quieren tantearlo.

—Da igual, Chico del Pop solo hay uno y ese soy yo.

—Mira que eres...

—Solo puede haber una Chica del Pop y un Chico del Pop. No hay hueco para más.

—La verdad es que hemos dejado el listón muy alto.

—¿Lo ves? Mira que esa canción me gusta, pero la está destrozando.

—Tiene buena voz, pero para otro tipo de balada...

—O una canción tipo «Platónicos». ¿Es verdad que está liado con el que va a ir a Eurovisión?

—Pero ¿no estaba con otro chico? ¿El que es de Pamplona?

—Ni idea, es que no sigo mucho el programa.

—Yo tampoco...

A estas alturas de la vida, la memoria iba y venía más de lo que me hubiera gustado, pero ver a mi nieto sentado junto a su amiga, rodeados de viejos y auxiliares de enfermería, me hizo pensar que algo bien tenía que haber hecho. Como, por ejemplo, comprarle su primer MP3 el día que salió llorando del colegio porque en clase se reían del discman viejo que le había prestado su madre. No me equivoqué pagándole el ¿*Spopifai*? ¿Se dice así? Ningún chaval de quince años escuchaba tanta música como mi Enrique. Pasaba los días pegado al móvil y a unos auriculares mañana, tarde y noche. Y qué acierto sacar mis ahorros del banco y pagarle los estudios como Dios manda. Es lo que debía hacer un abuelo cuando veía que su nieto necesitaba cumplir un sueño y no se atrevía a pedir ayuda por las necesidades que había en casa.

Con un pie en la tumba, tuve en ese momento la tranquilidad de poder marcharme cuando me tocara. Esperaba que me quedaran todavía unos añitos antes de encontrarme con mi Eugenia. Quería disfrutar un poco más de estos dos amigos que seguían soñando a lo grande. Dos amigos que se mantenían inseparables a pesar de haber escogido caminos distintos.

Unos años después
La Chica del Pop

Me asomé desde el backstage y vi que el presentador le daba un repaso rápido a las tarjetas donde tenía el guion de la gala impreso y pegado con celofán. Seguro que escribía a mano los chascarrillos de los que tiraba cuando se quedaba en blanco.

—¡Diez segundos y volvemos de publicidad! —avisó el regidor número dos del programa.

Diez. Nueve. Ocho. Siete... los tres miembros del jurado, Martina, Miguel Velázquez y Morning Rey, corrieron por la pasarela y ocuparon sus asientos en la mesa. Seis. Cinco. Cuatro... los cañones de luces iluminaron el plató y el regidor pidió al público que aplaudiera y gritara con entusiasmo. Tres, dos, uno...

—¡Estamos en directo!

Los pilotos rojos de las cámaras se encendieron y estas apuntaron de manera acusatoria a la cara sin imperfecciones del presentador. Lució su sonrisa Profident durante unos segundos, frunció el ceño y se dirigió a los más de cuatro millones de espectadores que observaban con atención desde los televisores de sus casas.

—Son las once y media de la noche y seguimos aquí, en directo en la gran final de *Operación Pop*. —Tosió e hizo una pausa para beber agua. El regidor número dos pidió al público que se pusiera en pie y vitoreara mientras el presentador le daba un trago largo a la botella para aclararse la garganta. Ruido para tapar el silencio—. Qué noche tan emocionante, ¿verdad? Ya ni me sale la voz... *Anyway*, vamos con lo importante. Os he prometido que después de los anuncios tenía una sorpresa para vosotros y yo, mi fiel audiencia, nunca faltó a mi palabra, de modo que...

—Eva, ¿preparada? —me preguntó el regidor número uno.

Levanté la barbilla, bajé los hombros y adelanté la pierna derecha.

—Cuando queráis —respondí.

—Con todos ustedes, la mayor estrella que ha salido de este programa. Me complace volver a recibir en el plató de *Operación Pop* a una artista única que no para de regalarnos un éxito tras otro. Una joven convertida en mujer, ¡y qué mujer! Bueno, no me enrollo más, es hora de recibirla. ¡Un fuerte aplauso para la mismísima Chica del Pop! —exclamó el presentador.

Salí al escenario y noté el cosquilleo en el estómago. Los focos se movieron rápido y lanzaron sus rayos de luz sobre mí. Enseguida sentí el calor en las mejillas. Miré por el rabillo del ojo para comprobar que mi reflejo brillaba igual que un rubí en la oscuridad de una cueva. Las Tres G tenían razón, las lentejuelas funcionan.

—Pero, Eva, ¿qué tal? ¡Dame dos besos! Estás guapísima, como siempre.

—Gracias, supongo. Tú tampoco estás mal —le dije, siguiéndole el juego.

El presentador se acarició la barbilla y le lanzó a cámara una sonrisa de autosuficiencia. No había dejado de ser el mismo cretino de siempre.

—Bueno, ¿qué? Estarás contenta, ¿no? Menuda rachita llevas, guapa. Si no me equivoco, hace nada ganaste tu primer Grammy Latino con *Océano amarillo*: Mejor Álbum de Pop Vocal. —Asentí con la cabeza, sin perder la sonrisa—. Y dentro de nada vuelves de gira por Latinoamérica con todas las fechas vendidas. ¡Qué barbaridad! ¡Eres imparable!

—Me están pasando cosas muy bonitas con este disco —reconocí—. Todavía no me creo que tenga ese Grammy Latino y lo de este tour es un sueño hecho realidad. Me muero de ganas por empezar.

—Espero que hayas puesto ese gramófono en un sitio bonito.

—En realidad está encima de la nevera de casa de mis padres —solté, provocando que el público estallara en carcajadas. ¿Otra orden del regidor número dos?—. Espero que la Academia no se enfade, pero a mi madre le gusta verlo mientras fríe croquetas de cocido. ¿Qué le voy a hacer?

—Claro que sí, claro que sí. ¡Muy bien! —El presentador se tocó el pinganillo, asintió y después, con la misma expresión que un robot, trasladó las palabras de dirección—. Pues querida Eva, siento decirte que lo que te vamos a regalar a continuación no cabe encima de ninguna nevera...

—¿Un regalo? ¿Dónde?

El regidor número uno apareció en el escenario cargando un cuadro de 40x50.

—¡Que entre ese múltiple Disco de Platino por las ventas de *Océano amarillo* en España, Latinoamérica y Estados Unidos! Menuda locura... ¡menuda locura!

Lo cogí con cuidado para que no se me cayera al suelo. Pesaba una tonelada.

—Gracias, de verdad. Me hace mucha ilusión que me deis esto aquí, en la *jau*... en la que ha sido y será siempre mi casa. —Repasé mentalmente el discurso que tenía para «las ocasiones

especiales, pero no demasiado especiales». Unas palabras de agradecimiento, una sonrisa resplandeciente y me metía al público en el bolsillo. Con la práctica se había vuelto fácil.

—Claro que sí, ¡claro que sí! —dijo el presentador—. Y ahora, por favor, dinos. ¿Cómo se hace para tener tanto éxito? Fíjate bien en las caras de nuestros finalistas y cuéntales lo que tienen que hacer para ser tú... ¡si eso es posible!

Desde el otro lado del escenario me miraban tres chicos más o menos de la misma edad. El mayor no tendría más de veinte y vestía con un chándal negro, muy del rollo que llevaban los traperos argentinos. Resoplaba nervioso y sus ojos iban del presentador a mí con impaciencia. Nos miraba a los dos, pero no escuchaba a ninguno. A su lado, un muchacho con el pelo de color azul mantenía la calma. Tenía las facciones, ojos, nariz y boca, perfectamente compensadas. No veía una cara tan bonita desde... desde hacía mucho tiempo. La chica más joven no levantaba la vista del suelo. Hasta a esa distancia, con la pasarela de por medio, pude sentir su miedo. Era la candidata con más probabilidades de hacerse con la victoria.

—Alma, ¿estás bien? —La chica se asustó. Abrió los ojos y asintió con la cabeza varias veces.

—¿Sabes cómo me llamó? —preguntó.

—¡Querida! Todo el mundo sabe cómo te llamas —dijo el presentador con tono de burla.

Lo dejé solo en el escenario y crucé la pasarela mientras el plató entero chillaba enloquecido. Alma se levantó de su sitio automáticamente y se abalanzó sobre mí, abrazándome con desesperación y aguantando las lágrimas. No paraba de temblar.

—Tranquila, no pasa nada.

—No quiero... no puedo hacer esto... —Su voz se quebró. Tapé mi micrófono con la mano y le pedí que tapara el suyo.

—Aguanta, ¿vale? La angustia que sientes ahora mismo se pasará —le susurré mientras acariciaba su melena rubia—. Solo aguanta un poquito más. Ya sé que ahora mismo crees que no eres capaz, pero sé que puedes. Mantente de pie hasta el final y, cuando todo acabe, yo estaré esperándote ahí fuera para darte la mano y contarte todo lo malo... y también todo lo bueno que te espera.

Fue la única manera que se me ocurrió, ser franca y tratarla con delicadeza. En su momento me hubiera gustado haber tenido una persona a mi lado que me susurrara al oído y me hubiera avisado de que había dado un salto al vacío, que me hubiera contado que la caída sería menos traumática con un paracaídas a mano.

—Pero no te vayas —me pidió, aferrándose más a mí.

—Tengo que cantar, pero después voy a estar en el backstage, ¿vale? No me voy a mover de ahí.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

El presentador se pavoneó por el plató en un intento de llamar la atención.

—¡Señoras y señores, qué escena más bonita! —dijo—. Pero ahora toca lo que toca, ¿verdad, Eva? No te hagas de rogar más, que nuestros espectadores están ansiosos por escucharte.

Agarré a Alma de los hombros y la miré con compasión.

—Recuerda, Alma. A partir de ahora soy tu paracaídas. —Movié la cabeza de arriba abajo.

Regresé al escenario y las luces perdieron intensidad hasta quedarse en un suave tintineo. Me coloqué justo delante del micrófono. Respiré hondo y solté el aire poco a poco para disipar los nervios. Así hasta tres veces. El método infalible de mi amiga Sara no fallaba nunca.

—Y ahora sí que sí, lo que todos estábamos esperando —gritó el presentador, provocando un gran estruendo en el plató—. Vamos a escuchar en riguroso directo a la estrella indiscutible de este programa... ¡Qué ganas tenía de decir esto! Señoras y señores, La Chica del Pop cantando su último pelotazo... ¡«El romance»!

Pisar ese escenario siempre me hacía recordar. Subía a una especie de máquina del tiempo y me transportaba a esos capítulos de mi vida que habían sucedido vertiginosamente hasta llevarme a ese preciso instante. La victoria amarga en un programa de televisión. La soledad en Madrid. Una lección que aprendí de la gente poderosa que manejaba el devenir de la industria musical. Un corazón roto por amor. El sueño americano. Un *alter ego* que se pasó de frenada... Salté por encima de las luces y las sombras, con cuidado de no tropezar y ser atrapada otra vez por esas garras que me arrastraban hacia el rincón más tenebroso. Caminé de puntillas por el laberinto sin salida que de vez en cuando debía cruzar para reencontrarme con la chica de ojos azules que salió de Premiá de Mar con diecinueve años. A veces podía sola, pero siempre, al otro lado, me esperaba mi ángel de la guarda tendiéndome la mano. Por si me perdía. Por si volvía a estar oscuro.

Miré hacia el backstage cuando sonaron las primeras notas de la canción. En una esquina, sonriente como siempre, estaba mi paracaídas y mejor amigo. Su nombre era Quique Barrios, aunque algunos lo conocían como el chico que salvó a La Chica del Pop.

Agradecimientos

Millones de gracias al equipazo de Penguin Random House por dejar que mi mente vuele de nuevo. Gracias, Gonzalo, por seguir confiando en mí, no sabes lo feliz que me haces. Y sobre todo gracias a ti, Ana, mi editora del alma, por haberme guiado en esta aventura. Ojalá pudiera explicar a la gente con palabras lo maravillosa que eres. De verdad, muchas gracias por acompañarme, aguantarme (perdón por los miles de audios de WhatsApp) e ilusionarme.

Gracias a mi familia, ellos tienen bastante culpa de mi obsesión por la música. Gracias a mi hermana Eugenia y a mi cuñado Lorenzo por regalarme una minicadena el día de mi comunión. Gracias a mis hermanos, Ángel y Javi, por ayudarme a perfilar mi gusto musical. Definitivamente, el rap y el chunda chunda nunca fueron lo mío. A mis padres, por las clases de solfeo, por los casetes en el Frontera, por el primer *discman*, por todos los MP3, por financiar la banda sonora de mi vida. Gracias, gracias y gracias.

Gracias a mis amigos. Los de Almansa, los de Madrid y los que están repartidos por el resto del mundo. Gracias por seguir bailando conmigo. Prometo no daros tanto el coñazo con Aitana.

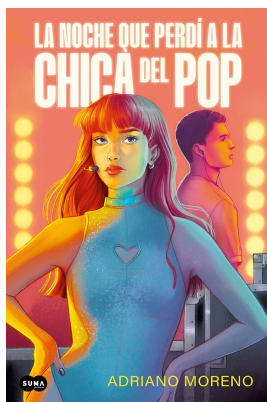
Gracias a mis compañeros de LOS40: Palao, Zavala, Sele, Natalia, Mikel, Raquel, Noe, Lourdes, Carolina, Estela, Javi, Ana, Laura, Sergio, Lara, Boscá, Anita... A todos. Esta historia la habéis vivido de cerca y no podía dejar de agradeceréoslo. *La noche que perdí a La Chica del Pop* tiene mucho de lo que me dais: música y ganas.

No me olvido de mis propias chicas del pop. Las de allí: Taylor Swift, Rihanna, Kelly Clarkson, Britney Spears, Lady Gaga, Katy Perry, Hilary Duff, Lindsay Lohan, Avril Lavigne... Y las de aquí: Aitana, Belén Aguilera, Rosalía, Lola Índigo, Ana Mena, Beth, Nika, Edurne, Chenoa, Natalia... Todas tienen un poco de los sueños dibujados con tinta entre estas páginas. Y todas han estado siempre ahí, en los momentos buenos y en los menos buenos. Si alguna vez leéis esto, gracias de verdad por todo.

Gracias, Alfonso, por no soltarme la mano nunca. Eres mi canción favorita desde 2014.

Y gracias a ti, lector, por seguir la melodía hasta el final. Eres el mejor chico y chica del pop que podría tener.

¿Qué precio estarías dispuesto a pagar para cumplir tu sueño?



Quique tiene una lista de deseos: no volver a trabajar nunca más en el bar de su barrio, entrar en la discográfica más importante de España y conocer a su artista favorita. Y una norma: no dejar que ningún chico le rompa el corazón.

Eva tiene un plan: escribir sus propias canciones, vivir de la música sin llamar demasiado la atención y no dejar nunca de ser la joven que abandonó su pueblo para cumplir un sueño. Solo hay un problema: la victoria en un concurso de televisión le arrebató su nombre y la convierte de la noche a la mañana en La Chica del Pop, la artista más aclamada del momento.

Después de que Louder Music la fiche como la nueva estrella emergente conoce a Quique, el chico de prensa, y ambos inician una intensa amistad que los ayudará a sobrevivir en el frenético mundo de la música. Una industria llena de luces y sombras que no solo pondrá a prueba su lealtad, también les enseñará una valiosa lección: para triunfar a veces hay que traicionarse a uno mismo.

Con un estilo fresco y contemporáneo, Adriano Moreno, escritor y periodista musical, regresa con una obra seductora y divertida. Una reflexión sobre lo que acontece cuando iniciamos una carrera hacia el éxito y olvidamos la esencia de lo que nos define. Amor, amistad y música en una novela inspirada en fenómenos musicales como Aitana o Lola Índigo que nos invita a enamorarnos mientras nos dejamos llevar por el ritmo.

Adriano Moreno (Almansa, Albacete, 1990) es periodista y escritor. Estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y posteriormente cursó el máster de Guion de Cine y Televisión en la Universidad Carlos III. Inició su carrera profesional como periodista televisivo, pero en los últimos años se ha especializado en periodismo musical de la mano de LOS40. Aitana es su artista más escuchada en Spotify y en su lista de deseos está el verla protagonizar su propia Super Bowl. Y sí, ya tiene pensado el *setlist*. Tras debutar con *Si me dijeras que sí* (Suma, 2021), Adriano Moreno regresa con su segunda novela, *La noche que perdí a La Chica del Pop*.



Primera edición: junio de 2023

© 2023, Adriano Moreno

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Laura Jubert

Ilustración de portada: © Inés Pérez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-757-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

Twitter: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased

YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

La noche que perdí a La Chica del Pop

Primera parte. Platónicos

1. Un shock de los malos
2. Bienvenido a la industria
3. Los de toda la vida
4. Un nuevo refugio
5. Un día movidito
6. El chico de los cafés
7. Una lección valiosa
8. Las sábanas de las Spice Girls
9. La cabina del silencio
10. La envidia
11. Llamada de emergencia
12. Mi primer videoclip
13. Todo está perfecto
14. En el camerino
15. Cambio de imagen
16. Antes de la tormenta
17. Taquicardias
18. Las estrellas también lloran

Segunda parte. Estrella planetaria

19. PCR (Persona con el Corazón Roto)
20. Un jueves cualquiera
21. Tensión en el Mercadona
22. El mejor plan
23. El sueño americano
24. Servicio de habitaciones
25. Jet lag
26. Cedés y vinilos
27. La fiesta más linda
28. Súbete a mi moto

- 29. Los nominados a...
- 30. Cuenta atrás para todo
- 31. Conversaciones cruzadas
- 32. Diva
- 33. El Paul McCartney
- 34. Simulacro de emergencia
- 35. Encerrona
- 36. Las fiestas del barrio del Pilar
- 37. Fuegos artificiales
- 38. LOS40 Music Awards
- 39. Una flor marchita
- 40. La noche que perdí a La Chica del Pop

Tercera parte. Los chicos del pop

- 41. Tattoo
- 42. De tal palo tal astilla
- 43. Boyfriend
- 44. Nuevos comienzos
- 45. Dos amigos
- 46. Un shock de los buenos

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Adriano Moreno

Créditos